
SOFÍA DURÁN
LO QUE OCULTA
El impenetrable William
UN CORAZÓN

LO QUE OCULTA UN CORAZÓN

El impenetrable William

Sofía Durán

Derechos de autor © 2026 Sofía Durán

©Lo que oculta un corazón
Todos los derechos reservados
Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Editado: Sofía Durán
Copyrigth 2026 ©Sofía Durán
Código de registro: 1802065702764
Fecha de registro: 06, febrero 2018
ISBN: 9798199459174
Sello: Independently published

Primera edición.

Para mi hermano, Rokcell, la inspiración
de mi muy querido William.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capitulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo

Prólogo

William Devan Howard Charpentier, marqués de Millentmont y presidente del Consejo de Ministros de la vasta Francia, era un hombre al que resultaba imposible ignorar.

Rico, apuesto y envuelto en un aura de autoridad casi intimidante, poseía esa clase de presencia que llenaba una estancia aun antes de que pronunciara palabra. Había en él una elegancia fría, rigurosa, propia de los caballeros acostumbrados a mandar y a ser obedecidos. Su mente, calculadora y enigmática, parecía medir cada gesto ajeno con una precisión implacable; y su voz, grave y serena, tenía la destreza de inclinar voluntades sin necesidad de elevarse jamás.

En muchos aspectos, William Charpentier era un hombre al que se debía temer tanto como respetar.

Su palabra rara vez admitía réplica. No porque él impusiera la razón con violencia, sino porque la sostenía con tal seguridad que contradecirlo exigía una audacia casi suicida. Discutir con él, sobre todo en público, era arriesgarse a quedar como un completo imbécil ante uno de los hombres más ricos, influyentes y poderosos de aquella magnífica Francia.

El marqués había heredado el título de su padre tres años atrás. Desde entonces, había administrado sus tierras con mano magistral,

impulsando proyectos que comenzaban a dar frutos no solo para su casa, sino para buena parte del país. Era, sin duda, uno de los hombres más importantes de la nación: un aristócrata reconocido, un político temido y una figura que, en los salones de París, despertaba la misma curiosidad que recelo.

Sin embargo, pese al respeto, la adoración y el afecto que le profesaba su pueblo, el marqués de Millentmont carecía de algo esencial para la sociedad francesa y aquello era sencillo: William Devan Howard Charpentier parecía huir, con una obstinación casi insultante, del compromiso de por vida que toda familia noble consideraba indispensable.

El matrimonio.

En más de una ocasión se había intentado que el poderoso caballero aceptara una relación seria con alguna joven de buena cuna. Pero el marqués parecía más interesado en sus asuntos personales, sus tierras y sus responsabilidades políticas que en prestar atención a las señoritas que desfilaban ante él con el discreto —aunque evidente— emblema de casaderas.

No hacía falta decir que las rechazaba a todas.

Una por una.

Su madre había probado suerte con doncellas de toda estirpe: jóvenes dulces, jóvenes instruidas, jóvenes hermosas, jóvenes dóciles y otras que pretendían no serlo. Las había paseado ante los

ojos de su hijo con la misma esperanza con que una modista exhibía sus mejores sedas. Y, aun así, no había obtenido resultado alguno.

El asunto comenzaba a rayar en lo ridículo.

No era que William excluyera por completo aquella parte de su vida. Sabía que debía casarse. Para un hombre de su posición, el matrimonio no era solo una elección sentimental, sino una obligación social, familiar y política. No obstante, después de haber convivido con tres mujeres de carácter… peculiar —si podía llamárseles de aquella forma—, y de haber visto sumarse con el tiempo a otras tres figuras femeninas igual de turbulentas a su existencia, resultaba comprensible que necesitara un descanso.

Su hermana Giorgiana, ahora casada con Asher Aigrefeuille, actual presidente de la Tercera República Francesa, era una mujer liberal, marcada por un feroz sentido de independencia, caprichosa y difícil de gobernar. William mismo había tenido que perseguirla en más de una de sus escapadas por el mundo, siempre con la paciencia al borde del colapso y el orgullo familiar colgando de un hilo.

Su hermana Katherine, duquesa de Wellington, no era mejor. Era testaruda hasta la desesperación, poseía la peligrosa costumbre de querer hacer todo aquello que los hombres hacían y contaba, además, con una elocuencia endemoniada. Podía manipular a cualquiera hasta lograr que hiciera exactamente lo que ella deseaba,

y todo sin que la víctima alcanzara a darse cuenta. Era una mujer brillante, desquiciante y con un talento innato para el desastre.

William estaba más unido a ella, sí.

Pero eso no significaba que la soportara mejor.

Y ni hablar de su madre. La antigua marquesa era, sin duda, una mujer encantadora; refinada, afectuosa y con ese encanto social que parecía haber nacido para iluminar los salones. Sin embargo, era demasiado inquieta para el gusto de William. No podía permanecer dos segundos sentada, no toleraba la quietud y tenía la irritante habilidad de arrebatarle la paz a cualquiera que estuviera cerca.

Lo único que William deseaba, al menos por el momento, eran unos instantes de tranquilidad.

Y, de una forma extraña, aquellos instantes habían llegado con su título y su puesto político. Aunque estaba más ocupado que nunca, encontraba cierto consuelo en saber que ya no tenía que ir detrás de ninguna mujer. No debía rescatar a nadie de un escándalo, traerla de regreso a casa, disculparse por alguna fechoría ajena ni vigilar que sus hermanas o su madre no hicieran algo imperdonable antes de la cena.

Todo aquello había quedado en el pasado, ni siquiera su madre residía ya en la mansión de los Millentmont, pues ella y su padre se habían trasladado a una elegante residencia en el centro de París, donde podían entregarse a la vida social sin perturbar la rigurosa serenidad que William intentaba conservar en su propia casa.

Y él pensaba mantenerse así durante un tiempo, sin ninguna mujer rondándolo, salvo aquellas a las que él mismo permitiera acercarse. Sin compromisos. Sin revuelo. Sin promesas susurradas bajo la luz dorada de los candelabros ni miradas femeninas cargadas de expectativas al otro lado de un abanico. Solo su trabajo, sus tierras, sus obligaciones con el gobierno y la gente que dependía de él.

Ese era el plan o, al menos, eso creía William, porque, como era de esperarse, todas las damas de su familia lo tenían en la mira. A sus ojos, era inconcebible que su hermano continuara escondiéndose de algo tan esencial —y tan inevitable— como el amor. Por ese motivo, lo invitaron expresamente a regresar a Inglaterra, después de tres largos años de ausencia.

Le encontrarían una esposa, aunque, tristemente, la candidata perfecta se les había escapado de las manos.

CAPÍTULO 1

El marqués de Millentmont abrió los ojos hacia un nuevo día.

Eran apenas las seis de la mañana, y la mansión ya respiraba con la discreta precisión de una casa acostumbrada al orden. La servidumbre había cumplido con las primeras obligaciones destinadas al bienestar de su amo: la chimenea crepitaba con un fuego dócil, derramando una luz anaranjada sobre los muebles oscuros; sobre una pequeña mesa reposaban una taza de café recién servido y un vaso de agua cristalina; el baño estaba dispuesto, humeante y perfumado con esencias sobrias, y su ayuda de cámara no tardaría en presentarse.

Todo parecía normal.

—Lord Charpentier —dijo Peter al otro lado de la puerta.

William apartó las mantas con una calma somnolienta y se incorporó. La bata cayó sobre sus hombros con una elegancia casi distraída, cubriendo apenas el torso firme que la penumbra de la habitación insinuaba con discreción.

—Puedes pasar —anunció.

Peter entró con la deferencia impecable de quien conocía hasta el último gesto de su señor.

—Mi señor —dijo, inclinándose—, tiene usted visitas.

William alzó la mirada.

—¿Visitas? —repitió, extrañado—. ¿A estas horas?

—Sí, mi señor. Se trata de la duquesa de Montpensier y de su madre, la antigua marquesa de Millentmont.

William cerró los ojos con pesadez.

Que aquellas dos mujeres se presentaran en su casa a esa hora solo podía significar una cosa: malas noticias. O, peor aún, algún plan maquiavélico para casarlo, como en tantas otras ocasiones. Sería, desde luego, un esfuerzo inútil.

En ese asunto, William había tomado ya una decisión.

—Hágalas pasar al comedor. Dígales que bajaré en un momento.

—Sí, mi señor.

Peter abandonó la habitación, dejándolo solo frente a un baño que, en otras circunstancias, habría sido un instante de calma. Aquella mañana, en cambio, se convirtió en un lavado rápido, casi mecánico, destinado únicamente a dejarlo presentable.

William era un hombre de rutinas. Extremadamente organizado. Su día se trazaba en su cabeza con la exactitud de un itinerario escrito a pluma y sellado con lacre. Muchos afirmaban que la capacidad mental del marqués era prodigiosa, pues no olvidaba detalle alguno de nada ni de nadie. Era difícil engañarlo, y todavía

más difícil mentirle. Algunas malas lenguas, incluso, aseguraban que el propio Adam Wellington quedaba rezagado ante la mente del prestigioso presidente del Consejo de Ministros francés.

Después de un baño breve y con la ayuda de Peter, quien regresó tras informar a las damas de su proceder, William logró un aspecto impecable en cuestión de minutos. Descendió las escaleras con paso sereno, vestido con una sobriedad exquisita, y se dirigió al comedor, donde ya lo esperaban.

—Will —sonrió Alana—. Qué guapo estás, querido niño.

—Madre —saludó él, depositando un beso en su mejilla—. Giorgi.

Repitió el ademán con su hermana.

William retiró la silla de la cabecera y tomó asiento, consciente de los dos pares de ojos que observaban cada uno de sus movimientos. Cuando estuvo cómodo, miró a ambas mujeres y suspiró.

—Bien. ¿A qué han venido?

—¡Qué canalla! —exclamó su madre, llevándose una mano al pecho con teatralidad—. He venido a visitar a mi hijo.

Alana fingió sentirse profundamente ofendida, como si aquella visita no tuviera más propósito que el amor maternal hacia un hijo al que veía demasiado poco.

—Madre —dijo William, con incredulidad—, por favor.

—Muy bien, al punto —intervino Giorgiana.

Su embarazo de siete meses era ya imposible de disimular bajo la caída elegante de su vestido.

—Irás a la boda de Alice, supongo.

William tensó apenas la mandíbula.

—No lo sé.

Por alguna razón, que Alice Miller —la mejor amiga de su hermana menor, Katherine, y la misma joven que años atrás se había declarado enamorada de él— estuviera a punto de casarse le provocaba un dolor de cabeza persistente. Ninguna mujer de su familia se había limitado a enviarle una carta sencilla. Todas, sin excepción, habían llenado páginas enteras con palabras como "tonto", "necio" e incluso "imbécil", pero él seguía renuente al compromiso.

Y Alice, aunque era una muchacha muy hermosa, tampoco figuraba en su lista de prospectas. La quería, sí. Pero la quería como quería a Kate o a su prima Annabella: con un afecto limpio, familiar, desprovisto de cualquier deseo que pudiera conducirlo al matrimonio.

—¿Cómo que no lo sabes? —Giorgiana frunció el ceño—. Es una amiga de la infancia. Siempre ha estado con ustedes. Kate y ella son como uña y carne.

—Y por eso me alegra que Katherine asista —respondió él, tomando un poco del jugo que un lacayo le ofrecía.

—Vamos, Will —suplicó su madre—. Habrá muchas señoritas que no conoces. Has estado tres años ausente de Inglaterra.

William dejó el vaso sobre la mesa.

—¿Proponen que vaya a una boda a buscar esposa?

—¡Sí! —respondieron ambas al mismo tiempo.

—Entonces no.

—Tu padre también quiere ir —dijo Alana, recurriendo a su última carta—. Pide que asistas.

William entrecerró los ojos.

—¿Intentas decirme que es una orden?

—Sí —confirmó su madre—. Sigue siendo tu padre, aunque ya no sea el marqués.

—No tengo tiempo para esto.

William arrojó la servilleta de tela sobre la mesa y se dispuso a abandonar el comedor.

—William —lo llamó Giorgiana.

Él se detuvo, sin volverse del todo.

—Sé que es una locura sentirse presionado —continuó ella, con una suavidad que contrastaba con su determinación—. Yo lo sé mejor que nadie. Escapé durante años de lo mismo. Pero ahora es indispensable que tengas herederos. Nuestros primos esperan cualquier oportunidad para tomar el poder que tienes, y ambos sabemos cuánto los desprecias. Igual que todos nosotros.

—No soy tan anciano como para desesperarme por mi descendencia ni por unos primos que sueñan con verme muerto.

—No —admitió Giorgiana—, pero cualquier cosa puede suceder. No somos Dios para saber qué nos espera mañana. Por eso es necesario que te cases, Will. Necesitas estabilidad.

El hombre pareció sopesar sus palabras.

Tal vez su hermana tenía razón. Tal vez debía casarse. Sin embargo, no lo deseaba. ¿Cómo podía buscar esposa si ni siquiera poseía el entusiasmo para hacerlo? Solo pensar en las madres de las debutantes rodeándolo, ofreciéndole sonrisas medidas y frases envueltas en intención, le producía una profunda sensación de fastidio.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó al fin, aún detenido en el marco de la puerta.

—En dos meses —sonrió su madre, agradecida de que Giorgiana hubiese resultado tan convincente—. Partimos en dos semanas.

William respiró hondo.

—Bien.

Dejó a las mujeres en el comedor. No tenía paciencia para más palabrerías y esperaba que el simple hecho de aceptar asistir a la dichosa boda de Alice Miller bastara para concederle un poco de paz.

Solo esperaba no estar cometiendo una equivocación enorme al ceder ante las súplicas de su madre y de su hermana.

El marqués caminó hasta los establos de la casa y montó a su semental para ir a visitar a su mejor amigo, Andrei Frescott, quien vivía a poca distancia. Necesitaba consuelo. O, al menos, una conversación masculina que lo librara durante unas horas de aquel mundo saturado de mujeres decididas a convertir su vida en una interminable persecución matrimonial.

Quince minutos después, William desmontó frente a una hermosa residencia de piedra clara y balcones de hierro forjado. Las puertas se abrieron antes de que alcanzara el pórtico. El mayordomo, sin duda, lo había visto acercarse a lo lejos. Lo esperaba en el recibidor junto a una bella mujer que no intentó disimular su entusiasmo al verlo.

—Oh, William —saludó la joven en cuanto lo tuvo cerca—. Me alegra que hayas venido. Nos has tenido abandonados.

—Lo lamento, Amber —respondió él, saludándola con los dos besos franceses de rigor—. He estado ocupado.

—Lo imagino.

Ella restó importancia al asunto con un gesto dulce, apoyando la mano sobre la pequeña curva de su vientre.

—Pasa. Andrei está en su despacho.

La esposa de su amigo era una criatura vivaz, hermosa y amable. Su larga melena rubia caía recogida en una trenza suave; sus ojos verdes brillaban con la ilusión serena de la maternidad, y su sonrisa parecía un adorno perfecto sobre un rostro hecho para

inspirar ternura. William entró al despacho sin llamar. No lo necesitaba. Simplemente se acercó al pequeño bar que su amigo conservaba en la estancia y se sirvió un vaso de coñac.

—Veo que ahora te gusta beber a horas indecentes —se burló Andrei desde su escritorio.

—No me molestes —advirtió William, señalándolo con la mano en la que sostenía el vaso—. Mi madre y mis hermanas buscan casarme a toda costa.

—¡Ya era hora! —Andrei soltó una carcajada—. En realidad, has tardado demasiado en darte cuenta de esa necesidad.

—No es lo que quiero en este momento. —William se encogió de hombros y bebió un trago. El licor le quemó la garganta con una calidez agradable—. Me gusta mi vida tal como está.

—No es tan malo como piensas.

Andrei se puso en pie y caminó hacia el bar para servirse una copa.

—Amber es una mujer hermosa y buena —concedió William—. Pero, para mí, una esposa sigue siendo un ser humano que se queja de todo, llora sin razón aparente y escapa apenas ve la oportunidad.

—Qué dureza para referirte a ellas —rio su amigo—. ¿Seguro que no hablas de un bebé?

—Muy gracioso.

—Te vendrá bien —Andrei le colocó una mano amistosa en el hombro—. Siempre es bueno saberse acompañado.

William arqueó una ceja, insinuante.

—No necesito una esposa para sentirme acompañado.

—Me refiero a una mujer que te sea fiel. Una mujer que permanezca contigo en las buenas y en las malas.

—Claro —murmuró William, con una sonrisa apenas perceptible.

Si la gente viera cómo se comportaba el marqués de Millentmont con Andrei Frescott, su amigo de la infancia, seguramente no lo reconocería. En público, William no era dado a exhibir emociones; no era un hombre inexpresivo, pero sí reservado. Sus sentimientos eran un territorio privado, custodiado con más celo que cualquiera de sus propiedades.

—Y dime —continuó Andrei—, ¿qué ocasión ha elegido tu familia para desfilar señoritas respetables frente a tu cara?

—La boda de Alice Miller —contestó William—. ¿La recuerdas? La amiga de Katherine.

—¡Claro! La de los ojos bonitos.

—Ella.

—Vaya. Irán hasta Inglaterra. ¿Ninguna francesa te complace?

—Digamos que ya las pasearon ante mí. Ahora irán en busca de nuevas expectativas. Aunque no creo que logren nada —añadió, con una seguridad casi arrogante.

Andrei lo observó divertido.

—Oye, ¿esa jovencita no estaba enamorada de ti?

William dejó escapar una breve risa.

—¿Cómo sabes eso?

—¡Todos saben! Tú eras el único que parecía no darse cuenta.

—Me hizo consciente de ello hace algunos años —admitió William.

Recordó aquella lejana fiesta en casa de Lady Pimbroke. El jardín iluminado por faroles. La humedad de la noche sobre las hojas. El rostro de Alice, joven y encendido, cuando él la alcanzó entre los senderos y ella le confesó que lo amaba.

Todo parecía muy distante ahora.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó Andrei.

—No la alenté —respondió William, encogiéndose de hombros—. Habría sido cruel demostrar otra cosa.

—También es cruel no decir nada.

—Es mejor acabar con las esperanzas que permitir que se acumulen sin sentido. Yo jamás le di motivos para quererme. Siempre la aprecié. Es una joven encantadora, pero nada más.

Andrei lo miró con recelo, algo desconcertado por la frialdad que su amigo adoptaba siempre que se hablaba de matrimonio. Lo conocía desde niño. William era inteligente, rápido, brillante. Pero el amor siempre le había resultado un territorio incómodo, casi prohibido. Su libertad era demasiado importante para él. No podía cortejar a nadie durante mucho tiempo; tendía a aburrirse con facilidad.

Andrei temía que incluso si se casaba, terminara aburriéndose de su esposa. La mujer destinada a conservar a William Charpentier tendría que ser lo bastante interesante, hermosa y perseverante para mantenerlo cautivo sin que él llegara a sentirse prisionero.

Londres, Inglaterra

Habían pasado los dos meses estipulados para la boda.

William y sus padres habían llegado a Bermont casi un mes atrás. Todo estaba dispuesto para una celebración que se había convertido en el tema predilecto de conversación en la ciudad. Giorgiana, debido a su avanzado embarazo, tuvo que renunciar a la idea de asistir. Sus últimos meses transcurrían tranquilamente, y para entonces debía de estar ya muy cerca de dar a luz.

Los Miller, aunque no poseían título nobiliario, eran una familia acomodada dentro de la alta sociedad. Contaban con riqueza suficiente para casar a la mayor de sus hijas incluso con un hombre titulado, si eso hubiesen deseado.

Por desgracia, en el caso de Alice, su tiempo de belleza debutante había quedado atrás. Aunque la joven conservaba intacta su hermosura, los hombres ya no la miraban del mismo modo. A sus veinticuatro años, la sociedad empezaba a considerarla una solterona con suerte. Una mujer casi sin futuro que, sin embargo, había encontrado un buen pretendiente dispuesto a enamorarse de ella.

—De verdad no puedo creer que desperdicien una belleza como ella —recriminó Katherine durante el desayuno, sentada junto a su marido, quien no parecía prestar demasiada atención a sus quejas—. Giorgiana era mucho mayor cuando se casó con Asher.

—Ella, querida —respondió su madre—, tuvo suerte.

—No —replicó Katherine, mirando de soslayo a su esposo—. Él se enamoró de ella. No fue vendida al mejor postor por su edad.

—Es verdad que Giorgiana ya tenía sus años —intervino Cristina, la madre de Annabella—, pero pertenece a una familia noble y querida. Eso hace la diferencia.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Katherine, molesta, buscando con la mirada el apoyo de Adam.

—Kate, deja de pelear, por favor —pidió él, posando discretamente una mano sobre su rodilla para calmarla—. Tu amiga se casará de todas formas. Por lo tanto, no es exactamente el mejor postor.

—Oh, por favor —se indignó la pelirroja—. Es un pobre muchacho con algo de dinero que desea aumentar su riqueza con la de los Miller.

—En realidad —corrigió Violet, la abuela y duquesa viuda de Montpensier de Bermont—, es un comerciante. Y bastante rico.

—De todas formas, Alice no lo ama.

Katherine bajó la mirada, contrariada al notar que su hermano, el inconsciente, permanecía completamente ajeno a la conversación.

—Eso no lo sabemos —dijo Genoveva, la madre de los irlandeses.

El desayuno continuó con relativa normalidad después de que Adam interviniera y lograra distraer a su esposa hablándole de otro asunto. William fue quien más agradeció aquella intervención. Ciertamente, nadie dejaba de molestarlo con el tema. Era como si todos los ojos de su familia lo juzgaran día y noche.

El imponente marqués, de cabellos oscuros y mirada sombría, se puso en pie para abandonar el comedor. No había momento en que su abuela o su madre no le lanzaran alguna insinuación sobre su torpeza al haber dejado ir a aquella dama.

¡Por todos los dioses! ¡No era como si Alice Miller fuese la única mujer sobre la tierra!

—Will, Will, Will —canturreó su primo irlandés, sonriendo con satisfacción—. ¿Cuándo aprenderás a salir a tiempo de una habitación?

—No sé a qué te refieres —respondió, caminando hacia su alcoba.

—Oh, por favor. Sé perfectamente que te estuvieron amonestando por el asunto de la boda.

Charles lo siguió con paso ligero, disfrutando de su incomodidad.

—No es que me interese demasiado —dijo William, encogiéndose de hombros con la estoicidad que siempre sabía mostrar.

—Claro. Pero a nadie le gusta que lo molesten.

—Sí, en eso tienes razón. Y en este momento, tú lo estás haciendo.

William se detuvo en seco y lo encaró con una expresión de absoluto aburrimiento.

—Ve a divertirte con otra persona, Charles. De verdad no tengo tiempo, disponibilidad ni paciencia para aguantarte.

—Uf. Alguien está de malas.

El irlandés sonrió, permitiendo que su primo continuara tranquilamente su camino.

Eran las cuatro de la tarde cuando William salió de su habitación completamente vestido. El traje de gala se ajustaba con elegancia a su cuerpo fornido; la tela oscura acentuaba la amplitud de sus hombros y la severidad exquisita de su porte. Su andar refinado resonó por los pasillos, sumidos en un glorioso desastre femenino. Criadas, doncellas, lazos, peinetas, guantes, perfumes y murmullos se mezclaban en aquella carrera desesperada por estar listas en menos de quince minutos.

William, por su parte, bajó las escaleras con absoluta tranquilidad y se dirigió al despacho que alguna vez había pertenecido a su abuelo. Allí se conservaba la tradición de reunir a los hombres de la casa para tomar una copa y fumar mientras esperaban a que las damas bajaran.

Por eso, cuando el marqués abrió la puerta, no le sorprendió encontrar a los esposos de las hermanas de su madre, a Adam, a Charles y a Gregory disfrutando del licor, acompañados por el aroma denso y masculino del tabaco.

—William —sonrió Edmund, su padre—. Al fin bajas.

El hijo simplemente asintió, tomó el vaso de vino que le ofrecían y eligió un puro de una hermosa caja plateada.

—Veo que esta boda ha causado cierto revuelo contigo —se burló Hugo, esposo de Miriam y padre de las Kügler.

—Creo que solo es un capricho por parte de mi madre y de mis hermanas —respondió, con la tranquilidad de quien sabe dominarse.

—Ha de ser un fastidio —comentó Francisco, padre de Charles, con cierta lástima.

—En realidad, no —negó William—. Entiendo la posición de las mujeres de mi familia. Supongo que, si tuviera que casarme, les gustaría que fuese con ella. Pero, dadas las circunstancias actuales, el encaprichamiento tendrá que cesar tarde o temprano.

Ante la madurez y seguridad de sus palabras, los hombres a su alrededor no pudieron sino asentir y cambiar de conversación. Comprendieron que no había cabida para burlas cuando se trataba de aquel sobrino en específico.

—Adam, te llevo buscando por todas partes —se quejó Katherine al entrar en el salón, acompañada por Clare, quien fue directa hacia Gregory y depositó un beso en su mejilla.

—Se supone que esta es tu casa —replicó Adam—. ¿Y no sabes que aquí se reúnen los hombres?

—Si no fuera por Clare, me habría vuelto loca.

En ese momento, el resto de las damas entró en el salón, completamente arregladas para la ocasión. Lucían las joyas más finas, vestidos de telas exquisitas y adornos delicados en el cabello, que, a ojos de William, no eran más que el resultado de desplumar unos cuantos gansos y convertirlos en ornamento.

—Vámonos de una vez, si no queremos llegar tarde —ordenó Violet, entrando con autoridad.

Vestía un elegante traje negro, color que la viuda jamás abandonaba en honor al duque fallecido.

Los carruajes fueron enganchados a los caballos que los llevarían primero a la iglesia, donde se celebraría la boda, y después a la fiesta. William descendió de la carroza con serenidad, saludando con la cabeza a algunas personas que le resultaban familiares, pero sin acercarse a nadie en particular.

—¡William! —llamó una voz conocida.

El marqués giró.

—Annabella —sonrió al ver a su prima menor, que llevaba en brazos a la pequeña Aine.

La niña, en cuanto tuvo oportunidad, exigió ser liberada para correr con sus primos a las afueras de la iglesia.

—¡Qué bueno que has venido! —lo saludó Annabella con cariño.

—Sí, bueno…

William se removió con discreta incomodidad, esperando alguna réplica sobre Alice o sobre su terquedad.

—Espero que lo pases bien —dijo Anna, al notar su renuencia y levantar una bandera blanca—. Tengo que ir con Alice.

—Sí.

William se sintió complacido al comprobar que, al menos por el momento, Annabella no se mostraba tan empecinada como su madre y sus hermanas. O, si lo estaba, había decidido concederle una tregua.

Los invitados comenzaron a entrar en la iglesia, tomando asiento en las bancas asignadas para cada familia. William agradeció tener que ocuparse solo de sí mismo. Vio a sus primos políticos y cuñados cargar niños en brazos para introducirlos al recinto, ya que sus madres estaban ocupadas con la novia, quien esperaba oculta en una habitación provisional dentro de la iglesia.

—No es tan malo —dijo Adam de pronto, consciente de lo que William observaba.

—¿Qué cosa? —preguntó él, evasivo.

—Tener hijos. Una familia.

William alzó una ceja.

—No le veo nada de placentero.

—Espero que algún día lo entiendas —respondió Adam, tomando en brazos a la hermosa Blake, que llegaba al trote para ser

alzada por su padre—. Yo soy feliz. Y nosotros nos parecemos en muchas cosas.

—¡Hola, tío! —saludó la pequeña alegremente.

—Hola, preciosa.

William le pellizcó una mejilla con ternura.

—Tío, ¿has traído regalos para mí? —preguntó la niña, cubriéndose la boca para que su padre no la escuchara.

—Blake —la reprendió Adam.

—Sí, princesa. Les he traído regalos.

William ignoró el regaño paterno y se dedicó a consentir.

—¡Sí! ¡Se lo diré a Adrien!

La pequeña comenzó a patalear en brazos de su padre, pidiendo que la bajara para correr hacia su hermano.

Ambos hombres la observaron tomar a su mellizo del brazo y susurrarle algo al oído.

—Con esa mujer deberías tener miedo —se burló William, retomando la conversación anterior—. Seguramente tus hijos ya muestran un poco de su carácter.

—Tienes razón —admitió Adam—. Pero son asombrosos tal como son. Y ella es una madre increíble.

William asintió.

También lo creía. Katherine se había encargado varias veces de él cuando eran niños. Era protectora, fiera e increíblemente

responsable cuando tenía a un pequeño o a un enfermo bajo su cuidado.

—¿Vamos? —indicó Adam hacia la iglesia.

El azabache asintió y caminó junto al esposo de su hermana para sentarse en una de las bancas, a la espera de que la misa comenzara y la novia apareciera por las puertas principales.

Alice caminaba de un lado a otro. Su vestido de novia, de tanto girar con ella, comenzaba a perder la compostura perfecta con que las doncellas lo habían dispuesto.

Estaba nerviosa.

Algo le robaba la calma y esa felicidad que, en teoría, toda novia debía sentir antes de caminar hacia el altar. Era una inquietud densa, alojada en el estómago, que le obligaba a frotarse con impaciencia.

—¿Ali? —llamó Katherine—. ¿Estás bien?

Los ojos violáceos de la joven se enfocaron en su amiga. Katherine parecía preocupada por ella, y Alice también lo estaba por sí misma.

—No lo sé —respondió con una sonrisa forzada—. Estoy nerviosa.

—Es normal.

La pelirroja le tomó los hombros.

—Es verdad —intervino Elizabeth—. Todas nos ponemos igual.

—Además —añadió Emma—, estás más hermosa que nunca. Seguro que ese hombre se desmaya cuando te vea.

—Tiene razón —asintió Clare con una sonrisa dulce—. Eres la novia más bonita que existe.

—Gracias.

Alice continuaba nerviosa, pero rodeada por sus amigas, primas y mujeres queridas, la sensación de desastre parecía un poco menos insoportable.

Annabella estaba a punto de entrar en la habitación donde Alice y el resto la esperaban cuando escuchó que alguien la llamaba.

—¡Anna!

La joven se volvió.

Marinett venía corriendo hacia ella, acompañada por Giorgiana.

—¿Qué pasa? —preguntó Annabella, sonriendo al principio.

Pero al ver el rostro de ambas, la sonrisa se borró de inmediato.

—Anna… —dijo Marinett, con dolor—. Tenemos que hablar.

La marquesa de Sutherland sintió que la sangre se le helaba.

Nada bueno podía venir después de aquellas palabras.

Había en sus rostros una gravedad oscura, una tristeza tan profunda que parecía impropia de una boda. Como si alguien hubiese muerto en aquel lugar.

Y, quizá, de algún modo, así era.

CAPÍTULO 2

Las dos jóvenes portadoras de malas noticias entraron sigilosamente en la habitación de su amiga. No sabían cómo entregar un mensaje tan funesto, tan inesperado, tan cruel. Y ver a la novia allí, con los nervios a flor de piel y el rostro pálido bajo el velo, no hacía más sencilla la tarea.

—Hola —saludó Alice, ofreciéndoles una sonrisa trémula—. ¿Dónde habían estado?

Marinett y Annabella se miraron entre sí, buscando valor la una en la otra antes de pronunciar aquello que ninguna mujer debía oír el día de su boda.

—Alice, tenemos que decirte algo —se adelantó Annabella, con la voz temblorosa.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, confundida—. Pensé que venían a avisarme que ya era hora de salir.

—No, linda, no es eso—negó Marinett, moviendo la cabeza con tristeza—. ¿Por qué no te sientas primero?

—¿Sentarme? —Alice frunció el ceño—. ¿A qué viene tanto misterio? Solo díganlo.

Katherine se puso en pie al advertir la gravedad con que Annabella y Marinett se conducían. La perceptiva pelirroja clavó los ojos en ellas, y su expresión cambió de inmediato.

—¿Qué sucede? —inquirió.

—Alice… —comenzó Marinett, tragando saliva—. Escucha.

—Sí, estoy escuchando —respondió Alice, con una impaciencia nerviosa dibujada en el rostro.

—Es sobre… tu prometido —dijo Annabella.

El color se le escapó de las mejillas.

—¿Qué pasa con él? —preguntó, y el miedo le quebró la voz—. ¿Dónde está? ¿Él… está bien?

Las jóvenes asintieron con movimientos tan lentos que casi resultaban imperceptibles. Las demás mujeres de la habitación comenzaron a comprender. Algunas cerraron los ojos con dolor; otras se cubrieron la boca con una mano elegantemente enguantada.

—Sí —aseguró Annabella—. Se encuentra bien.

—¿Entonces? —Alice dio un paso hacia la puerta, con una desesperación apenas contenida—. Es hora de salir.

—¡No! —exclamaron ambas, deteniéndola.

Alice se quedó inmóvil.

—Él… —Marinett intentó hablar, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

No podía decirlo ante aquella carita dulce, ante esa mujer vestida de blanco que aún esperaba caminar hacia el altar creyendo que su vida estaba por comenzar.

—No vendrá, cielo —dijo Annabella al fin, con un dolor que le humedeció los ojos—. Lo siento.

Alice parpadeó.

—¿Cómo? —preguntó débilmente—. ¿Se retrasó?

—No —negó Marinett, intentando impedir que temblara su labio.

—Él… no puede… —Alice sacudió la cabeza, entrando en una negación inmediata—. No es así. No puede ser así.

Se puso en pie de golpe.

—¿Me están mintiendo?

—Jamás te haríamos algo así —Annabella intentó acercarse.

Pero la joven levantó ambas manos, pidiendo sin palabras que no la tocaran. Era lo último que necesitaba: compasión.

—No me dejaría —continuó Alice, con la voz cada vez más frágil —. No el día de la boda…

—Alice —Katherine se acercó despacio—. Te llevaremos a casa.

La pelirroja estaba a punto de llorar por su mejor amiga.

Alice se dejó caer al suelo.

Las primeras lágrimas brotaron de sus ojos con una mezcla amarga de despecho, deshonra y vergüenza. Todos la verían arruinada. Muchas de las personas que aguardaban afuera se habían burlado de ella durante años. Primero, por William. Todos sabían que

lo había amado, y todos habían visto cómo él jamás le prestó atención de aquella manera. Alice había soportado cada ridiculización, cada susurro, cada sonrisa torcida. Durante años lo permitió. Y ahora, cuando creía haber superado aquel antiguo dolor, la humillación regresaba con más fuerza.

Abandonada el día de su boda.

A solo unos minutos de caminar hacia el altar.

—Alice —la llamó Clare, tocándole con suavidad el hombro—. Deja que te llevemos a casa.

Alice jamás se había sentido tan estúpida como en ese instante. Tan débil. Tan indefensa. ¿Qué había creído? ¿Que podría ofrecer una gran boda y obligarlos a todos a tragarse sus palabras? ¿Que por una vez verían lo hermosa que era? ¿Lo deseada que podía llegar a ser? Negó con la cabeza. Había ocurrido todo lo contrario.

—Alice… —suplicó Marinett.

—No.

La firmeza de aquella palabra sorprendió a todas las presentes.

Alice se puso de pie y se limpió el rostro lo mejor que pudo. Se quitó el velo de novia y lo arrojó al suelo, apartándolo con un puntapié. Después acomodó su vestido, alisó la falda con manos temblorosas y arregló su cabello con una dignidad desesperada.

Sus amigas la miraban con dolor, sin atreverse a intervenir. Fuera lo que fuese que Alice deseara hacer, la dejarían cumplir con aquello que el desgarro terrible de su corazón le exigía.

—¿Qué haces? —preguntó Katherine, siguiéndola—. ¿Alice?

La llamó con duda al verla dirigirse hacia el altar.

Para ese momento, William estaba impaciente. La misa no comenzaba. Los murmullos crecían, multiplicándose entre los muros de la iglesia hasta formar un estruendo incomprensible. Parecía que todos compartían una noticia importante, una de esas novedades perversas que se expanden con rapidez en los círculos aristocráticos y que, por alguna razón, a él se le escapaba. Miró a su lado y encontró la expresión descolocada de su madre. Alana tampoco comprendía lo que sucedía. La tardanza resultaba grosera, y la falta de explicaciones incrementaba el agravio.

—Madre —la llamó William en voz baja—, ¿qué ocurre?

—No lo sé, hijo —negó ella—. Algo sucede con esta gente.

—Saldré a ver si alguien puede informarme.

William se puso de pie, abrochó su chaqueta de gala y se dirigió hacia la salida con paso elegante y confiado.

Había llegado a las puertas de la iglesia cuando se encontró de frente con la novia, pero no era la Alice que conocía.

Lucía perdida, triste, devastada. Y, sin embargo, al mismo tiempo emanaba de ella una fuerza desmedida, una especie de orgullo roto y feroz que William jamás había visto en sus ojos.

—¿Alice? —la llamó.

La joven pasó junto a él casi como si no lo hubiera visto. William estuvo a punto de quedarse inmóvil por la impresión al verla avanzar

hacia el altar. Iba descalza. Sus pies pálidos pisaban la alfombra roja que decoraba el pasillo nupcial. La falda del vestido rozaba el suelo con un rumor sedoso, y cada paso suyo parecía abrirse camino entre las miradas crueles, curiosas y hambrientas de los invitados.

Los murmullos aumentaron, si es que aquello era posible. Aun así, los pasos de Alice Miller no perdieron fuerza ni decisión.

La joven subió los escalones del altar y se giró para encarar a todos los invitados de su boda. En ese momento, las primas y la hermana de William se posicionaron detrás de él, observando con horror lo que una de sus mejores amigas estaba a punto de hacer.

—¿Qué diablos sucede? —preguntó el marqués, volviendo la mirada hacia ellas.

Encontró lágrimas, palidez y expresiones horrorizadas.

Pero entonces la voz de Alice se elevó con un eco doloroso en la iglesia, que de pronto quedó suspendida en un silencio casi sagrado.

—Creo que todos ustedes se deleitarán al saber que he sido abandonada el mismo día de mi boda —comenzó Alice, sin amedrentarse ante los suspiros sorprendidos de los presentes—. Sí. Más risas para ustedes, que siempre lo han hecho tan bien…

La joven se veía tan perdida, tan atravesada por el dolor, que parecía no advertir siquiera las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Que alguien la detenga —suplicó Katherine.

Pero nadie movió un dedo.

William habría jurado que, por un instante, ni siquiera respiraban.

El valor que Alice mostraba ante toda aquella gente, ante una sociedad que parecía haberse complacido durante años en humillarla, hizo que él diera un paso adelante. Luego otro. Mientras tanto, escuchó el resto de las palabras de aquella mujer herida.

—Espero que tengan muchos temas de conversación —continuó Alice—. ¿Dirán que no era lo suficientemente bella, Lady Pimbroke?

La miró desde la altura del altar, con la ventaja amarga de quien por fin podía señalar a sus verdugos.

—¿O que era una solterona con un poco de suerte?

Su mirada viajó hacia otro punto de la iglesia, completamente ajena al avance de William por el pasillo.

—No saben cuánto me han hecho sufrir a lo largo de mi vida. Lo insegura que soy. Las muchas veces que he llorado. ¿Esto? —se señaló a sí misma, con una risa rota—. Esto no es nada. De hecho, creo que hasta me causa gracia…

—¡Basta! —ordenó el marqués de Millentmont.

Su voz grave cortó la iglesia como un golpe seco.

—Fui sinceramente patética al creer que alguien podría enamorarse de mí…

—¡Basta, Alice!

Ante aquella nueva réplica, la joven logró prestar atención al hombre que casi había llegado hasta ella.

—Oh, vaya —aplaudió Alice con cinismo—. Más risas.

William no se detuvo ante sus palabras hostiles. Terminó de recorrer el camino que lo separaba de ella y la abrazó con fuerza contra su pecho. La cubrió de las miradas. La acogió como si pudiera levantar un muro entero entre ella y el mundo.

Alice se debilitó por fin. Su cuerpo, rígido hasta entonces por el orgullo y la desesperación, cedió entre sus brazos. Se aferró a él con toda la fuerza que consiguió arrancar de su interior.

—Escúchame, Alice —William le tomó el rostro entre las manos —. No hay hombre que merezca a alguien como tú. Y ese idiota acaba de perderte.

—Es mentira —susurró ella, apagada.

Su rostro estaba cubierto de lágrimas. En sus hermosos ojos violáceos había una expresión tan dolorida que William apretó los labios. Alice negó repetidamente con la cabeza, como si aún quisiera despertar de aquella pesadilla.

Él la observó.

Estaba perdida.

Destrozada.

Humillada ante toda una iglesia llena de buitres vestidos de seda.

Y entonces, sin terminar de comprender del todo el impulso que se apoderaba de él, William habló.

—Yo me casaré contigo.

Alice dejó de respirar.

—Lo haré ahora mismo, si es tu deseo.

—¿Qué dices? —negó ella—. No. No me tengas lástima.

—No te la tengo.

William volvió a atraerla, envolviéndola en un abrazo firme, cálido, casi posesivo. El cuerpo de Alice se relajó ligeramente.

—Cásate conmigo.

—No me quieres —susurró ella—. ¿Por qué querrías casarte?

—Porque eres todo lo que imagino en la mujer perfecta —afirmó con una seguridad que sorprendió incluso a quienes lo conocían—. No necesito a nadie más a mi lado.

Las miradas de toda la iglesia se clavaron en ellos.

Sobre todo, las de la familia del marqués, cuyos miembros parecían incapaces de creer lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué dices? —William le sostuvo el rostro con una ternura inesperada, enternecido por su sufrimiento.

Alice no sabía si la impulsaba el amor que siempre había sentido por aquel hombre o el dolor atroz de ser abandonada en el momento de su boda. Era una locura. Lo sabía. William no la quería. Alice era consciente de que el hermano de Katherine jamás toleraba una injusticia ni el dolor ajeno frente a sus ojos. Will era un hombre de principios, de honor, de una visión casi severa del mundo.

Pero su orgullo, ese orgullo maltrecho y sangrante, le gritaba que no habría mejor manera de devolverle el golpe a la sociedad

que casándose con alguien tan poderoso, tan codiciado y tan inalcanzable como William Charpentier.

Sería la bofetada perfecta.

Pero…

¿Valía la pena?

No tenía la menor idea. Sin embargo, su cabeza actuó antes que su razón. Alice asintió, dándole una respuesta afirmativa al hombre que siempre había amado.

—Entonces ve a arreglarte —dijo William.

Miró a toda la audiencia reunida.

—¿Te importa que sea algo privado?

Alice negó varias veces con la cabeza.

—Bien. Yo me encargaré.

William lanzó una mirada hacia su hermana menor. Katherine comprendió de inmediato lo que intentaba decirle y se abalanzó hacia su amiga, llevándola de regreso a la sala donde la novia había esperado hasta hacía unos minutos.

William se volvió entonces hacia los invitados.

—Bien, damas y caballeros.

Aplaudió una vez para llamar la atención de todos aquellos que aún miraban hacia la salida por donde acababa de desaparecer su ahora prometida.

—Nada más que observar. Lamento informarles que no habrá fiesta, y tampoco son especialmente requeridos para la ceremonia.

Se encogió de hombros con una calma insultante.

—Así que, con su permiso.

Las personas de la alta sociedad comenzaron a exclamar, ofendidas ante aquel delito contra la cortesía y los buenos modales. William no tenía nada que temer. No había nadie en aquel lugar que mereciera su respeto, además de su familia y, por supuesto, la familia inmediata de Alice.

Comenzó a bajar los escalones, pero fue interceptado por los padres de su futura esposa. Por un momento se quedó pensativo ante aquella simple frase. Su futura esposa. Iba a casarse. No sabía con exactitud por qué lo había hecho. Pero cuando vio a Alice en aquel altar, destrozada, fuera de sí, convertida en espectáculo para una sociedad cruel, no pudo hacer otra cosa.

—Gracias —sollozó el padre de Alice, tomándole la mano—. No sabe lo que esto significa para nosotros.

—No sabemos cómo compensarlo, señor —dijo la madre, con un rostro que, de manera extraña, no parecía reflejar gratitud.

—No deben preocuparse —respondió William con serenidad—. Lo hago por voluntad propia.

—Dios lo bendiga por lo que ha hecho —dijo el señor Miller, tocándole el hombro—. Dios lo bendiga por no permitir que mi Alice se hundiera en este dolor.

William tomó la mano del padre de Alice, la apartó con cortesía de su hombro y la estrechó con firmeza antes de despedirse de ellos

y encarar al resto de sus parientes.

Sobre todo, a su madre.

—Hijo —Alana lo miró, desconcertada—. Pero ¿qué…?

—No hay nada que hablar, madre —respondió William—. De todas formas, deseaban que me casara con ella. Ahora eso haré.

—Hijo mío, estoy orgullosa de tu honorabilidad como hombre —dijo ella con sinceridad—. Pero si esto es solo una obligación o un acto de lástima…

La antigua marquesa soltó un suspiro.

—Alice sufrirá tanto o más que cuando fue abandonada.

William la observó con frialdad.

—¿Quieres que me case o no?

—Quiero que lo hagas por las razones correctas.

William la contempló durante unos segundos. Después se irguió aún más, si aquello era posible, y declaró con absoluta seguridad:

—Me casaré con Alice Miller.

Los invitados que permanecieron para aquella boda fueron únicamente los familiares más cercanos. La ceremonia privada causó una polémica terrible entre la gente de Londres. Nadie dejó de juzgar a la pareja. Algunos alababan la actitud honrada y bondadosa del marqués francés; otros lo despreciaban por la forma poco amable en que había expulsado a todos aquellos que no pertenecían directamente a ninguna de las dos familias.

Pero la realidad era que nadie sabía lo que ocurría dentro de aquella iglesia, cuyas puertas habían quedado cerradas para los curiosos. El sacerdote encargado de celebrar la boda parecía poco convencido por el proceder de la pareja. La ausencia de amonestaciones correctas y el hecho de que ambos hubieran decidido casarse de manera tan repentina le causaban evidente inquietud.

—¿Estás seguro, muchacho? —preguntó el eclesiástico—. Esto es para toda la vida.

—Totalmente seguro —afirmó William.

—¿Y tú, querida? —El sacerdote miró a Alice—. Hace apenas una hora ibas a casarte con otro hombre, y ahora tomarás por esposo al caballero aquí presente.

—Lo deseo, padre —respondió ella, mirándolo con súplica—. En serio lo deseo.

El sacerdote conocía a Alice con especial cariño. Era una mujer sumamente devota. Incluso se atrevía a pensar que habría sido una buena consagrada, con dones naturales para atender a los pobres y a los niños. Pero la vida religiosa jamás había estado ligada al destino de Alice Miller. Él mismo la había disuadido varias veces. Era un alma del mundo. Un alma destinada a tener marido, hijos y una casa donde derramar aquella ternura inmensa que parecía no caberle en el pecho y aquel muchacho, el que ahora se postraba

junto a ella, era el hombre del que Alice le había hablado durante años.

Ciertamente, William Charpentier era un caballero admirable. El sacerdote entendía el amor que la joven le profesaba. Pero, a su parecer, había sombras en él, algo oculto, una frialdad que no provenía de la maldad, sino de un corazón demasiado acostumbrado a gobernarse a sí mismo. Sería un matrimonio distinto y su querida Alice, quizás, tendría que atravesar días oscuros.

Solo esperaba que Dios la estuviese encaminando hacia el bien.

—Os declaro marido y mujer —dijo finalmente el sacerdote—. Puede besar a la novia.

Cuando William posó sus labios sobre los de Alice, comprendió por fin que estaba casado. Aquella hermosa joven de ojos violáceos era su mujer, la futura madre de sus hijos, el pensamiento le resultó extraño, casi irreal, pero era cierto y tendría que acostumbrarse.

William ofreció su brazo a la sonrojada novia. Alice, con lentitud, deslizó la mano sobre él para ser escoltada por su esposo. No pudo evitar bajar la cabeza cuando caminaron hacia la salida de la iglesia, donde seguramente muchos de los invitados expulsados por su marido esperaban para murmurar y enterarse de la novedad de primera mano.

—Espera, Alice. Mandaré traer mi carroza hasta la entrada —dijo William—. No quiero preguntas ni felicitaciones poco sinceras.

Ella simplemente asintió, manteniendo la mirada baja. Ahora sí estaba avergonzada. Recordaba su conducta de hacía unos minutos en el altar. Había hablado frente a todos sus invitados, había expuesto su dolor, y ahora, además, había llevado a un hombre a desposarla cuando era evidente que él ni siquiera deseaba casarse.

—Alice… —la llamó una voz pequeña, casi cuidadosa.

La joven levantó la mirada y encontró a su ahora cuñada. Katherine, increíblemente hermosa con su cabello rojo y su rostro entre serio y apenado, parecía extrañamente contenida.

—Hola —susurró Alice, intentando sonreír.

—¿C-cómo estás? —titubeó su amiga.

—Creo que no entiendo lo que pasa —admitió Alice—. Sé que me casé, pero no comprendo por qué.

—Will lo hizo por voluntad, nadie le dijo nada ni lo obligó.

—Sabemos que él no quería casarse —la interrumpió Alice.

Con Katherine podía hablar. Era una de las pocas personas que le inspiraban confianza.

—Y mucho menos conmigo.

—Eso no es cierto.

—Vamos.

William apareció de nuevo a su lado, lanzó una rápida mirada a su hermana y luego colocó una mano en la cintura de Alice para incitarla a salir de la iglesia. La joven no dijo nada más. Caminó cuando su esposo se lo indicó.

—No hables con nadie —le dijo William en voz baja—, aunque intenten detenerte.

Alice asintió sin pronunciar palabra.

Más rápido de lo que pensaba, comprendió que su marido tenía razón. Era mejor no hablar con nadie. Lo descubrió apenas puso un pie en el primer escalón de la iglesia.

Ningún invitado se había marchado.

Aglomeradas afuera, decenas de personas se acercaron con la clara intención de obtener la mejor información posible para después repartirla a su gusto, seguramente distorsionándola en gran parte.

William fue tajante, también lo fue el resto de la familia, nadie se detuvo a hablar con nadie. A excepción de una persona. La madre de Alice parecía más que dispuesta a comentar la situación, como si se tratara de entregar una receta de cocina. El marqués quedó impresionado por la frialdad que aquella mujer mostraba. Casi parecía decepcionada de que, al final, su hija se hubiera casado.

No perdió tiempo en deducciones.

En cuanto estuvieron dentro de la carroza, William pasó a interrogar a su esposa. No era un hombre dado a quedarse con la intriga. Le gustaba tener la verdad entre las manos. Y mientras más rápido la consiguiera, mejor.

—Tu madre estaba muy tranquila —comenzó William—. Demasiado, si consideramos lo que acaba de suceder.

Alice dio un pequeño brinco ante lo inesperado de la conversación. Rápidamente se sonrojó y bajó la mirada.

—Supongo… que estaba feliz de que usted lo compensara todo.

—¿Usted? —William se extrañó—. Alice, por favor. Nos conocemos desde que tenías doce años.

—S-sí…

—No tienes que estar tan nerviosa. Solo nos hemos casado.

Alice levantó la mirada.

¿Hablaba en serio?

—E-es un cambio considerable —murmuró, presa de los nervios.

—Supongo que sí —respondió él, distraído—. Sobre tu madre…

—Ella es muy estoica —dijo Alice en voz baja—. No creo que cosas tan pequeñas la afecten.

William entornó los ojos.

—¿No le afecta que su hija haya sido plantada en el altar?

Cerró los ojos al ver la incertidumbre en las facciones escondidas de Alice. No estaba midiendo sus palabras.

—Lo siento.

Le tomó la mano.

—No te alteres más.

Alice asintió varias veces, pero no volvió a levantar la mirada, había demasiadas dudas en su cabeza. William no estaba mejor. De hecho, agradeció que Alice permaneciera callada, pues eso le

permitió pensar con claridad en lo que haría apenas llegaran a la casa de Bermont, donde se quedarían por el momento.

William ayudó a Alice a bajar de la carroza al mismo tiempo que el resto de sus familiares también llegaban, con la clara intención de hacer miles de preguntas. Pero el azoramiento de Alice y la frialdad de William borraron cualquier intención de sus cabezas.

Sobre todo William, cuya mirada azul se oscurecía con una dureza capaz de amedrentar incluso al más valiente.

—Entremos —indicó.

Luego miró a su hermana.

—Katherine, llévala a mi recámara. Que se quite el vestido y descanse un rato.

—Sí —respondió Kate sin replicar.

Tomó a su amiga por la espalda y la condujo hacia el lugar indicado. El resto de sus primas fue con ellas, esperando poder ayudar o consolar a la novia, que se veía más que confundida por todos los acontecimientos. William observó aquel proceder y después volvió el rostro hacia el padre de su esposa.

—Señor Miller —dijo con voz grave, provocando que el hombre se sobresaltara—, si me hace el favor, quisiera hablar con usted.

Extendió una mano hacia el interior de la casa.

—Abuela, tomaré el despacho del abuelo por un momento.

—Sí, sí, claro, cariño —asintió Violet.

—Madre.

Alana miró a su hijo.

—¿Te ocuparías, por favor, del resto de la familia de Alice?

—Sí, tesoro.

La antigua marquesa miró rápidamente a la madre y a las hermanas de Alice.

—Bien —dijo William—. Señor Miller.

Volvió a hacer la petición con la mano. Esta vez, el hombre la aceptó y caminó junto al marqués en un silencio que se cerró tras ellos. William abrió la puerta del despacho y dejó pasar primero a su suegro. Después entró él también. El señor Miller se veía claramente nervioso, cosa que causó cierta consternación en el marqués. No esperaba aquella actitud.

—¿Le ofrezco algo de beber?

—No, muchacho. Gracias.

—Bien.

William fue a sentarse en un sillón de cuero negro e invitó al padre de Alice a hacer lo mismo.

—Primeramente, quisiera disculpar mi proceder. Claramente, no es la manera apropiada de casarse con la hija de nadie.

—No tiene ni que mencionarlo, por Dios —negó el hombre—. Estoy más que agradecido. No sé cómo compensarlo.

William despegó la espalda del sillón y miró al padre de Alice con una expresión seria, casi inconforme.

—Me estoy llevando a su hija —le hizo ver—. Muchos padres detestan separarse de sus hijos.

—No, por Dios, no piense mal —negó el hombre, nervioso—. Quiero mucho a mi Alice. Pero claramente usted la ha salvado del repudio social.

—Entiendo.

William cortó el tema.

—Lo que quería decirle es que, como seguramente imagina, Alice se irá conmigo a Francia. No puedo permanecer más tiempo separado del país, por lo que partiremos lo antes posible.

—Sí. En realidad, lo imaginé.

—Bien. Lo segundo que quería comunicarle es que no sienta presión por la dote que acostumbra entregarse. No la deseo.

El hombre soltó el aire, el color regresó poco a poco a su rostro.

—En realidad, milord —dijo, avergonzado—, debo confesar que el canalla que la abandonó se llevó todo con él.

William levantó una ceja.

Casi dejó escapar una risa, pero logró contenerla.

No podía creer que alguien hubiera entregado una dote antes de que el matrimonio estuviese consumado siquiera por la ceremonia. Era particularmente estúpido. Seguramente aquel tipo estaría disfrutando ya, muy lejos de allí, de una pequeña fortuna que no debía de ser poca. Alice era considerada una solterona, y con tal de casarla, la dote debía de haber sido sustanciosa.

—Entiendo —dijo al final—. Lamento la indiscreción, pero he notado que su esposa se muestra magistralmente fría ante la situación. ¿Hay algo en especial que deba saber?

El padre de Alice comenzó a removerse en su asiento. El sudor resbaló por su frente con tanta evidencia que tuvo que sacar un pañuelo para secarse. William lo observó en silencio.

Comprendió enseguida.

—No se preocupe, señor —dijo—. Estoy casado con ella, y su nombre ha pasado a ser Charpentier.

—Ella también es una Miller —entendió el hombre la insinuación —. Se lo aseguro.

—Por supuesto.

—Por favor —pidió el señor Miller—. No se lo diga…

—Creo que ella ya debe tener alguna sospecha —respondió el marqués—. No es como si su esposa lo disimulara demasiado.

—Lo sé —asintió—. Pero no ha sido mala con ella. Se lo aseguro.

—Por el bien de todos, eso espero —pronunció William.

Era bien sabido que el marqués era especialmente protector con cualquier mujer de su familia. Y ahora Alice era la más cercana a él. La única, en realidad, a la que debía proteger por encima de todas.

El señor Miller abrió mucho los ojos y sonrió, complacido.

—Sé que no la ama —dijo de pronto—. Pero al menos sé que estará bien a su lado.

—De eso no tiene que preocuparse —aseguró William—. Y con todos los temas resueltos, creo que podemos volver con nuestras familias. Alice y yo partiremos hacia Francia en el primer barco disponible. Está previsto dentro de dos días.

—¿Dos días?

—No puedo quedarme en el ocio. Ya he abusado bastante.

—Entiendo… claro. Lo entiendo bien.

El hombre asintió varias veces, como recordándose a sí mismo que debía sentirse agradecido. Pero Francia estaba lejos. Demasiado lejos. Y la posibilidad de volver a ver a su Alice parecía, de pronto, cada vez más remota.

—Bien —dijo William, poniéndose de pie—. Vamos, entonces.

CAPÍTULO 3

Alice se encontraba sentada en la cama que, hasta aquella mañana, era únicamente de William. Se sentía incómoda. De eso no cabía duda alguna. Sin embargo, al tener a todas sus amigas a su alrededor, no podía hacer otra cosa que actuar con normalidad… o, al menos, con tanta normalidad como era capaz de fingir.

Todo lo ocurrido aquel día seguía pesándole sobre el pecho como una joya demasiado pesada, había despertado esa mañana con la certeza de que, al caer la noche, estaría casada con un hombre, pero ahora resultaba que todo había cambiado. En lugar de Lucca Fridckford, su prometido, estaba William.

William Charpentier. El amor de niña que había decidido abandonar por salud mental y emocional.

—¿Alice? —la llamó alguien, con tono interrogante.

—¿Mande? —respondió ella, distraída, sin mirar realmente a nadie.

—¿Quieres tomar un baño? —repitió Marinett, consciente de que la primera vez su amiga no la había escuchado.

—Sí… —asintió la joven—. Pero me gustaría hacerlo en alguna de sus habitaciones.

No podía siquiera imaginarse desnudándose en un lugar donde William también lo hacía. De hecho, sentía que el cuerpo le ardía con solo pensar que estaba sentada en la cama donde él había dormido apenas unas horas antes.

—Es tu esposo —dijo Katherine, casi como si le hubiese leído el pensamiento—. Puedes usar sus cosas.

Alice la miró rápidamente, pero negó.

—No. No puedo —respondió con una firmeza que sorprendió a la pelirroja—. No estoy lista para eso.

—Pero, querida… —se adelantó Elizabeth—. Sabes que… bueno…

Se sonrojó.

—Esta noche sigue siendo tu noche de bodas.

Alice abrió los ojos y el rubor se intensificó en sus mejillas, si es que aquello era posible. Lo había olvidado por completo. O, más bien, su mente lo había apartado para no derrumbarse.

Sabía lo que se esperaba de una esposa en su primera noche, lo sabía, pero aquello habría sido con Lucca, no con William. La idea la abrumó de tal manera que por un instante creyó que iba a desmayarse.

—Él entenderá —dijo Annabella, sosteniéndola por los hombros —. Ha sido demasiado para un solo día.

Alice volvió a negar.

—No puedo pedirle eso. Tiene derecho a reclamarlo.

—Eso no significa que no pueda tomarte otro día —dijo Emma, mostrando una conciencia del asunto mucho mayor de la que debería.

Todas las casadas miraron con extrañeza a su amiga rubia, pero no era momento de ponerse a pensar en las ocurrencias de Emma Sellers.

Callaron por un instante.

Alice parecía considerar que aquel era un asunto demasiado íntimo y no pensaba compartir su opinión con ninguna de las presentes. Siempre había sido reservada con todo aquello que perteneciera a su vida privada. Ni siquiera Katherine, su mejor amiga, podía adivinar con facilidad lo que pensaba.

—Prepararé el baño en mi habitación —concedió Kate—. Pero tendrás que dormir aquí… lo entiendes, ¿verdad?

—Sí.

—Bien —asintió Marinett—. Vamos a la recámara de Kate, entonces.

La tomó de la mano y comenzó a guiarla fuera de la habitación.

Cuando Alice se metió en la bañera, sintió que el cuerpo se le rendía al alivio. Los músculos, tensos por la tensión de todo el día, comenzaron a relajarse bajo el abrazo caliente del agua. La cabeza le palpitaba, no solo por el calor, sino por el cansancio feroz de

haber sobrevivido a una humillación pública, una boda inesperada y una vida nueva que se abría ante ella sin pedirle permiso.

Cerró los ojos y recostó lentamente la cabeza en el borde de la tina.

¿Qué debía hacer ahora?

Ser propietaria de una casa grande no era el problema. Su familia tenía dinero y una posición bastante acomodada; no por nada se les emparentaba con los Wellington, aunque fuera por parte de su madre y de manera muy lejana.

Pero manejar un marquesado era algo distinto.

Y si deseaba empeorar las cosas, solo tenía que añadir que William no era únicamente un marqués. Era, además, una de las figuras políticas más importantes de Francia.

¿Qué se esperaba de la esposa del presidente del Consejo de Ministros? Seguramente nada de lo que ella era capaz de ofrecer.

Alice no hablaba cuatro lenguas como las Bermont. Incluso los Charpentier dominaban más idiomas que ella. Sus lecturas no eran agudas como las de Katherine o Giorgiana. No sabía nada de política, economía ni administración. Sabía leer y escribir gracias a que había pasado buena parte de su vida en la casa de Bermont, pero…

¡Dios!

Ni siquiera hablaba bien el francés.

De pronto, la idea de sumergirse en el agua y no salir jamás le pareció peligrosamente tentadora.

Ella sabía cocinar, ordenar una despensa moderada, cuidar animales y ocuparse de las necesidades básicas de una casa de ciudad como la de sus padres. Pero aquello no era lo mismo que dirigir un castillo, tratar con cientos de criados, familias dependientes del marquesado y trabajadores que esperaban de la nueva marquesa una autoridad que Alice no sabía si poseía.

—Alice —la llamó Kate—. Deja de preocuparte.

—No puedo —murmuró la joven.

Solo entonces se dio cuenta de que, en medio de su sufrimiento, había resbalado en la tina hasta casi sumergir la nariz en el agua.

—Durante mucho tiempo estuve enamorada de tu hermano…

—Y ahora estás con él.

—Pero… —prosiguió Alice, elevando un poco la voz para no ser interrumpida de nuevo— me di por vencida cuando comprendí que no podía estar a su lado. ¡Dios mío, Katherine! Yo no puedo ser marquesa. No sé organizar veladas ni hablar el idioma. No sabré comportarme con los modales requeridos ni conversar con fluidez en su círculo social. ¡Ni siquiera puedo hacerlo con ustedes, y siempre hemos sido amigas!

—¡Tranquila!

Katherine le tomó los hombros, mojándose ligeramente el vestido.

—Te alteras demasiado. No es como si alguien naciera sabiendo qué hacer desde el principio.

—Es fácil para ti —negó Alice en la bañera—. Tú naciste marquesa.

Katherine no dijo nada por la sencilla razón de que era verdad.

Sus primas y ella siempre habían sabido que se casarían con nobles. En realidad, aquello no suponía un cambio demasiado radical, pues ellas también lo eran de nacimiento; pero Alice tendría que aprender a ser marquesa y su carácter tímido no le facilitaría las cosas.

—No tengas miedo —Katherine se acuclilló junto a la bañera—. Will es un hombre que sabe valorar a las personas por lo que son.

—¡Pero ahora soy su esposa! ¡Y su país también espera cosas de mí!

Kate apretó los labios y miró a otro lado.

—Gigi puede ayudarte —dijo al fin—. Ella está allá. No tienes de qué preocuparte ahora.

Alice no respondió.

Pero era evidente que seguía preocupada. Nada de lo que le dijeran conseguiría tranquilizarla por completo.

—Venga, sal ya —pidió la pelirroja—. Necesitas descansar.

La joven se puso en pie y aceptó la toalla que su amiga le ofrecía. Tal vez solo necesitaba dormir un poco. Tal vez, así, su mente dejaría de trabajar y no le recordaría a cada instante la

decisión impulsiva que había tomado al decir que sí a la proposición de Millentmont.

Eran las siete cuando William subió las escaleras hacia su recámara. No había visto a Alice desde que la envió allí. No bajó a comer ni a cenar, lo que le hizo preguntarse cómo podía seguir funcionando sin nada de alimento en el cuerpo. Katherine le había dicho que estaba cansada y que era mejor dejarla dormir cuanto quisiera. William estaba de acuerdo con su hermana menor, pero no comer también podía hacerle daño.

El imponente hombre abrió la puerta de la habitación y se encontró con una oscuridad absoluta.

Se sorprendió.

Él jamás dejaba la recámara sumida en semejante penumbra, pero parecía que su mujer sí disfrutaba de la negrura de la noche, o quizá prefería perderse entre las sombras antes que encender una vela o alimentar la chimenea. Sobre todo, considerando que las ventiscas otoñales traían consigo un frío capaz de filtrarse bajo las puertas.

William avanzó hasta la mesa de noche con la seguridad de quien había vivido en aquella habitación durante años. Tomó la vela que siempre dejaba allí y la encendió.

Una claridad tenue, dorada, se extendió por la estancia. Lo suficiente para descubrir el pequeño bulto que Alice formaba entre las sábanas de su cama. Aparentemente dormía profundamente.

Era extraño, jamás imaginó que precisamente ella terminaría siendo su esposa. No es que la despreciara, no habría sido capaz de algo semejante. De hecho, le agradaba la idea de descifrar su carácter. Alice era muy distinta a sus hermanas, más tranquila, más dócil en apariencia. Parecía incapaz de dar problemas a nadie, lo cual era un verdadero alivio, al menos no tendría que perseguirla por todas partes para evitar que se metiera en problemas.

Se acercó a la cama y observó su rostro plácido, abandonado al sueño. Inmediatamente surgió en él la duda que lo venía carcomiendo desde hacía horas: ¿Cómo podrían sostener aquel matrimonio?

En ese instante, los ojos de Alice comenzaron a abrirse lentamente, turbados por la luz que antes no existía en la habitación. La pobre muchacha, al distinguir la silueta de William, dio un brinco, se sentó de golpe sobre la cama y se cubrió el cuerpo con la sábana.

El marqués tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no soltar una risa. Alice estaba completamente vestida con su camisón.

La sábana era, sin duda, innecesaria.

—Lamento despertarte, pero no has comido nada en todo el día.

—Y-yo… lo siento.

—No tienes que disculparte. No has hecho nada malo.

William se sentó en la cama y la observó.

—Creo que debemos aclarar algunas cosas.

Alice, como de costumbre, no añadió nada. Un simple asentimiento de cabeza bastó para demostrar su aceptación.

William siempre había considerado una virtud no hablar demasiado. Él mismo lo evitaba con frecuencia. Hablaba cuando era necesario. Ni una frase de más salía de sus labios. Era puntual, directo y no mentía jamás. Por lo tanto, que su esposa pensara antes de hablar le resultaba agradable.

—Alice, soy consciente de que todo esto ha sido abrumador para ti. Para mí también lo es —comenzó él—. Pero ahora eres mi mujer y espero lo que cualquier hombre espera.

Ella bajó la mirada.

—No te lo pido ahora —añadió William—. Sería una crueldad. Nos ajustaremos. Nos hace falta conocernos.

Alice lo miró, sorprendida.

—Me refiero —aclaró él— a que no te conozco como mujer. Para mí siempre has sido como una de mis hermanas. Una amiga muy querida.

—Entiendo.

No añadió nada más, y para William aquella aceptación fue suficiente.

—Bien —asintió él—. ¿Quieres que pida algo para que comas?

Alice negó. No tenía hambre ni siquiera recordaba qué era sentir algo con claridad. Sus emociones estaban tan enredadas que apenas era consciente de que seguía viva y aquel hombre al que había

amado tanto durante su niñez y parte de su juventud estaba sentado a su lado, hablándole de su bienestar.

Pero era mentira, no había quedado en su juventud, ella seguía queriéndolo. Aunque, tal vez, en ese momento experimentaba más nervios que cariño.

—Tienes que comer algo —insistió William.

—En serio estoy bien —respondió ella, tranquila, pero cansada.

—Mandaré pedir algo.

William se puso de pie y salió de la habitación.

Algo le decía a Alice que no le quedaba más remedio que comer lo que fuera que le trajeran. William no parecía un hombre dispuesto a dejarle demasiadas opciones.

Una hora después, el marqués entró acompañado por una doncella. La recámara había sido iluminada por orden suya, y ahora podía ver con mayor claridad el rostro desmejorado de la joven.

—Cómaselo todo, marquesa —sonrió la doncella—. El viaje a Francia siempre es largo, y allá no es tan bonito como aquí, ¿verdad, señorito Charpentier?

—Te equivocas, como de costumbre, Clotilde —respondió William —. Pero, también como siempre, no me darás la razón aunque te lo explique con palitos.

La mujer, ya algo entrada en años, soltó una risa suave.

—El señorito nunca acepta que Londres es mucho más bonito que París, pero es la verdad —le susurró a Alice mientras colocaba

una bandeja con un plato de estofado y una cuchara.

—Gracias —sonrió dulcemente Alice, mirando a la mujer a los ojos.

—¡Válgame Dios! —exclamó Clotilde—. ¡Niña Miller! ¡Si la he visto desde que era usted una cría y jamás había notado el color de sus ojos!

Alice bajó la mirada de inmediato. Casi nadie sabía de qué color tenía los ojos. Era raro que mirara a alguien directamente al rostro.

—Si me permite, señorito Charpentier…

La doncella pidió permiso rápido al esposo de aquella mujer antes de acercarse, casi invasiva, al rostro de la joven. Alice miró hacia todos lados, incómoda por la cercanía, pero no dijo nada. Permitió que aquella mujer se deleitara con el color de sus ojos.

—Sí, son violetas —dijo Clotilde, mirando a William—. ¡Violetas!

—Sí, Clotilde, lo sé. Mira que eres despistada.

—Nunca lo noté, señorito. En serio.

La mujer volvió a sonreír hacia la nueva marquesa de Millentmont.

—Es usted preciosa, niña. Solo levante más la mirada para que todos envidien esos ojos. Le aseguro que el señorito Charpentier tendrá problemas con sus admiradores.

La joven no podía sentirse más avergonzada. El intenso rubor de su rostro la delataba sin compasión.

William la observó con una ternura inesperada ante su azoramiento y despidió a la doncella con una simple mirada.

—Será mejor que comas o se enfriará —dijo él, acercando una silla para sentarse junto a la cama.

Alice tomó la cuchara y comenzó a probar el caldo.

En realidad, estaba delicioso.

Calentaba su cuerpo, le acariciaba el estómago vacío y parecía devolverle un poco de vida. Solo entonces comprendió que, en efecto, tenía mucha hambre.

—Nos iremos a Francia en dos días —informó William, observándola comer con más ánimo—. Mi viaje estaba programado desde hace tiempo. Espero que no te moleste partir de inmediato.

—No me molesta.

—Bien. Veo que tenías hambre.

—No soy una niña, Will —dijo ella—. Sé que debo comer… solo… no tenía ganas.

William permaneció callado. Él le llevaba apenas seis años. No era tanto. Pero en su mente, a veces parecía que en realidad le llevara veinte. Alice era tan pequeña, tan frágil, de facciones tan finas y dulces, que no aparentaba tener más de dieciocho.

Se preguntó cómo sería recibida en Francia.

Recordaba vagamente lo mucho que Kate había sufrido cuando fue presentada en la corte inglesa, y eso que Katherine era Katherine. No podía imaginar a Alice defendiéndose sola. Suspiró. Al

final, tal vez sí tendría que perseguirla. Aunque Giorgiana estaba allá y seguramente no la dejaría desamparada.

Pero acercarla a su hermana mayor era un arma de doble filo.

Solo esperaba que no la transformara en una mini Gigi.

—¿Estás bien? —preguntó Alice dulcemente, dejando el plato vacío sobre el buró que tenía a su lado.

—Sí.

William movió la cabeza, como si intentara despejarse.

—Vamos a dormir.

Alice recuperó de inmediato el rubor. El azoramiento hizo que bajara la cabeza casi por instinto.

—¿Prefieres que duerma en otro lado? —preguntó él, considerado.

—No —respondió rápidamente, temiendo haberlo ofendido—. No, perdóname. Es tu cama. Puedes dormir en ella.

—Mi cama ahora es tu cama —dijo William con seguridad—. Sería conveniente que te acostumbraras a ello.

—S-sí…

La joven lo observó ponerse en pie y caminar hacia el armario. Después pasó tras el biombo para cambiarse. Por lo que William decía, al llegar a Francia también dormirían juntos. ¿No era costumbre entre los nobles tener habitaciones separadas? ¿Acaso eso ya no se usaba? No pudo seguir pensando, porque William salió

ya cambiado, vestido con un pijama de seda negra, y se detuvo a los pies de la cama.

—Suelo ocupar el lado derecho —dijo él, sin el menor pudor al confesar sus costumbres y él tenía muchas—. Espero que no te moleste.

Por un momento, Alice no lo comprendió. Luego notó que ocupaba precisamente ese espacio y se removió casi de un salto para dejárselo libre. William bajó la cabeza, ocultando una sonrisa divertida, y caminó hacia el lado que ella había desocupado de manera tan graciosa. Levantó las mantas y se acomodó sobre la almohada.

—L-las luces… ¿Quieres que las apague?

—No —respondió él, somnoliento—. Alguien más vendrá a hacerlo.

—Puedo hacerlo.

—No es necesario, Alice. Duérmete.

La joven quedó ligeramente conflictuada con la idea de que alguien entrara en la habitación mientras ambos… mientras los dos estaban… bueno, dormidos. Uno junto al otro.

Se sonrojó.

Era bochornoso, pero a William parecía tenerlo sin cuidado. De hecho, incluso parecía acostumbrado a ello. Los nobles tenían costumbres rarísimas. En su casa, aunque eran ricos, todos sabían moverse, cocinar, arreglar algo roto, barrer o lavar si era necesario.

Se preguntó qué tan mal visto sería hacer todo aquello siendo marquesa.

William despertó aquella mañana con la sensación de que debía ir a trabajar. Lo cual no dejaba de ser cierto, aunque de momento no se encontraba en París, sino en Londres.

Y eso no era todo.

Lo más extraño era la mujer que dormía junto a él.

Alice descansaba tranquila, como una niña, con los cabellos castaños esparcidos sobre la almohada. Estaba de cara a él, y una mano pequeña y suave reposaba sobre su pecho, siendo aquel el único contacto entre ambos.

Una mujer. No. Su mujer. Aunque no en toda la extensión de la palabra, puesto que no había intimado con ella.

Pero se había casado con aquella joven de rostro casi infantil.

Se detuvo a observarla. La pequeña boca roja y carnosa, de trazo delicado. Las largas pestañas que normalmente se encargaban de ocultar sus preciosos ojos. Su cuerpo, de proporciones agradables, no era alto, pero tampoco demasiado bajo. Aunque comparada con él, sin duda, parecería diminuta.

William cerró los ojos cuando notó que ella estaba a punto de despertar. Quería ver su reacción al darse cuenta de que había dormido al lado de un hombre. Intentó acompasar la respiración y se guio únicamente por el oído para saber qué hacía la pequeña dama mientras él fingía dormir.

Sintió cómo la mano que descansaba en su pecho comenzaba a moverse con curiosidad. Al parecer, Alice aprovechaba que él estaba dormido para examinarlo. Tuvo que morderse la lengua para no reír ante aquel arrebato y permitirle hacer lo que quisiera.

La mano suave de Alice recorrió su pecho, su cuello, su mandíbula, sus labios… Sí. No estaba resultando tan fácil como había imaginado.

No verla le provocaba una necesidad absurda de abrir los ojos, y el roce de aquellos dedos delineando su boca despertó en él una tentación inesperada: querer besarla.

¿Besarla?

Eso era nuevo.

Aunque quizá no tan extraño. Nunca había sido hombre de resistirse fácilmente a una mujer que estuviera en su misma cama. Pero con Alice no le había costado trabajo contenerse. De hecho, se había quedado dormido con una rapidez casi ofensiva.

William, incapaz de resistir más, abrió la boca y atrapó suavemente uno de los dedos que Alice pasaba sobre sus labios.

—¡Ay! —se asustó la joven—. ¡Lo siento! ¡Perdona!

El rubor le cubrió el rostro por completo.

William no pudo evitarlo. Rio. Y rio todavía más al ver que su esposa le lanzaba un pequeño mohín que se apresuró a ocultar, igual que la mano con la que lo había estado tocando.

—¿Te divertías?

—Yo…

No dijo nada más. Simplemente bajó la cabeza.

—Bien, mi querida Briony —dijo él—. Vamos a desayunar.

Alice abrió mucho los ojos. Incluso dejó que la boca se le entreabriera por la impresión mientras seguía a su esposo con la mirada cuando este se levantó de la cama.

—¿Cómo…?

—¿Qué? —preguntó William, quedándose de pie junto a la cama —. Ah. ¿Cómo sé que te llamas Briony?

Ella asintió.

—Lo recuerdo de cuando mi abuela nos presentó.

—Teníamos doce años —dijo ella, sorprendida—. Pensé… no sé, que lo habrías olvidado.

—No me resulta fácil olvidar nada —se encogió de hombros—. Por eso tengo fama de rencoroso. Una ofensa jamás se olvida. Aunque pueda tratar con respeto a la persona, no vuelvo a tenerle confianza.

Alice levantó ambas cejas y asintió.

—Por eso te recomiendo que no me seas infiel. Posiblemente nunca volvería a hablarte.

—¡Yo nunca…!

Se calló al ver la sonrisa de William.

—Yo no sería capaz de engañar a nadie —terminó, bajando la voz.

En ese momento, alguien llamó a la puerta.

—¡Alice! —gritó Katherine—. ¡Tu madre está aquí! ¡Despierten!

—¡Tío Will! ¡Quiero mi regalo! —exigió la pequeña Blake.

—Hija, no seas grosera —la regañó Katherine—. Vamos.

Los nuevos esposos sonrieron y negaron con la cabeza hacia la puerta. Esa Katherine era lo mejor que podía tenerse por la mañana. Y sus hijos no eran mejores. Blake era determinada como su padre; Adrien, un travieso empedernido; y Ashlyn, una combinación perversa entre Adam y Katherine.

—Tu madre viene a visitarte —dijo William, deseoso de saber más sobre la vida de su esposa—. Tal vez te ha traído algo.

—Sí —sonrió Alice, aunque de manera falsa.

Su madre no vendría precisamente a felicitarla. Eso lo sabía bien.

—Parece que eso te causa alguna clase de conflicto —observó él mientras iba al armario a buscar ropa limpia.

—No —respondió Alice rápidamente—. Solo que no pensé que fuera a venir tan pronto.

William la miró durante largo rato, sosteniendo únicamente la camisa blanca que estaba por ponerse. Mentía. Y nadie detectaba mejor una mentira que él.

—Bueno, me la saludas —dijo mientras se quitaba la camisa.

Alice se azoró al verlo por primera vez sin una prenda tan crucial como la camisa. Volvió rápidamente el rostro para no mirarlo y se

concentró en tender la cama. Le resultaba más fácil conservar la calma si ocupaba las manos en algo.

Pero William no le dio tregua, cuando ella tiró de la sábana para comenzar a arreglarla, él tomó su mano.

—No hace falta.

Alice soltó la manta y lo miró.

El cuerpo de William siempre había resultado atractivo bajo toda la indumentaria diaria que los hombres debían usar. Pero ahora que lo veía sin camisa, con la musculatura firme y el tamaño imponente de su cuerpo ante ella, la joven pensó que nunca había contemplado algo más hermoso.

—S-siempre lo he hecho —dijo, alejándose de él.

—Aquí está bien —respondió William mientras ella continuaba haciendo la cama—. Pero en París te matarían solo por intentarlo.

—¿Está mal que lo haga? —preguntó ella, nerviosa—. ¿No es una ayuda para las doncellas?

—No. En Francia se vería como una usurpación de tareas. Ellas están en la casa para trabajar. Si tú les quitas sus labores, se quedarán sin nada que hacer, y eso no honra su oficio.

—Es tonto.

—Es una costumbre —la corrigió—. Pero no te preocupes. Ya aprenderás.

Le tocó la mejilla con una dulzura inesperada.

Alice sintió que un calor desconocido invadía su cuerpo. Era impresionante lo que Will podía provocar en ella con apenas un roce.

Asintió y se alejó de él, volviendo al asunto de la cama. Mientras pudiera, conservaría su rutina. Algo le decía que su llegada a Francia cambiaría por completo la vida que conocía.

En cuanto William terminó de vestirse, salió de la habitación, dejándola sola para que pudiera cambiarse mientras él bajaba tranquilamente a desayunar.

No le sorprendió encontrar a su hermana pelirroja esperándolo al pie de la escalera. Con los brazos cruzados y una mirada intimidante, Katherine no tardó en comenzar el interrogatorio.

—¿Fuiste amable con ella? —preguntó directamente.

William se negaba a creer que su pequeña hermana acabara de hacerle una pregunta tan indiscreta. No había otra forma de interpretarla que por el lado íntimo. Si él no fuese un hombre tan controlado, aquella pregunta habría resultado profundamente embarazosa. Y más viniendo de su hermana menor, a quien solo imaginar… No. Detuvo su propio pensamiento.

Si seguía por ese camino, terminaría tan molesto que tendría que golpear a Adam. Y el duque, además, le caía perfectamente bien.

—Voy a fingir que mi hermanita no me ha preguntado eso —dijo.

—Pues no finjas. Lo pregunté porque quiero respuesta.

Katherine lo siguió por el pasillo.

—¿No es esa una conversación de mujeres? —replicó William—. ¿No es eso lo que hacéis después de la primera noche de casada? ¿Ir a cotillear con vuestras amigas?

—No es cotilleo. Es una verificación para saber si el hombre no ha sido un completo patán.

Se cruzó de brazos.

—Además, tú eres mi hermano.

—Precisamente por eso debería ser un tema vedado para nosotros.

William sonrió, tomó la nariz de su hermana entre los dedos y después le revolvió el cabello antes de entrar al comedor.

—¡No soy una niña, William! —se quejó la pelirroja, enfadada.

—Lo que tú digas.

William entró en el abarrotado comedor. El silencio cayó de inmediato. Era de tontos no comprender que antes habían estado hablando de él. Pero, en ocasiones, era mejor hacerse el tonto. Y eso aparentó William, quien no deseaba hablar de nada más que de las pancetas servidas sobre la mesa.

—Buenos días, cielo —dijo su madre, primera en intentar establecer conversación con el enemigo.

—Madre —saludó él con la cabeza—. Buen día.

El resto de los tíos y primos presentes estaba pendiente de cada palabra que pudiera arrancársele al enigmático y taciturno hombre.

—¡Ay, todos los cielos! —exclamó Elizabeth—. ¿La trataste bien o no?

—¡Elizabeth! —la reprendió la abuela Violet.

—¿Qué? —La rubia las miró—. Todos lo están pensando.

William compadeció seriamente a Robert, quien, por cierto, parecía ajeno a toda la conversación. El hombre charlaba amenamente con Adam, que tampoco parecía entusiasmado con el tema que las mujeres deseaban tratar. Thomas y James estaban de pie en una esquina, cada uno con su respectivo hijo en brazos, conversando con Hugo Kügler. Su padre, Edmund Charpentier, estaba demasiado ocupado intentando que Blake, Adrien y Ashlyn comieran el huevo frito frente a ellos. Los Donovan discutían algo sobre Irlanda que William apenas alcanzaba a oír.

Ah. ¿Por qué había tantas mujeres en su familia?

—Lizzy, te diré lo mismo que a Kate —dijo él, mirándola con frialdad—. Es una conversación que no me concierne. Si tantos deseos tienen de saber lo que se hace o no en mi cama, hablen con Alice.

—¡William! —exclamaron Alana y Violet al mismo tiempo.

—Son ustedes quienes se están metiendo en mi vida en primer lugar —se encogió de hombros—. Es normal que conteste como normalmente lo haría.

En ese momento, la puerta del comedor volvió a abrirse, dando paso a una entristecida Alice, quien acababa de ver a su madre.

Se sintió todavía peor al notar que todas las miradas se posaban sobre ella. Por la expresión de su rostro, parecía a punto de salir corriendo si no dejaban de observarla.

—Buenos días —dijo al fin, con una vergüenza evidente en su voz.

—Hola, linda —saludó la abuela desde la cabecera—. Siéntate.

William se puso de pie para apartarle la silla. Alice le ofreció una pequeña sonrisa de agradecimiento y se sentó junto a su marido para comenzar a desayunar.

—¡Ha llorado! —observó Marinett—. ¿Qué le hiciste?

Miró a su primo de manera incriminatoria, pero William simplemente la ignoró.

—Alice, ¿qué pasa? —Clare le tocó el hombro desde su asiento.

—¿Qué te ha hecho ese torpe hermano mío? —Kate alzó el puño.

—¿William? —Alice volvió la vista hacia su marido, quien seguía desayunando con absoluta normalidad—. Nada. Solo me despedí de mi madre y me dio tristeza.

Mentira, pensó William. Pero siguió comiendo, aparentemente desinteresado. De hecho, desconectó su mente durante el resto del desayuno. Si alguien le hablaba, respondía con monosílabos, sin extenderse ni un poco.

Así transcurrió el desayuno, del que William y los demás caballeros huyeron en cuanto se les presentó la oportunidad. Habían

decidido ir a montar un rato, aunque en realidad la excusa servía para no estar presentes cuando todos aquellos cuestionamientos bochornosos llegaran a boca de las mujeres.

En cuanto William terminó de besar la frente de su esposa y salió del comedor, las mujeres de Bermont comenzaron a amonestarla con miles de preguntas que la pobre joven apenas entendió.

—¡Basta! —gritó Katherine—. Una por una.

Alice miró horrorizada a su amiga. Pensaba que intervendría para que la dejaran tranquila. En lugar de eso, su amiga había impuesto orden para que las preguntas se hicieran de manera organizada.

—¡Yo tengo una pregunta general! —dijo Elizabeth, levantando la mano mientras dejaba a Sophi en el suelo.

—Concedido —dijo Katherine, adoptando el papel de mediadora.

—¿En serio esto se hace? —susurró Alice a Clare.

—No —sonrió la joven—. Pero creo que, por todo lo que pasó, tienen curiosidad.

Alice frunció el ceño y miró a Elizabeth, quien parecía orgullosa de ser la portadora de la primera pregunta.

—¿Consumaron el matrimonio anoche?

Esa era la pregunta clave.

Al ver a William, todos habían supuesto que habría reclamado sus derechos maritales. Pero nadie lo sabía con certeza. Conocían al

marqués lo suficiente como para entender que sus respuestas podían ser más huecas que un árbol seco. Si él no quería contestar algo, encontraba la forma perfecta de hacerte creer que había respondido cuando, en realidad, no lo había hecho.

Alice abrió los ojos y bajó la cabeza.

No era posible que pretendieran que contestara aquello. Era demasiado personal para compartirlo en una especie de foro común.

—E-es… personal —dijo al fin.

—¡Nada de personal! —replicó Marinett—. Solo queremos saber si te hizo daño.

Alice levantó la mirada.

—¿Conocen a su pariente? —preguntó, mirándolas una por una —. ¿De verdad creen que sería capaz de lastimar a alguien con intención?

Las damas se mostraron un poco avergonzadas al escucharla.

La verdad era que se habían dejado guiar por la curiosidad, no por el bienestar de ninguno de los dos.

—¡Mira qué niña! —aplaudió Alana—. Te irá muy bien con mi hijo. Nos has dejado a todas con los labios sellados.

No había sido la intención de Alice, pero había aprendido a defenderse de esa forma gracias a su madre.

No entendía por qué, pero su madre siempre había sido dura con ella. Incluso fría. Nunca se limitaba a señalarle sus defectos. Y, según parecía, virtudes no tenía ninguna.

Desde muy temprana edad, Alice había sido comparada con sus hermanas menores. A ellas se les alababa la belleza, la clase, el encanto y, por supuesto, un aspecto físico que su madre consideraba mucho más atractivo que el suyo.

Lo único que Alice tenía a su favor eran sus ojos. Y ni siquiera le gustaban. Su madre siempre le había repetido que eran un defecto. Un color extraño. Poco elegante. Nada comparable con el azul limpio de sus hermanas. De hecho, la joven no sabía de dónde había sacado aquellos ojos violetas. Pero no los agradecía en absoluto. Solo esperaba que, ahora que estaba casada, su vida mejorara un poco.

Solo un poco.

CAPÍTULO 4

William observaba cómo Alice se asomaba por la ventana de la carroza. Había algo casi hipnótico en verla descubrir Francia por primera vez. Su rostro, normalmente recogido en una timidez silenciosa, se había iluminado con una emoción que ella intentaba contener sin demasiado éxito. Sus ojos violetas iban de un edificio a otro, de las calles amplias a los escaparates, de los carruajes a las damas que caminaban envueltas en sedas y sombrillas, como si París entero hubiese decidido abrirse ante ella con una cortesía deslumbrante.

Casi podía sentir los nervios y el asombro que invadían a aquella joven que abandonaba por primera vez su país de origen para comenzar una nueva vida en la capital francesa.

—¿Te gusta, Alice? —preguntó William, aunque conocía la respuesta desde antes de formular la pregunta.

La sonrisa que ella le dirigió fue suficiente.

—¡Es hermoso! —aceptó, con una espontaneidad que rara vez se permitía—. Clotilde se equivoca. París es más bello que Londres.

—Eso lo dices porque apenas has salido de Inglaterra —respondió él—. Con el tiempo comenzarás a distinguir tus propios gustos.

—No lo creo —murmuró ella, extasiada—. Creo que hasta el aire de este lugar es distinto.

—Bueno, ya no estamos en Inglaterra —dijo William, como si aquello explicara todo.

Alice no respondió. Se dedicó a observar cuanto la rodeaba.

Admiró la arquitectura, tan diferente a la londinense; los balcones de hierro que parecían bordados sobre la piedra; las fachadas claras, los cafés elegantes, las tiendas de toda estirpe, el perfume de los panes recién hechos mezclándose con el humo de los carruajes y la humedad del Sena. París se le antojó una ciudad viva, orgullosa de sí misma, como una dama bellísima que no necesitaba pedir permiso para ser contemplada. Entonces vio, a lo lejos, una silueta monumental.

—Dios mío —susurró, asomándose un poco más por la ventana —. ¿Ese es el Palacio del Trocadero?

—Lo es —respondió Will, siguiendo la dirección de su mirada—. Fue construido para la Exposición Universal de 1878. Durante meses, París fingió ser el centro del mundo.

—¿Y no lo es? —preguntó ella, con una ingenuidad tan seria que a William casi le arrancó una sonrisa.

—Para los parisinos, siempre lo ha sido.

Alice soltó una pequeña risa.

—¿Tú estuviste allí? Cuando se realizaron todas las exhibiciones.

—Aquí soy presidente del Consejo de Ministros —respondió él—. Las asistencias sociales, políticas y diplomáticas son parte de mi día a día. Una generalidad más dentro de mi trabajo.

La miró.

—Ahora que eres mi esposa, te corresponde estar a mi lado.

Alice sonrió con nerviosismo. Era verdad. Ser la mujer de alguien tan importante como William resultaba intimidante. La sociedad francesa seguramente no esperaba que su presidente del Consejo de Ministros se casara de manera tan repentina con una inglesa. Estaba casi segura de que no sería recibida con agrado.

Agradecía, al menos, ser católica y no anglicana.

No sabía cómo habrían tomado los franceses la llegada de una esposa inglesa ajena a la Iglesia de Roma, sobre todo en un país donde la religión seguía siendo asunto delicado entre salones, familias antiguas y círculos políticos.

Aquella parte le producía cierto alivio.

En Inglaterra, no era un crimen ser católica, desde luego, pero tampoco era algo bien visto en determinados círculos sociales. Gracias a la ascendencia irlandesa de su padre, Alice había sido criada dentro de la fe católica. Su madre y sus hermanas, en

cambio, habían elegido el anglicanismo, que a ojos de Alice no distaba tanto de su propia iglesia, aunque comprendía que, para otros, la diferencia podía convertirse en un abismo.

En fin, su boda con William no se había complicado por aquel motivo. Ambos pertenecían, al menos formalmente, a la misma fe.

Pensó entonces en sus amigas —ahora primas políticas y cuñadas — y se dio cuenta de que no recordaba con certeza si alguna seguía una religión en particular. Katherine había nacido bajo la influencia católica francesa, pero se había casado en una iglesia anglicana. Elizabeth y Marinett habían hecho lo mismo. Y Annabella, si no se equivocaba, estaba unida a una familia de tradición ortodoxa.

—Oye, William —lo llamó, apartándose un poco de la ventana.

—¿Sí?

—Ustedes, los Bermont… ¿en qué creen?

William levantó una ceja.

La pregunta parecía haberlo tomado por sorpresa.

—Me refiero a su iglesia —aclaró Alice—. Todos vienen de muchos lugares, pero tus primas se han casado con ingleses, igual que Kate. Solo Giorgiana se casó con alguien de su misma religión.

—No somos particularmente devotos a nada —explicó William—. Nacimos en distintos lugares, crecimos entre Francia e Inglaterra, y en la familia hay una vasta combinación de creencias.

—Lo que quiere decir que no creen en nada —argumentó la joven.

—Es una resolución bastante perfecta de mis palabras.

William se encogió de hombros.

—¿Por qué aferrarse a algo específico cuando todos aseguran poseer la verdad absoluta y, ciertamente, ninguno puede probarla?

—Entonces… ¿ninguno de ustedes cree en nada?

—No lo diría de ese modo. Que yo sepa, mi hermana y mis primas enseñan a sus hijos el anglicanismo. Giorgiana, supongo, hará lo mismo con el catolicismo.

Alice bajó un poco la mirada antes de formular la pregunta.

—¿Y tú qué harás?

Se sonrojó apenas terminó de hablar. Era una pregunta referente a hijos que no tenían y que, desde luego, tampoco esperaban con prontitud. William la miró con una sonrisa lenta, encantadora.

—Tenerlos —dijo—. Eso es lo primordial.

Alice sintió que el calor le subía hasta las mejillas.

—Pero… —prosiguió, negándose a dar el tema por zanjado— ¿qué religión les enseñarías?

—Creo que tú tienes una en mente —observó él—. Y no parece que quieras ceder ante la idea.

La joven bajó los ojos y asintió.

—Soy católica.

—Y no te juzgo.

—T-tú… ¿me dejarías enseñársela?

William miró por la ventana durante unos segundos, como si el regreso a su patria le despertara una nostalgia que no estaba dispuesto a mostrar. Luego volvió los ojos hacia su esposa.

—Hablas como si ya hubieras encargado un hijo —dijo, haciéndole notar lo lejos que estaban aún de semejantes decisiones —. Y, en cuanto a lo otro, la respuesta es sí. Esa sigue siendo la fe de buena parte de Francia, y no tengo intención de disputar contigo un asunto que claramente te importa.

Alice decidió callar. Durante todo el viaje no creyó haber logrado avergonzarse tanto como en aquel momento. Estaba siendo indiscreta. Ellos ni siquiera… bueno, eso. William le había dicho que necesitaba aprender a verla como mujer. Y, aunque hablaran de hijos venideros o de su vida de casados, Alice tenía el presentimiento de que él aún no había cambiado la forma en que la miraba.

Cuando llegaron a la propiedad, Alice sintió que iba a desmayarse.

Al menos eso notó William en la expresión de su esposa cuando el lacayo abrió la puerta de la carroza.

El castillo de Millentmont superaba con creces el tamaño de la casa Bermont. No precisamente porque sus dueños fuesen más

ricos, pues los duques de Bermont siempre habían sido más austeros. Pero cuando el primer marqués de Millentmont mandó construir la propiedad, Francia atravesaba una época en la que la nobleza parecía dispuesta a darlo todo por casas enormes, lujosas, llenas de salones, galerías y habitaciones que, en su mayoría, permanecerían vacías.

Alice descendió con cuidado.

El edificio se alzaba ante ella como una mole elegante y desmesurada. Piedra clara, ventanales altos, escalinatas anchas, columnas imponentes y una simetría tan perfecta que intimidaba. Aquello no era una casa. Era un mundo.

A las afueras de la propiedad esperaban los sirvientes de mayor importancia. Todos se llevaron una sorpresa al ver a su señor acompañado. Y no parecía tratarse de una mujer pasajera en la vida del marqués, sino de una joven que se sujetaba de su brazo con el derecho legítimo de quien ocupaba un lugar a su lado.

—Señor Bart, mi esposa, Alice —presentó William en francés.

En ese momento, Alice sintió la primera punzada de verdadero nerviosismo. Escuchar a William hablar en un francés fluido y elegante resultaba casi aterrador, aunque era natural que lo dominara: era su idioma materno. Pero, según sabía, William hablaba también inglés, español, portugués, alemán, ruso, italiano, y podía leer y escribir griego. El mayordomo mostró su impresión

abriendo los ojos con discreta amplitud y fijándolos en la pequeña figura de la nueva esposa del señor de la casa.

Bonita, pensó el hombre, pero nada destacable.

Y era verdad. Alice poseía un rostro bello, facciones finas, elegantes, y un cuerpo de formas agradables; pero a primera vista no parecía extraordinaria. Nada en ella llamaba la atención con violencia. Era una belleza silenciosa, de esas que no se imponían al entrar en una habitación.

—Alice —llamó William—. El señor Bart es el mayordomo en jefe.

En ese momento, la joven se atrevió a levantar la mirada y el señor Bart casi perdió la compostura. No. No era solo bonita. Era preciosa. Aquellos ojos… sí, fascinantes. Con ellos, todo lo que antes parecía sencillo se transformaba en algo delicado, extraño e inolvidable. Ni siquiera los hermosos ojos de las hermanas del marqués poseían aquella cualidad imposible.

—Es un placer, marquesa —dijo el mayordomo—. Verá que se encontrará en completa sintonía con nosotros, sus leales empleados.

Alice supo que se dirigía a ella, pero no entendió la mayor parte de sus palabras. Sintió entonces una rabia callada contra su madre. Sus hermanas sí habían aprendido francés. Ella, no. A ella se le había negado esa posibilidad una y otra vez, como si educarla fuera un gasto innecesario o una pérdida de tiempo.

Alice sonrió.

Sabía que se esperaba una contestación, pero no sabía cómo darla. Gracias a Dios, el gesto pareció ser suficiente. El mayordomo asintió, complacido, y los invitó a entrar en el castillo.

—Alice —preguntó William, que no había dejado de notar su renuencia a responder—, ¿sabes hablar francés?

La joven se sonrojó de pies a cabeza.

Aquella fue la respuesta silenciosa que su esposo captó enseguida.

—¿Por qué no sabes hablarlo? ¿Nadie en tu familia lo creyó esencial?

—Mi padre contrató institutrices para enseñarnos toda clase de cosas —respondió ella, con una voz tan baja que William tuvo que inclinar apenas la cabeza para escucharla—. Pero mi madre… a ella no le gustaba que yo aprendiera. Mis hermanas sí pudieron, pero yo no.

—¿Tu madre te negó la prerrogativa de aprender?

—Ella… —bajó la mirada—. Quería que me enfocara en otras cosas.

William lo dudaba. A esas alturas, podía notar lo mucho que Alice debía de haber sufrido en aquella casa. Era demasiado piadosa para hablar en voz alta de los fallos de su familia, pero las carencias estaban allí. También la desvalorización. Le enfurecía pensar que

alguien hubiese sido capaz de cometer una ruindad semejante: arruinarle el futuro a una joven por indiferencia o crueldad.

Y su padre no era mucho mejor.

¿Cómo era posible que nunca hubiera notado que Alice no recibía la misma educación que las demás?

—Mandaré traer a la señora Pakins —dijo William, intentando no avergonzarla más por aquellas carencias que a él, personalmente, no le importaban—. Ella te ayudará en lo que sea necesario.

Alice deseó enterrar la cabeza en el mármol pulido del suelo.

Era terriblemente bochornoso, tal como su madre se había complacido en recordarle el último día que la vio. Estaba casada con un hombre respetable, inteligente, políglota y, además, una de las figuras políticas más importantes de Francia.

—Tengo que salir —dijo William—. Puedes conocer la casa o recostarte un rato. Más tarde iremos a visitar a Giorgiana. Por lo que sé, dio a luz hace una semana. Vuelvo por ti a las siete.

—William —lo llamó ella, casi con un grito.

No era propio de su costumbre, pero la sola idea de que él la dejara allí apenas llegada le incrementaba el nerviosismo.

—Pero ni siquiera sé dónde dormiré… y los sirvientes hablan…

Bajó la cabeza, avergonzada.

—Hablan francés.

—Todos aquí hablan inglés también —intentó tranquilizarla—. A mí y a mis hermanas nos costaba ajustarnos después de volver de Inglaterra, de modo que la servidumbre fue instruida en esa lengua.

—Oh.

¿Era posible sentirse más humillada?

Hasta los empleados parecían mejor preparados que ella.

Aquello era un desastre.

—No te preocupes.

William se acercó y le tomó una mejilla con la mano enguantada.

—Todo irá bien, ¿de acuerdo?

Alice asintió, aunque no parecía convencida. Cerró los ojos cuando William depositó un pequeño beso en su frente. Después, al quedarse sola, se volvió hacia la imponente casa y dejó escapar un suspiro. Enorme era una palabra demasiado pequeña. Seguro que, si se atrevía a caminar sin guía, terminaría completamente perdida. No quería agregar aquello a su lista de torpezas.

—Milady —le habló el mayordomo—. ¿Quiere pasar a su habitación?

—Sí —respondió en inglés—. Y me gustaría que me hablara en inglés, por favor.

Se sonrojó.

—Aún no me acostumbro al francés.

Mintió, por supuesto. Ni siquiera lo sabía. Pero Alice, sobre todas las cosas, era una mujer orgullosa. A pesar de ser tímida y algo taciturna, aquel orgullo le brotaba en ciertos momentos como un chorro indomable de una fuente.

—Como usted ordene, milady —respondió el hombre, sorprendido al comprobar que la lengua materna de la joven era la inglesa—. ¿Le gustaría descansar? ¿Tiene hambre, quizá?

—Descansar estará bien.

Alice asintió al escuchar el marcado acento francés y la conjugación imperfecta. Pero lo entendía, que era lo fundamental. Y él también la entendía a ella.

—Sígame, milady —pidió el hombre—. La llevaré a su recámara.

William entró en el despacho de su mejor amigo.

Nuevamente había sido recibido por la esposa de Andrei, aunque esta regresó pronto a sentarse. Su embarazo avanzaba, y su cansancio también. Aquello le recordó que él también tenía una esposa. De hecho, se reprobó a sí mismo por haberla dejado sola apenas llegar. Seguramente estaría nerviosa.

—¡William! —sonrió Andrei—. ¡Qué bueno que has regresado!

—Andrei —saludó Will con seriedad.

Aquello sorprendió al hombre sentado tras su escritorio.

—¿Qué pasa? —preguntó, poniéndose de pie—. ¿Cómo estuvo la boda de los ojos bonitos?

—Bien… o más bien extraña, por no decir que se casó conmigo.

—¿Qué?

—Sí —dijo William, llanamente.

—¿Estás bien de la cabeza? ¿O te caíste al bajar del barco?

La puerta se abrió de golpe, dando paso a la esposa embarazada de su amigo, quien aún sostenía un pastelillo que seguramente habría comido con tranquilidad si Andrei no fuese tan dramático.

—¿Qué pasa? —preguntó Amber.

—Se casó —dijo Andrei, señalando a William.

—¿Con la de los ojos bonitos? —sonrió la muchacha.

—Se llama Alice —corrigió él—. Y sí, con ella. ¿Cómo lo sabes?

—Andrei me contó.

Se encogió de hombros.

—Como sea —continuó William, sentándose—, en realidad estoy preocupado por ella. Venir a la sociedad francesa no le será nada fácil.

—Sobre todo porque es inglesa —asintió Andrei.

—Nosotros la integraremos —le quitó importancia Amber—. Ya pienso que es una mujer muy buena.

—¿Y eso cómo lo sabes? —preguntó William.

—Porque estás preocupado por ella. Y eso solo te ocurre con tu familia, o con aquellos a quienes consideras parte de ella.

—Es mi esposa.

—¿Me vas a negar que despierta en ti un sentimiento de protección?

—Está a mi cargo. Claro que debo protegerla.

—Tranquila —Andrei tocó a su mujer—. Jamás lo admitirá.

—Solo porque no lo siento —dejó claro William—. Es difícil verla como mujer cuando siempre ha sido casi como una hermana.

Amber abrió los ojos y miró a su marido, verificando que ambos tenían la misma duda en mente. Era evidente que sí. Por ello, la joven se sentó en una silla cercana a la del presidente del Consejo de Ministros y lo observó con fijeza.

—Tú… consumaste el matrimonio, ¿cierto?

William apretó los labios y miró hacia otro lado.

—¡No lo hiciste! —incriminó Andrei—. Amigo, tienes que hacerlo.

—No puedo —admitió William—. Me resulta una aberración. ¡Es como una niña! Como tomar a mi hermana. No puedo ni imaginarlo.

—Podrías empezar con cosas simples —razonó Amber.

William la miró con severidad.

—No me mire así, milord —añadió ella—. Me refiero a un beso, una caricia, algún gesto que te permita perder esa idea absurda que tienes.

—Amber, por Dios, besarla, acariciarla… eso seguro…

Andrei abrió los ojos al ver la expresión de su amigo.

—¿En serio? ¿En serio ni siquiera la besas?

—No.

Amber negó con tristeza.

—Debe de sentirse muy triste. Despreciada por su marido.

—No la desprecio.

—A todo esto —intervino Andrei—, ¿por qué te casaste con ella?

William consideró explicar que Alice había sido abandonada en el altar, pero aquello le pareció ruin y vergonzoso para su esposa, así que omitió la respuesta y no dijo nada en absoluto.

La pareja comprendió que no les sería revelado, al menos no por boca de William, los chismes de Londres, sin embargo, seguramente llegarían a París en pocos días.

Alice estaba lista. Llevaba puesto el vestido elegido para salir y conocer, por primera vez desde su boda, a su cuñada en territorio francés. Giorgiana era una mujer buena, un tanto alocada, sí, pero buena, no temía ser rechazada por ella.

Su marido, en cambio, era el presidente de Francia y eso la inquietaba. Inglaterra y Francia habían sido rivales durante demasiado tiempo. Ahora ese hombre representaba a su país tanto como William representaba el suyo. La sola idea de cometer un error frente a él le tensaba las manos dentro de los guantes.

Pensaba en aquello cuando la puerta de la recámara cedió, dando paso a su marido. William entró con una expresión extraña. La miró fijamente, como si buscara algún error en ella. O eso creyó Alice. Se puso de pie, nerviosa, y permitió que la observara.

—¿T-tuviste un buen paseo? —preguntó.

—Sí —respondió él, acercándose—. ¿Estás lista?

—Solo me falta el perfume.

Alice volvió la vista hacia el pequeño frasco y colocó el elixir sobre su cuello. William, casi por reflejo, se acercó a su esposa. Bajó la cabeza y aspiró el perfume directamente contra su piel.

Alice estuvo a punto de dar un brinco hacia atrás, pero la impresión fue tan intensa que se quedó inmóvil.

El aliento de William le rozó la garganta.

—Te gustan muy dulces —murmuró él contra su cuello.

Entonces se arriesgó, depositó un beso suave sobre aquella piel perfumada y Alice se estremeció.

—¿T-te desagrada? —preguntó, apenas capaz de sostener la voz.

—No.

La respuesta fue llana, tranquila, pero sus labios se demoraron una fracción más de lo necesario antes de apartarse.

—¿Nos vamos?

—S-sí.

El Palacio del Elíseo, residencia del presidente de Francia, tenía varias habitaciones iluminadas. William sabía que su madre se hospedaba junto a su hermana ahora que Giorgiana acababa de dar a luz. Aquello, seguramente, sería un desastre digno de ver. Además, Alana ya debía de haberle contado todo a Gigi, y la idea de no repetir la historia otra vez le producía cierto alivio.

—Señor presidente —se inclinó el mayordomo al recibirlo—. Y…

El hombre miró a la mujer a su lado.

—Mi esposa —presentó William.

—¡Oh! Por supuesto, mi señor. Los anunciaré.

William pasó al hall del palacio y miró con especial detenimiento las manos de Alice, parecían querer aferrarse a algo para no temblar. Entonces se fijó en que ella no portaba ningún anillo más que el de bodas, había olvidado darle el anillo de las marquesas de Charpentier.

Era una tradición familiar, una joya pasada de generación en generación, esperaba no volver a olvidarlo, tendía a dejar pasar las cosas que no le parecían urgentes.

—Recuérdame darte tu anillo —dijo para asegurarse.

—¿Mmm? —Alice lo miró distraída—. ¿Qué anillo?

—El anillo que deberías portar en este momento, querida —respondió una voz altiva.

Alana apareció frente a ellos.

—Madre —saludó William, inclinando la cabeza.

—Nada de madre —lo regañó ella—. ¿Por qué esta niña aún no lleva su anillo? Te lo dejé hace demasiado tiempo.

Y era verdad.

Alana se lo había entregado con la intención de recordarle a su hijo que necesitaba una esposa. Cosa que no se cumplió hasta mucho tiempo después. Daba gracias de que al fin estuviera casado, pero casi podía decir que aún no lo estaba, sobre todo por el evidente desinterés que William mostraba hacia su nueva vida conyugal.

—No está a discusión ahora —dijo él—. Se lo daré en cuanto lleguemos a casa. Por ahora, ¿cómo está Gigi? ¿Qué ha sido el bebé?

—Tu hermana está perfecta —respondió Alana, contrariada por no poder continuar sermoneándolo—. Y fue un hombrecito. Piensan llamarlo Lucca.

Alice levantó el rostro al escuchar aquel nombre. No pudo evitar sentirse incómoda, incluso un poco molesta. Lucca. Era un nombre terrible. Los Lucca engañaban, huían, dejaban a una mujer cuando más se les necesitaba. No. No le gustaba ese nombre.

Le parecía horrible.

—¿Te molesta algo, querida? —preguntó Alana—. De pronto has hecho un mohín de desagrado.

—No, señora. Mis disculpas.

William también había notado la expresión de su esposa. Pero no le dio mayor importancia y volvió a mirar a su madre.

—¿Podemos pasar a verla?

—Sí —asintió Alana—. De hecho, Asher está con ella. Seguramente querrás verlo.

—En efecto.

William dejó que Alice caminara delante de él mientras subían la escalera. Alana hablaba de alguna trivialidad parisina. Al parecer, la próxima fiesta de lady Lutsed era la expectativa del momento y abriría la temporada de invierno en París.

—Sería bueno que llevaras a Alice —dijo Alana—. Tienes que encontrar la forma de presentarla. Llevan un día aquí y ya corren rumores de tu casamiento.

—No esperaba menos de París —respondió William—. ¿Qué piensas, Alice? ¿Te gustaría asistir?

—No podría negarme a una invitación directa —dijo ella con dulzura—. Pero me temo que no sabría integrarme tan pronto con la gente de París.

—¡Oh, por Dios, querida! —rio Alana—. Todos se sienten así la primera vez. Recuerda que yo también era extranjera cuando me casé aquí. Además, Will no te quitará los ojos de encima.

Miró a su hijo.

—¿O me equivoco?

—No, madre. Estás en lo cierto, si deseas ir, estaré a tu lado.

Alice sonrió suavemente, pero siguió subiendo la escalera sin dar una respuesta precisa. Desearía, al menos, dominar el idioma antes de presentarse en sociedad como la esposa de William Charpentier.

Entraron en la habitación que una doncella indicó como la de Giorgiana. En cuanto cruzaron la puerta, se dieron cuenta de que no había duda. Allí estaba ella, en cama, junto a un pequeño bebé y con una sonrisa luminosa. A su alrededor se encontraban Celio, Antoine y Asher, quienes parecían turnarse para lograr que Giorgiana permaneciera acostada el tiempo que el médico había estipulado.

—¡Alice! —sonrió la nueva y joven madre—. ¡Oh, Alice! Me alegra que hayan venido tan pronto a reunirse conmigo, sé que acaban de llegar. Mamá me contó todo.

—Hola, Giorgiana.

Alice se adelantó y después se inclinó rápidamente frente al hombre que era esposo de su cuñada y superior político de William.

—Señor presidente.

—Soy Asher —se adelantó, ofreciéndole la mano con cortesía.

Alice no entendió el gesto, pero alargó la suya y recibió el saludo.

—Así es él —Giorgiana le guiñó un ojo—. Ven, toma al bebé.

Alice se acercó sin dudar un segundo. Le encantaban los niños. Siempre le habían fascinado. Y el pequeño de aquella pareja era precioso: regordete, de mejillas rosadas y ojos enormes.

—William —saludó el presidente a su primer ministro.

—Señor —respondió este.

—Veo que te has casado. Me alegro. Por fin dejarán de asediarnos con el tema.

—No podría estar más de acuerdo —aceptó William.

—Pero no parece que te guste tu esposa —dijo Asher.

Era de los pocos hombres que se atrevían a enfrentar a William sin amedrentarse.

—Mi esposa es hermosa.

William la miró mientras Alice sostenía al pequeño en brazos y los amigos de su hermana la hacían reír o le daban indicaciones exageradas sobre cómo cargar al bebé.

—No creo que nadie pueda negar eso.

—Que sea hermosa no la hace especial para ti —replicó Asher—. Te pido que no hables de ella como si fuera una obra de arte de algún pintor famoso. Es una mujer, no un objeto.

—Creí que me conocías lo suficiente como para saber que aprecio a las mujeres. Y más a la mía, por supuesto.

William miró al presidente con seriedad.

Al fin y al cabo, aquello se trataba de su vida privada.

—No te enojes, William.

Asher le tocó el hombro.

—Solo me preocupo por ambos.

—Y te lo agradezco —aceptó él, más relajado—. Pero estamos bien.

—¡William! —gritó Giorgiana—. ¿Verdad que vais a ser sus padrinos?

El hombre se impresionó, aunque seguramente nadie lo notó. Ni siquiera su propia madre. Lo tomaba por sorpresa que ya estuvieran pensando en eso cuando el pequeño apenas era un bebé sin habla.

—¿En serio? —preguntó Alice, sorprendida—. ¿Yo también?

—¡Sí, preciosa! —dijo Celio, dándole un golpecito en el hombro—. ¿Qué no eres acaso la esposa de Willy?

—Sí… —contestó ella quedamente, mirando al bebé que yacía en sus brazos—. Yo estaría encantada.

—¡Bien! ¡Todo resuelto! —aplaudió Giorgiana.

—Solo lo perdonaré porque yo no creo en esas cosas —dijo Celio —. Si no fuera por eso, Gigi estaría muerta ahora.

—Deja de decir tonterías, Celio —negó Antoine, sosteniéndose el puente de la nariz con los dedos.

—¡Qué tonterías ni qué ocho cuartos! ¡Pura verdad!

—Tranquilo, Celio —Giorgiana le tocó el brazo—. Tú serás su director espiritual.

—Oh, para eso no necesito tu permiso.

Celio juntó las manos como si rezara.

—Ese pequeño desbloqueará los siete chakras cuando tenga diez años. Namasté.

Los minutos siguientes derivaron en una intensa discusión entre Alana, Celio y Antoine sobre religión, ceremonias y doctrinas que cada uno defendía o rechazaba con un fervor bastante poco espiritual.

William y Asher simplemente desaparecieron del salón.

Alice quedó entonces un momento a solas con Giorgiana, y aquello les permitió hablar.

—¿Cómo te va, Alice? —preguntó la joven que permanecía en cama.

—Bien. En realidad, le debo mucho a William. Lo que pasó…

La miró.

—Supongo que ya lo sabes.

—Mi madre me contó.

Alice asintió varias veces.

—Pensé… que por fin alguien podría quererme.

Sonrió con melancolía.

—Creo que fui más ilusa de lo que imaginaba.

—No.

Giorgiana le tomó la mano.

—No puedes hacerte menos solo porque un hombre te rechazó.

—¿Uno? —sonrió con tristeza—. Tengo una larga lista. Además, creo que no hay dolor peor que ser humillada frente a Dios.

De pronto, una rabia que Giorgiana jamás había visto en su amiga se instaló en sus ojos.

—Todos viéndome, sintiendo lástima por mí.

Negó con la cabeza, con lágrimas en los ojos.

—"Oh, pobre señorita Miller." "Era de esperarse." "Qué lástima, parecía que esta vez lo lograría."

Imitó las muchas voces que había alcanzado a escuchar.

—Aún las oigo cuando duermo.

Se puso en pie, casi fuera de sí.

—A eso se le llama rencor —dijo Giorgiana con cuidado—. Coraje.

—Orgullo —corrigió Alice, limpiándose las lágrimas con furia almacenada en el interior de su ser—. Se llama orgullo.

Respiró con dificultad.

—Pero dime, Giorgiana… ¿qué orgullo puede quedarme después de tantas humillaciones?

—Ahora estás casada.

—¿Casada? —Alice rio con cinismo—. ¿Con un hombre que apenas me ve? ¿Con un hombre que me percibe como una niña?

Giorgiana la observó durante un largo instante.

—Dime, tú eres una ferviente seguidora de Dios, ¿o me equivoco?

—Es lo único que me queda.

—Además de tu odio, claro está —dijo Giorgiana con soltura—. Bueno, digamos que Dios te ha puesto una prueba muy grande. Pero al mismo tiempo te ha dado lo que más querías.

—¿Y qué es eso?

—¿Quién es el hombre al que has amado desde que eras una niña?

Alice la miró y bajó la cabeza.

—William.

—Así es. Ahora ese hombre es tu esposo —le hizo ver Giorgiana —. ¿No lo ves como una bendición?

—En realidad, estoy preocupada.

—¿Por qué razón?

—Ni siquiera sé su idioma —dijo tristemente, sentándose de nuevo en la cama de su amiga.

—Pormenores. —Giorgiana le quitó importancia con un gesto de la mano—. Tienes mucha ayuda a tu disposición. De hecho, deberías

considerar la de Celio y Antoine. Nadie mejor que ellos para guiarte.

—Alice.

La puerta se abrió de pronto, mostrando el rostro de William, que buscó rápidamente a su mujer.

—¿Qué pasa? ¿Por qué lloras?

—Nada.

La muchacha se levantó.

—¿Ocurre algo?

William miró de manera intermitente a su hermana y a su esposa. Comprendió rápidamente que algo sucedía, aunque también entendió que no se lo dirían. Lo leyó en el rostro de Giorgiana y en el azoramiento de Alice. Tenía una idea bastante clara de lo que ocurría.

—Nos vamos —indicó.

Se acercó a su hermana mayor y depositó un beso en su frente.

—Felicidades, Gigi. Tu hijo es hermoso.

—Gracias —sonrió ella—. Espero tener un sobrino pronto.

Alice dio un respingo nervioso. William, en cambio, solo negó con la cabeza y asintió, sopesando las palabras de su hermana.

—Nos vemos.

Tomó a Alice por la cintura para conducirla hacia la salida.

—¡Trátala bien! —pidió la joven madre con un grito nada propio de una duquesa y mucho menos de la primera dama de Francia.

CAPÍTULO 5

Era imprescindible que el presidente del Consejo de Ministros y su esposa asistieran a la velada que lord y lady Lutsed ofrecerían la noche siguiente. O eso había expresado la carta llegada apenas una semana atrás, escrita por la misma mano del lord, quien, tras recibir la negativa enviada hacía más de un mes, se había visto en la obligación de rogar —con la cortesía exquisita de los hombres que jamás rogaban en apariencia— la asistencia de tan renombrada pareja.

Era bien sabido que nadie había visto todavía a lady Charpentier en ninguna velada parisina.

Algunos rumores aseguraban que el presidente del Consejo se avergonzaba de su esposa. Aquella mentira, cada vez más repetida, comenzaba a transformarse en una verdad aceptada por los salones de Francia. Por ello, la asistencia de la pareja a cualquier reunión social se había convertido en una especie de triunfo para el anfitrión que lograra arrancarlos de su discreto aislamiento.

Casi un juego entre la aristocracia y la burguesía francesa.

En cierto modo, William había aceptado la negativa de Alice a asistir a eventos sociales. Sus días en Inglaterra habían sido demasiado agitados, y acercarla de inmediato a una sociedad nueva, dispuesta a devorarla de un solo bocado, no habría contribuido en nada a tranquilizarla, pero ahora parecía no haber escapatoria, al menos no a aquella velada, donde su presencia era considerada un honor.

—Es necesario que asistas en esta ocasión —le decía William mientras se metía en la cama junto a su esposa—. Los rumores han derivado hacia un supuesto repudio de mi parte hacia mi mujer.

—¿Crees que me aceptarán? —preguntó ella, nerviosa, acomodándose entre las sábanas.

Llevaba un fino camisón de seda rosa pastel, tan delicado que parecía hecho para rozar la piel más que para cubrirla.

—Alice.

William le tocó la mejilla con los dedos.

—Eres encantadora. No debes tener más miedo.

—Para este momento, todos sabrán que te casaste conmigo porque me dejaron en el altar —recordó ella, entristecida—. Será humillante.

—Estoy casado contigo ahora. Y estaré a tu lado.

La acercó hasta fundirla en un abrazo protector contra su pecho.

—No tienes nada de qué preocuparte.

Alice se aferró a aquel cariño acogedor y recostó la mejilla sobre el pecho de su marido. Era consciente de que no eran un matrimonio normal. A veces ni siquiera sentía que fueran un matrimonio.

William no la había tocado desde aquel beso en los labios el día de su boda, cuando el sacerdote lo indicó frente a sus familiares.

Tenían un mes de casados.

Un mes en el que Alice había intentado llamarle la atención de todas las formas que se le habían ocurrido, pero él no respondía a nada. Era como si ni siquiera le atrajese un poco, como si durmiera con Katherine en lugar de con una mujer.

No era que Alice sintiera un impulso arrebatador que la hiciera desear lanzarse a sus brazos sin pensamiento alguno, pero sabía que un matrimonio, además de dormir juntos, debía completarse con cierta… cosa distinta.

Su madre le había dicho que era cuestión de honor, que una mujer debía cumplir con aquella parte del matrimonio. Lo había llamado "la consumación". El día en que se casaron, William también había dicho algo al respecto, pero lo principal que recordaba eran aquellas palabras precisas: "Conocerte como mujer. Siempre te he visto como una hermana o una mejor amiga".

Había pasado un mes y tal parecía que ella no lograba hacer que la viera como mujer. Él había dicho también que esperaba lo que cualquier hombre esperaba. Pero ¿qué era aquello que no se atrevía

a hacerle? Incluso la tocaba con cuidado, como si midiera hasta dónde podía llegar antes de arrepentirse.

William, por su parte, no podía negar que le resultaba difícil cambiar la forma en que percibía a Alice.

Sí, era una mujer hermosa, poseía encantos que deberían tentarlo, pero no era tan sencillo. Notaba cómo ella lo intentaba. Buscaba llamar su atención, y debía aceptar que, cuando quería, aquella muchacha era peligrosa en su inocencia. En más de una ocasión había logrado hacerlo perder el control hasta el punto de desear tomarla incluso sobre su escritorio, pero cuando estaba a punto de reclamar sus labios y abrirle la boca a besos, su mente lo detenía.

¿Por qué? Solo el cielo lo sabía. Constantemente se preguntaba por su relación y se sometía a introspecciones tan severas como inútiles. Siempre llegaba a la misma conclusión: era como su hermana.

Andrei había dicho algo parecido a "vaya pedazo de idiota" cuando se lo confesó, pero era así. William suspiró y volvió un poco el rostro hacia la mujer que, sin que él se percatara, se había quedado dormida en sus brazos, parecía una niña, aferrada a él con una fuerza poderosa a pesar de su pequeña complexión.

Intentó dejar su cabeza sobre la almohada, pero fue inútil. La muchacha quería dormir sobre él y no parecía dispuesta a ofrecerle

otra opción. Al fin y al cabo, la velada del día siguiente sería pesada para ella. Solo esperaba que pudiera soportarla.

La abrazó un poco más, sonriendo al escuchar el suspiro molesto que Alice soltó por el movimiento. Finalmente, ella se acostumbró a la nueva posición y la aceptó.

—Buenas noches —murmuró él.

Le besó la frente y se dispuso a dormir también.

Tendría un día pesado en el Parlamento y ni siquiera su esposa podía distraerlo de eso.

A la mañana siguiente, William despertó temprano, como de costumbre, con la única diferencia de que, en lugar de despertar solo, una bella y joven mujer lo tenía aprisionado.

Una de las piernas de Alice había subido hasta entrelazarse con una de las suyas, y su cabeza reposaba casi a la mitad de su pecho. No le resultaba incómodo, pero se preguntó si acaso él se había movido en algún momento de la noche.

Más bien parecía que su esposa lo mantenía preso en el lugar.

—Alice —le apretó suavemente el hombro—. Despierta.

La joven pareció más molesta aún cuando él intentó salir de la cama sin despertarla, pero toda la travesía resultó innecesaria cuando la puerta de la recámara se abrió de par en par, dando paso a la señora Pakins junto con otras dos mujeres de unos treinta años.

—Señor —se inclinó la mujer—. Buenos días.

William levantó una ceja, algo confundido de ver a las tres mujeres entrando con tanta soltura en su habitación, pasando por alto su presencia y, sobre todo, la posición en que se encontraba junto a su esposa, quien, por cierto, seguía dormida.

—Lady Charpentier —llamó la mujer—. Lady Charpentier, debe comenzar sus lecciones cuanto antes.

Alice abrió los ojos, descolocada, igual que su marido.

—En realidad, señora Pakins —dijo William—, mi mujer puede esperar hasta después del desayuno para comenzar cualquier actividad.

—Su señora madre nos ha indicado la forma en que debemos instruir a la marquesa, su señoría —informó la señora Pakins—. Y lady Charpentier está muy atrasada en todo.

Para ese momento, Alice ya se había alejado del cuerpo de William y parecía tener serias intenciones de cubrirse con la manta para no salir jamás de allí.

—¿Mi madre? —William se levantó al verse liberado del pequeño pulpo que lo había atrapado durante la noche.

—Sí. Se hizo un informe sobre la marquesa, y estamos pasmadas por lo mucho que no sabe.

La mujer miró a su nueva discípula.

—No queremos que sea una deshonra para usted. Y, al paso que va, parece que lo hará antes de saber decir oui en francés.

—¡Basta! —exigió William al ver la expresión entristecida que se dibujaba en el rostro de Alice—. ¿Qué clase de enseñanza ofrece si su método consiste en avergonzarla?

—Señor… —La mujer abrió los ojos, intentando disculparse.

—No —la detuvo William—. Discúlpese con ella. Está de más decirle que, si la veo llorar una sola vez a causa de algo que usted haya dicho para herirla, seré incontenible. No me gusta ver llorar a una mujer. Menos a la mía.

—Sí, señor —asintió la mujer varias veces—. Una disculpa, marquesa. No quise ser tan ruda.

Alice movió apenas la cabeza, pero no dijo nada ni levantó el rostro. Seguramente estaba intentando tragarse las lágrimas que amenazaban con escapar de sus ojos.

Alice era sensible, mucho más de lo que intentaba aparentar.

—Retírense.

Las tres mujeres abandonaron rápidamente la habitación, avergonzadas por la reprimenda del marqués.

Alice salió de la cama y estuvo a punto de pasar junto a William, directa hacia el baño para lavarse la cara y evitar que alguien notara que había llorado. Pero el marqués era conocido por captar los movimientos de las personas con demasiada rapidez. Fue más veloz que ella y la tomó por la cintura, pegándola a su cuerpo.

—Levanta la cara, Alice —pidió.

La joven se negó de inmediato.

—Vamos. Déjame ver tus ojos. Me han dicho que son los más hermosos de toda Europa.

—Seguramente te han mentido —contestó ella con un tono juguetón, aunque la voz quebrada la delataba.

Intentaba sobreponerse.

—Yo no lo creo.

William le tomó la barbilla y elevó su rostro, deleitándose con aquel par de ojos húmedos y extraordinarios.

—Sí. En definitiva, son hermosos.

Alice bajó la cara entre una risa frágil y un rastro de lágrimas. Meneó la cabeza de lado a lado antes de volver a mirar a su marido.

—Gracias.

—No dejes que te hagan llorar con tanta facilidad —le pidió.

—Cuando lo que dicen es verdad... ellos tienen razón, sentirás vergüenza esta noche si llego a equivocarme.

—Nadie es perfecto como para no equivocarse jamás.

—Tú lo eres.

—¿Perfecto?

William levantó una ceja.

—Creo que te equivocas de persona.

—Yo no lo creo.

Llevada por un impulso que pareció venir de ninguna parte, Alice se puso de puntillas y besó los labios de su marido.

Fue algo dulce y sutil. Un roce breve. Apareció tan rápido como se esfumó y, para cuando William terminó de comprender lo ocurrido, su esposa ya había corrido al interior del baño, donde probablemente no saldría hasta que él se marchara.

William abandonó la casa con una sensación extraña provocada por aquel último beso. Más bien, el primero. El único que había tenido lugar después del de la ceremonia, se preguntó si Alice estaría lista para avanzar en su relación.

Aunque la verdadera pregunta era otra.

¿Lo estaba él?

Alice salió de su habitación casi una hora después.

Le costó más de lo que esperaba recuperar la palidez normal de su rostro tras haberle asestado aquel beso a su marido. Tal vez había sido demasiado atrevida. Tal vez él estaría enfadado con ella.

No le quedaba más remedio que aceptar el enojo y esperar a ver cómo actuaba William cuando regresara.

La joven aguardó pacientemente a que llegara la doncella que le habían asignado y comenzara a arreglarla. Escogió un vestido bonito y cómodo para el desayuno y, debido a que muy rara vez William regresaba a tiempo, también para la comida. Si su marido se

presentaba, sería necesario cambiarlo por uno más formal para compartir la cena junto al dueño de la casa.

Alice bajó un tanto cabizbaja. No tenía ni el más remoto deseo de asistir a más clases donde constantemente le recordaban lo mal instruida que estaba, pero tonta no era y cuando nadie la veía, se metía en la biblioteca de su esposo y tomaba uno que otro libro en francés para practicar por su cuenta. En cuestión de semanas había mejorado muchísimo. Aquello parecía dejar impresionada a la señora Pakins, aunque esta solo lo demostraba imponiéndole más disciplina y ninguna felicitación.

Sus palabras, de hecho, eran siempre como las de aquella mañana, poco alentadoras y bastante hirientes.

—Alice querida, muéstranos cómo cenarás esta noche en la velada de los Lutsed —pidió la señora Pakins.

La joven suspiró. Jamás creyó que existieran tantas reglas de etiqueta solo para comer una ensalada. ¡Incluso había un tenedor específico para ello! Solo esperaba no olvidar nada y deseaba con todo su corazón que no sirvieran caracoles.

Dios.

Los caracoles eran un tema aparte para ella.

No los comería jamás.

—Alice —la llamó la mujer, molesta al ver la estupefacción en que se mantenía la joven marquesa—. Ven, querida. Es para hoy.

La marquesa asintió y se acercó a la mesa, donde sus tres institutrices la esperaban con mirada crítica y la vaga esperanza de que hubiese aprendido algo durante aquellos días de enseñanza intensiva.

William entró en su despacho ministerial con la mente cargada de asuntos. Normalmente habría podido residir en dependencias oficiales, pero se negaba a hacerlo. Le agradaba su propia casa y prefería trasladarse cada día. Si alguna inconveniencia política lo obligaba a recibir a algún alto mandatario extranjero, entonces llevaría a su mujer consigo durante el tiempo necesario para atender los compromisos oficiales, y después regresaría a su rutina habitual.

Justo en ese momento, como si el pensamiento hubiese invocado la circunstancia, recibió una atenta petición del embajador de Grecia para ser hospedado en la vasta Francia. Era bien sabido que venía con fines comerciales. Mejor para él. William estudiaría de cerca cualquier propuesta que aquel hombre pretendiera ofrecer.

—Señor presidente, el señor Tugler desea hablar con usted —informó su asistente—. Es sobre las importaciones recientes que solicitó ayer. También tiene un mensaje de lord Franclog, y el presidente manda decir que lo espera a las cinco en su despacho.

—Bien. Haz pasar al señor Tugler. Archiva el mensaje de lord Franclog; seguramente se trata de otra petición de expansión que será negada. Y da mi respuesta positiva al presidente.

—Sí, señor.

William se reclinó en su asiento.

Le estaba resultando más que una molestia la presencia constante de su esposa en la cabeza, era casi como si estuviera a su lado, mirándolo, se volvería loco de un día a otro.

Todos habían notado el mal genio que acompañaba al hombre aquel día en particular. No era normal que mostrara enfado ni alegría. Su carácter acostumbraba limitarse a modales estrictos, porte seguro y una autoridad imperiosa que no necesitaba alzar la voz.

Pero ese día no estaba igual. Ese día Alice lo perseguía como un perfume adherido a la piel. Cuando el reloj marcó las seis y media, Alice ya se encontraba completamente lista para acudir a la velada.

Moría de miedo, aunque no podía decir que aquellas mujeres hicieran algo por animarla. Se llamaban Goretti y Sandre, y ambas estaban bajo el mando de la señora Pakins.

—Sí, el vestido es hermoso —criticaba Goretti, pasando la mirada por la figura de Alice.

No hablaba con ella, sino que elevaba sus pensamientos para que las otras dos mujeres que la juzgaban pudieran oírla.

—Es un original de GICH. En eso no hay margen de error.

—El cabello está bien también, señora Pakins —continuó Sandre con la crítica presencial de Alice—. Es pasable.

—Sí. No nos queda otra opción que hacerla pasable —negó la señora Pakins—. Recuerda lo que he dicho, ¿verdad? Es casi un hecho que los caracoles estén incluidos en la cena.

Alice hizo de inmediato una mueca de total desagrado.

No le gustaba en lo más mínimo la idea de comer un animal baboso que se arrastraba. Aunque había escuchado de mil bocas que eran deliciosos, no podía evitar recordar las muchas veces que, junto con las Bermont, había tomado aquellos animalillos de los jardines de la propiedad de sus abuelos.

—Tendrá que comerlos, marquesa —dijo Goretti, hablándole por fin directamente.

Alice no respondió, pero eso no significaba que les estuviera dando la razón. Con el tiempo, las tres mujeres encargadas de instruir a la esposa del presidente del Consejo habían descubierto que el silencio de aquella chica no siempre significaba aceptación.

A veces significaba todo lo contrario.

Era tozuda. Se negaba a hacer o decir algo que no le gustara. Era un alivio que no se quejara en voz alta, pero tampoco agradaba que permaneciera callada con aquella obstinación casi insolente.

La señora Pakins iba a replicar y regañarla, pero todo se vio interrumpido cuando la puerta se abrió, dando paso al marqués de Millentmont. William lucía cansado y, claramente, deseaba que se fueran. En cuanto pisó la habitación, comenzó a quitarse la chaqueta

de diario y besó la frente de su esposa, quien permanecía de pie en medio de la estancia, bajo la inspección de las tres mujeres.

—¿Cómo ha ido tu día? —preguntó William cuando escuchó la puerta cerrarse y quedaron a solas.

—Bien… —susurró ella—. Instructivo, creo.

—¿Te han molestado más?

La respuesta inmediata de Alice habría sido sí, pero prefirió mover la cabeza de lado a lado y tomó la chaqueta de gala que William sostenía en la mano.

—Gracias.

Él le sonrió, pero rápidamente fue hacia el armario. No quedaba mucho tiempo antes de que los requirieran en la reunión.

—Veo que estás lista.

—La señora Pakins creyó oportuno que comenzáramos con mi…

Titubeó al usar la siguiente palabra.

—Arreglo desde temprano.

En realidad, la señora Pakins había empleado otra palabra.

Transformación.

—¿Cuál fue el motivo de la pausa? —preguntó William, mirándola mientras abrochaba su nueva camisa—. ¿Una mentira, tal vez?

—Iré a llamar al señor Peter para que te ayude.

Alice quiso escapar, pero William la tomó del brazo.

—Podrías ayudarme tú —dijo, con una sonrisa seductora que encendió las mejillas de la joven—. Además, no puedes irte sin colocarte ninguna joya.

—Pero…

—¿Sabes? Tal vez sí necesitaremos a Peter después de todo —asintió el hombre—. Pero tú no sales de la habitación. Tira del cordón.

Alice fue hacia el elegante cordón dorado que colgaba en una esquina y tiró de él, llamando al ayuda de cámara de su marido. Ya estaba acostumbrada al señor Peter. El hombre seguía asistiendo a William en todo lo esencial, estuviera ella presente o no. Tal parecía que a su esposo le gustaba verla sonrojada y un tanto desconcertada.

—William —preguntó con terrible duda—, ¿comeremos caracoles?

—¿Qué?

Él dejó escapar una risa.

Pero toda burla inicua pasó a segundo plano cuando el señor Peter entró en la habitación.

—Marquesa —se inclinó ante la esposa de su señor antes de encarar al hombre—. Milord, ¿me necesita?

—Sí, Peter. Quiero que saques las joyas que corresponden a mi esposa. Que estén a su disposición, dale la llave, a mí no me sirve.

—Sí, milord.

El hombrecillo caminó hacia una puerta contigua por la que, por cierto, Alice no había entrado nunca. En ese instante castigó su falta de curiosidad. En verdad no le había llamado la atención aquella recámara oculta detrás del tapiz de la habitación.

—¿Su señoría? —dudó Peter al ver la renuencia de Alice a seguirlo.

—Ve, Alice —pidió William.

Pero la joven no se movió.

Por ello, el marqués recurrió al extremo de comenzar a quitarse el pantalón, acción con la que logró que Alice saliera volando de allí.

William rio ante la mirada reprobatoria que Peter le lanzó y continuó cambiándose por su cuenta. En realidad, no necesitaba ayuda de cámara, pero Peter le caía en gracia y, aparentemente, sentía cierto aprecio por su esposa.

No sabía interpretar si aquello era bueno o malo.

Alice salió de aquella habitación especial con una pequeña tiara sobre el peinado, pendientes, collar de diamantes y una pulsera a juego. Resplandecía como el mismo sol, y sus ojos brillaban tanto como las piedras que llevaba encima.

—Perfecta —dijo William.

—He tenido que obligarla, milord —acusó el ayuda de cámara—. No quería disponer de nada.

—Ya se acostumbrará —dictaminó William frente al espejo, hablando con Peter como si Alice no estuviera presente.

—Gracias, milord —dijo Alice, algo enfadada de que nadie la tomara en cuenta a pesar de estar allí—, pero no estoy despreciando sus regalos. Solo no acostumbro usarlos.

William le dirigió una mirada sorprendida y sonrió.

Era la primera vez que tomaba la palabra sin que alguien se dirigiera directamente a ella. Tal vez estaba mejorando. O tal vez estaba harta de ser siempre una sombra sin habla, voz ni voto.

Le alegraba, sobre todo por el lugar al que iban.

—Bien.

El marqués se acercó.

—Me alegra entonces que te agraden y que te acostumbres a ellos. No dejaré de llenarte de joyas. Y hablando de joyas, Bryony, ¿no te pedí hace ya tiempo que me recordaras lo del anillo?

Alice lo había olvidado por completo y bajó la cabeza.

Era una terrible esposa. Tal vez sería mejor no encomendarle nada que tuviera que ver con recordar asuntos importantes, pues, como acababa de demostrar, lo común era que se le olvidaran.

—Peter, trae la cajita de plata que está en el segundo cajón a la derecha del mueble principal —ordenó William sin despegarle los ojos.

—Sí, milord.

—Oh, mi reloj —recordó de pronto—. También tráelo.

—Sí, excelencia.

William observó cómo su esposa se removía incómoda. Tocaba las alhajas con nerviosismo, como si temiera que fueran a desprenderse de su cuerpo y caer al suelo.

—No se caerán, cariño —se burló suavemente—. Tranquila.

Alice se tensó aún más.

—Soy muy torpe —negó ella—. Mi madre nunca permitió que llevara joyas por lo mismo.

—No creo que fuera por eso —dijo William—. Te lo hizo creer.

Ella negó.

—Hubo un día en que me impuse y quise llevar un collar de perlas finas a una velada —contó—. Para no hacer la historia larga, se rompió en mil pedazos.

—Los accidentes existen. Además, ¿qué hiciste para que se rompiera así?

Alice bajó la cabeza y comenzó a juguetear con la pulsera de diamantes en forma de flores que envolvía su muñeca.

—¿Y bien? —insistió William.

Alice apretó los labios, formando una fina línea.

Luego agregó:

—Fue el día en que tú me rescataste.

Lo miró.

—Cuando ese hombre…

—Ni siquiera lo repitas —pidió William.

Recordaba lo mucho que se había enfurecido aquel día.

Y lo mucho que lo enfurecía todavía.

—Por todo lo bueno, Alice, eso no fue tu culpa.

—Sí lo fue. Fui tonta. No, más que eso, fui estúpida. Si Katherine o cualquiera de las otras hubiese estado en la misma situación, ellas seguramente…

—No habrían podido hacer nada, igual que tú —la interrumpió.

Y habló por experiencia, porque recordaba muy bien lo sucedido con Katherine cuando él no pudo defenderla como sí había logrado hacerlo con Alice.

—Eres muy amable.

—No intento ser amable.

William dio dos pasos hacia ella y la encaró.

—Te digo la verdad.

Alice tuvo que elevar la cabeza para mirarlo.

Aquel hombre enorme se había acercado tanto que apenas quedaban treinta centímetros entre sus cuerpos. Observó con detenimiento esas facciones perfectas que la atraían y la aterraban

al mismo tiempo. Sus ojos, que en realidad eran azules, tenían fama de parecer negros por la dureza con que solían mirar. Su nariz era recta, casi como la de un dios griego. Y sus labios…

Alice se sonrojó.

Recordó de pronto lo atrevida que había sido con él esa misma mañana y lo recordó porque volvió a sentir aquel impulso de echarse a sus brazos y besarlo de nuevo.

—¿Qué sucede? —preguntó William, notando que los ojos de Alice se perdían a kilómetros de distancia.

—Nada.

Ella giró el rostro hacia otro lado para no continuar mirándolo.

—Parecías pensar en algo.

—No —aseguró la joven, comenzando a recoger unas faldas que había dejado sobre la cama.

—¿No? En ese caso, es mi turno de darte algo en qué pensar.

Alice apenas alcanzó a volver la cabeza cuando William tomó sus mejillas. Él se inclinó lentamente y, para ese momento, Alice ya entendía lo que sucedería.

Cerró los ojos, esperando lo que viniera después.

William se detuvo a unos milímetros de su rostro, admirando aquella expresión esperanzada por el beso que estaba a punto de darle. El beso que sabía que ella había imaginado.

La observó un poco más. Se veía hermosa con ese pequeño deseo contenido. Sonrió. No podía hacerla esperar demasiado, sació las ansias de su esposa y las suyas también, fue algo nuevo.

El sabor de Alice era tan dulce y embriagante que William saboreó la comisura de sus labios como si fuese el festín más perfecto de París. Le fascinó que ella respondiera. Que se entregara a la torpeza encantadora de su inexperiencia. Que se aferrara a él como si aquel beso fuera una revelación y no una imprudencia.

Masajeó sus labios hasta que el simple roce dejó de ser suficiente.

La apertura de su boca fue apenas una invitación temblorosa, y William la tomó. Su lengua se deslizó en el interior con una lentitud posesiva que hizo estremecer a Alice desde la garganta hasta el vientre.

Ella, inexperta en todo cuanto al amor se refería, se aferró con fuerza a la camisa de William, arrugándola entre sus puños para resistir aquella sensación que se revolvía en su interior.

Excitación, alegría, temor y algo más que no sabía nombrar.

William notó que, de un momento a otro, ella perdería la fuerza en las rodillas. Pasó un brazo por su cintura, la pegó a su pecho y la mantuvo de pie junto a él mientras el beso se prolongaba y se volvía más profundo, rayando en lo pasional.

La tentación de dejar de lado aquella estúpida velada y hacer suya a la mujer entre sus brazos se volvió poderosamente peligrosa.

—Milord, ¿es esta…?

El pobre Peter seguramente habría preferido mirar antes de comenzar a hablar, porque en el instante en que entró y pronunció aquellas simples palabras, Alice se separó del cuerpo de su esposo con tanta brusquedad que el sonido del beso tronó en la habitación, avergonzándola todavía más.

William, en cambio, permanecía tan tranquilo y relajado como si no hubiese estado besándola un segundo antes. Acomodó el cuello de su camisa y miró a su ayuda de cámara, extendiendo la mano para que depositara allí la cajita, aunque le dirigió una mirada de pocos amigos.

—Lo siento, milord. Yo…

Peter colocó la caja de joyería sobre la mano extendida.

—Retírate. No pasa nada.

William observó la salida del hombre y esperó a escuchar el seguro de la puerta antes de girarse hacia su esposa, quien limpiaba unas pequeñas lágrimas de vergüenza de su rostro.

—No hay por qué llorar —le dijo con amabilidad, acercándose a sus espaldas—. Es normal que te bese. Eres mi esposa.

—Pero el señor Peter…

—Como le dije a él —apuntó con seriedad—, no pasa nada.

Alice asintió y continuó limpiando sus lágrimas, esperando no arruinar por completo el maquillaje que le habían impuesto.

—Voltea —pidió William—. Tengo algo para ti.

La joven se volvió lentamente, quitando los restos de lágrimas mientras miraba la mano en la que su esposo sostenía un hermoso anillo en forma de gota, hecho de diamantes y zafiros que parecían bailar alrededor de la luz.

—Es el anillo de mi familia —dijo él, tomando la mano izquierda donde solo estaba el aro matrimonial de la joven—. Todas las esposas de los marqueses deben llevarlo.

—Es muy bonito —admiró Alice—. Me gusta.

—Me alegro.

William volvió a ponerse serio.

—Tenemos que irnos si deseamos llegar temprano.

Alice asintió en silencio.

No sabía si su esposo debía apresurar tanto su inevitable vergüenza, estaba segura de que algo sucedería en aquella velada y seguramente sería culpa suya.

No mentía cuando decía que era torpe.

En verdad lo era. Se caía, tiraba cosas, hablaba mal o simplemente se quemaba el cabello o el vestido. Lo inimaginable era perfectamente posible si ella estaba involucrada.

CAPÍTULO 6

¡Querido William! —sonrió lady Lutsed, depositando un beso en cada mejilla del hombre—. ¡Me alegra tanto que hayas venido!

—El gusto es mío, como siempre, lady Lutsed.

William tomó a su esposa por la cintura y la adelantó.

—Supongo que habrá escuchado hablar de mi esposa, Alice.

—¡Oh! ¡Pero si es la novedad de París!

La mujer se acercó y depositó los mismos besos sobre las mejillas de Alice, un acto que todavía la sorprendía. Los franceses, en definitiva, eran mucho más afectuosos que los ingleses.

—Eres bella, sin duda —continuó lady Lutsed, observándola con una curiosidad demasiado evidente—, pero no entiendo cómo has conquistado a este hombre.

—Es un placer, lady Lutsed —se inclinó Alice, hablando en un francés bueno, aunque no excelente.

Debía aceptar que aquello era fruto del esfuerzo de la señora Pakins y de sus constantes lecturas francesas, en las que se forzaba a aprender con prontitud.

—Ha sido un honor ser invitada.

—Oh, pero qué divina —sonrió la mujer—. Tu acento es tan inglés… Digo, se rumorea que vienes de esas tierras frías e insípidas. No es que desprecie Londres, pero…

Se inclinó un poco hacia ella, bajando la voz.

—Son tan secos.

—Entonces puede darse una idea de por qué soy así, lady Lutsed —intervino William con una sonrisa cortés, aunque su mirada no tenía nada de amable—, tengo una mitad inglesa, al igual que mi esposa.

—No pretendía ofender —se excusó la mujer al advertir su error.

—Por supuesto —respondió William—. Si nos disculpa.

Tomó de nuevo la cintura de Alice y la condujo hacia el salón de baile. Allí, muchos parlamentarios, amigos y conocidos del marqués lo retenían con la única intención de ver de cerca a la nueva marquesa de Millentmont. Debían aceptar que era una muchacha hermosa: mejillas sonrojadas de manera casi permanente, largo cabello castaño claro y unos ojos descomunales, violetas, imposibles de olvidar una vez descubiertos.

—¡William! —llamó una voz ronca, meramente masculina—. ¡Pensé que no volvería a verte en una velada!

—Andrei —sonrió—. No tienes que ser tan melodramático.

Alice se sorprendió al notar que su esposo sonreía de verdad.

Bueno, en la intimidad de su casa, William regalaba sonrisas de vez en cuando; se mostraba más despreocupado y su presencia no resultaba tan intimidante ni enigmática como de costumbre. Pero, definitivamente, ella nunca lo había visto así frente a otras personas.

Y eso se debía al hombre que se acercaba a él.

Alice lo recordaba de alguna fiesta con las Bermont. Era el mejor amigo de William: Andrei Frescott. Venía acompañado por una mujer hermosa, de sonrisa contagiosa, y a juzgar por la pequeña curva de su vientre, no hacía mucho había dado a luz.

—Hola, linda —saludó amablemente Andrei, mirando a la esposa de su amigo a los ojos.

—Hola —sonrió Alice con dulzura.

—¡Andrei me había hablado de la niña de lindos ojos! —se adelantó Amber, la esposa de Andrei—. Eres muy, muy bella.

—Niña —repitió William, tomando la cintura de Alice—. Ya no es una niña, Amber.

—Bueno, eso lo sé.

La mujer le quitó importancia con un manotazo en el aire.

—Es solo que Andrei siempre la nombró así.

—En realidad no importa. No es la primera vez que me llaman de esa forma. Mi apariencia siempre me hace parecer menor.

Miró a su propio marido, aquel que todavía aseguraba no verla más que como a una hermana.

—Lo cual ha de ser una fortuna —dijo Amber, tocando las manos que Alice tenía entrelazadas frente a su cuerpo.

—A veces —asintió, sintiéndose extrañamente cómoda con ella.

—Bueno, se ve que estos hombres quieren hablar.

Amber miró a su marido y al amigo de este con complicidad.

—¿Te atreves a caminar conmigo por este abarrotado salón?

Alice volvió sus preciosos ojos hacia William. Él simplemente asintió y besó su mejilla para despedirse de ella por el momento. Alice sonrió y entrelazó el brazo que Amber Frescott le ofrecía.

—Parecen llevarse bien —mencionó Andrei en cuanto ambas damas se alejaron entre murmullos y música.

—Sí. La verdad es que me alegra.

William tomó una copa de champán y bebió un poco del licor.

—Alice es muy callada y penosa. Amber la ayudará bastante.

—Espero que no la descomponga demasiado —se burló Andrei, a sabiendas de cómo era su mujer.

—No lo creo.

William observaba a los bailarines mientras conversaba.

—Alice es incorruptible. Si cede, será una buena compensación.

—Hablas como si fuera una mujer de lo más intransigente.

—Algo me hace pensar que en realidad lo es —asintió William.

Entonces vio acercarse a una mujer con claras intenciones de conversar o, por lo menos, de hacerle la vida imposible.

—Dios santo, no hay escapatoria —lamentó Andrei al ver a Marcela Quilet aproximarse con una sonrisa frívola.

—Oh, primer ministro. Es un placer verlo de nuevo.

—El placer es mío —respondió Will, inclinándose con renuencia.

—Me alegra ver que no me guarda rencor.

—¿Por qué lo haría, señorita? —inquirió él—. Que yo sepa, no ha hecho nada contra mi persona.

—Hablo por lo de mi madre y mi hermana —sonrió Marcela—. Vaya que el presidente ha sido estricto al exiliarlas de Francia.

—En realidad, fue una medida que su madre tomó con el fin de obtener una boda.

—No es como si mi hermana estuviera especialmente feliz.

Marcela se encogió de hombros y tomó la copa de William como si la hubiera recogido de una charola de plata portada por un mozo.

Andrei se sorprendió al ver que la mujer bebía un poco del contenido, dejando la clara marca de sus labios en el borde del vidrio, para después devolverla a la mano de su amigo. William simplemente dejó la copa a un lado, sin intención alguna de seguir bebiendo.

—Es muy confianzuda, señorita Marcela —recriminó Andrei—. No todos harían eso con la naturalidad con que usted acaba de hacerlo.

—¿Confianzuda? —se exaltó la mujer—. Solo me ha dado un poco de sed. Además, al marqués no parece molestarle.

—No es que me agrade tampoco —contestó William con desinterés—. En realidad, señorita Marcela, la próxima vez que tenga… "sed", será mejor que tome una copa que no esté en manos de otro.

—¡Oh, Dios mío!

Ella se cubrió la boca con una mano enguantada.

—¿Acaso he sido una molestia?

—Al igual que toda tu familia —dijo una voz invasora a sus espaldas.

Giorgiana Aigrefeuille, con ese caminar altivo de pisada certera, se acercó al grupo en el que se encontraba su hermano. Enfrentó a la otra mujer con una mirada asesina.

—Giorgiana —sonrió Marcela—. Es un gusto verte de nuevo.

—Y pensar que me libré de tu cara durante un tiempo —respondió la joven—. Preferiría volver a dar a luz.

—Giorgiana —la regañaron al mismo tiempo William y la voz del presidente, quien apenas se acercaba.

—Señor presidente —se inclinó Marcela—. Espero no incomodarlo.

—No lo hace —respondió Asher, tomando a su esposa.

—Eres un mentiroso —Giorgiana entrecerró los ojos, recriminándole la mentira—. ¡Odias a las Quilet!

—Cariño.

Asher apretó la cintura de Giorgiana, donde descansaba su mano.

—¿Quieres bailar?

—No.

—Vamos.

La incitó, llevándosela del campo de batalla que la joven había establecido. Pero no por eso evitó que lanzara su última estocada.

—¿Dónde está tu encantadora esposa, hermano mío? —preguntó Giorgiana, volviendo la cabeza para poder ver la reacción de su víctima—. Quisiera saludarla.

—Vamos, Giorgiana —insistió Asher, alejándola por completo del resto del grupo.

Andrei sonrió por lo bajo.

En definitiva, esa mujer era algo especial. Giorgiana era un alma libre, apenas contenida por su marido y por su hijo. En realidad, le había agradado ver la deformación de las facciones de Marcela, mostrando su desagrado sin ningún pudor.

—Oh, es cierto —Marcela regresó la mirada hacia William. —Bajó la cabeza mientras levantaba los ojos para ver al marqués de una forma pícara y desafiante—. Me he enterado de que se ha casado. Me ha llegado el rumor, por malas lenguas, de que ha sido por compasión.

William apretó la mandíbula, pero no dijo nada. No caería en el juego de esa mujer. Era estúpido pelear con alguien tan hueco que no apreciaría ninguna explicación, ese tipo de personas solo razonaba aquello que le convenía, por lo tanto, negar o afirmar daría lo mismo.

Aun así, no pudo contenerse.

—Son malas lenguas, señorita. Y, si usted las creyera, la harían casi tan simple como las personas que se dedican a transmitirlas.

—¿De una forma sutil está llamándome estúpida?

—Se equivoca.

William la miró.

—Lo cual puse en duda, pero usted acaba de afirmarlo.

Andrei dejó escapar una ligera carcajada que intentó cubrir con una tos nada creíble, aunque, al fin y al cabo, un poco respetuosa.

—Se burla usted de mí —negó Marcela con una sonrisa pícara y nada afectada—. No debería abusar de su condición de hombre.

—¿Y qué condición es esa?

—Sabemos que los hombres son más inteligentes, útiles y fuertes.

—Discrepo —dijo William, distraído.

Su mirada se había fijado en algo a lo lejos.

Algo que reclamó toda su atención.

—¿Me disculpan?

William pasó entre los dos cuerpos que se interponían en su camino y fue directo hacia una persona en específico. Una que, por un momento, creyó que le haría tragarse sus propias palabras y el único pensamiento que le rozaba la cabeza era:

¿Qué demonios estaba haciendo esa mujer ahí?

—Parece que su presa se le ha escapado —se burló Andrei.

—Está por verse, señor —sonrió—. No olvidemos quién soy yo.

—¿Una de las muchas que no aceptan que está casado?

—Una que conoce todo su pasado —sonrió con malicia—. No me será difícil recordarles a esas… "doncellas" cuánto les gusta el marqués. Y la perseverancia a veces funciona.

—Está casado.

—Pero no enamorado.

Marcela levantó una ceja con altivez.

—Buenas noches, señor Frescott.

Alice no entendía nada de lo que ocurría.

Un minuto se encontraba conversando tranquilamente con Amber, y al siguiente se veía rodeada por un grupo de hombres que tenían la clara intención de cortejarla.

¡Cortejarla! ¡Por el amor de Dios! ¡Estaba casada!

—Estos tipos son insistentes —susurró Amber—. ¿Qué hacemos?

—No lo sé —contestó Alice, nerviosa—. Me parece abrumador.

Amber miró por encima del hombro de Alice y sonrió.

—No tardará mucho.

—¿Mucho tiempo para qué? —preguntó la pobre inglesa, sin entender una sola palabra de lo que Amber quería insinuar.

Amber se encogió de hombros y se recostó contra el respaldo de su silla, parecía completamente relajada. Incluso daba la impresión de estar esperando algo.

—Para que William se desquicie —contestó con soltura.

—¿Por qué habría de desquiciarse?

—Digamos que no le gusta compartir.

Amber aceptó un poco de ponche de manos de uno de los pretendientes de Alice, quienes, por supuesto, ignoraban por completo que la joven estaba casada. La esposa del primer ministro no los sacaba de dudas. Apenas hablaba, solo se sonrojaba, y los anillos que podrían haber dado una pista a los hombres permanecían ocultos bajo el guante de seda. Solo era visible el anillo de

compromiso, pero Alice lo movía con tanta frecuencia que resultaba imperceptible para los tres muchachos arremolinados galantemente a su alrededor.

—No entiendo de qué me hablas —repitió Alice.

—Ya lo verás.

Alice frunció el ceño, pero no dio demasiada importancia a las palabras de Amber. Con lo poco que la conocía, comprendía que la mujer del mejor amigo de William era un alma libre, con una capacidad indudable para coquetear, reír y hacer lo que quería.

Muy pocas veces se veía el carácter explosivo de William. Normalmente era capaz de medir su enojo; la rabia no solía formar parte de sus estados visibles de ánimo, pero, por el amor de todo lo sagrado, era la mujer del presidente del Consejo de Ministros.

¿Ni siquiera podían respetar eso?

Por tal motivo, a William no le importó avanzar con ese paso potente e imparable que hacía que las personas se apartaran de su camino casi de un brinco. Algunos que habían intentado retenerlo para conversar se quedaron con la boca abierta y fingieron a la perfección querer hablar con otra persona.

—Primer ministro —se arriesgó una joven que, en medio de su ingenuidad, no alcanzó a percatarse del genio que arrastraba al hombre por el salón.

—Dígame, señorita Glend —respondió él con premura.

—¿Tiene tiempo para una plática rápida? —sonrió ella, coqueta—. Podríamos dar un paseo por el jardín.

—Esa es una insinuación de lo más despreciable, señorita. ¿Qué tiene usted, dieciséis años?

La joven palideció.

—No sé lo que le hayan dicho, pero soy un hombre casado. Querer tentarme con una sugerencia de esa clase no le resultará ventajoso.

Ante la respuesta negativa del poderoso hombre, la señorita Glend bajó la mirada, avergonzada, y lo mejor que pudo hacer fue retirarse.

William lo agradeció. En realidad, empezaban a ser coquetas desde edades cada vez más tempranas. No le agradaba en absoluto que lo tuvieran como primer candidato.

Entonces llegó hasta donde Alice era la figura central de la noche.

Amber lo miraba con expresión de burla, el cuerpo completamente recostado contra el respaldo de su silla mientras contemplaba a la pobre Alice intentar dar respuestas coherentes a los hombres que la asediaban con indiscreta devoción.

—Alice —llamó William con dureza.

La joven, sin saber qué ocurría, alzó la cabeza y se encontró con su marido justo detrás de ella.

Los tres jóvenes que habían tenido intenciones con aquella mujer simplemente desaparecieron ante la imagen del primer ministro. Más aún al escuchar la familiaridad con la que la llamaba.

—¿Sí? —preguntó Alice.

—¿Qué hacías? —inquirió él, con un deje sardónico.

—Yo…

—Estaba siendo muy bien atendida antes de que llegaras —intervino Amber—. Ahora lo has arruinado.

—No te metas, Amber.

—Bueno, solo decía.

La mujer levantó los hombros.

—Mejor me voy a buscar a Andrei.

—Mejor —sugirió William con fastidio.

Alice observó cómo su nueva amiga se despedía de ella con una expresión divertida y se marchaba, abriéndose paso entre el tumulto de bailarines sin importarle irrumpir en media pista.

—¿Q-qué pasa, William? —preguntó Alice, nerviosa por la forma en que su marido la miraba.

Casi podía leer la desaprobación en sus ojos.

—Te veía muy entretenida. Quería saber qué era tan divertido.

—¿Entretenida? —cuestionó ella—. Amber y yo estábamos…

—Muy bien acompañadas —terminó él por ella.

—Oh. A-a eso te refieres.

—¿A qué más?

—Tal parecía que ellos no sabían que yo era tu… bueno, ya sabes.

—Y no te diste la molestia de aclarárselo, claro está —dijo él.

—No sabía cómo.

—Hablando se entiende la gente.

William se cruzó de brazos, mostrándose aún más impenetrable.

—Pensé… tú sabes que yo… nunca he podido ser…

Alice bajó la cabeza.

—No soy buena conversando.

—Ni aclarando las cosas —continuó William.

Alice habría querido enterrar la cabeza en la tierra y echarse a llorar, pero no podía hacerlo. Primero, porque no era un avestruz. Y segundo, porque sería todavía más vergonzoso huir de la situación. Sería como aceptar las acusaciones de William.

—N-no sé qué más quieres que te diga —murmuró, mirando al suelo y girando constantemente el anillo—. S-soy de esa forma.

—No me digas nada —replicó él con dureza—. Nada en absoluto.

Alice levantó la vista.

¿Qué significaba eso? ¿Acaso la despreciaba? ¿Pero por qué? Ella no tenía la culpa. Simplemente no sabía qué hacer. Nunca le había

pasado algo semejante. La experiencia era nueva. Además, William sabía perfectamente que ella no era buena con las palabras.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó, asustada.

Pero ya era demasiado tarde.

La pregunta quedó suspendida en el aire cuando los anfitriones comenzaron a conmemorar a los invitados de honor de aquella noche: las dos parejas políticas más importantes del país. La del presidente de Francia y la del presidente del Consejo de Ministros.

William miró a su ensimismada esposa y la tomó por la cintura, acercándola a él mientras se convertían en el centro de las miradas impactadas de la sociedad.

La fiesta prosiguió entre carcajadas alegres, innumerables bailes, interminables bebidas y, claro, por qué no, el escándalo.

Alice, por su parte, desapareció de la vista de todos tan pronto como pudo. No deseaba ser el centro de atención. Recibió muchas felicitaciones, lo cual era agradable, sí. Pero también encontró la contraparte: miradas y frases que la hacían sentir como una piedra en el camino de William y, por la conversación que había tenido con él, tal parecía que lo decepcionaba una vez más, por esa razón, y con mucho esfuerzo, logró esconderse en una parte apartada de la fiesta.

Sola.

Sentada junto a un hombre de aspecto duro y solitario.

Como ella.

Durante todo el rato que llevaba allí, él no le había dirigido ni una mirada. No se movía. Alice habría temido que estuviera muerto si no fuera porque mantenía los ojos abiertos y pestañeaba… a veces.

—¡Ah! —gritó de pronto el caballero, tocándose una pierna.

—¿Se encuentra bien? —se adelantó Alice al oír aquel grito de dolor.

—Sí. Es normal —dijo él, serio, mirándola fugazmente antes de volver el rostro hacia el frente—. No tiene de qué preocuparse.

—Se encuentra mal —dijo la joven, preocupada—. ¿Puedo ayudar?

—Me haría bien saber por qué está usted aquí sola, en esta esquina abandonada de la vida, mientras los caballeros disponibles se encuentran del otro lado del salón, sacando a bailar a mujeres mucho menos hermosas que usted.

—No soy fanática de las personas —admitió Alice—. ¿Me permite saber qué le sucede?

—No le interesa.

El hombre deformó el rostro en un nuevo quejido y volvió a tocarse la pierna.

—Permítame.

La joven, sin ningún asomo de duda, se agachó frente a él y descubrió sus piernas protegidas por una manta y unos pantalones.

—Sangre —observó al ver la tela que cubría sus extremidades.

—Puede correr despavorida, señorita —dijo el hombre con odio —. Se le llama herpes.

—No le tengo miedo a esa enfermedad. Nunca me he contagiado y, cuando vivía en Londres, atendí a mucha gente en peor estado.

—Niña, por el amor de Dios, váyase de aquí.

—Lo haré. En cuanto cure esto, que parece habérsele abierto.

—Ni siquiera tiene forma de hacerlo.

—Deme ese vino de ahí —pidió Alice—. Y esa servilleta.

—He dicho que te alejes —repitió el hombre.

—Si quiere que lo haga, entonces páseme lo que le indique.

El hombre, nada contento, le entregó la copa y la servilleta que ella le había pedido. No eran vistos por la sociedad, pero seguramente, si alguien los descubría, la situación podría dar lugar a un gran malentendido. Alice no mostró interés alguno por la sociedad, el lugar o lo que implicaba nada de lo que hacía.

Tenía intención de ayudar y lo haría.

—Eres una mujer extraña.

—Bueno, se lo agradezco —respondió ella con ironía.

—Nadie haría esto por decisión propia. Tú pareces más que complacida de hacerlo.

—Dios manda a sus hijos para ayudar a quienes lo necesitan.

Alice se encogió de hombros.

—En esta ocasión era mi turno.

—¡Dios! Esa es la mentira más grande en la que se puede creer.

—Es una lástima que piense así.

Alice levantó la vista.

—Me ha puesto en su camino para que le enseñe sobre Él.

—¿Piensa acaso convertirme?

—No, señor. Para nada —se levantó del suelo donde se había dedicado a curarlo—. Solo le explicaré mi punto de vista.

—¡Eres como esos cristianos!

—Es una religión bonita también —asintió Alice—. Pero no creer en la Virgen está mal.

—¿Es usted una hereje?

—No, señor. Solo respeto todas las opiniones. Pero para mí solo hay un Dios, un Salvador que vino a la tierra y…

—Alice.

La llamaron, provocando que la joven se levantara de un brinco.

—William —suspiró.

—¡El presidente del Consejo! —rio el hombre, que ya era algo mayor a juzgar por las canas de su cabello—. Qué ironía del destino.

—Señor Harnett, es un gusto verle.

—Miente.

El caballero rio de nuevo, aunque la risa derivó en una tos severa.

—Usted estará feliz cuando haga lo que quiere.

—Se equivoca —negó William—. Pero no vengo a discutir eso.

—No, veo que no.

El hombre miró a la joven que permanecía nerviosa en medio de aquella situación.

—¿Debo entender que conoce a esta santa?

—¿Disculpe?

—Esa mujer.

La señaló.

—¿La conoce?

William echó una mirada a la nerviosísima Alice, quien se removía en su lugar como si deseara salir corriendo. Se veía hermosamente confundida e impaciente.

—Es mi esposa.

—¡Esposa! —exclamó el hombre—. Sí, buena elección.

Asintió con aprobación.

—Siempre lo juzgué como un hombre listo.

—Hace unos días me quedaba mejor el apodo de "bobalicón", si mal no recuerdo —entrecerró los ojos William.

—Y no me retracto —rio de nuevo el hombre—. Pero al menos sabe escoger mujer. Eso le gana un poco de respeto.

—Me alegra mejorar en su escala de desagrado.

William rodó los ojos.

—Oh, no aburramos a su mujer con asuntos de Estado.

El señor Harnett palmeó el aire, quitándole importancia.

—Para eso existe el Senado.

—En el cual diferimos constantemente.

—Es cierto —aceptó—. Pero bueno, os veré en otra ocasión.

Para sorpresa de Alice, el hombre llamó a uno de los sirvientes que esperaban pacientemente sus órdenes. El mozo no tardó en tomar la silla de ruedas en la que el caballero se encontraba y comenzó a llevarlo por el salón hacia otra esquina solitaria.

—¿Qué hacías? —inquirió William en cuanto el hombre se alejó.

—Solo… hablé con él.

—Parece que lo encantaste.

—No sabría cómo hacerlo.

—Bien —dijo William con la mirada perdida en la figura de aquel agresivo senador—. Creo que es hora de ir a casa.

—C-como tú quieras.

CAPÍTULO 7

William observó cómo su esposa subía a la habitación a toda prisa. Aquello le hizo suspirar. No comprendía del todo por qué estaba tan extraña. Entendía que, hasta cierto punto, se sintiera avergonzada por lo que él le había dicho en la fiesta, pero Alice había llegado al límite de querer llorar. Él sabía que era un hombre duro. No permitía ciertas actitudes y, peor aún, no siempre sabía moderarse cuando decía lo que pensaba.

Tal vez se había sobrepasado. Cerró los ojos y volvió a suspirar, esta vez con una desesperación silenciosa. Debía disculparse.

Había sido más severo de lo que pretendía. El hecho era que le habría gustado que Alice aclarara las cosas a esos hombres que intentaban conquistarla, pero solo ahora recordaba el proceder tímido y vergonzoso con que ella siempre se conducía.

Aun con aquella actitud retraída y poco extrovertida, había logrado conquistar a uno de los senadores más tozudos de toda la nación. Lord Viclen Harnett era un hombre al que le gustaba vivir a la antigua. Nada moderno parecía agradarle, y pretendía no

modernizar nada hasta el día de su defunción. Sin embargo, gracias a su mujer, William tenía ahora un punto a su favor.

El marqués entró en su despacho, donde se sirvió un vaso de whisky y encendió un puro para aliviar la tensión. Cerró los ojos, dejándose envolver por la comodidad del sillón de cuero, por la bebida que le calentaba la garganta y por el humo familiar que parecía filtrarse hasta su cerebro.

Necesitaba relajarse y aquella era la forma en que la paz lo invadía, al menos en alguna medida.

Pasó una hora hasta que el imponente hombre decidió regresar a su habitación para recostarse y dormir hasta el día siguiente, que prometía traer nuevos conflictos y problemas. Iba pensando en las ganas que tenía de montar a la mañana siguiente cuando, al doblar por uno de los pasillos, se encontró de frente con uno de los sirvientes.

—Su excelencia —se inclinó el mozo.

—Señor Mello, espero que esté de guardia y no en una aventura.

No era la primera vez que William lo atrapaba en situaciones vergonzosas, de las cuales siempre salía bien librado al no encontrarse cerca la doncella con la que seguramente estaba citado.

—No, excelencia —aseguró el hombre—. Me han indicado que lleve té a la señora. Parece ser que tiene jaqueca.

—¿Mi esposa se encuentra mal? —William levantó una ceja, sopesando la parte de culpa que le correspondía.

—Sí, excelencia. Su doncella me ha pedido esto.

El mozo señaló la bandeja de plata.

—Déjelo. Lo llevaré yo.

William intentó tomar la charola, pero el sirviente la apartó rápidamente de sus manos.

—De todas formas, voy hacia allá —añadió el marqués ante la renuencia del hombre.

—Excelencia… —El mozo bajó la cabeza—. La marquesa no está en vuestra habitación.

William se quedó inmóvil.

—¿Cómo dices?

—Ha pedido la recámara azul —explicó el sirviente—. Ahí es adonde llevaré el té.

William alzó una ceja, sorprendido.

¿Qué se traía esa mujer? ¿Acaso esperaba que toda la casa se enterara de su disgusto? Negó apenas. Inadmisible.

—No lleve nada hasta que yo lo ordene —sentenció—. Vaya a la cocina y espere allí hasta escuchar la campanilla de servicio.

—Sí, excelencia.

El hombre desapareció por una de las entradas del servicio, cerrando la puerta con un sonido sordo.

William levantó la mirada hacia el segundo piso, donde la casa se dividía en pasillos largos y silenciosos. Tendría que hablar con Alice sobre aquel proceder infantil. No podía dormir en otra cama que no fuera la suya. No admitiría otra cosa, estuviera molesta o no.

Subió las escaleras de dos en dos, dirigiéndose sin vacilación hasta la habitación que su mujer había ocupado por puro capricho, no tocó, era su casa y la mujer tras aquella puerta era su esposa. Sin embargo, cuando entró, deseó al menos haber hecho algún ruido que anunciara su presencia, pues justo en el instante en que abría la puerta, la doncella de Alice colocaba el camisón sobre el cuerpo desnudo de la joven. Decir que no vio nada habría sido mentir.

—¡Excelencia! —gritó la doncella, espantada.

Alice se quedó paralizada, encendida de vergüenza, con los ojos más abiertos que los de un pez.

—Retírese, por favor.

—Sí, excelencia.

La joven se inclinó, también avergonzada, y desapareció. William apenas esperó a que la doncella saliera para comenzar a hablar.

—¿Por qué has pedido esta habitación?

Intentó sonar tranquilo y moderado. Pero el respingo que dio Alice fue suficiente para indicarle que su tono había sido duro.

—T-tú dijiste…

—¿Yo dije qué? —preguntó, confundido y algo alterado—. Jamás pedí una habitación separada de mi esposa.

—Dijiste que no querías que dijera nada —recordó la joven—. Creí…

—¿Qué? ¿Que era para siempre?

William esperaba, de verdad, que su mujer no fuera tan drástica como estaba demostrando. Tal parecía que, para ella, los enojos y las palabras dichas en un momento de ira derivaban en estipulaciones definitivas sobre lo que debía hacerse.

Aquello, de pronto, le causó cierta gracia. Si cada vez que se molestara y dijera algo sin sentido ella lo obedecía, seguramente en algún momento estaría empacando para irse de la casa.

O peor, para divorciarse.

—Pues… sí —confesó la muchacha.

Y con eso cumplió todos los miedos del hombre o la risa.

Ya no sabía.

—Entonces —dijo William, tomando asiento en una silla—, digamos que no quiero que te quedes ni esta noche, que no te quiero en mi casa ni con mi apellido. ¿Simplemente lo aceptarías?

—S-si es lo que quieres.

—No lo es —aseguró él—. Estás casada conmigo. Eso no significa que debas sentirte encadenada. Puedes dar opiniones. Puedes renegar. No tienes que obedecerme cuando estoy molesto. Si sigues con esa mentalidad, un día pensarás que debes marcharte solo porque dije algo en medio de la ira.

—Pero dijiste…

—¡Estaba molesto! —se exaltó—. Eso no significa que quiera lo peor para ti. Ni que no desee que duermas en mi cama.

—No entiendo.

—Por todo lo sagrado… ¿cómo te han criado?

Alice apretó los labios y elevó apenas los hombros.

—El hombre es quien manda. Si mi marido no quiere verme, entonces debo complacerlo.

—Vaya tontería.

William dejó escapar una carcajada breve, sin humor.

—Tienes voz y voto. Al menos en mi casa, si quieres hacer algo, hazlo. Si quieres molestarte conmigo, hazlo también. Pero no te vayas de la habitación, es lo único que pido. Mis padres no se separan, aunque se enfaden. Es una buena costumbre. Si estás enervada, vienes y hablas conmigo.

La miró con fijeza.

—No entiendo a las mujeres. Piensan, sienten y dicen demasiado.

Hizo una pausa.

—En realidad, tú no. No sé mucho de lo que piensas o sientes, pero, al menos conmigo, tendrás que decírmelo de frente. Sin rodeos. Solo dilo y veremos cómo resolverlo.

—¿Deseas entonces que regrese?

—Yo ni siquiera quería que te fueras.

—E-entonces… volveré.

—Gracias. Te esperaré para llevarte a la cama.

Alice se sonrojó hasta el límite y bajó la cabeza mientras asentía.

—Y te diré otra cosa —añadió William—: te quedarás en la cama hasta que, al día siguiente, yo me levante temprano para trabajar. No espero otra cosa de ti más que fidelidad y felicidad, por supuesto.

Alice levantó la cabeza con tal rapidez que seguramente se lastimó.

—¿Q-qué…?

—Vamos, Alice.

William abrió la puerta.

—Será mejor que regresemos a la habitación.

La joven colocó la bata sobre sus hombros y caminó delante de su marido, escuchando los pasos imperiosos de William a su

espalda. Él, por fin, se daba cuenta de lo hermoso que era el cuerpo de Alice.

Debía de ser porque lo había visto a plena luz, sin velos ni sombras suficientes para engañarse. Decir que no la deseaba en ese momento habría sido mentir y William no mentía, menos a sí mismo.

Pero no la tomaría, lo que sentía era lujuria, deseo, ganas de placer. El cuerpo de ella era terso, suave, puro, tentador, aquel era el pensamiento carnal que se internaba en su cerebro, pero de pensarlo a cumplirlo había una distancia. Más aún tratándose de él.

La cuestión era que seguía sin sentir algo especial por ella. La apreciaba, sí. La cuidaba, por supuesto, pero no la amaba. Si intimaba con ella, no sería por amor y Alice no merecía eso. Una cosa era segura: aquellos pensamientos se volvían débiles al recordar que era su esposa y que, tarde o temprano, tendría que tomarla. Tal vez no por amor, pero sí por decencia, incluso por respeto hacia ella.

A ninguna mujer le agradaría no consumar su matrimonio de manera indefinida. Para muchas, era un deber. Para otras, una misión.

William, claro, pensaba diferente.

Alice era más que una yegua de la cual se esperaban crías. Quería que fuera una mujer con ideales, con cerebro, con voluntad. Una mujer que no pensara únicamente en el recatado sentir de la

Iglesia ni en todas esas reglas impuestas sobre los hombros femeninos.

—¿William?

El hombre volvió la vista.

Sinceramente, no había escuchado nada. Al parecer, Alice había intentado entablar una conversación con él, sin éxito, porque William se había encerrado demasiado en sus propios pensamientos.

—¿Qué decías?

Alice suspiró, no era ninguna novedad que la ignoraran.

—Iré con Celio y Antoine… digo, ¿puedo ir?

—¿Con los amigos de Giorgiana? —se asombró él—. ¿Para qué?

—E-ellos quieren… no, solo… ¿una visita?

—¿Por qué no vienen ellos?

William abrió la puerta para su esposa.

—B-bueno, ellos me invitaron.

—No sé.

—Por favor, William.

Alice encaró al hombre con la súplica impresa en el rostro.

La impresión fue tal que William tuvo que dar un paso atrás, abrumado por aquella expresión suplicante que no veía desde que Katherine quería aprender a cabalgar o Giorgiana planeaba escapar.

Lo cual era un mal indicio.

—Si tantas ganas tienes —se encogió de hombros—, ve.

—¡Gracias!

La joven sonrió y besó fugazmente la mejilla de su marido.

William se percató de que su mujer ni siquiera se había avergonzado por aquella acción, lo cual era extraño. Alice se azoraba por cualquier cosa y, sin embargo, ahora parecía no darse cuenta de lo que había hecho. No tardó en agacharse sobre uno de sus baúles —que aún seguían sin terminar de vaciar en los armarios— y comenzó a sacar vestidos como una maniática.

Él simplemente se sentó en una cómoda silla cercana al fuego, colocada frente al lugar donde su mujer se dedicaba a remover prendas. Sonrió sin que ella lo notara. Parecía una niña haciendo todo aquel alboroto solo por salir a visitar a los amigos de su hermana. No la frenaría. Parecía feliz, y él no era quién para disminuir esa alegría que no veía desde antes de aquella boda fatídica.

No. Incluso antes de la boda, Alice nunca parecía feliz. Sonreía, sí. Pero no como sus primas o sus amigos. Era una sonrisa falsa, una que escondía un dolor del que jamás hablaba.

—Ese es bonito —dijo William al ver un vestido color crema.

—¿Este?

Alice lo observó.

—¿Te gusta?

—Sí.

—Entonces me lo pondré.

Lo decidió con una seguridad encantadora.

—Debo advertirte que no soy muy buen juez en lo referente a moda femenina —advirtió su marido.

—Pero eres mi esposo. Seguro no quieres que me vea mal.

—Seguramente no.

William se puso en pie y estiró la mano para que ella la tomara.

—Vamos a la cama.

—Sí…

La joven se levantó y comenzó a quitarse la bata, puesto que, a diferencia de William, ella ya llevaba puesta la ropa de dormir. El marqués empezó a desabrocharse la camisa, dejando al descubierto su cuerpo fuerte. Su esposa no lo observaba, pues estaba inclinada junto a la cama, seguramente buscando algo que se le había caído.

—Y dime, ¿cuánto te quedarás con Elio y Amone?

Alice soltó una pequeña carcajada y levantó la cabeza sobre el colchón, apoyando ambos brazos en la cama.

—Celio y Antoine.

—Ah, sí. Ellos.

—Todo el día.

—¿Todo el día? —preguntó él, casi en un grito—. ¿Por qué?

—Bueno, no pensé que te molestara.

Alice ladeó la cabeza.

—De todas formas, estos días no vienes a comer… y-yo te veo hasta en la noche.

—¿Y por eso no quieres estar en casa?

—No…

Alice sacudió la cabeza.

—Solo serán… unos días.

—¿Días?

William levantó una ceja mientras se abrochaba la camisa.

—Parece como si tramaras algo.

—¡Te aseguro que no!

Alice se puso en pie de un brinco.

—Eso es aún más sospechoso —dijo él, alzando ambas cejas—. Pero te dejaré hacerlo, porque tampoco quiero que caigas en el fastidio de la cotidianidad.

—Gracias —sonrió ella—. En serio.

—Hay que dormir ya. Mañana me levanto temprano.

Alice se internó en la cama y se cubrió hasta los hombros, recostándose de espaldas al lugar que ocuparía el cuerpo de William. Cayó dormida con rapidez, sin siquiera permitirle a su esposo preguntarle sobre lord Harnett.

William se metió en la cama y miró el techo, oscurecido por la poca iluminación de la chimenea. Era extraño dormir con la mujer que deseaba. ¿Habría sido mejor idea dejarla en aquella otra recámara?

Miró de costado a su esposa. No. Definitivamente no.

Tal vez, por el momento, no podía tocarla de la forma íntima en que quería. Pero, al menos, podía abrazarse a su cuerpo, acariciar sus contornos, ver sus facciones relajadas, rozar sus labios…

¡Por todo lo bueno! Tenía que controlarse. Ella era solo la mejor amiga de su hermana… Pero también era su esposa.

William alargó la mano y rozó la cadera de Alice, cuya curva sobresalía con suavidad antes de caer hacia su cintura delgada. Se impresionó al notar lo pequeña que era la zona de su abdomen; tanto, que su mano podía abarcarla casi por completo.

Subió por su brazo desnudo, sintiendo cómo la piel de ella se erizaba bajo su toque, deseaba que se volviera para verle el rostro.

Casi como si la joven quisiera cumplir sus deseos, se giró, algo incómoda por aquellas caricias que perturbaban su sueño, pero aquello no la incomodaba tanto como a William, quien en ese momento se debatía entre apartarse o quitarle aquel maldito camisón y besarla por todas partes, conocer su piel y dejar que ella conociera la suya, fundirse en ella íntimamente hasta volverse una sola persona.

—William… —susurró Alice—. ¿Pasa algo?

—No —dijo tajante.

Sonó incluso un poco molesto.

—¿H-hice algo mal?

—He dicho que no.

William se dio la vuelta para no verla a la cara, para no encontrarse con aquellos ojos inocentes que no sabían, ni podían imaginar, lo que pasaba por la cabeza de su marido.

Aquellas ganas encarnadas de hacerla suya. De recorrerla. De besarla. Maldición. Alice observó la enorme espalda de su marido con el ceño fruncido. Al final, al no encontrar explicación para su actitud, simplemente se volvió también, dándole la espalda, y volvió a dormir con tranquilidad.

A la mañana siguiente, cuando William despertó, su esposa ya no se encontraba en la cama. Aquello le pareció extremadamente raro. Era normal que despertaran juntos; él se vestía y luego lo hacía ella. Incluso, a lo largo de los días, había descubierto que Alice era de las que disfrutaban dormir largo y tendido. Muchas veces se levantaba al mismo tiempo que él, pero volvía a caer dormida poco después.

—Peter, ¿mi mujer está desayunando?

—La señora marquesa ha salido temprano —negó el ayuda de cámara, terminando de colocarle la chaqueta al marqués.

—Bien —dijo William, meditabundo.

—¿Desayunará en casa, señor? —preguntó el hombre.

Sabía que, al ser presidente del Consejo de Ministros, William solía compartir desayunos con parlamentarios, economistas, físicos u otros personajes de interés.

—No. Iré a Lapérouse.

—¿Quiere que le deje algún mensaje a la señora?

—No.

William se acomodó él mismo la corbata.

—No vendrá a comer. La veré en la cena.

—Sí, excelencia.

Alice recorría los distritos de la hermosa ciudad de París. Sola. Sin ayuda ni indicaciones. Con un conocimiento apenas suficiente del idioma y un vestido de lo más inglés. Pero, al final, segura.

Por alguna razón, segura.

Abrió de nuevo la carta que llevaba doblada entre las manos y la leyó una vez más, como si no recordara aquellas líneas que, en realidad, ya se había memorizado.

La carta había llegado hacía más de dos días y había determinado sus acciones actuales. No tenía el nombre de quien la enviaba. Pero la información era tan precisa que solo podía provenir de alguien que la conocía y vivía cerca de ellos.

¿Un sirviente, tal vez? Negó. Ellos no tenían forma de saber que William y ella… que ellos no tenían intimidad.

¿Cómo podría saberlo alguien?

Fuera como fuera, la carta decía lo siguiente:

Alice:

Recomendación número uno: ve a casa de Celio y Antoine. Querida, necesitas convertirte en una dama. Y, sobre todo, debes conseguir que tu marido se acueste contigo, ya sabes, para no quedar en ridículo y darle un hijo, porque, por lo visto, no puedes ni tentar a tu propio esposo, y eso que sé perfectamente que duermes con él todas las noches.

Decepcionante, pero cierto. En fin, la dirección es: 64, rue de Caumartin, Ópera, IX distrito. Ve y deja que te guíen para convertirte en una mujer capaz de despertar y encadenar los deseos de ese hombre que parece más frío que una roca. Aunque tú no eres mucho mejor, querida. Al fin y al cabo, eres casi tan inteligente como una piedra.

Con cariño, una ayuda.

CAPÍTULO 8

Alice tocó aquella puerta una y otra vez, de manera nerviosa y constante. Nunca visitaba a nadie en soledad, y eso se debía a que, cada vez que entraba en una casa ajena, mágicamente se quedaba muda. Era normal. Nunca sabía qué decir ni qué tema era correcto sacar a conversación, así que prefería el silencio y la soledad.

—¡Por el sagrado Buda! —se oyó una voz desde el interior—. ¡Dejen de tocar como desquiciados o los mataré!

Alice abrió mucho los ojos. No conocía demasiado sobre aquella religión, pero recordaba que hablaban de paz interior y ese hombre que gritaba no parecía precisamente tranquilo.

—¡¿Quién es esa alma despiadada que toca a estas horas del día?!

Celio abrió la puerta aún en bata, con el cabello revuelto y el rostro hinchado por el sueño.

—Lo siento, señor Piclet —Alice bajó la cabeza—. Fui muy inoportuna al venir tan temprano.

—Ciertamente —dijo el hombre, extrañado—. ¿Tú eres?

Alice no se sorprendió de que no la reconociera.

—Soy… Alice Mi… Alice Charpentier.

—¡Oh, mi hermosa Alice! —sonrió Celio al recordar el nombre—. Levanta la vista, querida. Si no lo haces, no te reconozco. Por Buda, tus bellos ojos se echan a perder con esa cara enterrada en el suelo.

—¿Me recuerda?

—¿Que si te recuerdo? —exclamó el hombre—. ¡Si eres una preciosura encantadora!

—Gracias, Celio. Me alegra no pasar desapercibida.

—Aunque lo intentes, querida —la señaló—. No es posible. Ahora, creo que sé por qué has venido. Es momento de despertar a Antoine de la manera más divertida.

—¿Y cuál es esa manera, señor Piclet?

—Celio, niña. C-E-L-I-O —deletreó él—. No soy un anciano para que me llames "señor Piclet".

—Celio —asintió la joven—. Vine porque…

—Primero Antoine. Primero Antoine —interrumpió el muchacho, poniendo una mano frente al rostro de Alice—. Tenemos el deber de despertarlo, porque será uno de los que ayudará en esta travesía.

—Entiendo.

—Pero pasa, pasa. Deja de ser tan penosa. Somos amigos.

Alice Charpentier entró en el departamento al que era invitada.

El lugar era extremadamente lujoso, decorado con una extravagancia atrevida, pero hermosa. Seguramente alguno de los dos amigos era el causante de aquel esplendor en el que ahora se encontraba. Había pinturas que, a todas luces, parecían costosas; muebles de formas delicadas y estampados exquisitos; cortinas pesadas, cojines de seda, biombos orientales y lámparas que derramaban una luz cálida sobre toda la estancia.

Todo estaba envuelto en un aura de misterio y exceso.

—Acompáñame, Alice.

—¿A dónde? —preguntó la joven, volviendo la vista hacia Celio, quien sostenía un florero en la mano.

—Ya te lo dije. A despertar a Antoine.

—¿Con un florero? —Alice levantó una ceja, dudosa.

—Con agua —agregó él.

—No le irás a tirar el agua… ¿verdad?

La joven esperaba que la respuesta de Celio fuera un no rápido y rotundo. En lugar de eso, Celio sonrió malévolamente y caminó.

—Sígueme, bombón.

Se detuvo a mitad de la escalera.

—Espera, tú no eres bombón. Esa es Annabella. Tú serás bizcocho.

—¿Bizcocho?

—¿Se molestará William? —se preguntó a sí mismo.

Pero terminó encogiéndose de hombros y continuó subiendo.

—¡Celio! No puedo subir a la habitación de un hombre.

—¡Ay, por favor! —le gritó él desde arriba.

Alice, al verse sola, no tuvo más remedio que seguirlo para repetirle que no podía entrar en la habitación de un caballero. Pero, cuando terminó de darse cuenta, ya estaba dentro de la alcoba de Antoine, lo cual la puso colorada.

El hombre dormía allí, rodeado de pequeñas estructuras hechas con palillos y pegamento.

—¡BUENOS DÍAS, ANTOINE! —gritó Celio mientras derramaba el agua sobre el durmiente.

Antoine despertó de golpe, incorporándose con un grito.

—¡Eres un maldito bastardo! —rugió—. ¿Cómo te atreves a…?

Entonces miró a la sonrojada mujer.

—Alice Miller —sonrió, todavía con los cabellos empapados y los chorros de agua escurriéndole por el rostro—. ¿Qué hace aquí la mujer del presidente del Consejo?

—Y-yo…

—El bizcocho viene por ayuda y nos necesita a ambos.

—Así que hablamos de un cambio, ¿cierto? Emm… ¿bizcocho?

—Me gustaría ser ayudada a…

—¡Comencemos con un cambio de aspecto! —aplaudió Celio, dando un brinco gracioso que hizo mover la bata que llevaba puesta.

—¿Cambio de aspecto? —preguntó la joven.

—Sí, querida —dijo Antoine, poniéndose en pie y llamando con una campanilla a alguna doncella o ayuda de cámara—. Eres hermosa, pero te vistes como una niña.

—Pero…

—No —interrumpió Celio—, tiene razón. Y para solucionar eso iremos con la mejor.

—No me van a decir que es…

—Giorgiana —dijeron ambos al mismo tiempo.

Alice se sonrojó y bajó la mirada.

—Es la hermana de William —susurró—. Sabrá lo que intento.

—Oh, por favor, bizcocho —Celio le quitó importancia—. ¿Sabes cuántas personas van a GICH diariamente? Con suerte nos prestará atención cinco segundos.

—Bien… —contestó ella, insegura.

—Primera regla.

Celio se adelantó y posicionó los dedos índice y medio bajo la barbilla de Alice.

—No bajes la mirada.

—Te castigaremos cada vez que lo hagas —amenazó Antoine.

—¿Cómo lo harán? —preguntó la joven.

Irónicamente, bajó la cabeza. Celio fue el primero en reaccionar y le dio una pequeña palmada en la mano, como cuando se castiga la mala conducta de un niño. Alice levantó la vista, sorprendida, y observó el dorso enrojecido por el manotazo.

—Será un estímulo negativo —explicó Antoine—. Con el tiempo, tú misma recordarás lo que recibirás si lo haces y lo evitarás.

—¿Como a un perro?

—Interesante comparación —asintió Celio—. Pero no creo que llegues al extremo de salivar o no entender lo que decimos.

—En todo caso, bizcocho —dijo Antoine—, creo que es momento de que nosotros nos cambiemos.

En ese instante se escuchó un toque en la puerta.

—¡Adelante!

—Señor Antoine —entró una mujer mayor.

—Oh, maldita mujer lenta. Siempre haces lo mismo.

—¡No me grite! —replicó la robusta mujer—. ¿Cree que puedo subir tan rápidamente esas escaleras?

Se adelantó hacia la cama deshecha y comenzó a mover las sábanas, que a todas luces estaban mojadas.

—¡Oh, señor Celio! —se quejó—. Otra vez me hace estas dagas.

—Por favor, Clementina —dijo Celio—. Solo es un poco de agua.

—Algún día lo ahogaré en el Sena, a ver qué piensa entonces.

La mujer quitó las sábanas de la cama.

—Tendré que poner el colchón a secar.

—En ese caso muévase, Clementina. Parece que va más lenta que un caracol —apuró Antoine.

—¡Ay, Señor! ¡Ampara a estos descarriados bajo tu manto!

La mujer alzó los brazos, con las sábanas mojadas contra el cuerpo.

—Váyase ya, Clementina —la apuró Celio.

Recibió un golpe certero de parte de la mujer antes de que esta saliera. Alice no pronunció palabra. Esta vez solo por la impresión. Era bastante raro ver aquella familiaridad entre la servidumbre y los amos. Pero tal parecía que aquellos hombres trataban al servicio como si fuera familia. Lo cual era hermoso… aunque, considerando la forma en que se hablaban, también era un poco osco y bastante maleducado.

Pero ¿quién era ella para juzgar algo?

Apenas podía pensarlo, jamás se atrevería a insinuarlo.

—Bajaremos en un momento, bizcocho —informó Antoine después de una pequeña pelea con Celio por el colchón mojado—. Puedes desayunar en el comedor.

—Ya he desayunado —rechazó la joven.

—Vuelve a hacerlo —pidió Celio—. Estás flaca como Heltrud.

—¿Quién es Heltrud?

—Su perro —negó Antoine.

Alice pensaba cada vez con más constancia que esos dos la veían como un pequeño animal al cual enseñar a comportarse dentro de casa. No era que se lo dijeran frontalmente, pero ahora incluso la comparaban con Heltrud, el perro de Celio, que al parecer era delgado, solo esperaba que no quisieran hacerla cometer cosas totalmente descabelladas.

Aunque, para ella, cualquier cosa era un poco descabellada.

Normalmente no le gustaba llamar la atención y con esos dos era improbable pasar desapercibida.

Eran las once de la mañana cuando entraron en la famosa tienda GICH de París. El lugar, por cierto, estaba tan concurrido como cualquier mercado importante, con la única diferencia de que aquella tienda estaba hecha y visitada únicamente por la más alta sociedad, deseosa de vestirse a la última moda.

El ajetreo era tal que las pobres dependientas no dejaban de correr de un lado a otro, intentando solventar cualquier pedido, queja o duda que surgiera entre la mucha gente reunida ese día.

—Miren, allá está Gigi —señaló Celio.

Pasó entre la gente con algunos empujones hasta llegar a donde Giorgiana atendía personalmente a una duquesa de Montsenpier.

—¡Ey, G! —gritó Antoine—. Tenemos a tu cliente más importante.

—Disculpe, duquesa —se excusó la joven, dejando de lado a la importante clienta para ir hacia sus amigos—. ¿Qué hacen aquí?

—Querida Gigi.

Celio tomó a Alice por los hombros y la puso frente a la joven.

—Arregla esto.

—¿Alice? —sonrió Giorgiana, dándole dos besos antes de seguir con el interrogatorio—. ¿Qué pasa contigo?

—Queremos vestidos más… de mujer —pidió Antoine con cortesía.

Pero Celio corrigió para que la diseñadora comprendiera el punto.

—Queremos algo provocativo, innovador, único y sensual.

—¡Celio! —lo regañó Alice.

—Bueno, es verdad, ¿no? —se excusó—. Tenemos que hacerle ver a su marido que ya no es una niña. Y, por lo que nos cuenta…

Miró a Alice.

—No lo ha logrado del todo.

—¿Vienen a mí con la clara intención de seducir a mi hermano? —Giorgiana levantó una ceja—. ¿Saben lo terriblemente bochornoso que eso resulta para mí?

—Giorgiana… yo lo siento, es que…

Alice comenzó a excusarse, pero entonces la potente carcajada de la joven modista se hizo oír.

—¡Estoy dentro! ¡Será divertido ver su cara de embobado!

Alice se relajó y sonrió, por un momento pensó que en verdad sería algo incómodo para Giorgiana. Y lo habría entendido, porque, al fin y al cabo, era su hermano.

Debía conocer un poco más a Giorgiana antes de hacer conjeturas que ella, ciertamente, echaba a la basura sin el menor esfuerzo.

—¿Pero no sería mejor que la viera por primera vez en alguna cena de gala? —se le ocurrió a Antoine.

—Hoy es la fiesta de los Sprauds —dijo Giorgiana—. No es tan glamurosa, pero están invitados William y Asher.

—Asher no ha querido ir —Giorgiana decayó un poco—. Y yo tampoco. La verdad es que Lucca necesita de mí.

—Sí, pero el presidente del Consejo no tiene hijos, y su esposa no muestra asomo de embarazo, así que puede asistir —Celio volvió la mirada hacia Alice—. Si su mujer se lo pide.

—¿Yo? —se exaltó Alice—. Pero él no me ha dicho nada sobre la asistencia, lo cual significa que tampoco tenía intención de ir.

—Pero irá si se lo pides —dijo Antoine, encogiéndose de hombros.

—Sí, me agrada —asintió Giorgiana—. Sí, me gusta.

Los miró.

—Y tengo el vestido perfecto.

—Esperen —los detuvo Alice—. ¿Cómo se lo diré a William? ¿Solo llegaré y diré que quiero asistir?

—¡No! —dijeron los tres al mismo tiempo.

—Dirás que se verán allá en la fiesta —explicó Antoine—. Llegarás con Celio y conmigo.

—Entiendo.

Alice asintió, asustada, bajando la cabeza.

Recibió otra palmada en la mano por parte de Celio.

—Van seis —advirtió él—. Si llegamos a diez, te pondré un castigo que involucre directamente a William.

—¿Qué? —soltó Giorgiana entre risas.

—Bueno, cada vez que baja la cabeza, Celio le da un golpe en la mano —explicó Antoine—. Si junta diez, debe cumplir un reto que involucre a William Charpentier.

—¡Oh, por Dios! —sonrió Giorgiana—. ¡Que llegue a diez!

Alice entrecerró los ojos ante el evidente disfrute de su cuñada. Tal parecía que a Giorgiana le agradaba la idea de verla enfrentarse a los maquiavélicos planes que pudiera concebir la mente perversa de Celio. Al final, los conspiradores que planeaban la entrada triunfal de Alice a la fiesta de los Sprauds se vieron beneficiados: la joven

acumuló los diez manotazos, lo cual indicaba que habría un castigo mayor. Estaba a punto de salir de la tienda, pensando que tal vez se les habría olvidado el famoso castigo, cuando su querida cuñada dijo por fin la frase:

—Quiero que lo beses.

Giorgiana sonrió.

—Un beso tan pasional como te sea posible.

—P-pero… n-no creo que sea b-buena idea —negó la joven.

—Perdiste, bizcocho —le recordó Celio—. Tienes que cumplir.

—L-lo sé, pero… ¿no podría ser otra cosa?

—¡No! —gritaron los tres al mismo tiempo.

La joven se dio por vencida tras aquella abrupta negativa y aceptó su destino. No había forma de que ellos se enteraran si lo hacía o no, pero Alice no sabía mentir, y seguramente la descubrirían con rapidez. Solo esperaba que William no encontrara todo su esfuerzo patético.

El galante, alto y poderoso marqués de Millentmont caminaba por su despacho ministerial junto con varios ayudantes que le leían en voz alta las prioridades del momento.

Prácticamente le recitaban el itinerario del día: juntas, permisos, arrendatarios, visitas y demás circunstancias políticas propias de otro de sus días ordinarios.

—Presidente del Consejo, debe verse con el señor Prict en media hora —informó un muchacho con una pluma y un cuaderno en las manos—. Y la duquesa de Montsenpier, lady Marson, desea audiencia. Está esperando en el salón de té verde.

William miró a su otro lado, dándole indicio al segundo ayudante para que comenzara a hablar.

—El presidente pide las cuentas de los arrendatarios de la zona norte, y el contador, el señor Blunt, dice que tiene un problema con el pedido de importaciones de telas de la India.

William cerró los ojos y ordenó las respuestas en segundos.

—El señor Prict tiene mi respuesta. Dígale que el agua debe saciar a toda la población, no solo a la parte privilegiada. La duquesa de Montsenpier solo quiere hacerme partícipe de su fiesta; acepte y pida disculpas porque no iré a su encuentro. El presidente tendrá las cuentas mañana temprano, y pidan al señor Blunt que pase a mi despacho en cuanto esté listo.

Los dos hombres quedaron sorprendidos por la rapidez con que su superior solucionaba cada asunto. Pero no se detuvieron a discutir lo mucho que lo admiraban y fueron a hacer su trabajo, intentando recordar con precisión las palabras del hombre al que no podían sino vanagloriar.

—Señor presidente —llegó corriendo un hombrecillo con una charola de plata y una cuchilla para abrir cartas—. De su esposa,

señor.

—¿De mi esposa?

William se extrañó y tomó la nota con rapidez, pensando que podía tratarse de alguna mala noticia.

Sus ojos fueron de izquierda a derecha tres veces.

Las líneas de su esposa eran limpias, explícitas y seguras. Informaba que tenía deseos de asistir a la velada de los Sprauds y, por lo que dejaba ver, no recibiría una negativa como respuesta.

Raro.

Alice no era imperativa cuando pedía algo.

—Escriba una carta de respuesta —pidió al joven que siempre esperaba fuera de su despacho, sentado en un escritorio para recibir cuanto llegara al presidente del Consejo—. Acepte la petición de mi esposa y dígale que la veré allí a las ocho.

—Sí, señor.

No sabía qué traía esa mujer entre manos, pero, francamente, solo le quedaba esperar. Alice era una joven dulce, de carácter noble y pocas palabras. No la imaginaba escribiendo algo tan demandante como aquella carta. Sería interesante descubrir quién la había hecho redactarla así y por qué razón.

Eran las siete con cincuenta cuando William bajó de su carroza con un elegante traje negro. Abotonó su chaqueta y miró hacia ambos lados, esperando ver la llegada de su esposa, seguramente

acompañada por los dos amigos de su hermana, con quienes había pasado el día.

Al ver que tardaba, el hombre no desperdició su tiempo al aire libre y sacó un cigarrillo de su pitillera de plata. Saboreó el tabaco y se recostó contra una pared, cerrando los ojos para que su mente se relajara un poco, al menos hasta que entraran a la dichosa cena a la que su esposa se había empeñado en asistir.

—William —susurraron a su lado.

Lentamente volvió la cabeza y entonces vio a su esposa. Alice estaba envuelta en un chal de plumas que él reconoció de inmediato como del gusto de Giorgiana. Aquello confirmaba que había ido de compras y que su hermana tenía algo que ver en todo eso.

—Hola.

Se acercó y depositó un beso en su mejilla.

—¿Puedo saber el motivo de tu insistencia en venir?

—Yo…

—Ella solo quería salir —intervino Celio—. Recordemos que son recién casados, no todo es trabajo, señor.

—Hola, Celio —dijo William con una sonrisa—. ¿Por qué no me sorprende que estés metido en esto?

—Porque es muy listo.

—Se hace tarde —apuró Antoine al consultar su reloj de bolsillo.

William apuró el cigarrillo, lo apagó y guardó la colilla en el estuche para tirarla después. Luego tendió el brazo a su esposa y se dedicó a guiarla detrás de Celio y Antoine, que ya se adelantaban.

—¿Estás molesto? —preguntó Alice—. Sé que llegas cansado y…

—Tú querías venir. No pretendo dejarte en el aburrimiento.

En realidad, la habían obligado, pero Alice no le diría eso a William. Ya lo había hecho abandonar la comodidad de su casa para acudir al llamado de los Sprauds. Sería tonto confesarle ahora que no había sido del todo idea suya.

—Mi señora marquesa, ¿me permite su abrigo? —pidió un hombre en la entrada.

—Oh, claro.

La joven permitió que William la ayudara a desprenderse de la prenda de los hombros.

William casi cayó de la impresión. El vestido ceñido al cuerpo de su esposa revelaba magistralmente sus caderas anchas, sus senos generosos y su pequeña cintura. Todo estaba acentuado por un escote que dejaba ver apenas lo suficiente como para que la imaginación de un hombre comenzara a volar sin remedio.

Se sintió incómodo. Era su esposa. Él podía mirarla cuanto quisiera, pero aquel lugar era una velada llena de hombres que seguramente verían lo mismo que él.

No solo eso.

Toda ella resplandecía.

El cabello estaba recogido en un fino moño que la hacía ver elegante, imperiosa, casi inalcanzable. Tenía las mejillas sonrojadas, pero no bajaba la cabeza; por ello, sus ojos violáceos quedaban visibles para todos. Sus labios pintados y la piel tersa, de porcelana, parecían brillar bajo la luz de las velas.

—¿Sucede algo? —preguntó Alice.

—Es un vestido… diferente.

—¿Te gusta?

La joven tomó un poco de la falda.

—Me lo dio Giorgiana.

—Muy generoso de su parte —ironizó William.

—No te gustó —afirmó ella con tristeza.

—Es hermoso —negó él ligeramente con la cabeza—. Pero… maldición, Alice, es muy ajustado.

—Oh.

Ella miró el vestido azulado cubierto de pedrería.

—Giorgiana dice que será la última moda.

—Seguramente quiere que todos los maridos se desmayen.

—¿Te parece vulgar? —abrió los ojos la joven.

—No.

William se odió por su falta de palabras y negó otra vez.

—Vamos. La cena empezará.

Alice miró aquel extraño salón. Era más bien un poco… excéntrico. Las paredes, decoradas con pinturas al fresco, eran réplicas muy pobres de la Capilla Sixtina de Miguel Ángel. Los ojos de aquellos cuerpos pintados parecían clavarse en la gente de forma inquisidora y escalofriante. Alice no era la única que volvía la cabeza con regularidad para asegurarse de que no hubiese nadie detrás de ella con alguna cuchilla en la mano. De hecho, por curiosear despreocupadamente, perdió de vista a su marido y, por el momento, Alice tampoco echaba en falta su presencia.

—Será mejor que se siente, milady —pidió un caballero que repentinamente caminaba a su lado—. No querrá perder su lugar.

Alice dio un pequeño brinco, alejando la mano de la pared que estaba a punto de tocar. La imagen de un niño casi desnudo había llamado su atención lo suficiente como para pasar por alto el hecho de que casi todos los invitados estaban tomando asiento.

—Gracias, pero aún no sé dónde está mi lugar —dijo con una sonrisa tierna y un susurro apenas audible.

—Yo le indicaré.

El caballero abrió la palma, invitándola a caminar delante de él.

Alice asintió con inocencia y aceptó invitación del desconocido sin pensar en ningún trasfondo más que la buena voluntad.

—Debo recordar su rostro de algún lado, milady —sonrió el caballero, apartando la silla para que ella tomara asiento—. Es usted lady Charpentier, ¿cierto?

—…Sí. Creo que puede llamarme así.

—Parece insegura.

—Es la primera vez que emplean mi nombre de casada —se encogió de hombros—. No deja de ser extraño.

El hombre soltó una carcajada encantadora, que no desentonó en el ambiente festivo de París.

—Es usted una mujer encantadora, justo como dijo mi padre.

—¿Su padre?

—Lord Harnett —contestó—. El hombre al que le curó las heridas sin temor alguno.

—¡Oh! ¡El senador! —asintió ella—. ¿Cómo está? ¿Ha venido?

—No siempre tiene humor para tolerar a la prole. Normalmente no puede con las conversaciones superfluas.

—Claro —asintió la joven—. Espero no haberlo aburrido.

—Todo lo contrario, señora.

El apuesto hombre sonrió.

—Usted lo ha fascinado. No hablaba tan bien de alguien desde que mi madre vivía.

Alice se sonrojó.

—Es todo un honor en ese caso.

—Lo es.

William estaba sentado al otro lado de la mesa. Lejos de Alice. En ese momento odiaba las ceremoniosas reglas de etiqueta, esas que dictaminaban que no debía estar sentado junto a su propia mujer. Aquello era más que desagradable. Sobre todo cuando le tocaba observar con todo lujo de detalle cómo ese idiota, hijo de Harnett, le coqueteaba descaradamente a Alice, a sabiendas de que él los observaba de cerca.

—Su excelencia —le hablaron de pronto.

William volvió una expresión entre molesta y sorprendida.

Era verdad que se le podía nombrar así al tener un título, pero no le gustaba ni venía al caso. Al ser presidente del Consejo, prefería ser llamado por su nombre o, en todo caso, con el típico lord.

—Veo que no le quita los ojos de encima a su esposa —dijo la mujer sentada a su derecha—. ¿Será que es pronto para salir de casa?

William sonrió.

En ese momento pensaba justamente eso, pero se limitó a negar con la cabeza y mirar a los ojos a aquella entrometida dama. Lady Brustel era conocida por ser una mujer chismosa y divertida, muy dada a esa clase de preguntas indiscretas.

—Lady Brustel, ¿querría ser un poco más específica? —William sonrió para sí—. ¿A qué se refiere con salir de casa?

La mujer quedó presa de la vergüenza al verse obligada a especificar su terrible insinuación.

—No, nada, señor. Solo quería estar segura de que ella está feliz… y usted también.

—No tengo problemas. Y creo que ella tampoco.

Eso podía notarse por la forma en que Alice reía junto a aquel hombre, quien no dejaba de hablar con ella.

Lady Brustel volvió la mirada hacia donde el marqués la desviaba y asintió. El color regresó a sus mejillas, junto con una sonrisa maquiavélica al encontrar otra cosa de qué hablar.

—Sí, de hecho, veo que se divierte como nunca —picó la mujer—. Es una muchacha muy amistosa.

William captó al instante aquella insinuación.

No le hizo ninguna gracia.

—Es digna esposa de un presidente del Consejo —le hizo ver—. Debe saber desenvolverse frente a un grupo de personas, y creo que lo está haciendo de manera admirable.

—Claro, tiene usted razón.

La mujer sonrió, complacida con su pequeño logro.

William apartó de ella su mirada asesina y se enfocó en Alice. En lo mucho que lograba conversar, no solo con el idiota de Harnett, sino con otro conde que, casualmente, también estaba dispuesto a su lado.

¿Por qué demonios tenía que estar rodeada de hombres?

—¿Es usted celoso, lord Millentmont? —preguntó una voz menos inquisidora, más bien burlona.

—Lady Quilet —dijo William sin mirar a la mujer a su lado—. Espero saber cómo llegó a esa conclusión.

—No deja de verla —observó la joven—. Pero es extraño, puesto que supongo que ella es su mujer… en toda la extensión de la palabra.

William se impresionó, pero no lo demostró.

Bueno, solo con lo que siguió a aquella pregunta poco recatada.

—Espero que usted no conozca el trasfondo de lo que acaba de decir, puesto que es una doncella… a mi ver.

—Los tiempos cambian, señor —sonrió ella—. A veces más rápido de lo que podemos demostrar.

Alzó sus bonitos ojos claros.

—Pero aún conservo la castidad que al parecer es tan fundamental en un matrimonio. Aunque eso no significa que no sepa lo que sucede dentro de uno.

—Me sorprende que hable con tanta fluidez de un tema como este en una mesa donde se piensa comer —la miró con los ojos entrecerrados—. Peor aún, con un hombre que, si no fuera yo, podría aprovecharse de la conversación.

—Me gustaría ver que lo hiciera usted.

—Estoy casado. Y no tiendo a cometer ese tipo de barbaridades por un poco de placer.

William negó, claramente asqueado por aquella proposición.

—Además, le pido que guarde su vocabulario liberal para otro momento y otra persona.

—Pensé que el presidente del Consejo era liberal, futurista e inteligente.

—Soy liberal en cuestiones de raza e igualdad; futurista porque tengo un objetivo claro para mejorar mi país; e inteligente, porque sé que esta conversación no lo es.

La joven curvó los labios y miró su plato de crema de avellanas.

—Como siempre, usted sabe qué decir para que la otra persona no pueda contestar.

—En su caso, me alegro.

Alice creyó superar exitosamente el primer plato.

Tomaba los cubiertos adecuados, limpiaba su boca con gracia y conversaba sobre trivialidades con el señor Harnett y el conde de

Fleur. Estaba nerviosa, no podía evitar que las manos le temblaran al alzar la copa de vino que reposaba a unos pasos de su plato.

Además, mientras ella intentaba con todo su esfuerzo entablar conversaciones, veía cómo William se las arreglaba a la perfección con aquella mujer hermosa y desenvuelta. Y también con otra dama, mayor pero muy sonriente.

—Luce preocupada, querida —observó el señor Harnett—. ¿Hay algo que le inquiete?

—No, en realidad.

—Yo la veo con la mirada fija en su marido —la descubrió—. ¿Hay algo que quiera preguntarme?

—No —se sonrojó por haber sido atrapada mirando a William.

Era vergonzoso, más aún que se lo dijeran.

—No me molestaría, si fuera yo, que mi hermosa mujer me celara —se encogió de hombros—. El presidente es afortunado de tenerla.

—Yo… no estoy celosa —mencionó con una vocecita, bajando la mirada hasta el suelo.

—Claro. De todas formas, le diré lo que sé.

El hombre cortó un pedazo de pato asado.

—Ella lo persigue desde tiempos memorables. Todo el mundo lo sabe. Cuando se casó con usted, muchos quedaron impactados.

—¿Pensaban que se casaría con ella? —preguntó Alice, asustada.

—No.

El hombre meneó la cabeza, llevándose el trozo de carne a la boca.

—Millentmont nunca se mostró dispuesto a nada más que una fina conversación, más que nada por cortesía.

La miró.

—Pero es hombre y esa mujer es muy aventada.

—Regresó de América muy desenvuelta —intervino el conde—. Casi como su hermana Drizella. Quizá más.

—Pero… las Quilet…

—Sí —la interrumpió Harnett—. Por eso nadie pensaba que fueran a casarse. Millentmont no es de los que perdonan.

—Ya veo…

Alice estaba complacida, pero eso no la ponía menos nerviosa al ver a William conversando con Marcela Quilet con tanta fluidez.

Claro que todo pasó a segundo plano cuando colocaron frente a ella un plato de caracoles en una salsa roja y humeante.

Le habría gustado desmayarse, pero fue más fuerte el impulso de vomitar. No le gustaba hacer gestos hacia la comida, pero en esa ocasión no pudo evitarlo. Se escuchó una carcajada que llamó la atención de varios, pero principalmente de Alice, quien miró al señor Harnett con una ceja alzada en muda pregunta.

—¿Debo entender que no le gustan?

—No son comunes en Inglaterra —dijo la joven.

—Son un manjar exquisito. Debería por lo menos intentarlo —siguió riéndose el conde, internándose en la conversación, al igual que su vecina, quien asomaba la cabeza para ver mejor el conflicto.

—Sí, linda, yo también tuve problemas la primera vez —le dijo la mujer—. Soy Graciela Kiglor, por cierto.

—¡Pero tiene caparazón y todo! —Alice frunció el ceño, tocando con el tenedor el contenido de su plato.

—Es fácil —dijo el conde—. Tome estas pinzas.

Le tendió las plateadas pinzas que, según había aprendido, servían para mantener el caparazón quieto mientras se sacaba el contenido.

—Y solo es cuestión de pinchar.

—Siento como si continuara con vida —se avergonzó la joven.

—Tranquila, no lo está —el señor Harnett se partió de risa—. Solo imagine que todos los caracoles de esta mesa estuviesen vivos, caminando sobre el mantel blanco y dejando rastro por todas partes.

Continuó riéndose.

—Es usted muy malo —negó la joven—. Solo se me hace extraño.

—Piense que es como comer pescado o langosta.

Alice asintió, tenía que hacerlo. Sería de muy mala educación dejar el plato intacto, tal vez hasta indignaría al cocinero, cosa que no era su intención, normalmente no era especial con la comida, pero…

¿Caracoles? No. No era algo que le apeteciera.

La joven tomó aquella extraña pinza y metió los dedos en los ojales como si se tratara de unas tijeras. Sujetó el primer caracol y apretó el caparazón para mantenerlo quieto.

Lástima que lo hizo con demasiada fuerza, el caracol salió disparado como un proyectil y cayó inesperadamente sobre lady Quilet, quien se puso de pie, indignadísima.

—¡Aj! —gritó, dejando caer la silla—. ¡Es usted una inútil!

Miró a Alice, quien estaba avergonzada, aunque no podía dejar de agradecer a su suerte que el caracol hubiera manchado el vestido de ella y no el de alguien con más importancia.

—¡No lo puedo creer! ¡Ni siquiera sabe comer!

—Señorita Quilet, le pido que se siente —dijo el señor Sprauds, el anfitrión—. Ha sido un accidente.

—¿Accidente? —chilló la joven—. Lo hizo a propósito.

—¿No acaba de decir que no sabe comer? —preguntó el hombre.

—¡Sí! ¡Pero solo lo hace por celosa!

—Se contradice, lady Quilet —le hizo ver él.

—¡Pero…!

—Lewis —pidió el señor Sprauds—, lleve a la señorita Quilet a que le quiten esa mancha. Sería terrible desperdiciar tan hermoso vestido.

—Sí, señor.

El mayordomo asintió.

—Señorita.

Extendió la palma para guiar a lady Quilet. Alice no sabía dónde esconder la cabeza. Se sentía tan torpe y avergonzada que creyó que en cualquier momento se pondría a llorar.

—Buen tiro —susurró el señor Harnett con una sonrisa contenida.

—En serio no era mi intención —susurró ella.

—Sigue siendo una magnífica coincidencia.

—Lady Millentmont —habló la voz fuerte y prominente del señor Sprauds—. ¿Usted había comido caracoles antes?

Alice bajó la cabeza, pero contestó:

—En Inglaterra no son muy comunes, por no decir inexistentes.

—Entiendo.

El señor Sprauds, para sorpresa de todos, sonrió.

—Yo tampoco los conocía cuando llegué. Fue un choque bastante duro para alguien que viene de América.

—¿Les ha encontrado el gusto, señor? —preguntó con esperanza.

El hombre, y luego el resto de la mesa, no pudieron evitar reír.

—Sí, lady Millentmont —asintió—. Mi esposa, aquí presente, los adora. Tuve que hacerme a la idea.

—Eso me da esperanzas —dijo Alice con honestidad.

Otra oleada de risas se desató.

—La primera vez que los comí me pasó exactamente lo mismo que a usted —continuó el anfitrión—. Por eso, y con la disculpa de todos los nobles y gentes respetables presentes, pido que hagan lo siguiente.

El hombre se puso en pie y miró a su audiencia.

—Mis queridas damas, desháganse de sus guantes.

Las mujeres, entusiasmadas por saber qué se les pediría, se quitaron los guantes y miraron expectantes al hombre que dirigía aquella extraña petición.

—Tomen un caparazón entre los dedos. Sí, vamos, háganlo. Incluso usted, duquesa de Montsenpier.

Miró a una anciana que, al ser nombrada honoríficamente, tomó rápidamente el caparazón y lo alzó para que el hombre lo viera.

—Bien. Ahora llevemos la entrada a la boca y…

Succionó y no fue el único. Todos los demás siguieron sus órdenes, quebrantando mil reglas de etiqueta.

Las risas al experimentar algo tan burdo no se hicieron esperar. El plato de caracoles se comió de esa forma. Ni un invitado se mostró dispuesto a utilizar las pinzas. Felizmente, se mancharon los dedos para tomar los caracoles del plato.

Fue una cena extraña, innovadora y divertida. Alice se había ganado el visto bueno del adusto señor Sprauds y por una noche, fue admitida como parte de la corte noble de París.

—No sé cómo lo hizo para ganarse la simpatía de este viejo terrible —le dijo el señor Harnett, con los dedos llenos de salsa—. El señor Sprauds es un hombre tozudo que no da su brazo a torcer cuando se habla de innovaciones para sus tierras, que cada día van en picada.

Sonrió.

—Creo que el marqués fue un hombre astuto al casarse con usted.

No era una ganancia completa, y Alice lo sabía, la gente era cambiante, pero, al menos, aquello facilitaba su noche.

Al menos esa noche.

CAPÍTULO 9

William ayudó a Alice a subir al carruaje dispuesto frente a la casa de los Sprauds. La cena había sido toda una anomalía. El resto de la velada derivó en pláticas agradables sobre los acontecimientos bochornosos de los presentes, los cuales resultaron ser variados y, cada vez, más vergonzosos.

Alice había propiciado un ambiente sereno, hogareño y reconfortante. Era casi como estar entre familia. La joven tenía esa facultad: por alguna razón, hacía que todos se sintieran en casa, con la confianza suficiente para comportarse de una forma menos formal y más fraterna.

—Ha sido una cena interesante —dijo William, rompiendo el silencio luego de unos segundos de trayecto.

—Siento haber cometido ese error.

—No me ha molestado —la interrumpió antes de que ella soltara una sarta de disculpas innecesarias—. Has hecho amistad con el señor Sprauds, lo cual es impresionante.

—Creo que solo fue una simpatía de bochorno.

Alice bajó la cabeza, pero el recuerdo de Celio y Antoine se filtró en su mente. La levantó abruptamente, casi por reflejo, recordando el manotazo que siempre le daban cuando cometía aquella acción.
Con ellos no había obtenido una respuesta tan indulgente como la que William solía darle. Sus dos instructores se habían visto muy afectados por el error que cometió con los caracoles y, por esa razón, tres veces a la semana la llevarían a comerlos.
Una tortura para ella.
—¿Qué pasa? ¿Por qué haces ese mohín? —preguntó William.
—Nada —negó la joven—. Es solo algo que tengo que hacer.
—Parece que te causa conflicto.
—Más bien repugnancia —sonrió—. Pero no es nada de qué preocuparse. Lo haré de todas formas. Es mi palabra y debo cumplir.
William la miró con duda.

¿Qué podía darle repugnancia a Alice? Aquello le resultaba extraño. Que él supiera, su esposa no odiaba nada, no repudiaba a nadie, y que algo le provocara un gesto como aquel debía de ser grave.
Tal vez…
No. No podía ser que no quisiera estar con él, porque no parecía molestarle su cercanía en ningún momento. Pero Alice era una mujer profundamente religiosa. Tal vez veía el acto conyugal como algo malo, incluso repugnante. No sería la primera vez que escuchaba

que una mujer demasiado devota rechazaba la intimidad matrimonial.

¿Sería ese el caso de Alice?

Mientras tanto, la joven recordaba lo último que Celio y Antoine le habían impuesto. El beso pasional. Sí. Aquella absurda imposición seguía en pie. Era terrible. Mañana los vería y, si se lo preguntaban, no podría mentir. ¡Era horrible y vergonzoso! ¿Cómo pensaban que ella podría besarlo con tanta libertad?

Negó apenas. No podría. Era tan terriblemente vergonzoso que estaba tentada a arrojarse del carruaje para no tener que cumplir. Levantó la vista y fijó sus ojos en el rostro distraído de William.

Era tan apuesto.

Sonrió.

No sabía cómo podía tener la fortuna de estar casada con él. Justo en ese momento, con esa aura enigmática que él parecía manejar con tanta facilidad: una mano sobre la boca, cubriendo esa parte hermosa de su rostro que ella tanto deseaba; los ojos azules fijos en el camino, alejados de ella por pensamientos que jamás podría adivinar; el cabello negro y perfectamente peinado moviéndose apenas con el viento que entraba por la ventana abierta; y su postura imperiosa, firme, inmutable. Le gustaría que la mirara de vez en cuando.

Pero, volviendo al tema… ¿Cuál sería el momento más adecuado para besarlo? Tal vez… Sí. Antes de llegar. Eso era lo mejor. Podría

salir corriendo después de hacerlo.

William miró por la ventana. Ya casi llegaban a casa. Era un alivio, pues estaba terriblemente cansado y deseaba, sobre todas las cosas, dormir. Estaba a punto de avisarle a su esposa que estaban por llegar cuando ella, inesperadamente, se sentó sobre su regazo.

—¿Alice? —preguntó él, con el ceño fruncido.

Pero la joven no le dio tiempo de decir nada más.

Lo besó.

Los labios de Alice eran inexpertos, pero tomaron los suyos con una libertad inesperada. Con toda la torpeza encantadora de quien se atreve sin saber del todo cómo, comenzó a besarlo.

Y, en realidad, no lo hacía nada mal. Se aferraba a él con una dulzura tan decidida que William no pudo evitar tomar el control del beso. Sus manos subieron lentamente por la cadera de Alice hasta posarse en su pequeña cintura, ceñida por aquel vestido ajustado que, por cierto, no volvería a permitirle usar. La acercó más a su cuerpo y elevó la cabeza para facilitar aquel beso.

Con un movimiento de la boca, abrió los labios de Alice e introdujo la lengua con una lentitud que la hizo estremecer. Era tan cálida, tan dulce y reconfortante, que el beso se volvió más profundo. Más exigente. Más peligroso.

Sintió con satisfacción cómo ella se dejaba llevar, cómo soltaba suspiros contra su boca y acariciaba su cabello con ternura, hundiendo los dedos en su nuca.

William ya no se sintió satisfecho solo con sus labios.
Ladeó la cabeza y comenzó a desperdigar besos por las mejillas, el cuello y los hombros de su esposa, llegando incluso a la parte alta de sus senos, apenas escondidos tras el escote.

Alice suspiraba y sentía que el cuerpo le ardía. Era extraño, pero encantador, ser besada de aquella manera por su esposo. Lástima que el encanto se rompió cuando la carroza traqueteó una última vez, anunciando que habían llegado a su destino.
William no estaba dispuesto a perder aquel agarre, pero Alice, presa de la vergüenza, se puso en pie con tal rapidez que se golpeó la cabeza. Bajó de un brinco del carruaje y corrió hacia la casa sin esperarlo ni hacer caso al mayordomo que le abría la puerta.
—¿Milord? —preguntó el mozo que sostenía la portezuela.
—Encierre el carruaje, Stanford —pidió William—. Descanse.
—Gracias, milord.
William entró en su casa y se dejó caer en el primer mueble que tuvo al alcance: una silla situada en medio del vestíbulo, junto a una mesita donde normalmente se sentaba a esperar a que sus hermanas o su madre bajaran las escaleras para salir.
—Milord, ¿desea que le traiga algo? —preguntó el mayordomo.
—Un vaso de brandy y mis cigarrillos —pidió—. Rápido, por favor.
—Sí, milord.
En definitiva, su esposa no era de las que aborrecían la intimidad.
Al menos no en lo que se refería a excitarlo.

¿Por qué diablos lo había abandonado de esa forma?

No le costó mucho trabajo sentarse en sus piernas e incitarlo a besarla. De hecho, si aquel beso se hubiera prolongado un poco más, habría sido necesario desnudarla allí mismo y hacerla suya de una buena vez, pero cuando William pensaba que eso era lo que ella también deseaba, Alice huía. No le daba la oportunidad de caminar con ella, de besarla de nuevo, de cubrirla del frío, de abrazarla.

De nada. Huía. ¿De él? Tal vez.

Quizá había sido demasiado brusco. Posiblemente la asustó. Debía recordar que Alice era una mujer virginal, religiosa y probablemente conflictuada con el placer debido a la estricta educación católica. Más aún tratándose de mujeres, sobre quienes tantas reglas absurdas caían con el fin de obligarlas a no desear, a no sentir, a no querer.

A ojos de William, aquello era estúpido y reprobable. ¡Por todo lo bueno! Era normal tener deseos. Era normal querer hacer el amor.

—Milord, aquí tiene.

El mayordomo le entregó el vaso y colocó la cajita de plata junto con el cenicero sobre la mesa.

—¿Ha subido la doncella de mi esposa?

—Sí, milord. Subió en cuanto llegaron.

—Bien. Avíseme en cuanto se retire.

—Sí, milord.

William tomó un cigarrillo y lo encendió después de colocarlo entre sus labios. Alice era una mujer complicada. No es que él fuera fácil de entender, desde luego, pero nunca le había ocurrido que una mujer se le hiciera tan difícil de descifrar.

Alice era un enigma, parecía como si nunca terminara de descubrirla y eso lo intrigaba. Continuó bebiendo su brandy con la mirada perdida en la entrada. ¿Cuántas veces había visto escapar a sus hermanas por aquella puerta? ¿Cuántas veces había tenido que ir él por ellas? Tal vez demasiadas. Pero ahora su preocupación no era por una hermana, sino por su mujer.

¿Tendría alguna vez que perseguir a Alice a través de esa puerta? Esperaba que no.

Después de una hora de darle vueltas al asunto, William dejó el cigarrillo a la mitad y el vaso vacío sobre la mesa. No pidió nada más. Deseaba ir a recostarse y dormir plácidamente junto a su mujer.

Subió las escaleras de dos en dos y entró en su habitación, que, como siempre desde que tenía esposa, estaba sumida en la penumbra más absoluta. Se vio en la tarea de encender varias velas, intentando conseguir un poco de luz para cambiarse e ir a dormir junto a Alice, quien ya descansaba apaciblemente en su lado de la cama.

William se colocó un pantalón de seda verde y dejó toda prenda extra fuera de él. Hacía calor, y Alice acostumbraba dormir con

sábana y cobertor, además de acercarse a él hasta abrazarse a su cuerpo.

No lo soportaría si usaba también la camisa del pijama. Levantó las sábanas y se recostó, dejando la vela del buró encendida.

No podía dormir.

El beso lo mantenía despierto.

El cuerpo de su esposa, a solo un estiramiento de mano, también.

Y si tomaba en cuenta la sensación de haber visto a Alice convertida en el centro de las miradas masculinas, aquello solo aumentaba su deseo de quemar aquel vestido.

De hecho, ya lo había decidido, pero lo más importante era ese fiero sentimiento que le decía que no quería que nadie la tocara. El miedo a que alguien se le adelantara, a que alguien se le acercara siquiera un poco más de lo que él lo había hecho.

Y eso lo hizo actuar. Se giró de costado y sus ojos se toparon con el cuerpo delgado de su esposa, que le daba la espalda. La sábana había caído hasta su cintura, dejando a la vista el camisón blanco y sin mangas que llevaba esa noche. Sus brazos blancos y suaves estaban acomodados bajo la almohada y su mejilla. Su cadera se alzaba bajo la tela con una curva delicada, dando la impresión de pequeñas montañas donde no las había.

William alargó la mano y la deslizó por su cadera. Bajó hacia su cintura y subió hasta su hombro, donde apartó el tirante grueso del camisón. Se acercó y depositó un beso en ese lugar.

Alice no despertó. Su piel era hermosa. Blanca, suave, cálida, desprendía un olor dulce que lo enloquecía y lo rendía a sus pies.
—Alice —la llamó quedamente mientras la besaba.
La joven se removió ante las caricias, pero siguió durmiendo sin inmutarse demasiado por la intervención de su marido.

William continuó con la lenta tarea de apartar aquel tirante y siguió besando el hombro y el cuello de su esposa hasta que ella abrió los ojos y volvió la mirada hacia él. William se dio cuenta de inmediato del nerviosismo y del miedo que la dominaban en ese instante en que él había interrumpido sus sueños. Era normal. En realidad, la estaba despertando con la intención de hacerle el amor. Decidió sonreír de manera tranquilizadora y le besó la nariz.
—¿Me tienes miedo? —preguntó.
Ella negó con la cabeza.
—¿Sabes qué va a pasar?
La joven se giró por completo, quedando recostada de espaldas.
—Sí… —susurró.
Se sonrojó bajo la luz lúcida de las velas que William había dejado encendidas sobre el buró.
—¿Quisieras que esperara un poco más? —preguntó él contra su cuello, besándola mientras seguía interrogándola con suavidad.
Alice apartó un poco la cabeza para permitirle besarla y sonrió ante la prerrogativa que él le brindaba.

—Yo… —dijo con voz trémula mientras subía lentamente las manos hacia el cuello de su marido, tocándolo de forma mínima, vergonzosa—. No.

William se apartó de su cuello y la miró. Le acarició la mejilla y posó una mano sobre su vientre, de una forma relajada, casi natural, como si solo quisiera continuar hablando mientras acariciaba su estómago con el pulgar.

—No pretendo asustarte ni hacerte daño —le dijo al verla desviar la mirada de forma nerviosa.

—No sé qué hacer —confesó ella, removiéndose, incómoda—. No me han dicho nada… yo… tengo miedo.

—Mírame, Alice.

Le levantó la barbilla.

—Yo jamás te lastimaría. No necesito que sepas nada. Pero si confías en mí, puedo mostrarte…

Se inclinó hacia su oído y susurró:

—Lo que es hacer el amor.

Ella lo miró con interrogante.

¿Hacer el amor?

¿Qué era eso?

¿Era lo mismo que la consumación?

—Yo… quiero hacerte feliz —dijo, avergonzada.

—Y yo quiero lo mismo para ti —William le acarició los labios con el dedo índice—. Si me lo permites.

Ella asintió varias veces, con los ojos húmedos de vergüenza al verlo desviar la mirada hacia su cuerpo, pero William no podía hacer otra cosa, por primera vez, vería a la que era su mujer precisamente como eso. Una mujer. El beso que Alice le había dado en el carruaje lo había despertado. Es más, desde hacía tiempo él ya la deseaba, pero se contenía. Se obligaba a creer que era una niña, que no estaba lista.

Pero ahora ella lo miraba expectante, con esos hermosos ojos violetas fijos en él, por primera vez, William no supo cómo proceder.

Alice era inocente, dulce y sensible. Aquella noche era para ella, lo sabía bien, quería hacerla disfrutar, pero ella despertaba tantas sensaciones en él que contenerse resultaba difícil. Sonrió cuando ella se removió incómoda a su lado, como si se impacientara ante el escrutinio en que él se mantenía.

—¿Te molesta que te observe? —levantó una ceja.

Ella dio un respingo y lo miró.

—No… no sé… ¿A-algo te desagrada de mí?

—Sí —confesó él.

Alice dio otro respingo y bajó la mirada.

—Me desagrada que tengas una boca tan hermosa…

William contorneó sus comisuras con dos dedos.

—Porque no soy el único al que puedes tentar.

La joven lo miró con ilusión, y sus mejillas se encendieron al oír algo tan hermoso de su parte.

—Me desagrada que tengas un cuello tan blanco —continuó él, acariciando la línea de su garganta— porque tienta a ser besado.
Bajó la mano hasta tomar con fuerza el camisón contra sus muslos.
—Me desagrada que tengas unas piernas tan largas, porque más de alguno querrá recorrerlas.
Y subió la tela hasta su cintura.
William hizo un esfuerzo y se posicionó sobre ella, sosteniendo su propio peso con manos y rodillas. No la tocaba del todo. Se sostuvo con la mano derecha sobre la cama y, con la otra, acarició desde la barbilla de Alice hasta el inicio de sus senos.

La joven se arqueó ante su toque, presa de una sensación extraña, Alice se alzó sobre sus codos y besó aquellos labios, atrapándolos sin aviso. William sonrió ante el arrebato. Continuando con la posición elevada en que se mantenía, pasó lentamente una mano bajo la nuca de ella y volvió a recostarla sobre la cama. Luego hizo lo mismo, quedando sobre Alice mientras acariciaba su rostro y sus labios.
—Tranquila.
La besó tiernamente, acariciando sus comisuras con parsimonia. William fue relajándola con toques sutiles, dulces y certeros. Tenía intención de acostumbrarla a él, de hacerle entender que podía sentir con libertad, que podía permitir que la tocaran sin ese pudor extremoso y absurdo que se inculcaba a las mujeres con el fin de hacerlas parecer puras.

Se complació al notar que ella aceptaba cada caricia que él le daba. Incluso ella misma imponía uno que otro contacto, demostrando que era una mujer pasional, a quien le gustaba sentir.
Aquello tomó por sorpresa a su marido.
Ya sin poder resistir mucho más, William comenzó a quitar el estorboso camisón. Lo tomó desde donde lo había dejado y lo deslizó de una vez por todas fuera del cuerpo de su esposa. Posicionó una mano sobre la espalda baja de Alice, ya descubierta, y la ayudó a sentarse un momento para terminar de sacarle la prenda.

Ella lo ayudó, levantando los brazos antes de volver a recostarse sobre la cama, ahora cubierta solo por su pudor. William se recostó sobre ella, apartó las manos con que Alice se protegía y las colocó junto a su cabeza, entrelazando sus dedos con fuerza.

Alice era hermosa. Esa era la palabra. Sentía con libertad el cuerpo de ella bajo el suyo. Aunque él todavía llevaba el pantalón, sus torsos estaban conectados y podía apreciar la respiración pesada que pegaba los senos de Alice contra su pecho.
Lentamente soltó su mano izquierda y comenzó a palpar el cuerpo intacto de su esposa: sus caderas, sus muslos, su vientre, sus senos, sus hombros, su cuello, sus mejillas.

La besaba con la vehemencia necesaria. Recorría cada centímetro de ella con la boca, arrancándole suspiros y gemidos que Alice intentaba reprimir mordiéndose los labios. Hubo un momento en que su curiosidad fue más fuerte que su deseo.

Se levantó sobre las rodillas y apartó las sábanas, admirando el cuerpo desnudo que yacía bajo él. Grabó en su memoria cada borde, cada curva, cada pedazo de piel, cada lunar.

Todo le parecía hermoso y lo era aún más al ver que ella no se movía. Le permitía verla sin replicar. Tal vez avergonzada, sí. De hecho, había vuelto el rostro para no mirarlo, pero no hacía nada más. Solo sus manos inquietas delataban el deseo de cubrirse.

—No te cubrirás ante mí —le dijo cerca de los labios—. Mírame.

Sonó casi como una orden.

—No tienes por qué avergonzarte. Dame tu mano.

Alice no lo hizo.

Permaneció quieta, admirando aquellos ojos que la esperaban con paciencia y esa ceja elevada por no cumplir lo que le pedía.

—Vamos, cariño. No tengas miedo.

La joven, casi como si otra persona lo hiciera por ella, le entregó la mano, esperando descubrir qué haría con ella y era simple. William solo la posicionó sobre su pecho y, con su propia mano sobre la de ella, la guio para tocar su abdomen firme y su amplio pecho. Después la subió hasta su rostro, haciéndola acariciar su mejilla y sus labios, donde él depositó un beso.

—Tú también puedes hacer lo que quieras —le dijo, recostándose sobre ella para besarla nuevamente.

Alice pasó las manos por la espalda fuerte del hombre que la cubría. Lo apretó contra sí cuando las sensaciones no le permitieron hacer

otra cosa más que exhalar gemidos y suspiros que intentaba contener mordiéndose el labio inferior.
Pero aquello no servía para ocultar su deseo.
Su cuerpo se arqueaba ante los toques que su marido le daba. Se movía inquieta y elevaba las caderas sin saber por qué. Incluso cuando William la sorprendió al bajar una mano más allá de lo debido, ella no sintió más que una pequeña vergüenza, pero no por eso dejó de besarlo ni de acariciarlo.
—No te haré daño —le repitió entre besos.
Cuando William notó que ella estaba preparada para no sentir un dolor que la impresionara demasiado, se levantó un poco, lo suficiente para separarle las piernas y acomodarse entre ellas.

Respiraba con dificultad, tenía que contener las ansias de unirse a ella de una vez. La miró a los ojos. Aquel pequeño temor que Alice reflejaba le bastó para calmarse. Antes se había mostrado complaciente, incluso excitada y pasional. Pero ahora se veía temerosa, cándida y eso le recordó que era el turno de ella de conocer lo hermoso que podía ser todo aquello.
Por esa razón haría lo posible por volverlo placentero para ella.

Se inclinó nuevamente y besó sus labios con ternura mientras, poco a poco, se adentraba en su cuerpo. Nunca pensó que podría llegar a sentir que una mujer era tan suya como en ese momento, cuando Alice lo aceptaba, lo abrazaba con fuerza y cerraba los ojos para soportar aquella invasión desconocida.

—Pasará —le repetía al oído, besando su mejilla—. Pasará, tranquila.
—William… —dijo en un susurro contenido—. Mírame a los ojos.
Will levantó el rostro del hombro donde descansaba para no moverse y lastimarla más.
—Soy yo —le dijo ella, tomando su rostro entre las manos.
Él se mostró confuso.
—Sé que eres tú —respondió con la voz contenida.
Deseaba moverse.
—¿Estás bien con eso? —preguntó Alice—. Tú nunca me…
—Sshh.
La besó.
—Eres mía ahora…
Lo dijo con tanta pasión que un escalofrío recorrió el cuerpo entero de Alice.
—Ahora no quisiera a nadie más conmigo que no fueras tú.

William, incapaz de evitarlo, se movió en su interior. Los ojos violáceos de Alice se abrieron con impresión y volvió a morderse los labios para no dejar escapar sonidos que seguramente consideraría bochornosos. No expiró ningún quejido y, a juzgar por sus movimientos, podía decirse que estaba deseosa.

Desde ese momento, William dejó de contenerse, pero ella tampoco lo hizo. Alice demostró ser una mujer profundamente apasionada. Incluso en una ocasión, cuando William quiso disfrutar de su rostro encendido y se detuvo de todo movimiento, ella cambió

la dinámica por completo y se posicionó sobre él, dejando impresionado al hombre, que le cedió el mando con una sonrisa divertida al encontrarse con una mujer incapaz de actuar pasiva cuando se trataba de hacer el amor.

Ahora, aquella mujer pasional dormía sobre él, con la cabeza apoyada en su pecho y una sonrisa plácida curvándole los labios. William sonrió, depositó un pequeño beso en la nariz de la joven y la abrazó con más fuerza, se preparó para dormir, estaba sorprendido, pero jamás se había sentido más complacido que en ese momento.

CAPÍTULO 10

Alice estaba teniendo un mal sueño.

Todo el desprecio que había sentido a lo largo de su vida se hacía evidente en aquella pesadilla. Las risas. Los murmullos. Las muchas veces en que había pensado que se quedaría sola y que nadie, jamás, podría quererla de verdad.

Siempre había sido terrible sentirse sola en el mundo y ella había vivido con esa sensación desde que era una niña.

Abrió los ojos abruptamente.

Ya era de día, aunque todavía muy temprano. El sol apenas comenzaba a insinuarse, y el cielo conservaba ese color grisáceo propio de la madrugada. Intentó levantarse, pero entonces se dio cuenta de que estaba sometida por un abrazo. Uno firme, cálido, que la mantenía prisionera contra un pecho fuerte que, además, la cubría de su propia desnudez.

Sonrió. Era William quien la abrazaba. Eran sus brazos los que la mantenían segura, pegada a su pecho. No estaba sola. Apenas la noche anterior habían hecho el amor y, en ese momento, la joven

pensaba que no existía cosa mejor en la vida. Sobre todo porque ella lo amaba.

Alice se acomodó sobre su pecho y se acopló al calor que emanaba de él. Estaba a punto de ceder nuevamente al sueño cuando escuchó dos pequeños toques en la puerta.

Era temprano para que su marido se levantara. Incluso era temprano para los sirvientes. Decidió ignorarlo, pero entonces sonó el conocido desliz de una carta bajo la puerta.

A veces ocurría.

William era un hombre importante, y era necesario hacerle llegar mensajes a cualquier hora. Pero aquello jamás sucedía de una forma tan extraña. Deslizar una carta bajo la puerta no era un método adecuado para que el presidente del Consejo de Ministros se enterara de asuntos urgentes.

Con mucho trabajo, la joven se deshizo de los brazos de su marido y se colocó una bata sobre el cuerpo para poder recoger aquella carta que yacía a unos centímetros de la puerta. Se agachó y la tomó entre las manos; no tenía destinatario ni remitente, solo llevaba escrito su nombre, su nombre de soltera:

Alice Miller.

Alice giró la carta un par de veces, con el ceño fruncido ante aquella letra desconocida. A su mente llegó de inmediato la otra carta que había aparecido de la misma manera misteriosa. Lo que la

espantaba era el hecho de que "alguien" la hubiera deslizado por debajo de su puerta, lo cual involucraba a los sirvientes de la casa.

¿Quién sería capaz de pasar un mensaje oculto?

Todo el mundo sabía que William era meticuloso con cada persona, cosa o situación dentro de su hogar; pasar cartas anónimas a la esposa de su señor, y de una manera tan furtiva, era una deslealtad.

Al menos así lo vería William.

Con la curiosidad, Alice rompió aquel sello sin emblema ni marca alguna y comenzó a leer la carta que había en el interior:

Veo que has progresado.

Que tu esposo te encuentre deseable ya es algo, ¿no te parece? Pero te diré algo: vienen malas noticias a tu casa, querida niña. Los parientes lejanos nunca son bien recibidos; eso lo sabe todo el mundo. Y tú, por ahora, no tienes ni por asomo un heredero. A menos, claro, que ya estés esperando uno, aunque creo que para saber eso aún falta.

Mi querida Alice, no creas que porque se acostó contigo una vez ya lo has logrado todo. Comienza a pensar las cosas y no dejes que se desencante de ti. Sigue cambiando. Aún no has conseguido nada.

Con cariño, una ayuda.

Alice sintió un escalofrío al terminar de leer. Era como si aquella persona la tuviese vigilada. Resultaba casi imposible que alguien supiera que… bueno, que ellos… ¡Por Dios! ¿Cómo sabía esa persona que William y ella habían hecho el amor la noche anterior? Además, ¿qué significaba aquello de "una ayuda"? ¿Una ayuda de quién? ¿Para qué? ¿Con qué fin? Nadie ofrecía sus servicios así porque sí.

Su mente comenzó a elaborar una lista de posibles remitentes.

Los primeros en cruzar por su cabeza fueron Celio y Antoine; pero, francamente, ellos jamás eran tan poco amables al hablarle. Además, ¿por qué esconderse? No era necesario mantener el anonimato, ya que ella acudía a ellos precisamente para que la ayudaran a mejorar.

Frunció el entrecejo. ¿Giorgiana? No. Era imposible que una persona tan frontal y sincera se escudara tras una carta anónima; si Giorgiana quería provocar un cambio en ella, se aseguraría de que todo el mundo lo supiera, no era de las que se escondían.

Katherine tenía esa clase de espíritu juguetón que disfrutaría de hacerle algo semejante, pero la distancia la descartaba por completo. Inglaterra y Francia no eran vecinas como para caminar tres días y encontrarse, por ende, también quedaban descartadas todas las Bermont que residían en Inglaterra.

Estaba tan concentrada en sus conjeturas que no se dio cuenta de que su marido había abierto los ojos y, desorientado, buscaba su

cuerpo en la cama. William sonrió al verla allí, agachada como una niña pequeña, con las rodillas alzadas contra el pecho y aparentemente concentrada en algo que él no alcanzaba a ver.

—Buenos días.

William sonrió al notar el pequeño brinco de su esposa.

—¿Qué haces ahí en el suelo?

—William.

La joven se asustó. Cubrió bien su cuerpo desnudo y arrugó la carta entre los dedos antes de volverse hacia la cama.

—Me has asustado.

—Me doy cuenta.

Él se puso de pie, desnudo, mostrándole su absoluta falta de pudor. Pero, en ese momento, a Alice tampoco le importaba demasiado aquella cuestión. Estaba más enfocada en la carta que arrugaba en su mano.

—¿Algo que compartir? —preguntó William, poniéndose la bata y acercándose a ella.

—No.

Alice sonrió, apretando aún más el papel.

—Una tontería.

—Así que una tontería.

William inclinó la cabeza, observándola y después de unos segundos en los que ella se avergonzó lo suficiente, la tomó en brazos.

—¡Dios! ¡William!

Alice soltó un pequeño grito y se sujetó de los hombros de su marido para equilibrarse. Sintió cómo él la dejaba sobre la cama y se posicionaba sobre ella entre risas.

—No esperaba encontrarte despierta. Tenía el deseo de verte dormir a mi lado y separarme de ti solo hasta volver a hacerte el amor.

—Eso estaría mal —respondió ella, removiéndose bajo él—, porque es de día y no es debido.

—No me importa.

William alzó una ceja y besó sus labios.

—Lástima que ahora sólo tenga tiempo para besarte.

Alice se sonrojó notablemente y sonrió, algo azorada por aquellas insinuaciones que le parecían más tentadoras que vergonzosas.

—Debes trabajar —comprendió la joven, colocando una mano tímida sobre el pecho de su esposo y tomando entre sus dedos las solapas de su bata—. Nos veremos en la comida…

Abrió los ojos y lo miró, avergonzada por adelantarse.

—B-bueno, si tienes tiempo. Yo sé que estás ocupado y…

—Sí. Regresaré a comer contigo.

William le besó la frente.

—Llama a Peter, por favor.

Se separó del cuerpo de su esposa y se distrajo momentáneamente revisando el reloj de bolsillo que descansaba sobre una mesa en la pequeña sala de la habitación.

—Sí —aceptó Alice cuando él la dejó libre—. Vendrá enseguida.

William se sentía extrañamente alegre.

El ambiente en su habitación era nuevo. Su esposa y él conversaban con naturalidad sobre lo ocurrido el día anterior y sobre lo que harían en los siguientes, no había momentos incómodos, y Alice hablaba sin trabas ni tartamudeos. Algunos sonrojos, sí, pero eso ya era normal en ella, de hecho, le gustaba verla sonrojada.

Le recordaba a cuando le había hecho el amor, y aquel tono rojo en sus mejillas había estado presente en todo momento.

Recordar la noche anterior solo le hacía desear vivirla de nuevo y, con gracia, se dio cuenta de que podría repetirlo cuando quisiera. Alice no se opondría, porque, si mal no recordaba, ella parecía más que feliz y dispuesta a disfrutar del acto marital.

Aquello era un alivio indiscutible.

—¿Qué harás hoy? —preguntó cuando ella terminó de contarle lo extraño que era el departamento donde Celio y Antoine residían.

—Creo que volveré a ir con ellos —asintió Alice, permitiendo que su doncella le colocara un bonito prendedor en el cabello.

—¿Con Celio y Antoine?

William frunció el ceño.

—¿Para qué?

—Bueno… ellos… me están ayudando.

—¿A qué? —preguntó mientras Peter le anudaba la corbata.

Alice no era tonta, sabía que a su marido no le agradaba la idea.

—Ellos… a…

¡Tenía que inventar una excusa! ¿Cómo no lo había pensado antes?

—Me ayudan con el francés.

—Tienes personas aquí que pueden hacer lo mismo.

—¿Acaso te desagradan de alguna manera? —inquirió la joven, percibiendo el tono de desprecio que William utilizaba.

—Son dos hombres que pasan todo el día pegados a mi esposa —le hizo ver él—. No me complace demasiado.

—Pero ellos son…

Alice bajó la cabeza.

—Diferentes.

—Que sean diferentes no significa que no sean hombres —levantó una ceja—. Es mal visto. La sociedad no entiende ese tipo

de cosas.

—¿Tú tampoco lo entiendes? —preguntó ella con una pequeña voz que intentaba sonar desafiante.

William volvió la vista hacia ella.

Esa mirada fría, capaz de intimidar a cualquiera que intentara oponérsele, fue dirigida en todo su esplendor hacia su esposa. Alice no pudo evitar dar un pequeño paso hacia atrás, no era intención de William asustarla, pero no podía impedir que sus facciones se acomodaran de esa forma cuando algo le desagradaba.

—Lo entiendo mejor que nadie; es más, no lo critico —dijo—. Pero no deja de ser reprobable para el resto, y yo soy el presidente del Consejo. Entre menos escándalos tenga, mejor.

—P-perdona.

Alice bajó la mirada, ignorando los gritos de su cabeza que le decían que no lo hiciera. William suspiró y se acercó a ella. No podía evitar ser así, pero Alice no tenía la culpa, eso era precisamente lo que los ojos de Peter parecían decirle con desaprobación. Su esposa era una persona dulce e insegura, una mujer que seguramente se haría mil ideas en la cabeza, lo último que quería era que le tuviera miedo y, por su actitud, eso era exactamente lo que estaba ocurriendo.

—Lo siento.

Le tocó la mejilla.

—Solo no quiero que tu vida sea más difícil aquí. La sociedad de París es más dura que la de Inglaterra en algunas cosas.

—L-lo entiendo —asintió la joven.

Pero su actitud ya era mucho más seria y sumisa que la que había tenido al despertar; William se recriminó su error.

—Bien. Vamos a desayunar.

Alice y William estuvieron listos al mismo tiempo, pues la doncella de ella, al ver subir al señor Peter, hizo lo mismo con la señora de la casa, suponiendo que estaría de pie junto a su marido.

—¿Desayunarás aquí? —preguntó la joven mientras bajaba las escaleras junto a él.

—Sí, pero tengo que irme cuanto antes —respondió William mientras comenzaba a recibir una que otra carta de su mayordomo.

—De acuerdo.

Alice asintió sin agregar nada más.

William había dejado claro que no quería que fuera nuevamente con Celio y Antoine; pero ella ya había quedado con ellos, tendría que hacer algo de lo que no estaría nada orgullosa: mentir.

—Alice —la llamó su marido por tercera vez.

—¿Sí? —contestó ella, distraída.

—Te preguntaba qué harás hoy.

William levantó una ceja inquisidora.

—Emm… no lo sé. Tal vez ver la casa. No he hecho ninguna excursión para conocerla.

Agachó la mirada porque sabía que era terrible mintiendo, se sentía fatal, tendría que ir a la iglesia a confesar aquel pecado.

En esa ocasión, todo giraba a su favor, pues William dejó de prestarle atención en cuanto comenzó a leer las cartas más relevantes.

—Bien —asintió él distraídamente.

La verdad era que no había escuchado casi nada. Los asuntos que leía parecían ser cada vez más urgentes y requerían su presencia.

—Entonces, que te diviertas.

—¿William? —lo llamó Alice al ver que se dirigía hacia la puerta de entrada y no al comedor.

—Lo siento.

Regresó sobre sus pasos y plantó un beso en la frente de su esposa.

—Creo que al final no podré desayunar contigo.

William leyó la desilusión en el rostro de Alice, por eso sonrió con ternura y le tocó la mejilla.

—Te veré en la comida.

—S-si no puedes… manda una carta.

Bajó los ojos.

—Por favor.

—Es un hecho.

William levantó su barbilla y depositó un beso en sus labios.

—Nos vemos en unas horas.

Alice suspiró y asintió un par de veces al verlo salir por la entrada, no era que quisiera que se marchara, pero justo en ese momento lo deseaba lo más lejos posible de su mentira.

Esa mañana, cuando él casi la descubrió leyendo una de aquellas misteriosas cartas, la joven estuvo tentada a mostrársela y pedirle su opinión, pero lo conocía, seguramente se pondría furioso, haría una revisión de la casa y, si no encontraba nada, todo sería peor, despediría a media servidumbre si eso lo hacía sentirse menos traicionado.

Alice no podía permitirlo.

En primer lugar, porque había gente muy necesitada bajo el yugo de su marido, lo sabía porque había entablado una que otra conversación con algunas empleadas menos rígidas, que se atrevían a hablar con ella; por el momento, las cartas, aunque misteriosas, eran inofensivas, de hecho, solo buscaban ayudarla, al menos en alguna medida, no era nada de qué preocuparse, al menos, eso pensaba ella.

—Excelencia.

Sonrió una de las jóvenes insufribles que no dejaban de perseguirla por toda la casa, deseosas de enseñarle modales.

La mujer que la había atrapado en ese momento era Goretti Fliggt.

—Señorita Goretti.

Alice asintió, pero siguió caminando sin darle mayor importancia.

—Excelencia —la llamó nuevamente, siguiéndola—, la señora Pakins me ha encomendado la tarea de informarle su itinerario.

—¿Itinerario?

—Sí, excelencia. Como esposa del presidente del Consejo y marquesa, usted tiene obligaciones con la sociedad.

—¿Qué tipo de obligaciones?

—Bueno…

La mujer sacó un pequeño cuadernillo con un separador que marcaba el día correspondiente.

—Tiene una invitación al té con su señoría, la madre del marqués…

—¿Con mi suegra?

—Y otras damas de alcurnia, excelencia —apuntó la mujer, prosiguiendo con su lista de deberes—. También debe hacer una visita al orfanato, inaugurar un nuevo hospital junto al presidente…

—Mi esposo no me lo comentó —interrumpió Alice.

—Él no debe detenerse con nimiedades. Usted, al igual que su excelencia, cuenta con personas como yo para recordarle sus deberes.

Alice suspiró.

—¿Qué más?

—Oh, debe visitar a la primera dama —dijo como última orden—. Recuerde que es la madrina del pequeño Lucca.

«Lucca», pensó Alice. Sí, en definitiva, un nombre que no le gustaba y no era para menos, le recordaba aquel fatídico día, cuando estuvo bajo todas esas miradas, bajo aquellas risas ocultas tras la hipocresía y la decencia, filtrándose en sus oídos.

Meneó la cabeza para despejar aquellas ideas y poner atención a la joven que seguía hablando frente a ella.

—¿Me escuchó, excelencia?

—Sí —mintió un poco.

De todas formas, la joven le recordaría después si algo se le pasaba.

—¿A-a qué hora es lo de mi suegra?

—A las doce —señaló Goretti después de buscar entre sus apuntes.

—Entonces allí estaré. No hay de qué preocuparse.

La mujer simplemente la dejó pasar al comprender que esa era la intención de Alice. Ya llegaría la siguiente encargada de anunciarle otra tarea, porque Goretti solo le había dado la parte divertida. En la lista seguían muchas otras cosas que tal vez se le complicaran a la marquesa, sobre todo por la forma en que se desenvolvía en lo referente a ser sociable y una dama de alcurnia.

La joven marquesa entró en el comedor, las otras dos mujeres la esperaban formalmente de pie, junto a sus sillas, donde desayunarían en esa ocasión en que el marqués no se encontraba en casa.

—Buenos días, señora Pakins. Sandre.

Alice las miró mientras se sentaba en la cabecera opuesta.

—Excelencia.

Las tres mujeres se inclinaron y después tomaron asiento.

—Confío en que Goretti ya le haya informado las generalidades de su día —dijo la señora Pakins—, puesto que estamos atrasadas.

—Atrasadas…

Alice rodó los ojos, aunque la acción fue poco perceptible debido a que tenía la cabeza gacha.

—¿En qué sentido?

—¡Dios mío, marquesa! —se exaltó Sandre—. Tan solo el hecho de que no ha asistido a la iglesia.

—Voy todos los días a misa —frunció el ceño la joven.

—Sí, pero a deshoras. No en una presentación formal con su excelencia, donde den validez pública a su religión —dijo Goretti.

—Mi esposo regularmente está ocupado y…

—El marqués iba a misa todos los domingos —la interrumpió la señora Pakins—. Ahora que se ha hecho su esposa, su excelencia ha dejado de lado ese sacramento.

—N-no es mi culpa.

—No, no lo es —asintió Sandre—. Pero, como mujer de su casa, es su deber recordarle que deben asistir, a los hombres se les puede pasar, a una mujer no, nunca.

—¿Obligarlo a hacer algo? —se mofó Alice de manera muy sutil.

Aquello era imposible.

—Tal vez la palabra correcta sea persuadirlo —corrigió Goretti.

Alice suspiró y dejó los cubiertos sobre el plato.

—Bien. ¿Y qué más me falta?

—No queremos atarearla.

La señora Pakins tomó un trozo de baguette, lo llevó a su boca, masticó y pasó el bocado antes de continuar.

—Pero se acerca el banquete del Senado, el cual será organizado por sus excelencias, los marqueses de Millentmont.

—¿Yo? ¿El banquete?

—Así es —dijo con tranquilidad la señora Pakins—. Debemos organizar los bailes, la comida, los invitados, los asientos, su vestuario… ¡Dios santo! ¡Son tantas cosas!

Alice también creía que sí. Tal vez para aquellas mujeres fuera algo complejo, pero para ella era monumental, excesivo, imposible. Su respiración comenzó a entrecortarse con el nerviosismo usual de la anticipación; sería un completo fracaso, de eso no había dudas.

Cerró los ojos y controló las ganas de arrojar la comida.

—Excelencia —le llamó la atención la señora Pakins—, le recomiendo que comience a comer. En dos horas nos iremos a casa de lady Alana para continuar con el día.

—Sí…

Alice suspiró, tomando un pedazo de pan recién hecho para asentar el estómago, sería un día interesante.

Debía informar a Celio y Antoine que no podría ir.

—Señora marquesa.

La puerta del comedor se abrió en ese momento.

—¿Sí? —contestó Alice, insegura al ser sacada de sus pensamientos.

—Tiene visitas.

—¿Visitas? ¿De quién?

—¡Nosotros, bizcocho!

Celio prácticamente apartó al pobre mayordomo, quien no se limitó a lanzarle una mala mirada, alzar la nariz con altivez y salir después de dejar pasar a Antoine.

—¡Celio!

Alice se puso en pie.

—¿Qué haces aquí?

—Sabíamos que hoy sería un día importante. ¡¿Cómo se nos pudo olvidar lo del orfanato?!

El italiano negó con la cabeza.

—¿Qué más hay para hoy…?

Miró a las tres damas que lo observaban con curiosidad y molestia.

—¿Quién es la secretaria?

—No somos secretarias —dijo, ofendida, una de las damas.

Alice reconoció la voz de Goretti.

—Bueno, querida… lo que seas.

Celio se encogió de hombros.

—Dime el itinerario.

—¿Quién se cree que es? —Las mujeres se pusieron de pie.

—Es un amigo mío —lo defendió Alice.

—No hace falta que "un amigo" venga a conocer su itinerario, excelencia —dijo la señora Pakins, muy ofendida al sentirse

relegada.

—Nosotros le ayudaremos en lo que sea necesario —le quitó importancia Antoine, sentándose a pesar de que todas las damas seguían de pie—. Mira, Celio, salchichas.

Tomó unas cuantas con el tenedor de Alice.

—Con el hambre que tengo.

—Siéntense, por favor —pidió Alice, un tanto agobiada por tener reunidas a todas las personas que intentaban "ayudarla".

Todo prometía convertirse en un día de lo más interesante.

Solo esperaba estar a la altura de las expectativas y que la sociedad no la mirara con tan malos ojos; daría su mejor esfuerzo, su primer reto sería enfrentarse con su suegra, quien en realidad la había recibido con los brazos abiertos, pero también había sido quien envió a la señora Pakins y a las dos ayudantes.

Y ellas eran una pesadilla, por decirlo de alguna forma.

Alice solo esperaba ver a William de nuevo.

Era lo único que quería.

CAPÍTULO 11

¡Era terrible! Sí, eso era lo que cualquiera pensaría después de aquel inicio de itinerario. Alice Charpentier, marquesa de Millentmont, ya comenzaba a ser conocida como una dama que no sabía comportarse en un ambiente social francés, aunque, para ser sinceros, tampoco había sido tan bien recibida en el británico.

La hora del té con su suegra había sido un acontecimiento… interesante. Sí. Siempre que Alice asistía a una velada, comida, conmemoración o cualquier evento social, las palabras que lograban definir los acontecimientos eran: interesante, diferente, extraño, extravagante, peculiar.

Disfrazando, claro está, palabras como: terrible, abominable, deshonroso o directamente demencial.

La joven no podía sentirse peor. No, esperen. Sí podía. Porque sus fieles instructores no la dejaban en paz ni un segundo, justo como en ese momento, en el que todos la regañaban, indignados por su conducta y su falta de modales.

—¡Eres especialmente torpe al comer! —le decía Celio.

—¡Descuidada al hablar! —la reprendió la señora Pakins.

—No te sentaste en el lugar adecuado —negó Goretti.

—Ni conversaste sobre nada de relevancia —apuntó Sandre—. Por no decir que no dijiste nada en absoluto.

—Y, para colmo, te caíste —remató Antoine.

Tal parecía que las fuerzas se habían unido. Al inicio, la situación había sido muy diferente, los dos grupos de ayuda se odiaron a primera vista, pero cada vez que Alice cometía un error, parecían hermanos, o incluso los mejores amigos. Ninguno se limitaba a regañarla y señalar sus errores más resonantes, que no eran pocos.

La verdad era que tenían razón en cada una de las cosas que le reprochaban, pero nada podía hacer Alice ahora que ya había cometido tontería tras tontería.

Aun así, todo el grupo seguía discutiendo cada parte de aquel dichoso momento del té. Incluso intercambiaban fragmentos de la historia y se ayudaban a completar las frases.

—Bueno, chicos —interrumpió la madre—, no ha estado tan mal.

—¡Es usted demasiado indulgente, marquesa! —negó Celio—. Si la dejamos, se seguirá comportando mal.

—Hablas como si fuera un perro de nuevo, Celio —le hizo ver Alice.

—¡Mi Charter se comporta mejor que tú! —exclamó el hombre, ofendido por la comparación con su mascota.

—¿No se llamaba Heltrud? —preguntó Alice.

—Ese ya murió —negó Antoine—. A Celio o se le mueren o se le escapan. Quizá se dan cuenta de su larga lista de crímenes caninos.

—¡No seas cruel! —lloriqueó Celio—. ¡Mi pobre Heltrud apenas podía comer bocado!

—Te lo dije mil veces —Antoine se tocó el puente de la nariz—: un perro no disfruta del vino con mariscos.

—¡Qué poca finura de paladar! ¡Creí que Heltrud era diferente!

—Intento que no encuentre más —susurró Antoine al oído de Alice—, pero de vez en cuando aparecen víctimas voluntarias que, al poco rato, se dan cuenta del error.

—Bueno, hablando de Alice…

Alana tomó las manos de su nuera con ternura.

—No te preocupes, querida. Nos hemos divertido mucho.

—A tu costa —se burló Celio.

—Lo cual no debería ocurrir con la esposa del presidente del Consejo y de un marqués —agregó la señora Pakins.

—Sois muy duros —negó Alana—. No es para tanto. Solo era el té con un montón de viejas aburridas como yo.

—No creo que sean aburridas —dijo Alice en voz baja—. Solo… no se me da muy bien la conversación.

Alana sonrió y le tocó el hombro con cariño.

—Tiempo, querida. Todo requiere tiempo. Es normal. No llevas mucho hablando francés. Cuando uno empieza, el vocabulario se acaba demasiado pronto.

—Sabría más vocabulario si se pusiera manos a la obra —la reprendió Sandre.

—¡Se acabó! —dictaminó Alana—. Le destruirán el ánimo, la cabeza y hasta el corazón si le repiten todo el día lo que hizo mal.

—En eso tiene razón la viejita —aceptó Celio.

—Sí —asintió Antoine—. ¿Por qué no le decimos lo que hizo bien?

—En realidad —interrumpió Alice—, preferiría saber qué sigue.

—¿Qué sigue? —se adelantó la señora Pakins—. ¿De qué habla?

—De mi itinerario —dijo Alice, con un poco de enfado.

Era tan obvio a qué se refería que le molestó el supuesto desentendimiento de la mujer.

—¿Qué hora es? —preguntó la señora Pakins, avergonzada por no haber captado algo tan simple.

—Van a ser las tres —dijo Antoine después de mirar su reloj.

—¡Tres! —gritaron las tres mujeres que llevaban la agenda.

—¡¿Qué pasa, por Dios?! —Alana se tocó el corazón.

—Se suponía que el marqués la esperaría a las dos en el castillo.

Alice rodó los ojos. La única cita a la que realmente quería asistir, y era justo a la que aparentemente faltaba. No podía creerlo, tal vez,

cuando llegaran a casa, William ya se habría marchado de nuevo.

Era una existencia triste o más bien un día difícil.

—Intentemos llegar a tiempo, entonces —pidió Alice, apurando el paso hacia el carruaje.

—Aceptaré, aunque no esté bien decirlo con tan poca antelación.

Alana movió una mano como si fuera un abanico, pero siguió a su nuera por el pasillo que conducía hacia la puerta.

Sus cinco acompañantes tampoco se quedaron atrás. No tardaron ni un segundo en seguirlas, seguramente con el mismo destino. Alice, en realidad, no le dio demasiada importancia. Unas cuantas bocas más en la casa de Millentmont no serían una molestia.

Pero entonces lo recordó.

—¡No!

Se detuvo en seco y se volvió hacia el grupo, que soltó un pequeño grito al casi chocar con ella y hacerla caer.

—¿Qué? —se molestó Antoine—. ¿Nos quieres hacer caer a todos?

—No, lo siento —dijo alterada—. Pero… Celio, Antoine…

Bajó la mirada, incapaz de lanzar una mentira con naturalidad.

—N-no tengo vestido para… para la apertura del hospital.

—¡Que no tienes…!

Celio inhaló aire para controlar la voz.

No lo logró.

—¡¿CÓMO QUE NO TIENES PENSADO QUÉ TE PONDRÁS?!

—¡Lo siento! —Alice levantó las manos, intentando no ser golpeada por las ligeras palmadas de Celio y Antoine—. Yo ni siquiera sabía que debía inaugurar algo.

—¡Descuidada! ¡Torpe! ¡Distraída! —negaba Antoine.

—Lo resolveremos. Iremos con Gi para ver qué logramos —decidió Celio—. Bizcocho, prepárate para tu reprimenda después.

Las mujeres se quedaron con los ojos abiertos por la libertad con que los dos muchachos le hablaban a la marquesa. Era como ver a dos padres con su hija pequeña, incluso peor, puesto que no era normal que se le gritara de aquella forma tan coloquial a una persona, mucho menos a una noble.

—Su excelencia, nosotras elegimos un vestido que podría servirle —le hizo ver Sandre.

—Lo sé, pero seguro que ellos lo desaprobarían y…

—Y a mi hijo no le gustará saber que estuviste con ellos nuevamente —descubrió Alana.

—No es eso… yo, en realidad…

—Lo conozco —Alana levantó una ceja, silenciando las réplicas.

La joven, al verse enfrentada a la madre de William, no pudo más que asentir. Era verdad. No había nadie que lo conociera mejor que

su madre, al menos en lo referente a su carácter.

—No puedo deshacerme de ellos —dijo Alice—. Son mis amigos.

—Y las personas que te están ayudando a mejorar, según sus propios estándares.

—No soy la esposa perfecta.

—Lo sabemos —replicó la señora Pakins, llamando momentáneamente la atención de los presentes.

—Pero intento serlo —agregó Alice, regresando la mirada a su suegra—. Y por eso no puedo simplemente desecharlos.

—Te diré algo, hija.

Alana le tocó cariñosamente el hombro.

—Eres perfecta para él. Tú eres todo lo que a mi hijo le falta. William es un hombre osco, tozudo, de modales impecables, impenetrable, imponente y estoico. Pero le hace falta sentir. Darse cuenta de que es un ser humano con emociones y con personas capaces de hacerlo perder el control.

—Sus hermanas lo sacan de control —apuntó Alice.

—No es lo mismo —negó Alana—. Eso era casi una obligación para él. Pero tú… tú eres su esposa. Te respeta y, poco a poco, te querrá más que a cualquier mujer.

Alice miró hacia el horizonte. Lo dudaba. William podría llegar a respetarla, tal vez incluso a querer a los hijos que ambos

engendraran. Pero a ella… No. No era necesario desarrollar cariño hacia la madre.

Bien se sabía que las mujeres no tenían demasiada validez para los hombres, y los nobles eran especialmente impertinentes en aquel sentido. Era normal que tuviesen… amigas especiales.

Alice posiblemente moriría de tristeza si se enteraba de que Will…

—No te hagas ideas, linda —Alana la devolvió a la realidad—. No sabes qué piensa o siente. ¡Nadie lo sabe!

—Sí —murmuró Alice—. Supongo que no es fácil saber qué piensa.

En ese momento llegó el carruaje. Nuera y suegra subieron rápidamente, dejando la otra carroza para las damas de compañía de la marquesa. No hablaron demasiado durante el camino y si lo hicieron, fue de asuntos tan triviales que pronto pasaron al olvido.

La casa Millentmont no quedaba muy lejos de la que los padres de William habían comprado en una zona céntrica de la ciudad, por lo tanto, el camino no les llevó más de treinta minutos.

Media hora que, tal vez, a Will lo habría desquiciado.

Una de las características del marqués era su puntualidad y cuando alguien no lo era, normalmente estaba de mal humor. Alice esperaba que no estuviera demasiado impaciente o, en el peor de los casos, que no se hubiese marchado.

Las damas comenzaron a bajar del carruaje y se encontraron con el panorama de William, quien estaba vuelto hacia la casa, hablando animadamente con el mayordomo.

Feliz no estaba, eso era visible a muchos kilómetros de distancia.

—Querido —sonrió su madre, abriendo los brazos para que su hijo se acercara mientras ella caminaba hacia las escaleras, librándose de la tediosa tarea de avanzar entre las piedras sueltas de la entrada.

William volvió la cabeza, mostrando a todos su mirada seria y sus ojos oscurecidos, enervados por alguna razón.

—Madre.

Hizo un asentimiento de cabeza hacia la mujer mayor y después observó a su esposa con detenimiento.

—Hola, William —saludó Alice en una voz queda.

—Alice.

La saludó de la misma manera seca y rápida que a su madre, volviéndose nuevamente hacia el mayordomo, sin siquiera acercarse a las recién llegadas. La joven no se sintió dolida o más bien curiosa por saber qué situación lo había puesto de tan mal humor, pero quien sí se ofendió fue la madre del hombre, quien rápidamente dio paso a las quejas. Alice estaba a punto de avanzar hacia la casa cuando, de pronto, entre el pasar de sus queridas damas de

compañía, Goretti se detuvo frente a ella y la miró indecisa, como si dudara de su proceder.

—No sé de dónde viene esto, lady Charpentier —dijo con voz entrecortada y muy baja—, pero espero no estar haciendo un servicio que no beneficie a mi señor.

—¿A qué te refieres?

La joven, como toda respuesta, metió la mano en su manguito y rebuscó un poco antes de sacar una carta, una que Alice reconoció enseguida, no lo comprendía, había recibido una esa misma mañana, ¿Por qué debía tener otra?

—Tiene su nombre de soltera, excelencia —observó Goretti—. Si alguien no está enterado de que está casada, sería bueno recordárselo.

—No sé qué insinúas, Goretti —dijo Alice, algo molesta—. Pero todos mis conocidos saben que estoy casada.

—Entonces, ¿por qué mandarían una carta de esa forma?

—Puedes retirarte, Goretti —dijo Alice con expresión seria.

Respiraba con fuerza. Solo esperaba que esa mujer no comenzara a divulgar algún rumor infundado con semejante suposición, la persona que le enviaba esas cartas comenzaba a desquiciarla, ¿Cómo se le pudo ocurrir mandarla por medio de una mujer como Goretti?

Pero… tal vez… Sí.

Tal vez Goretti había visto a quien la trajo.

Alice alzó la mirada y buscó a la muchacha, pero esta ya había desaparecido, tal como ella misma le había ordenado.

Apretó el sobre en la mano, lastimándose un poco con los bordes. Se dio cuenta de que su suegra seguía quejándose, seguramente con ella, pero apenas le había prestado atención. Así que decidió ser educada y escuchar lo que Alana decía.

—¡Este hijo mío! —exclamó la antigua marquesa—. ¡Qué manera de saludar a las dos mujeres más importantes de su vida! ¡Dios me guarde!

—Lo siento, madre.

William rodó los ojos, bajó las escaleras de la mansión y se acercó a su progenitora para depositar un beso en su mejilla.

—¡Nada de "lo siento"! —Alana se cruzó de brazos—. Respétame.

William sonrió muy levemente al escuchar la réplica de su madre, escondiendo con sabiduría aquella burla en el beso que depositó luego en los labios de su esposa.

—Hola —la miró a los ojos.

Aquella palabra fue cálida y electrizante en el cuerpo de la joven.

—Hola —saludó ella de nuevo, con un pequeño sonrojo.

Ambos se internaron en las profundidades de los pensamientos del otro con la misma resolución. Se deseaban y en ese momento, al

descubrirlo, no cabía otra cosa en sus cabezas, ni siquiera las constantes réplicas de la antigua marquesa.

—…Déjame recordarte, William, que yo te di a luz. Por lo tanto, no debes ignorarme cuando te hablo.

—Sí, madre, tienes razón.

Will despegó los ojos de los de Alice y prestó atención a Alana.

—Sé quién me trajo al mundo, tranquila.

Alice se sorprendió de que él lograra captar algo de lo que su madre decía mientras estaba distraído con ella. Con vergüenza, podía asegurar que ella apenas había escuchado un zumbido sordo detrás de la oreja. No habría sido capaz de captar una sola palabra de su suegra.

Nuevamente pudo admirar a su marido y su famosa capacidad para atender varios asuntos a la vez y no olvidar absolutamente nada.

De hecho, Alice siempre medía muy bien sus palabras. Sabía que, si algún día peleaban, William recordaría santo y seña de lo que ella dijo, hizo e incluso de lo que llevaba puesto aquel día específico.

Era intimidante, pero tendría que sobrevivir con ello.

—¡Ay, este hijo mío! —negó Alana—. Bueno, al menos dame algo de comer, desagradecido.

—Sí, madre. El desayuno está listo —dijo, invitándola a pasar.

—Mal harías —negó mientras subía—. Este tonto hijo mío.

William meneó la cabeza de lado a lado para después fijar la vista en su esposa, quien lo miraba con la cabeza ladeada y una pequeña sonrisa disimulada.

—Te irás —dijo ella en una entonación dulce.

William se sorprendió al darse cuenta de la capacidad que tenía Alice para comprenderlo. No muchas personas podían adivinar sus movimientos o comentarios, pero tal parecía que su esposa comenzaba a desarrollar una habilidad no tan agradable para él, seguramente era por la constante convivencia entre ambos, pero no porque fuera su esposa significaba que le agradara que supiera lo que pensaba.

William era un hombre reservado, pensaba antes de actuar o decir las cosas y que alguien lo descubriera nunca sería de su agrado.

—Surgió un inconveniente que debo atender personalmente.

—Lo suponía —asintió la joven—. Yo se lo diré a tu madre.

—Te lo agradezco.

Le tocó la mejilla.

—Te veré en el evento más tarde.

William comenzó a caminar hacia la carroza de la cual Alice y Alana habían descendido.

La joven, al darse cuenta de que tal vez no lo vería en mucho, mucho rato, decidió seguir lo que su instinto le dictaba. Corrió hacia él, lo tomó del brazo antes de que pudiera poner un pie en la carroza y lo atrajo hacia un beso inesperado que descolocó a William.

Solo por unos segundos.

Después, el hombre la atrajo hacia sí, apretando el cuerpo de Alice contra el suyo, internando la lengua en aquella cavidad cálida y dulce que ella le ofrecía, deseando desnudarla y tomarla nuevamente.

—Tengo que irme —le dijo entre besos—, pero parece que te propones hacerme quedar y no dejarte salir de nuestra habitación.

La joven se sonrojó y bajó la cabeza.

—No, lo siento —se separó de él—. Sé que tienes que marcharte.

William se permitió darle otro beso antes de subirse a la carroza.

—Por cierto, Alice —la llamó cuando la joven ya había pisado el primer escalón—. Tenemos visitas, espero no incordiarte demasiado.

—¿Qué? —preguntó alterada—. ¡William!

Le gritó cuando la carroza comenzó a avanzar, alejándose de ella. La joven dejó salir un resoplido nada femenino y cerró los ojos; lo último que quería eran más visitas.

—Su excelencia —llamó el mayordomo que atendía la entrada—. Pase, por favor. La esperan en el comedor.

Alice miró al hombre con desgana, pero no podía hacer nada.

Comenzó a subir los escalones lentamente, holgadamente, sin entusiasmo alguno por llegar. Aquello hizo sonreír al hombre que aguardaba en la puerta.

—No se preocupe, excelencia —le dijo el mayordomo mientras la encaminaba al comedor—. Verá que la señorita Quilet no es tan mala compañía.

—¿Quilet?

Repitió el apellido en voz alta, no podía ser, William no podía dejarla en la casa con las personas que habían dañado tan profundamente a su hermana mayor. La pobre Gigi se las había visto negras gracias a la familia Quilet… y Johnson.

—Sí, su señoría. Ella solía venir mucho con anterioridad.

—¿A esta casa? —preguntó, incrédula.

—Sí. A ver al amo William.

—William… —susurró para sus adentros.

No era ninguna buena señal.

Aunque dudaba terminantemente que William se… enredara con personas que habían hecho sufrir a su hermana de manera constante.

Pero, al fin y al cabo, era un hombre y a los hombres se les perdonaba todo, eso era lo que su madre siempre le decía.

En fin, su día continuaba y aún tenía que ir al orfanato y recibir aquellas visitas a las que ya empezaba a desear despedir.

Por su parte, William se sentía culpable de dejarle toda la carga a su esposa. Aunque no era su intención, las cosas habían resultado de aquella forma, y solo esperaba que Alice pudiera soportar ese mal rato. Ya se disculparía después.

También esperaba que Marcela Quilet no le metiera demasiadas ideas en la cabeza. Sería difícil descubrirlo, puesto que Alice no hablaba demasiado de sus sentimientos ni de sus pensamientos. Deseaba verla de nuevo, en realidad, no tenía mucho tiempo libre para disfrutar con ella y justo ahora, cuando se conocían íntimamente, esa separación se asemejaba a una agonía de sangre.

—Presidente del Consejo —le llamaron—. Esperamos su respuesta.

Era un hombre grande, gordo y feo. Igual a cualquier corrupto con los que William solía enfrentarse. Francia tenía que mejorar en muchos aspectos y, aunque el presidente y el presidente del Consejo pesaran casi igual en poder, todavía había todo un Senado que convencer. En ese momento, en Versalles, se desataba una nueva disputa entre los conservadores y "los de la nueva era", como comúnmente los llamaban aquellos viejos senadores.

—Lord Millentmont —lo llamó una voz gruesa, burlona y conocida.

William volvió el cuerpo, dejando con los papeles extendidos al muchacho que hacía de secretario para él. Por el enorme pasillo del elegante, lujoso y excesivo palacio de Versalles, se adelantaba un hombre en silla de ruedas. No por eso lucía menos imponente. Su mirada era tan ávida como la de una debutante.

—Lord Harnett —saludó William al viejo senador—. Me complace verlo tan mejorado.

El hombre soltó una risotada y lo señaló con un dedo inquisidor.

—Sigo en esta silla de ruedas, muchacho, pero aun así no me ganarás en una disputa política.

—No esperaba menos de usted —negó William.

—Hablando de algo menos pesado, ¿dónde está esa esposa vuestra?

Miró alrededor.

—¿Será que la ha traído a pasear por Versalles?

—Lamento contestar con una negativa —dijo William—. Mi esposa tuvo que quedarse en casa atendiendo una visita.

—Es una lástima.

El hombre decayó.

—En realidad me hace feliz ver una cara tan bella y un alma tan bondadosa. Sobre todo en una cuna de lobos como estas reuniones.

—La traeré otro día, en ese caso.

—No trate de ser complaciente —lo acusó Harnett—. Solo tráigala si ella quiere. Y, por favor, dígale que le deseo suerte.

—Le pasaré su mensaje si me dice por qué le desea suerte.

—Está casada con usted, ¿o no?

Sonrió.

—Necesita más suerte que un hombre en una guerra.

—Habla como si fuera lo peor del mundo que esté casada conmigo. Le aseguro que la trato a la perfección.

—Una mujer no solo necesita buenos tratos, señor Charpentier —dijo el hombre—. Una dama como la que usted guarda en casa espera cariño, constancia, amor e interés. Por lo que sé, usted es un hombre frío, duro, intransigente. Ella es un alma pura. Seguro está sufriendo.

—Me daría cuenta.

—No está mucho en casa, señor —le hizo ver Harnett—. Pero le aseguro que la joya que usted guarda en casa sigue en exhibición.

William observó cómo el hombre era conducido por un mozo hacia la cámara del Senado. Pero antes de entrar en la enorme habitación, Harnett se atrevió a lanzar una última estocada:

—Suerte en el debate.

A William no le hizo ninguna gracia.

No le resultaba divertido pensar que su esposa estuviera siendo observada por otros hombres. Ese viejo de Harnett solo quería enervarlo. Estar con él no podía ser tan complicado como lo describía.

Era como si hablara de alguna clase de monstruo con el que nadie querría compartir sus días.

—¿Estás listo, William?

Le tocaron el hombro con afabilidad. Los ojos del marqués se despegaron del lugar por donde había desaparecido la silla de ruedas y se fijaron en la figura que se imponía frente a él.

—Ese maldito de Harnett sabe cómo meterme ideas en la cabeza.

—No creo que tengas problemas con tener una o seis cosas en mente. Conociéndote, justo ahora, mientras hablo contigo, estás pensando en los puntos del debate y en hacerle el amor a tu esposa al mismo tiempo.

—Me sobreestimas.

—Eso me gustaría creer.

Asher sonrió.

—Pero siempre he admitido las virtudes de mis contrincantes y de mis favorecedores. Así que no puedo mentir cuando se trata de eso.

—En todo caso…

William comenzó a caminar.

—Creo que saldrá bien. Hablaré del nuevo sistema de riego. También propondré los salarios y las oportunidades para las niñas.

Suspiró.

—Lo último es lo que más me conflictúa.

—Lo aceptarán. Con el tiempo se darán cuenta de las oportunidades que esto ofrece a sus hijas.

—Dudo que quieran ver a la mujer más independiente —negó William—. Pero intentémoslo, en todo caso.

—Vaya —se burló Asher—. Es la primera vez que no te oigo decir con seguridad que lo lograrás. Es extraño en ti.

—Tengo otras cosas en mente, pero lo haré.

—Bien. Eso espero, porque nuestro día no acaba aquí.

Asher se mostró conflictuado.

—Giorgiana ya debe de estar organizando el evento del hospital.

—Buscará sacar beneficios para el orfanato mientras hacemos la inauguración del hospital —comprendió William rápidamente.

—Conoces a tu hermana.

—No tanto como tú —aceptó William—. Pero era de esperarse.

Los dos hombres se separaron al momento de entrar.

Sería una larga y tediosa sesión de tira y afloja con los senadores. Era una ardua tarea ponerse de acuerdo, y mientras ellos

deliberaban, el pueblo esperaba con la esperanza de cambios positivos para el país.

—¡No podemos simplemente darles a los campesinos más probabilidades de rebelarse! —exclamó uno de los senadores.

—El senador Valsit tiene razón —concordó otro—. Sería darles armas.

—Se estarían defendiendo de una injusticia —dijo William, estresado después de tres horas de deliberación—. Los campesinos no deben ser incultos solo porque algunos quieran aprovecharse de ellos. Tienen derecho a una oportunidad.

—¿Oportunidad, presidente del Consejo? —cuestionó el señor Harnett—. Esos hombres no entienden. Les daremos un poco de conocimientos y pensarán que pueden comerse el mundo.

—Se trata de prosperidad —señaló William—. Si nuestra gente piensa, nuestra ciudad y nuestro país sobresaldrán entre los demás. Seguiremos siendo potencia.

—Siempre hemos sido potencia, presidente del Consejo —señaló otro senador—. Y eso que durante mucho tiempo fuimos un pueblo sometido a la monarquía.

—Así es. Somos una república innovadora en muchos sentidos.

William caminó frente a todas aquellas caras acomplejadas.

—Por esa razón no podemos quedarnos atrás.

—¿Y sugiere que la prosperidad viene de los aldeanos?

—No.

William negó lentamente con la cabeza.

—De la educación, de la visión, de la cultura, de la innovación y, señores, eso no se logra con unas pocas mentes. Mientras más seamos los pensantes, más mejoras habrá.

—Céntrese, presidente del Consejo —se quejó Harnett.

—Eso hago.

William lo señaló con un dedo enérgico.

—El pueblo está ansioso por sentirse partícipe. Por sentirse importante e inteligente. Démosle esa prerrogativa.

—Señor presidente, ¿qué tiene que decir?

Asher seguía sentado en su silla alta y conmemorativa. Observaba a todos con una mirada escudriñadora, meticulosa y escalofriante. Muchos se sentirían intimidados, de hecho, muchos lo hacían; pero, en comparación con la mirada del presidente del Consejo, la del presidente era casi seda.

En definitiva, eran dos hombres a quienes se debía respetar y frente a quienes se debía proceder con cierto cuidado.

Asher se puso en pie y caminó un poco, mostrando la confianza de quien se sentía cómodo siendo el centro de todas las miradas. De hecho, el movimiento que realizaba tenía justamente ese propósito: llamar la atención de los presentes.

—Una década, señores —dijo al fin—. Estamos en una década de cambios. No solo para Francia, sino para el mundo entero. ¿Qué viene? Se preguntarán muchos. La verdad es que nadie lo sabe con certeza, pero algo grande se aproxima. Algo inmenso. El siglo se encamina hacia su cierre, y los años que vienen no tendrán piedad con quienes se nieguen a mirar hacia adelante. El mundo está cambiando. El hombre está cambiando.

Asher miró a los hombres casi individualmente.

—Señores, piensen en el futuro. No solo en lo que les funciona ahora o en lo que les funcionó antes. Tenemos que abrir la mente para no quedarnos rezagados. Esa es mi única y sincera petición. No tengo más que decir. Creo que el Senado está cansado y yo aún tengo asuntos que atender, dejemos esto para la siguiente reunión.

Los hombres agradecieron aquel merecido descanso después de cinco horas aprobando leyes, contabilizando insumos, hablando de posibles relaciones políticas y de conflictos internos.

William estaba exhausto y lo estaba aún más al recordar que su día todavía no terminaba.

Alice comenzaba a quitarse aquel hermoso vestido de gala que Antoine y Celio se habían empeñado en comprarle.

La joven esposa había asegurado que su marido la asesinaría en cuanto la viera con el vestido puesto, pero William jamás llegó a la

apertura del hospital.

El presidente sí lo hizo, al ser el encargado, era prácticamente necesario que estuviera presente, pero su marido se había visto retenido por un asunto urgente al que le dieron prioridad sobre la inauguración. Ella estuvo allí para representarlo, aunque no sabía si lo había hecho bien.

Alice era una persona profundamente humana. Para ella, la interacción con la gente lo era todo. Por ese motivo, cuando todos los nobles pasaban a ver las instalaciones y juzgaban si habían invertido bien su dinero, Alice se acercó a la gente que cubría el resto del perímetro, muchos eran solo curiosos.

Otros, la gran mayoría, eran personas agradecidas por el servicio a la comunidad. Resultaba beneficioso tener más de un hospital en casos de emergencia.

A pesar de que la regañaron e intentaron llevarla al lugar honorífico que le correspondía como esposa del presidente del Consejo, Alice se negó a separarse de aquella pobre gente que la miraba con admiración por acercarse a ellos, acuclillarse a la altura de los niños, jugar, besar mejillas y cargar pequeños sin importar que estuvieran sucios, enfermos o malolientes.

Solo esperaba no haber avergonzado demasiado a William.

En ese momento, la puerta de la recámara se abrió.

La joven cubrió de inmediato su desnudez con los brazos. Esa noche había decidido desvestirse sola, y justo entonces alguien entraba en la habitación como si nada sucediera.

De hecho, se estaba convirtiendo en una costumbre terrible de sus "damas de compañía".

—¡Dios! ¡No se puede! —gritó, dándole la espalda a la puerta para cubrir mejor su cuerpo.

—No creo que sea un problema para mí.

William cerró la puerta.

Alice abrió los ojos de par en par, no fue necesario verse en un espejo para saber que estaba roja como un tomate.

—William, ¿p-po-podrías volverte?

—No lo creo.

Él se acercó y delineó su espalda desnuda con la yema de los dedos.

—No es la primera vez que veo tu cuerpo.

—Por favor, William —pidió ella, todavía más avergonzada.

—Alice, eres mi mujer, no pasa nada si veo tu cuerpo desnudo.

El hombre rio, pero la joven no estaba dispuesta a ceder.

—En ese caso, por favor, pásame mi bata.

—Prefiero que te quedes así.

Se quitó la chaqueta.

—Estoy deseoso de volver a hacerte el amor.

—William… por favor, me da vergüenza.

William la abrazó a pesar de que ella cubría su cuerpo con los brazos y ocultaba el rostro entre las manos. El marqués besó los hombros blancos y descubiertos de su esposa.

—¿Por qué? —murmuró mientras subía por su cuello—. Es mejor saber que te deseo a que no lo hago.

—¡No quiero oírlo!

—¿Entonces no me deseas?

Lo dijo juguetón. Sabía que Alice lo deseaba, pero le agradaba hacerla rabiar, porque no era usual verla en ese estado.

—¡No es eso!

—Entonces eso quiere decir que sí lo haces.

Alice destapó su rostro y se volvió hacia él con un pequeño mohín, aún con los brazos cubriendo sus senos expuestos.

—Te encanta avergonzarme —dijo con los ojos entrecerrados.

—Sí —aceptó el hombre.

La tomó en brazos para depositarla sobre la cama y comenzar a besarla. William pensaba que era afortunado. Alice era hermosa. Su cuerpo parecía haber sido moldeado solo para él. Escucharla suspirar, sentir sus manos rozando su piel, besar sus labios cuando se empecinaba en morderlos para reprimir sonidos… Todo.

Simplemente le encantaba, le fascinaba la forma en que ella se desinhibía y se entregaba a él por completo.

—Abre los ojos, Alice —le pidió de un momento a otro, cuando notó que la joven los cerraba para soportar todas las sensaciones.

—No puedo —respondió, apretándolos más—. Gritaré.

Lo explicó con suma vergüenza. Ya en una ocasión no había podido evitar soltar un pequeño grito, lo cual le provocó el azoramiento más infinito.

—Alice —suplicó él de nuevo—. Quiero ver tus ojos.

William, al notar que ella simplemente no lo hacía, dejó de moverse, disfrutando del pequeño reproche que Alice hizo al verse privada del placer. Frustrada y sin poder conseguir que él continuara, obedeció finalmente. Abrió los ojos y se encontró con él, con esa sonrisa presuntuosa que lo acompañaba.

William se sintió dichoso y poderoso al ver aquellos relampagueantes ojos fijos en él. Expectantes, inexpertos, deseosos. Su mujer aún se encontraba en su etapa más inocente, por eso hacerle el amor era tan fascinante.

No. Era fascinante porque ella lo hacía así.

Alice era participativa, curiosa, nada tímida cuando el deseo lograba vencer su pudor. Le gustaba tocar, apretarse contra él, pedirle que la besara y buscar sus labios cuando él se los negaba.

Después de alcanzar la cima de la felicidad, la pareja permaneció recostada tranquilamente sobre la cama, sin sueño, solo abrazada, satisfecha y unida. Alice descansaba sobre el pecho de William, que subía y bajaba al ritmo de su respiración. Ya no sentía tanta vergüenza de estar desnuda, con el cuerpo pegado al de él y las sábanas apenas cubriendo partes de su piel.

—¿William? —preguntó suavemente—. ¿Estás dormido?

—No.

Él la abrazó más contra sí.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué no fuiste hoy a la inauguración? —preguntó incómoda, tocando distraídamente el vello del pecho de su esposo.

—Resulta que hubo un problema con algunas tuberías cuya instalación estoy promoviendo —dijo con tranquilidad—. Fue extraño, ya que yo mismo las revisé hace unos días.

—¿En las tuberías?

—Sí.

Suspiró.

—Lamento haberte dejado sola.

Le besó la frente.

—Me habría gustado acompañarte.

Ella negó con la cabeza.

—Estuve bien… creo.

—¿Crees?

William sonrió.

—¿Por qué la duda?

Alice se separó del abrazo y se equilibró sobre un codo para elevarse sobre la cama y mirar a su marido a la cara. William la observaba expectante, con aquella ceja inquisidora arqueada.

—Yo…

Bajó la cabeza.

—No me comporté como la esposa del presidente del Consejo.

—¿En serio? —se mofó—. Yo veo que lo haces muy bien justo ahora.

—No bromees.

Alice volvió el rostro hacia la chimenea.

—Me conflictúa no ser lo que se espera de mí.

—Querrás decir lo que ellos esperan de ti —corrigió William—. Yo no te estoy pidiendo que seas alguien más. Según recuerdo, me casé con Alice Miller. No sé a quién quieren presentarme ahora.

—Te casaste con una mujer torpe que no sabe comportarse.

—Me casé con una mujer que me pareció adecuada para mí.

William hizo un movimiento rápido y se posicionó sobre ella.

—Una mujer que me complace, que es hermosa, lista, dulce y buena. ¿No es esa Alice Miller?

—No lo sé.

Alice volvió el rostro.

—Nunca me habían dicho nada de eso.

—Pues qué estúpidos. Porque aquí hay muchos que me han dicho lo mismo, y no dejan de repetirme lo afortunado que soy.

Se encogió de hombros.

—Y dime, ¿te hago el amor de nuevo?

—¡William!

—Eso es un sí.

Y así, comenzó todo de nuevo.

Alice se sentía sofocada, como si el pecho estuviese siendo aplastado bajo una tonelada de tierra. No podía respirar, pero sí podía oír. Escuchaba esas voces burlescas, el sonido familiar de la risa y del desprecio. Su madre, que siempre la trató como menos. Su padre, que nunca la defendió. Los golpes, el menosprecio…

Después, William. Sí. Como una luz en toda la oscuridad en la que vivía. La salvaba, pero entonces aparecían esas letras. Esas cartas que comenzaban a asustarla, tan certeras en lo que decían que le encrespaban los nervios y luego lo veía alejarse.

William se alejaba de ella. ¿Por qué? ¿Por qué la dejaba?

Entonces despertó.

La joven se sentó sobre la cama de un brinco, despertando también a William, puesto que él la tenía abrazada y el brusco movimiento lo sacudió.

—¿Qué? ¿Qué sucede? ¿Estás bien? —preguntó William, incorporándose con los ojos medio cerrados y el cabello desordenado.

—Sí… —susurró ella—. Lo siento. No quería despertarte.

—¿Un mal sueño?

Le tocó el cabello.

—¿Estás bien?

—Sí… Solo… nada. Un poco de agua. Vuelve a dormir. Lo siento.

—No subieron agua esta noche.

William miró la mesa alta que estaba en de la sala de la habitación.

—Iré a la cocina.

—Está oscuro. Deja que te acompañe.

William iba a ponerse en pie, pero Alice lo frenó, colocando una mano sobre su pecho y recostándolo de nuevo en la cama.

—Estaré bien —dijo con impaciencia—. Mañana trabajas temprano.

—No me quitará mucho tiempo ir contigo, Alice. Tranquila.

—Prefiero ir sola —pidió de nuevo.

Pero enseguida se dio cuenta de que aquello sonaba sospechoso, incluso para ella.

—Es que… creo que tengo que hablar con… mi doncella.

—¿Tu doncella? —inquirió él, cada vez más dudoso.

—Sí —dijo nerviosa y avergonzada—. Necesito un remedio para el dolor… de estómago.

—¿Te encuentras mal?

—¡No!

Se sonrojó por lo que estaba diciendo.

—Es algo mensual.

—Ah.

William comprendió entonces.

—Lo siento. Está bien, Alice. Es algo normal. No tienes por qué actuar tan extraño. Estamos casados y lo entiendo.

—Volveré enseguida.

La joven casi salió disparada de la habitación después de colocarse una bata sobre los hombros. Tomó una vela como precaución para no caerse por los pasillos de la mansión, pero lo más importante fue que tomó aquella carta que la señorita Goretti le había entregado.

Alice no fue a la cocina, solo se alejó lo suficiente de la recámara para releer la dichosa nota de su supuesto amigo o amiga.

Hola, hola.

Parece que no todo sale como se espera. Nuestro querido Willy tendrá problemas con tubos de agua. ¿Extraño? No lo creo.

¿Qué se tendrá que hacer para que Willy tenga más a favor y menos en contra? ¿Será que su esposa deberá poner de su parte en la imagen social? Querida Alice, es momento de volverte más fuerte. Sería bueno que estudiaras… "cosas de niños", ¿verdad, linda?

Con cariño, Una ayuda.

Alice se recargó contra una pared y dejó que sus piernas dejaran de funcionar. Era impresionante la forma en que todo coincidía con lo sucedido, no podía creer que hubiese pasado en verdad. Cuando leyó la carta pensó que solo era una mala broma, pero William le había dicho que no pudo acompañarla por un problema con unas tuberías nuevas. Era extraño que esa persona conociera lo que pasaría.

Prácticamente había evitado que William asistiera a un asunto benéfico para el pueblo, como lo era la inauguración de un hospital. Porque todo hacía responsable de aquella fechoría al remitente de la carta. ¿La persona de las cartas estaba contra William?

Si no era así, entonces parecía estar enterada de todo. Aunque tal vez era solo una casualidad. ¿Sería conveniente decirle a William lo que ocurría? Esa persona parecía seguirlos de cerca. ¿Qué podía hacer?

—¿Alice?

Escuchó la voz del hombre que ocupaba sus pensamientos.

—Will.

—¿Qué pasa?

Él se agachó junto a ella.

—¿Por qué estás en el suelo? ¿Te sientes mal?

—Emm… sí —dijo ella, nada convencida.

—¿Qué te sucede, Alice? Sé que me mientes. No estás mal, lo sé. ¿Por qué me mientes? Sabes que odio las mentiras.

—William…

Lo dijo en un susurro lloroso.

—Estoy asustada.

Se echó a sus brazos.

—¿Por qué?

Él también la abrazó.

—Dime qué sucede y veré cómo solucionarlo.

¿Le diría? ¿Debía decirle?

No.

Por el momento lo tomaría como una casualidad. El tiempo diría. Quizá se cansarían de escribirle. Tal vez solo era un sirviente sin mucho que hacer que disfrutaba gastándole una broma a sus patrones.

Sí. Era eso. No había nada de qué preocuparse.

—Yo… nada. Me siento mejor.

Comenzó a ponerse de pie.

—Solo fue la pesadilla. Sí, eso creo. ¿Vamos a la cama?

—No me mientas, Alice.

William se puso en pie con lentitud.

—¿Qué te asusta?

—Nada. En serio. Fue una tontería de niña.

Le quitó importancia.

—Vámonos.

—Sabes que puedo ayudar.

Le tomó la muñeca para que no se fuera.

—Busco que estés bien. Si algo te incomoda, puedes decírmelo.

—Solo quiero dormir. ¿No tienes sueño? —preguntó ella con tranquilidad—. ¿Puedes abrazarme al dormir?

—Sí puedo. Pero no abrazo a personas que me ocultan la verdad.

—No hago eso —aseguró—. ¿Vamos a la cama?

William la desafió con la mirada, pero gracias a la oscuridad y a que la única fuente de luz era una pequeña vela, la expresión fría e inquisitiva del marqués no logró intimidar a la joven.

De hecho, aquella intimidad entre ellos le daba valor para hacer cosas que normalmente no hacía.

Como tomarle la mano y guiarlo de regreso a su habitación para volver a dormir, en la comodidad de la desnudez y el abrazo mutuo.

—¡Es imperdonable! —gritaba la señora Pakins con una energía que volvía loca a la exhausta Alice—. ¡Excelencia, por favor!

—Quiero que la dejen dormir —repitió la voz de William.

Era de día.

Alice se dio cuenta de ello y supuso que seguramente ya estaban preparándole el tedioso itinerario de aquel maldito día. Solo gracias a que William se los impedía no estaba despierta todavía. Agradecía la cordialidad de su marido, pero al mal tiempo había que darle prisa, y era mejor afrontar el día con buena cara.

—¡Señora Pakins! ¡Ya despertó! —la acusó Sandre.

—¡Oh, gracias al cielo!

La mujer se acercó con un periódico en la mano.

—Mire.

Le enseñó la primera plana.

—¿Ve quién está ahí?

Por todos los santos, pensó Alice, abriendo mucho los ojos. Soy yo. Alice arrebató el diario de las manos de la mujer y leyó el titular.

La esposa del presidente del consejo se gana al pueblo

¿Eso se consideraba bueno o malo? Podía debatirse. Pero, en realidad, que una mujer apareciera en el periódico nunca era un buen indicio. Las mujeres no debían llamar la atención de esa manera tan escandalosa, como si hubiesen cometido alguna fechoría.

Alice buscó rápidamente la mirada de su esposo.

William estaba completamente vestido, de pie junto a la cama, con los brazos cruzados y una mirada… ¿Divertida?

—En verdad lo siento —se disculpó la joven.

—¿En serio?

El hombre se acercó y se inclinó hacia su oído.

—Primero, querida —susurró divertido—, te recomiendo que pongas algo sobre tu deliciosa piel, si no quieres que Peter se desmaye y yo me vea obligado a matarlo porque ha visto algo que solo es mío.

La joven miró hacia abajo y se dio cuenta de que, de milagro, la sábana cubría parte de su cuerpo desnudo. Daba gracias de que una de esas partes fueran sus senos. Alice se avergonzó tanto que sintió

que la cabeza le iba a explotar. Lo único que se le ocurrió fue cubrirse por completo hasta la cabeza.

—Ya llegará el momento de hablar —dijo William, mirando al gentío dispuesto a regañar a su mujer—. Nos veremos en el desayuno.

—Inaudito. Una marquesa de Charpentier en primera plana —se quejaba la señora Pakins—. ¡No bajo mi cargo! ¡Dios me ampare!

Cuando la puerta se cerró, Alice salió de su escondite y miró de muy mala manera a su marido.

—¿Por qué los dejas entrar cuando yo…?

—Estabas dormida y cubierta. El problema es tu desinhibición al despertar —se mofó él.

—¡No soy desinhibida!

—Bueno —aceptó—. Digamos que estás conforme con tu cuerpo.

—No es así —replicó ella, cada vez más molesta.

Pero entonces sus ojos volvieron a topar con el periódico.

—Es un artículo interesante —dijo William al verla leer el titular.

—En serio lo lamento. Te dije que no sabía si arruiné todo.

—Que yo recuerde, dijiste: "Estuve bien… creo".

—Sí, pero dije que no me comporté como la esposa del presidente del Consejo —recordó la joven.

—En todo caso, no me molesta nada de lo que dice ahí.

Señaló el periódico.

—Léelo y júzgalo tú misma, por el momento, tengo que irme.

William se acercó y besó los labios de su esposa, demorándose más de lo esperado.

—¿Te veré en la cena? —preguntó ella, esperanzada.

—Sí. Y en la cama después de eso.

Su esposo salió de la habitación con una pequeña risa al notar el mohín de Alice. La joven sonrió al darse cuenta de lo feliz que la hacía. Pero… ¿Ella lo hacía feliz a él?

Bajó los ojos al periódico y leyó un poco del contenido:

La esposa del presidente del Consejo se caracterizó ante el público como un alma caritativa y cercana al pueblo. La prestigiosa dama no dudó en inclinarse ni en ensuciar su costoso vestido para cargar a los niños más pobres de nuestro país. En definitiva, esta señora es un ejemplo de humanidad y humildad. Esperamos ver más de la "mujer del pueblo", como muchos comenzaron a apodar a esta hermosa y dulce dama, quien, junto a su esposo —siempre calculador, justo, innovador y comprometido con el bien social—, promete impulsar cambios positivos en una sociedad tan retrógrada como la nuestra.

Alice sonrió. No lo había hecho tan mal.

CAPÍTULO 12

El domingo era especial para todos los católicos. Era el día en que se conmemoraba la Resurrección de Dios hecho hombre, de hecho, para muchas religiones, el domingo era un día sagrado; por esa razón, Alice pensaba que, en muchos sentidos, todas las creencias se dirigían hacia el mismo destino: el Creador.

Era un pensamiento lindo y agradable, la hacía realzar su fe, su amor por Dios y por Cristo, su Hijo. Desafortunadamente, aunque amara su religión, las misas, los domingos y a Dios por encima de todas las cosas, nada la salvaría de un día pesado en el que sería "presentada" ante la sociedad… ¿católica?

Sí, algo así, los franceses eran extraños, pero parecía tratarse de una cosa parecida, por esa razón, a horas muy tempranas, Alice se puso de pie, desprotegiéndose del abrazo confortable en el que William la mantenía, para elegir un vestido apropiado para la ocasión.

Era una tontería tener que escoger un atuendo especial para ir a la iglesia. ¡Como si fuera a asistir a alguna velada! En definitiva, solo se lo permitiría ese día, los demás domingos los dedicaría solo a

Dios. Nada de pensar en la gente, nada de preocuparse por lo que dirían.

—¿Alice? —despertó William—. ¿Qué haces tan temprano?

—No sé qué usar —dijo con sinceridad—. Siento como si fuera una debutante en su primer baile.

Hablaba bajo, siempre hablaba bajo, pero William estaba acostumbrado y no le costaba entenderla.

—Solo iremos a misa.

Él se cubrió con las sábanas.

—No tienes que usar algo despampanante… Solo ese vestido de la fiesta, no. Ni se te ocurra usarlo de nuevo.

—Es muy hermoso —recordó Alice.

Pero también acudió a su mente el marcado desagrado de William, que incluso ahora volvía a exponer.

—¡Pero es de gala! ¡No puedo ir a misa con un vestido así!

—Ni a misa ni a ningún lado.

William se puso de pie. Ya que estaba despierto, encontró una pérdida de tiempo quedarse en la cama.

—Como sea, nunca te había visto tan estresada por lo que usarías para ir a la iglesia. Y tú vas todos los días.

Alice bajó la cabeza.

Tonto.

Él no entendía a lo que ella se enfrentaba día con día, era el centro de todas las miradas, los periódicos estaban especialmente atentos a sus movimientos y, si hacía cualquier cosa medianamente diferente, era seguro que saldría impresa en alguna página.

—Es importante el día de hoy.

—¿Ah, sí? —preguntó él, distraído, caminando hacia su armario.

—Sí.

Alice lo miró abrir la puerta y rebuscar entre sus prendas.

—La señora Pakins dijo que hoy sería como mi presentación ante las personas de la iglesia.

—Tú ya has tenido muchas presentaciones —le dijo William.

En realidad, casi parecía que el mueble se lo estaba tragando.

—Vístete como quieras.

La joven sonrió, al menos él no pensaba como todos los demás, pero Celio y Antoine la matarían si ella escogía un vestido simplón como los que solía usar para misa. Sí. Mejor prevenir que lamentar, usaría uno más conveniente para la ocasión.

A las ocho y media, la pareja bajaba al comedor para tomar un desayuno rápido y dirigirse a la misa de diez. Alice se veía preciosa, había elegido un vestido color crema con rayas azul plumbago. En la cabeza llevaba un bonito sombrero adornado con flores de tonalidades suaves y agradables; guantes de seda hasta la muñeca y unos zapatos blancos con un pequeño tacón.

—Te ves hermosa —sonrió William, escoltándola por las escaleras.

—Espero que los demás piensen lo mismo —dijo con nerviosismo.

—Vaya. Creí que el que importaba era yo —se burló—. Ya veo que la sociedad tiene más peso en tu conciencia.

—No es eso.

Alice lo miró a la cara.

—No quiero avergonzarte.

—No lo haces.

William le tomó la mano y depositó un beso suave sobre sus dedos.

—Sus excelencias —habló la voz modulada y aguda de la señora Pakins, quien los esperaba al final de la escalera—. El desayuno está servido, y han llegado visitas para milord.

—¿Visitas? —William miró a su esposa—. ¿Quién?

—Unas damas, milord. Han dicho que tienen su permiso para presentarse en esta casa a placer.

—¿D-damas? —preguntó Alice.

William la miró, preguntándose quiénes serían aquellas mujeres que tenían su autorización para imponerse en su casa sin previo aviso.

—No sé de qué se trata, pero vayamos a averiguarlo.

William y Alice continuaron hacia el comedor. La joven caminaba con la inmensa sensación de saber quién estaría allí y, posiblemente, no serían personas de su agrado, puesto que la última vez que la visitaron mujeres, le habían hecho pasar un día francamente pesado.

Abrieron la puerta del comedor. En ese momento, Alice creyó que Dios le había sonreído, porque al entrar, no se encontraron con ninguna mujer desconocida, sino con cuatro muy conocidas.

—¡Hola, hermanito! —sonrió Giorgiana, corriendo hacia su hermano menor para tomarlo en un abrazo asfixiante.

Sobre todo porque William no estaba acostumbrado a recibir abrazos, ni siquiera de su esposa.

—Gigi —dijo con voz forzada al intentar apartarla—. Me ahogas.

—Siempre tan frío —negó la joven, soltándolo por fin.

—¿Qué hice para merecer sus visitas? —preguntó con voz lastimera.

—¡Ey! —se adelantó Lizzy, muy enojada—. Da gracias de que alguien como nosotras quiera visitarte.

—Déjalo. Él no demuestra lo feliz que está —dijo Katherine, abrazando unos segundos a su hermano mayor.

—Hola, Willy —saludó Annabella desde su asiento.

—Estas salchichas están en su punto —dijo Marinett, desinteresada, sin despegarse de su desayuno.

—Me alegra ver que las disfrutas —admiró William.

—Su segundo bebé viene en camino, por lo cual es normal que coma así —la excusó Elizabeth, viendo a su hermana.

—¿Estás embarazada, Marinett? —sonrió Alice, emocionada.

—Sí —asintió la joven—. Tengo tres meses.

—¡Felicidades! —dijo Alice con alegría—. ¿Por qué no escribiste?

—Annabella tampoco lo ha hecho —la señaló la pelinegra—. Regáñala también, Alice.

Las miradas pasaron a la sonrojada joven de cabellos castaños.

—Lo siento, Alice. Se me pasó.

—¿Tú cuánto tienes? —preguntó la joven de ojos violáceos, enfocándose en la información importante.

—Dos meses.

Annabella se tocó el vientre.

—Pero con Thomas parece que está a punto de nacer.

Se burló de su paranoico marido.

—Es una fortuna que sea doctor —dijo Katherine—. Siempre es bueno tenerlo cerca cuando hay una emergencia.

—Curiosamente parece desaparecer cuando más se le necesita —negó Lizzy, recordando cuando Sophi se descalabró con un florero aventado por Ashlyn.

—No es de los que se quedan quietos —lo excusó Annabella.

—Como sea —interrumpió William—. ¿Qué hacen todas aquí? ¿Dónde están sus maridos? Y importante: ¿dónde están sus hijos?

—En casa —explicó Giorgiana—. Mi madre y mis tías los están cuidando diligentemente.

—Es una lástima que la abuela no pudiera venir —decayó Marinett.

—Es anciana. No podemos traerla del tingo al tango —se encogió de hombros Elizabeth, quien volvió a tomar asiento para desayunar.

—Enfoque, mujeres —pidió William—. Les faltan dos preguntas.

—Qué pesado eres —Katherine hizo un mohín, tomando su taza.

—Estamos aquí para verlos —explicó Annabella—. Y nuestros esposos se deshicieron de nosotras.

—Veré a Asher en misa —apuntó Giorgiana, quien era la única con una explicación diferente.

—¿Misa? —cuestionó Annabella.

—Sí, querida. Aquí vamos a misa —le sacó la lengua Giorgiana.

—¿Qué se dice en esa misa? —preguntó la castaña.

—Claro, ¿tú eres anglicana u ortodoxa? —preguntó Katherine.

—En realidad, soy ortodoxa —se encogió de hombros—, pero no me gusta desperdiciar el tiempo con eso. Thomas no es muy devoto.

—Entonces, ¿qué le enseñarás a tu hijo? —preguntó Alice, alterada.

—No sé.

Annabella la miró con sus ojos de gato.

—Lo que quiera ser, supongo. En Inglaterra no hay muchas iglesias ortodoxas. Ninguna, de hecho. Supongo que, si Thomas quiere, algún día llevará a Aine a la iglesia.

—Eso es demasiado despreocupado —negó Alice con una marcada desesperación—. Es importante que crean en algo.

—¿Por qué? —Marinett se cruzó de brazos—. Es solo una religión.

—Porque es la base de creencias de tus hijos, la forma en la que llevarán su vida. La religión es una parte fundamental de la existencia —dijo Alice, cada vez más exaltada.

—Vaya, Alice. Cuando se trata de algo como esto, nadie te gana —sonrió Katherine—. Espero salir sana de este encuentro. Mis hijos son anglicanos gracias a su padre y a mí, que al final adopté esa religión.

—¿Tú no eras católica, Katherine? —preguntó Alice.

—Nací siéndolo, pero desde niña la abuela me llevaba a la iglesia anglicana y comencé a acostumbrarme. Más aún cuando me casé.

—Bueno, lo que en realidad me interesa —interrumpió William aquella pequeña batalla campal— es el motivo de su visita.

—¡Eres el padrino y lo olvidas! —se quejó Giorgiana, dejando de lado su panqueque para recriminarlo con los ojos.

—El bautizo —sonrió Alice—. No lo olvidamos, Giorgiana.

—En realidad sí lo olvidé, lo lamento —dijo William, jugando a todas luces con su hermana mayor.

—¡Te quito el título! ¡Desgraciado! ¡Sinvergüenza!

—Se hace tarde —interrumpió Alice la sarta de palabras altisonantes de Giorgiana—. Desayunemos para ir a la iglesia de una vez.

—Ya qué.

La pelinegra se cruzó de brazos y William sonrió. Ver a su familia reunida siempre era una alegría inimaginable, eran los únicos con quienes mostraba su sonrisa sincera y sin tapujos. Nadie, además de su mujer, sabía cómo era dentro de un ambiente hogareño, para todos, incluso para sus hermanas, era un hombre frío, tozudo y osco.

Lentamente volvió el rostro hacia Alice, su esposa.

Ella sonreía hacia su hermana menor, su pobre mujer se sonrojaba constantemente con las preguntas que Kate le lanzaba sin inhibición alguna, podía imaginarse los temas de interés de su hermana, y sería mejor no meterse entre ellas.

—¿Dónde se ha quedado Charles? —preguntó William a su prima menor, Annabella.

—Se fue junto con los demás. Según él, era mejor librarse de nosotras y dejártelo todo a ti.

—Muy astuto.

William tomó su copa con jugo y dio un pequeño sorbo.

—Siempre ha sabido cómo dejarme con los problemas.

—No nos consideró un problema —se justificó la entrometida Elizabeth—. Más bien como una mancha difícil de sacar.

—Eso no nos deja en mejores condiciones —dijo Marinett, captando el funesto intento de su hermana por defenderlas.

—Considerablemente mejor, sí —dijo Lizzy, orgullosa—. Al menos no somos como la peste. A ojos de los hombres, somos una enfermedad de la cual hay que huir.

—No diría que tanto como una enfermedad —se burló William—. Más bien una peste o algo por el estilo.

—¡Ey! —se escucharon cinco voces ofendidas.

Alice dejó salir una preciosa risita que desentonó por completo con el ambiente amenazador que se desarrollaba contra su marido.

—Ustedes son muy unidos —dijo la joven, tapando su sonrisa.

—¡Que no! —se quejaron las mujeres catalogadas como un fastidio.

Aquello hizo sonreír aún más a Alice.

—Señor —llamaron a la puerta del comedor—, el carruaje ya los espera. También el de las señoritas Bermont.

—Gracias, Rodric. De todas formas, aquí no somos aceptadas.

Katherine se puso de pie, furiosa, tirando la silla en la que estaba sentada por lo repentino de la acción.

—¿Puedes tratar de no destruir mi casa, querida hermana? —se burló William, poniéndose de pie y recibiendo de buen grado el mohín de su hermana menor.

—De hecho, será un placer arruinarla toda.

Para acentuar, Katherine caminó lentamente, observando el lugar.

Un hermoso jarrón llamó su atención y, cuando su mano lo tomó, los suspiros de impresión salieron de todas las bocas. Katherine no tuvo ningún remordimiento al tirar el fino recipiente. De hecho, su rostro estaba acompañado por esa hermosa sonrisa diabólica que sabía poner cuando quería provocar alguna avería.

William miró tranquilamente el desastre. Abotonó su chaqueta con una lentitud impresionante y, con un suspiro cansino, levantó la vista hacia su hermana.

—Espero que le expliques a mamá la razón por la que rompiste su jarrón favorito, obsequio de la reina de Inglaterra cuando se casó.

—¿Qué?

La pelirroja miró desesperada el desastre.

—¿Por qué diablos a ti todo te sale bien? —dijo frustrada, arrodillándose sobre los restos que ella misma había provocado.

Para ese momento, todas las féminas que se encontraban en la casa soltaron una bella carcajada y se acercaron a la pelirroja, quien

seguía arrodillada, intentando salvar algo irreparable en medio de las burlas de sus desafortunadas primas.

—Porque no me pongo a querer dañar a las personas —dijo William con una cara de satisfacción, tomando la cintura de su esposa para acercarla a él.

Alice sonrió dulcemente y posó una mano sobre el pecho de su esposo, sin darse cuenta, aquel pequeño toque, esa ligera caricia, estaba llamando la atención de las chicas, quienes discretamente decidieron fingir que no habían notado aquella muestra cariñosa de su primo y hermano hacia su mujer.

Sí, era extraño, no podían negarlo. William no era de los que abrazaban. Sin embargo, cuando lo hacía con Alice, aparentaba ser una acción completamente normal y, al parecer, placentera.

Fue cuestión de tiempo para que los Bermont llegaran a la iglesia y con ellos, el escándalo. Ya era algo que todos esperaban, el mundo los conocía, pese a que muchos de ellos ni siquiera residían en Francia. Los rumores y las malas lenguas se encargaban de traer cada jugoso chisme a la vida de los franceses con poco que hacer.

—Odio ir a la iglesia —se quejó Blake, sentada en las piernas de William—. Es aburrido, no me dejan hablar.

—Blake.

La hermosa Alice le tomó la manita.

—Es importante que sientas una conexión con tu esencia. Por eso se han hecho las iglesias.

—Pero yo no soy católica, tía Alice —le dijo lo obvio—. Yo soy anglicana, como papi.

—Sí, pero creo que papi te ha enseñado a respetar todo, ¿no, Blake? —preguntó con paciencia.

—¡Sí! ¡Papi es bueno! ¡Y tío Willy también!

La niña se abrazó a su tío, quien lanzó una mirada juguetona.

Alice siempre era terminante con el tema religioso, incluso cuando se trataba de corregir a una niña pequeña. William, en verdad, admiraba esa parte de ella. No comprendía cómo alguien podía sentir tanto respeto y tanto amor por algo que no sabía con certeza si existía.

—Llegamos —anunció el presidente del Consejo, abriendo la puerta del carruaje sin ayuda de nadie.

La hermosa Blake no tardó en saltar del carruaje y correr en dirección a sus padres y hermanos. William, por su parte, se volvió sobre sus pies para ayudar a bajar a su renuente esposa, quien parecía decidida a regresar con el carruaje hasta la casa.

—Ven, Alice. Todos esperan verte.

Criticarme sería una palabra más adecuada, pensó la joven.

Al final tomó la mano que su marido le ofrecía y bajó con una actitud decaída, algo que nunca le ocurría cuando sabía que iría a la

iglesia, siempre se había sentido a salvo en ese lugar, pero ahora tenía la sensación de estar a punto de hacer malabares frente a la reina.

Los nervios eran incontenibles.

—¡William!

Una hermosa mano blanca se alzó entre la multitud.

—William, hace mucho que no te veía.

Los saludó una bella morena que no se detuvo antes de besar la mejilla del sorprendido marqués.

—Lady Plutarc, es bueno verla tan… animada.

—¡Animada! ¡Yo siempre me animo cuando se trata de ti!

Alice se sintió incómoda.

Era obvio que ellos se conocían bastante bien, y no precisamente por ser amigos, la conocida sensación de los celos se instaló rápidamente en su estómago, pero se mantuvo quieta, junto a su marido, sin soltar el brazo que él le ofrecía para escoltarla.

—Mi esposa —presentó el hombre—. Lady Alice Charpentier.

—Mmm…

Lady Plutarc la miró de arriba abajo.

—Sí, había escuchado el rumor.

—Es un…

Alice dudó, pero al final agregó sin nada de veracidad en la voz:

—Un placer conocerla.

—Lo dudo —sonrió—. Las rivales son felices de conocerse.

—Es una suerte que no sean rivales, en ese caso —dijo una voz aguda, hermosa y dura.

Los tres pares de ojos volaron hacia la intrusa de la conversación, era una mujer adulta, aunque no tan mayor como para ser considerada anciana, tenía cabellera castaña y una figura perfecta a pesar de su edad.

—Duquesa de Montsenpier —se inclinó William—. Es un verdadero placer encontrarla de nuevo en Francia.

—Sí, bueno —dijo con desagrado—. No es que brinque de emoción.

—Ni nosotros tampoco —Lady Plutarc volvió el rostro con orgullo, ganándose la fiera mirada de la duquesa de Montsenpier.

—Niña indiscreta. ¿Cómo te atreves?

—Duquesa —la interrumpió William—. Mi esposa, Alice.

La adelantó para que pudiera ser admirada.

La duquesa casi cayó al suelo cuando se volvió hacia el marqués y vio a la joven, situada apenas a unos pasos de él.

—Así que tu esposa…

La mujer se adelantó con una mirada inquisidora, caminando en círculos alrededor de Alice.

—No la mereces —determinó—. Tiene un aura buena, dulce, tierna.

Negó y miró al presidente del Consejo.

—Tú eres malo.

—No lo es —dijo Alice—. William es muy bueno conmigo.

La hermosa mujer la miró con una ternura infinita, como si viera solo a una niña, una dulce y pequeña niña que necesitaba cuidados y protección. Alice dio un paso hacia atrás al notar que la mujer avanzaba hacia ella, invadiendo por completo su espacio personal. Con lo que no contaba era con que William se encontraba justo detrás, y su pequeña huida quedó detenida por su cuerpo.

—Lo siento —sonrió la duquesa—. Te asusté.

—No —se sonrojó Alice—. Solo no estoy acostumbrada. Supongo que quería saludarme como lo hacen todos por aquí, pero en Inglaterra no es algo muy común.

—No te preocupes.

La mujer sonrió.

—No te preocupes. Dioses del mundo, eres tan hermosa…

Le tocó las mejillas.

—Espero que estés feliz.

—Sí —contestó Alice, incómoda por la forma en que la mujer la miraba—. Lo soy.

—Me alegro. Me alegro de verdad.

Un estallido de risa resonó a espaldas de aquella mujer, revelando a un hombre bastante robusto que sonreía hacia ella. La duquesa rápidamente le plantó un beso en la mejilla.

—Sí, hola —lo saludó un tanto divagante, mirando aún a Alice como si viera a un fantasma—. Mejor… mejor entremos a misa.

Alice observó el comportamiento de aquella mujer y, con el ceño fruncido, regresó la vista hacia su esposo.

Pero no encontró respuestas.

William se veía tan confundido como ella.

—¿Qué le pasa? —preguntó la joven.

—No lo sé —frunció el ceño—. Pero quiero averiguarlo.

William pasó una mano por la cintura de su esposa y la guio hacia la entrada de la iglesia, donde muchos conocidos del hombre los detenían para saludarlos, conocerlos y, en algunos casos, solo chismear sobre ellos. Inclusive, algunas mujeres no se limitaban a hacer preguntas a la callada Alice, quien mantenía una actitud distante.

En lugar de prestar atención a todos aquellos nobles y personas adineradas empeñadas en hablar con ella, se enfocaba en la gente humilde que, por alguna u otra razón, se acercaba para verla. La reconocían por los periódicos y, la verdad, la joven se sentía mucho más cómoda con ellos.

Aquellas personas no juzgaban, tenían un alma pura y buena.

William, por su lado, no podía dejar de verla.

La admiraba cada vez más. Su falta de altivez y su sencillez tan expuesta ante la gente del pueblo provocaban que comenzaran a amarla, otra cosa era lo que pensaba la alta sociedad, que no dejaba de mirarla con cierta repulsión, pero para él era perfecta y esa actitud bondadosa provocaba que ni siquiera prestara atención a los intentos de algunas damas por llamar su atención.

De hecho, incluso podía llegar a molestarle la falta de interés que ella mostraba en él. Tal parecía que, cuando Alice se enfocaba en aquella gente necesitada, nada más en el mundo existía.

No planeaba darle celos, no era esa clase de hombre, pero, en su inocente orgullo, experimentó la vaga sensación de querer ser una de esas personas menos afortunadas que recibían toda la atención de su hermosa esposa, porque los ojos de Alice no tenían comparación en ese momento, eso fue hasta que, de pronto, un pequeño que estaba jugando con ella le entregó algo.

Algo que llamó la atención de William.

Alice se puso nerviosa de inmediato, y el color desapareció de sus mejillas. Su actitud dulce se esfumó, reemplazada por una alerta contenida y un miedo apenas disimulado.

¿Qué le pasaba?

¿Qué le habían dado?

¿Por qué su mujer tenía tanto miedo?

CAPÍTULO 13

William veía a Alice caminar por el jardín.

Ya era normal en él hacer esa clase de cosas. Le resultaba inevitable. Su esposa tenía reacciones que, francamente, lo descolocaban. A veces parecía poseer más de una personalidad.

De hecho, lo confundía y no era para menos.

En un momento, Alice podía ser la mujer más dulce y cariñosa del mundo, incluso comunicativa. Pero, al siguiente, se convertía en alguien completamente distinto: fría, taciturna y con tendencia a alejarse de todo y de todos.

Eso comenzaba a preocuparlo.

Justo en ese momento la observaba desde la ventana de su despacho, que daba al jardín. Era un perfecto escondite entre los cientos de ventanales de la propiedad. Alice estaba sola, caminando sin rumbo fijo entre los rosales, con la única compañía de aquellos perros de caza, sumamente agresivos y adiestrados para obedecer únicamente las órdenes del marqués.

Era extraño que la quisieran de aquella manera.

Normalmente no toleraban a nadie más que a William. Gruñían ante cualquier extraño, eran agresivos y, en su mayoría, pertenecían a una raza lo suficientemente grande como para derribar a un hombre.

En cambio, su esposa parecía dominarlos a la perfección, incluso alguna vez escuchó a Katherine decir que Alice tenía una habilidad especial para controlar bestias, haciendo una evidente referencia a William cuando lo miró fijamente al pronunciar aquella frase.

Sonrió al recordar ese comentario y observó unos instantes más a su mujer, solo entonces se dio cuenta de que deseaba ir con ella.

Era raro el momento en que podían estar solos sin que William estuviera completamente ocupado o con pendientes. Aquel día, en específico, era extrañamente relajado, había regresado antes del trabajo y, de hecho, no pensaba volver. Más tarde cenarían en la casa Aigrefeuille y, hasta entonces, no tenía ningún asunto urgente.

William no perdió tiempo, se despegó de su confortable despacho para salir al exterior nublado donde su esposa placía en caminar.

El cielo grisáceo y el viento helado le dieron la bienvenida en cuanto salió de la propiedad, haciéndole notar las muchas posibilidades de tormenta. El aire frío golpeó su rostro y el césped mojado se hundió bajo sus zapatos, filtrándose apenas por entre las suelas. Aun así, los pasos del poderoso hombre aplastaban la hierba, dejando pequeñas marcas como indicio de su avance. El rocío de la

noche anterior mojaba ligeramente el bajo de su pantalón y le causaba una sensación casi imperceptible de frialdad contra la pierna.

—Alice —la llamó cuando consideró que estaba lo suficientemente cerca de ella, estirando una mano para tocarla.

La pobre joven estaba tan metida en sus pensamientos que no hizo otra cosa más que gritar.

Los canes se alteraron de inmediato y, sorpresivamente, ladraron a su dueño al interpretarlo como un intruso para la joven.

—¡Eh! ¡Brulios! ¡Reger! ¡Gerelio! —se molestó William al notar la hostilidad de los perros.

Al reconocer a su amo, los animales se acercaron mansamente, meneando la cola mientras se pegaban a sus piernas para intentar arrancarle alguna caricia al hombre que los alimentaba a diario.

William, en cambio, se mostró algo herido por haber sido "atacado" por sus propios perros.

—William… —susurró, recuperándose del espanto—. Perdona.

—Está helando —dijo él—. ¿Por qué estás aquí?

Alice bajó la cabeza, aparentemente concentrada en su vestido, que tenía tres centímetros de lodo y estaba un tanto mojado.

—No tengo frío —mintió.

—Tienes las mejillas y la nariz rojas —observó él—. Sé cuándo es un sonrojo, y en esta ocasión estoy seguro de que no lo es.

—No es nada, en verdad.

Alice sonrió, intentando que su marido dejara de prestar atención a su despreocupado vestir, pues ni siquiera había recordado ponerse un suéter o un chal.

—Toma.

William se quitó la gabardina.

—Debes tener más cuidado. Podrías resfriarte.

Alice sintió de inmediato el reconfortante calor del abrigo. El olor que emanaba de la prenda la tranquilizó, recordándole cuando se encontraba con William, solos, en su habitación. De hecho, toda la alcoba olía a él. Era un aroma profundo, persistente, que no se iba incluso cuando William lo hacía.

—Gracias —dijo mientras introducía las manos por las mangas y se abrazaba a sí misma para conservar el calor.

—Ven. Vamos a la casa.

William colocó ligeramente una mano en la cintura de su esposa para guiarla, pero ella se zafó con rapidez.

—En realidad… —dijo, mirándolo con cierto azoramiento—. Tengo… tengo que hacer algo.

—¿Qué cosa? —levantó una ceja, nada complacido con aquella actitud que ella tenía desde hacía unos días.

—N-nada importante. Solo es…

Apretó los labios.

—Tengo que visitar a la bebé que nació entre los empleados.

—Puedes ir mañana. Parece que caerá una tormenta.

—No.

Bajó la cabeza.

—Tengo que ir ahora.

—Alice.

William la miró con advertencia.

—Es peligroso. Aún no conoces del todo la propiedad y, francamente, si pretendes ir caminando tardarás demasiado. Lloverá.

—¡Pero…!

—Vamos a casa —dijo él—. Y me contarás qué es lo que te sucede.

Alice dio un paso hacia atrás, mirándolo nerviosa y sorprendida.

—¿C-cómo que lo que me sucede?

—Tienes algo desde hace días. Pareces cambiante —explicó—. ¿Crees que no lo noto?

—No tienes de qué preocuparte —dijo, segura—. No me pasa nada.

—Me preocupo porque eres mi esposa.

La tomó del brazo cuando ella intentó pasar de largo.

—Y no entiendo qué te está haciendo cambiar.

—Me lastimas.

Alice miró su brazo atrapado por la poderosa mano de su marido, en realidad, no le hacía daño, pero era la única forma en que Alice sabía que él la soltaría.

—Maldición, Alice —se enfadó—. Si pasa algo, puedes decírmelo.

—Por esa razón no digo nada.

Se cruzó de brazos con seguridad.

—Porque no ocurre nada.

William entrecerró los ojos, viendo fijamente la mentira impresa en la mirada de Alice.

—Bien —se molestó aún más—. Como quieras, entonces.

—¡William! —gritó ella al darse cuenta de que su marido se alejaba

Él se detuvo.

—¿Puedes abrazarme? —preguntó con vergüenza, pero sin una pizca de inseguridad—. Por favor…

William se adelantó y abrazó el cuerpo de su esposa.

—No entiendo qué te sucede —murmuró cerca de su oído—, pero me encantaría descubrirlo.

Alice no dijo nada.

Simplemente elevó los brazos, rodeó el cuello de su marido y apreció aquel olor, aquella cercanía, la suavidad de su cuello cuando sus labios rozaban apenas esa zona de piel.

—No pasa nada. En serio.

Se alejó un poco, aunque mantuvo las manos sobre sus hombros.

—Creo que iré a tocar —sonrió.

—En ese caso…

William le besó la frente.

—Te acompaño. Siempre resulta relajante un poco de música.

Alice asintió.

—¿Qué te gustaría que tocara? —preguntó cuando ambos comenzaron a caminar hacia la casa.

—Quiero que toques algo que me revele cómo se siente tu corazón. Qué piensa tu cabeza.

Alice negó con la cabeza.

—Seguro sería algo aburrido —soltó una pequeña carcajada—. Mejor tocaré Beethoven.

La pareja entró en la casa, dejando de lado las prendas extras. No eran necesarias dentro de la mansión, pues el sistema de calefacción estaba en funcionamiento y las chimeneas ardían en todas partes. El olor a madera quemada, el crepitar del fuego y la calidez de la luz resultaban reconfortantes en días como aquel.

—¿Cuál te gusta de Beethoven, Alice? —inquirió William, dejándola pasar primero a su despacho.

—Mmm… Creo que no lo he pensado. Siempre toco lo que se me viene a la cabeza.

Se encogió de hombros mientras tomaba asiento en el banquillo frente al hermoso piano que William tenía.

—Soy más de Mozart, pero no niego que me encanta Beethoven.

William se sentó a su lado frente al piano y la miró expectante.

—A ti te gusta tocar sus piezas más rápidas —negó la joven con una sonrisa, apreciando aquella actividad que ambos tenían en común.

De hecho, Alice tardó mucho en darse cuenta de que William era un amante de la música. Mucho menos se habría imaginado que tocaba el piano, el violín, el flautín y el chelo.

Era como si aquella faceta de músico no encajara con la imagen de magnate estoico que no prestaba atención a sus sentimientos.

El piano… No.

La música en sí era un estimulante de emociones, las potenciaba, la persona que tocaba un instrumento debía poner en sintonía el corazón, la mente y el cuerpo para que la tonada resultara perfecta.

Era normal que ella tocara, la relajaba, de hecho, la casa entera se había acostumbrado a las hermosas melodías que elevaba por los muros fríos y silenciosos del castillo de Millentmont. Alice tenía la

costumbre de tocar a ciertas horas, específicamente cuando sabía que nadie iba a molestarla.

Lo que no esperaba era que William llegara antes y la escuchara, la joven sonrió, aún recordaba la forma en que él había hecho notar su presencia. Ella había estado tocando algunas canciones de Bach, las más dulces y tiernas. Cuando tocaba, a Alice le gustaba cerrar los ojos y sentir la nota en su máxima expresión, disfrutarla como si se tratara de la mejor comida. Por eso no escuchó cuando su marido la llamó, ni cuando entró y se posicionó tras ella, observándola.

No sabía cuánto tiempo se había quedado allí, pero él no pudo resistirse por mucho tiempo. Con una acción muy dulce, besó su hombro derecho, descubierto por la forma del vestido, y se sentó a su lado, ocasionando que Alice diera un pequeño brinco y lo miró con el susto impreso en los ojos.

Aún recordaba la preciosa sonrisa que él le regaló y la forma elegante en que posicionó lentamente las manos sobre las teclas del piano para comenzar a entonar una canción, sorprendiéndola con la habilidad y paciencia que tenía para tocar desde la pieza más lenta hasta la más rápida y dificultosa.

—¿Alice?

William la trajo a la realidad.

—¿Quieres tocar en pareja?

—Sí —dijo ella, azorada—. Toquemos en pareja.

Asintió varias veces y colocó las manos, pero Will no hizo lo mismo. La observaba. Sus ojos, fijos como los de un halcón, inquisidores, profundos, misteriosos e incorruptibles, la ponían nerviosa, por esa razón no volvió el rostro para preguntarle qué sucedía. Al final, William terminó con su escrutinio y colocó las manos en posición, sin decirse que iban a tocar, lentamente uno se adaptó al otro y comenzó una bella tonada.

Alice estaba tan concentrada en lo que hacía que William pudo actuar con libertad al tomarla por la cintura y sentarla sobre su regazo con una facilidad considerable.

No podía evitarlo.

Cuando la miraba mientras tocaban, siempre pasaba lo mismo y le era imposible disuadir sus deseos de besarla y amarla en ese mismo instante. Alice ponía una expresión tan espectacular, tan hermosa y perfecta, que William solo deseaba hacerle el amor y ver esa misma emoción en su rostro, pero provocada por él.

—No, William —pidió ella, vergonzosa, colocando las manos sobre el pecho de su esposo para detenerlo mientras miraba hacia todos lados, como si estuvieran siendo observados.

—No pasará nada.

Él le besó los labios, callando toda réplica.

—Nadie entra aquí sin mi permiso.

Mentira, pensó la joven.

Alguien vaga con libertad y ve todo lo que hacemos.

—M-mejor vamos a nuestra habitación.

—No.

La apretó más contra sí, dibujando una pequeña sonrisa antes de darle otro beso que volvió a dejarla callada.

—Me gusta donde estamos.

El marqués tomó en brazos a su esposa, la elevó y la recostó sobre el sofá que había en el despacho para comenzar a besarla con pasión.

Para ese momento, Alice ya no puso réplica alguna. En cambio, lo abrazaba con ternura y alentaba el toque de William sobre su cuerpo. Él no tardó mucho en abandonar sus labios para pasar a lugares más importantes, como su cuello, el inicio de sus senos y sus hombros.

De pronto, una indiscreta intromisión hizo presencia en el despacho. Alice gritó de inmediato y cubrió su rostro con ambas manos, intentando vanamente que nadie la viera.

William observó aquella actitud de su esposa, estaba más que avergonzada, de hecho, eso era poco si se consideraba que lloraba ligeramente de vergüenza, aunque intentaba controlarse mordiéndose el labio, aquello lo volvía loco, pero no era momento para eso.

Levantó la mirada hacia la puerta y se encontró con la persona que menos esperaba.

—Duquesa de Montsenpier.

William se puso de pie y miró con extrañeza a la mujer.

—Lamento preguntar, pero ¿qué hace aquí? Y, si no es molestia, ¿por qué entra así?

Por un momento, la duquesa no supo qué responder y simplemente miraba a la pareja que acababa de interrumpir.

En realidad, aquello debería haber resultado bochornoso, pero la duquesa no parecía conflictuada por irrumpir en la intimidad de un matrimonio. Solo observaba a la mujer que lentamente se ponía de pie y se colocaba junto a su marido, con la cabeza baja y las mejillas sonrojadas hasta el límite de lo posible.

—¿Duquesa de Montsenpier? —insistió William.

—Sí.

Volvió a la realidad, aunque tuvo que menear la cabeza para enfocar la mente.

—Sí. Siento la intromisión, pero quería verlos.

—¿A nosotros? —se sorprendió el hombre—. Pensé que le desagradaban los puestos políticos y los políticos.

—Sí, cariño, pero tu esposa no es política. Y ella me cae bien.

—¿Yo? —levantó la vista Alice.

—Sí.

La duquesa de Montsenpier sonrió, feliz de ver que la muchacha levantaba la cara.

—P-pero…

—En realidad, quisiera ir con ustedes a la reunión con el presidente, si no es mucha molestia, claro.

Les daba la prerrogativa, pero en realidad no estaba ofreciendo ninguna opción, lo había dejado claro, deseaba ir, no cabía el no. William miró a su esposa por un momento y se dio cuenta de que no encontraría respuestas en ella, porque estaba tan perdida como él en aquella situación.

—No hablaremos de temas políticos, duquesa —intentó disuadirla William—. Es una reunión meramente familiar.

—Lo sé. Me enteré de eso, es por el bautizo del niño, ¿no?

Los miró con ojos brillantes, como quien sabía que había acertado.

—Quiero asistir.

—Duquesa de Montsenpier —habló Alice quedamente—. ¿Qué interés tiene en asistir?

La mujer sonrió y lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡No imaginé que pudieras ser tan directa! ¡Me agradas más!

Aplaudió, complacida.

—Bien. Me gustan las fiestas y no me gusta la ociosidad. Así que fue lo único interesante que se me ocurrió interrumpir.

—¿Interesante? —inquirió Alice—. Solo hablaremos de generalidades de la fiesta.

—Oh, querida, dos hombres tan importantes como Asher Aigrefeuille y William Charpentier no se quedarán tres horas hablando de una fiesta —dijo con burla—. Además, la esposa del presidente tampoco es una mujer simple y…

La duquesa de Montsenpier miró inquisitivamente a Alice.

—Y tengo interés en ti.

—¿En mí?

—Sí. ¿Cómo una muchacha como tú puede sobrevivir en un mundo como este?

Se encogió de hombros.

—Suena interesante.

—Repito, duquesa, con todo respeto: mi mujer no es un ser al que pueda observarse como si se tratara de un experimento —dijo William, molesto, frunciendo el ceño y adelantando un paso.

—Vaya, vaya, qué sorpresa.

La mujer sonrió.

—Qué sorpresa, en verdad. Veo que por lo menos la defiendes. Eso es bastante bueno.

—¿Ha venido con la intención de insultarme, duquesa? —preguntó William, cada vez más molesto.

—No. Ya le he dicho cuál es mi intención. Es simple: quiero ir.

El hombre cerró los puños con fuerza. Alice temió que fuera a estrangular a aquella mujer de un momento a otro, por lo cual colocó una mano sobre el pecho de su marido y sonrió hacia la duquesa de Montsenpier, cuyo nombre aún desconocía.

—Será un placer, siempre es bueno una opinión más.

La duquesa de Montsenpier pareció satisfecha y miró a William, contenido únicamente por la mano de su esposa.

—Bueno, me agrada ver que las mujeres tienen importancia en algunas casas.

Levantó una ceja. Alice pensaba que esa mujer era o muy torpe o muy poco asertiva. Buscaba provocarlo.

—Aquí, su señoría —dijo William con una voz medida y fría—, se respeta a las mujeres más que a nadie. Su opinión cuenta y su inteligencia es valorada. Si me disculpa, tengo cosas que hacer.

—¿Como controlarse? —inquirió la duquesa de Montsenpier, importándole poco la mirada furiosa del hombre y la expresión sorprendida de Alice.

—William —lo llamó Alice dulcemente—. Me gustaría que eligieras la gargantilla que he de usar hoy. Tú siempre eliges mejor que yo.

El hombre miró a la duquesa de Montsenpier y cerró los ojos, respirando para manejar sus emociones, como siempre hacía.

—Bien —dijo secamente.

Aun así, besó la frente de su esposa y se marchó enseguida.

La duquesa no perdió detalle de aquella salida. Cuando el marqués y presidente del Consejo cerró la puerta, soltó una carcajada alegre y estridente.

—¡Es fácil ver cómo molestarlo! —se burló.

—No debería hacerlo —pidió Alice con una voz modulada y perfectamente entonada—. Él es un hombre muy bueno. No merece ser molestado.

—¿No merece?

La mujer sonrió y lanzó otra carcajada.

—Los hombres no merecen nada.

—Su señoría.

Alice se adelantó.

—¿Es usted una mujer casada?

—Oh, sí. Es una lástima, en verdad.

Asintió.

—Mi marido me es infiel seis días a la semana, y el día que no lo es, solo se debe a que duerme en su cama, completamente ebrio.

—Lo lamento mucho. Pero no por eso todos los hombres tienen que ser ofendidos.

—¿Crees que mi marido me convirtió en esto?

Se señaló a sí misma.

—No, querida. Yo lo convertí a él en lo que es ahora.

—¿Un alcohólico que la engaña?

—Un hombre al que puedo controlar.

Levantó el puño.

—Para eso sirven los hombres con poder.

—Es… una opinión bastante espeluznante.

—Sí, pero, si no eres así, ellos te pisotearán.

Se encogió de hombros.

—Simple.

—No creo que su visión del mundo sea la correcta —negó Alice—. Pero la respeto.

—La respeta…

La duquesa se burló.

—Sigue siendo una ingenua, lady Charpentier. Usted tiene a un hombre poderoso. Tal vez el más poderoso. Dios mío, me sería fácil controlarlo y manipularlo. Yo dirigiría este país.

Alice agradecía en ese momento que la mujer no pudiera tener un puesto político, seguramente haría un desastre en el Senado.

—¿Por qué ha venido? —preguntó lo mismo que su marido—. Sé que no está aburrida, porque una persona que disfruta molestar a los demás puede hacerlo con cualquiera. ¿Por qué fuimos nosotros los seleccionados?

—Te lo he dicho, mi niña.

La mujer se adelantó un paso.

—Quiero dominar este país. Y el hombre que puede hacerlo está en tu cama todas las noches.

Alice sintió una punzada helada en el pecho.

—Pero puedo lograr que esté en la mía. Sería fácil.

—¿Infidelidad? —preguntó Alice tranquilamente—. Tratándolo de esa forma, no funcionará.

—A los hombres les gusta ser tratados mal.

La duquesa de Montsenpier caminó por el despacho, tocando una que otra cosa de William.

—Yo sé cómo jugar a esto. Pero ¿tú?

Se rio.

—Lo dudo.

—No sé qué juego piensa que está jugando —negó Alice con tranquilidad—, pero yo no estoy participando.

—Eso es obvio.

Se encogió de hombros.

—Es fácil ver que, por el momento, William Charpentier siente atracción sexual por su mujer.

La miró de arriba abajo.

—Pero eres simple. Una chica de casa, que toca el piano y pasea por el jardín. Una chica que sonríe y se ve linda.

La describió con desdén.

—Eso no lo atraerá por mucho tiempo, solo eres la novedad.

—Es usted una mujer adulta con mentalidad de niña —dijo Alice.

—Solo tengo cuarenta y dos, cariño. Aún sé moverme en ambientes donde tú ni siquiera puedes hablar.

—Tiene razón —aceptó Alice—. Pero al menos tengo humanidad, respeto y amor. Mucho amor que dar.

—¡Ja! Bueno, qué tierna.

La duquesa soltó otra carcajada.

—Espero que eso sirva de algo.

Alice miró cómo aquella mujer caminaba por el lugar hasta llegar al escritorio de William. No le importó sentarse en aquella silla de cuero, y Alice no se lo impidió. Se mostró tranquila y paciente, incluso cuando la duquesa comenzó a husmear en los libros y muebles.

—Ya leí este —dijo la mujer, tomando uno—. Y este, y este, y este…

Aventó los libros sobre el escritorio.

—¿Tú sabes leer?

—Sí, duquesa de Montsenpier. Sé leer.

—Mira.

La mujer se estiró.

—Una fotografía.

Alice no se movió.

Jamás había ido a ese lado del escritorio por respeto a su marido. No deseaba husmear en cosas importantes o personales.

—Supongo que solo tiene a las personas importantes de su vida.

La duquesa sonrió.

—Nos vemos en la cena, querida. Seamos grandes amigas.

—Un placer conocerla, duquesa de Montsenpier.

—Frida —dijo la mujer—. Las rivales debemos conocernos un poco.

—Hasta después, duquesa de Montsenpier —repitió Alice.

—Adiós, linda.

La mujer se despidió entre carcajadas.

Alice esperó a oír que se alejaba antes de correr al escritorio de su marido y tomar cada uno de los portarretratos que había allí.

La duquesa de Montsenpier tenía razón.

Las personas importantes para William estaban allí: sus padres, sus hermanas, sus sobrinos y una fotografía familiar en la que, por supuesto, ella no estaba. Ashlyn era apenas una bebé.

Ni una sola imagen de Alice, la joven se sentó en el lugar de William y elevó la vista hacia el techo decorado con pinturas.

«Esto se complica», pensó con un suspiro intenso.

Las cartas… ¿Podría ser…? No, esa mujer acaba de llegar, pero se declaró enemiga, quiere llegar a William.

«¿Qué puedo hacer?»

La última carta que había sido específica, informativa y corta.

Hola, querida.

Prepárate. Viene más de un problema. Willy en problemas. Tú en desventaja. Y ya sabes: no puedes dudar de mis palabras. Te has dado cuenta durante este tiempo que llevamos juntos.

Pero ojo: si William comienza a sospechar, te aseguro que no recibirás un mensaje de aviso. Yo solo atacaré. Te estarás dando cuenta de que soy muy buena ocasionando problemas, y también soy bueno resolviéndolos.

Con cariño, Una ayuda.

CAPÍTULO 14

William notaba una actitud extraña en su esposa desde aquella visita de la duquesa de Montsenpier a su casa.

Alice no había estado mucho más comunicativa cuando fueron a la residencia de los Aigrefeuille. De hecho, se había limitado a mimar al pequeño Lucca, meciéndolo dulcemente entre sus brazos. Apenas contestaba a las preguntas que iban dirigidas expresamente a ella y, ni hablar de sentarse junto a la duquesa de Montsenpier.

Era de esperarse que la conversación con aquella mujer no hubiera sido… agradable, pero Alice no solo parecía disgustada, sino minimizada, como si la mera presencia de la duquesa la volviera pequeña como una chinche.

—Alice.

William la tomó por sorpresa desde la espalda, abrazándola con fuerza por la cintura y apartándola de las manos de sus doncellas, quienes tenían como único propósito terminar de arreglarla para el esperado bautizo del pequeño Lucca Aigrefeuille.

Al notar la acción, las dos mujeres comenzaron a abandonar la habitación de forma discreta hasta desaparecer por completo,

dejando a la pareja en la intimidad de su recámara.

La joven, al sentir aquellos brazos fuertes a su alrededor, no pudo más que poner un poco de su parte. Colocó una mano dulce sobre el agarre de William y después hizo un mínimo esfuerzo para girarse y quedar frente al hombre que la miraba con intensidad.

—¿Qué pasa?

—Eso me gustaría saber —asintió él, dejándola en libertad para anudarse la corbata, la cual, por cierto, le estaba dando problemas.

Alice sonrió al verlo conflictuado. Estiró lentamente las manos, tomó el pedazo de tela y comenzó a anudar ella misma la corbata.

—No pasa nada —le dijo, concentrada—. Nada, además de que el presidente del Consejo no puede anudarse una corbata.

Se burló ligeramente, con dulzura, casi en un susurro que parecía tentar a su marido a besarla.

—Soy afortunado de tener una esposa que me ayude.

William bajó la mirada para alcanzar a ver el rostro de su esposa.

Sus hermosos ojos violetas estaban concentrados en el nudo; su cabello, recogido en un moño elegante; su ceño, ligeramente fruncido por el empeño que ponía en lo que hacía; su boca carnosa, fruncida sin darse cuenta. Sí, era hermosa.

—Al parecer no tanto —sonrió ella de nuevo al darse cuenta de que tampoco lograba anudarla.

—Alice.

William le tomó las manos para que dejara la corbata.

—¿Qué pasó hace dos semanas?

La joven frunció el ceño.

—Cuando se quedaron tú y la duquesa de Montsenpier.

—Oh.

Alice bajó la cabeza y caminó hacia el tocador para tomar los pendientes que estaban dispuestos allí.

—Ella… ella fue muy diligente al decirme que va tras de ti.

William detuvo todos sus movimientos.

Al fin había logrado anudarse la corbata y solo se acomodaba el cuello cuando su esposa le lanzó aquella bomba.

—Supongo que estás tranquila —levantó una ceja, escéptico—. Sería tonto que creyeras en sus palabras.

—¿En serio? —dijo ella, con dudas palpables.

No lo miró, mantuvo los ojos fijos en los diamantes que seguían sobre el tocador.

—¿Por qué no? Ella es más bonita, desenvuelta, sabe hablar…

—Escúchame, Alice.

William le tomó los hombros en un arranque de furia ante aquellas palabras denigrantes hacia sí misma.

—Deja de decir tonterías, deberías conocerte y saber quién eres.

La soltó.

—Me molesta que hables así de ti.

—En ese caso, lo siento —dijo ella con rotundidad—. Pero sé cómo son los hombres, y ella está dispuesta a todo.

Se volvió molesta hacia el tocador y, con un enojo palpable, se colocó los pendientes.

—No me sorprendería que hoy intentara…

—¿Te molestaría? —preguntó él, interrumpiendo su enojo.

Alice lo miró con los ojos entrecerrados, casi creyendo que se trataba de una broma, por eso no contestó y comenzó a arreglar una imperfección en su cabello.

William se acercó al tocador y se acuclilló a su lado.

—¿Te molestaría? —volvió a preguntar.

—¿A ti te molestaría que lo hiciera? —replicó ella, sagaz.

—Por supuesto —aceptó él, confiado.

—Entonces tienes la respuesta.

Alice frunció el ceño y volvió el rostro hacia el espejo.

—En realidad, no la tenía —dijo William, poniéndose de pie—. No me resulta fácil comprenderte, de hecho, me resulta entretenido darme cuenta de que eres la única capaz de burlar mi percepción.

—Me siento afortunada —ironizó la joven.

Aquello no era común en ella, y por esa razón William comprendió que estaba celosa. Sí. Alice se mostraba celosa.

—Creo que yo lo soy. Eres un reto que nunca antes se me había presentado —sonrió el poderoso hombre.

—Lo malo de los retos es que, cuando acaban, se pierde el interés.

—No lo creo.

William se acercó y la tomó por la cintura.

—Eres bastante impredecible, Alice. Yo pensaba lo contrario, pero me dejas sorprendido más veces de las que soy capaz de recordar.

La joven frunció el ceño de nuevo, pensando que él solo la halagaba para que dejara de estar molesta.

Funcionaba.

William tenía el don de la palabra. Eso lo sabía todo el país. Por tal motivo, era difícil no ser convencida por él.

—¿Quieres que nos desvistamos y…?

—¡Somos los padrinos de Lucca! —le gritó ella—. No hagas proposiciones de esa índole cuando estamos a punto de ir a la iglesia.

—No es como si el cura fuera a escucharme.

William se alejó, esperando la réplica de su esposa.

—¡No seas grosero!

La cara de Alice cuando se molestaba era algo digno de ver, por eso él no se la perdía.

—Mejor nos vamos antes de que quieras que me vaya caminando.

—Tendrás que confesarte nuevamente —le dijo mientras tomaba su chal y se alejaba de él.

William tomó su chaqueta y se la colocó mientras salía de la habitación detrás de su esposa.

—No me he confesado desde hace más de dos años.

—¡Dos años!

Alice lo miró incrédula.

—Eso… ¡eso no está bien!

—Sí, sí.

Él le quitó importancia.

—Aunque estaría mal que el padrino no comulgara.

Pareció pensarlo.

—Vaya. Quedaré algo mal.

—No tienes perdón —se molestó la joven, tomando su vestido para bajar las escaleras.

—¿Acaso Dios no perdona?

—No juegues con eso —lo riñó—. En serio, William, me molesta.

El hombre, como toda disculpa, se acercó a ella y plantó un pequeño beso juguetón sobre sus labios.

—Me confesé para la ocasión.

La joven le lanzó una mirada asesina antes de negar un par de veces mientras balbuceaba sobre los hombres y sus tontas palabras.

Llegar a la fiesta del pequeño Lucca Aigrefeuille era casi tan complicado como hacer que William dejara su reloj de bolsillo en casa. Prácticamente imposible. Era normal que el Palacio del Elíseo estuviera hasta el tope de carrozas que intentaban llegar al destino. Había invitados de toda índole y de muchas partes del mundo y no era para menos, puesto que se trataba del hijo del presidente de Francia, cuyas amistades eran variadas y todas muy bien acomodadas.

Además, Giorgiana Charpentier no era para menos, la joven contaba con su propio grupo social de élite, al cual era muy difícil entrar. Tomando en cuenta lo anterior, quedaba claro que la fiesta sería esplendorosa, totalmente glamorosa y con lo mejor de lo mejor.

—Hay muchas carrozas —observó Alice por la ventanilla—. Me pregunto a quién nos encontraremos ahí dentro.

—A todo el mundo —dijo William—. Más bien, a todo tu mundo, ya que las cinco enfadosas estarán ahí, además de mi madre y mis tías. Y que Dios guarde a la abuela.

—Qué malo eres —refunfuñó la joven, sentándose nuevamente en su lugar—. Me pregunto si vengo adecuada para la ocasión.

William observó el vestido de su esposa. Mataría a Giorgiana, lo hacía para molestarlo, era tan obvio que hasta daba risa, pero no en ese momento. No cuando podía ver el busto de su mujer insinuarse con elegancia, ni aquel maldito vestido entallado que usaban las mujeres ahora.

¡Maldita sea!

Alice era aún más hermosa que antes; su cuerpo había tomado más forma, sus caderas parecían haberse ensanchado y su cintura se veía más pequeña, si es que eso era posible.

—William —lo llamó su esposa nuevamente—. Te preguntaba si crees que esté Thomas.

—¿Thomas?

La miró sorprendido.

—¿Por qué?

—N-nada.

Se encogió de hombros.

—S-solo quería saber.

William la miró con sospecha, pero al final no dijo nada, como era de esperarse. Era normal que William no revelara lo que pensaba,

sentía o hacía. Eso lograba sacar de quicio a mucha gente, pero Alice era paciente, distraída e inteligente.

Comenzaba a leerlo con facilidad, después de unos minutos, al fin fue su turno de bajar de la carroza. Fueron rápidamente recibidos por los orgullosos padres. Alice y William, como padrinos, se quedaron junto a la pareja para recibir al resto de los invitados.

Fueron muchísimas las personas a las que tuvieron que saludar. Miles de besos dobles, apretones de manos, besos en el dorso y sonrisas, muchas fingidas, pero lo peor, al menos para Alice, fue cuando se vio en la obligación de saludar a la duquesa de Montsenpier y a lady Quilet.

—Mi queridísima Alice —saludó la duquesa de Montsenpier—. Me agrada saber que ya nos tenemos confianza.

—Me da gusto que asistiera —se inclinó la joven con una seriedad y un enojo palpables.

—A mí también me alegra.

La duquesa miró a William, quien seguía entretenido con el invitado anterior. Alice siguió la mirada de la mujer y se topó con su esposo, pero rápidamente apartó los ojos y miró a la duquesa, quien no despegaba la vista de él.

A Alice le resultaba difícil mostrar muchos de sus sentimientos, normalmente expresaba todo al llorar, pero ni eso le gustaba. Justo

en ese momento, tenía la vaga intención de tomar a esa mujer de los cabellos y sacarla de allí a tirones.

William, al notar la incomodidad de Alice, se acercó a ella y colocó una mano sobre su cintura, infundiéndole seguridad y aliento con aquel toque certero, dulce y fuerte.

Alice, al notar el apoyo, sonrió hacia su esposo y miró a la duquesa de Montsenpier con algo de orgullo y satisfacción.

—Es bueno ver que la pareja del presidente del Consejo sea de su agrado —dijo lady Quilet, quien se encontraba presente, aunque en una segunda posición.

Tal parecía que ambas mujeres habían hecho una tregua.

—No veo por qué no sería así —sonrió William, acercando un poco más a su esposa—. Si yo la elegí.

—Eso… no es lo que se sabe.

Marcela se tapó la boca, escondiendo una sonrisa.

—Es verdad, todo el mundo sabe que fue…

—Yo la elegí —interrumpió William—. Me casé con ella porque la deseaba, me gustaba, me fascinaba. ¿Lo quieren aún más claro?

—No.

La duquesa negó con una expresión de complacencia.

—Veo que el presidente del Consejo es muy honrado y orgulloso. Me agrada aún más.

—¿Quién invitó a estas "mujeres de calidad"? —preguntó Giorgiana.

No era de las que se limitaban en su desagrado, y esta vez lo hizo notar con lujo de detalle.

—Vaya, veo la calidad de la primera dama —se burló la duquesa de Montsenpier—. Pero de todas formas pasaré a su casa. Espero no importunar demasiado.

—No hay un rango muy grande entre importunar y estorbar —se encogió de hombros Giorgiana—. Pero espero que se diviertan.

—No se preocupen. Lo haremos.

La duquesa asintió y miró a su aparente secuaz, quien caminó orgullosa detrás de ella. Ambas mujeres, Alice y Giorgiana, suspiraron con odio cuando las otras se alejaron lo suficiente para no escucharlas.

—¡Son unas pesadas! —se quejó Giorgiana—. ¡Y tú, desgraciado!

Golpeó a su hermano.

—¿Por qué no la defiendes?

—Giorgiana.

William le tomó las muñecas.

—Deja de golpearme.

—¡No! —llegó Katherine—. Te lo mereces.

Y ambas comenzaron a golpear a uno de los hombres más importantes del país.

—¡Basta ya! —gritó William—. No pueden venir a hacer esto en público. Soy alguien presente en los medios.

—¡Mejor! —sonrió Katherine.

—Chicas —intervino Alice—. En serio, no hay de qué preocuparse. Ya había estado con ellas.

Las dos hermanas miraron al hombre con aún más enojo.

—¿La dejaste con esas arpías? —inquirió Katherine.

—Por amor al cielo —se quejó William.

—¡Tonto! ¡Eres un tonto! —recriminó Giorgiana.

—¿En qué problema te metiste ahora, amigo? —se burló un recién llegado Charles, quien se despegó de una de sus muchas conquistas.

—¿Quién es un tonto? —preguntó de pronto la entrometida Elizabeth, quien traía en brazos al pequeño Lucca.

—William —respondió Clare, apareciendo junto con su marido.

—Ah, no es novedad —dijo—. ¿Verdad, Lucca? No, no es novedad.

Le habló al bebé con una voz melosa y dulce.

—Lizzy, ¿por qué desapareces con el bebé y no le avisas a nadie? —la regañó Annabella.

—Porque quiero.

—Cállate. No hables como si fueras una niña. Tienes dos hijos y otro en camino —dijo Marinett.

—No hablé como niña —refunfuñó la joven.

—Sí lo haces —llegó Robert—. Todo el tiempo.

—¡Déjame!

—Katherine, Blake quiere que la acompañes al… ¡Dios! Al tocador.

Adam negó extrañado porque su bebita usara palabras de adulta.

—¿Por qué no la llevas tú? —se frustró la madre.

—Dice que es cosa de mujeres.

—¿Cuántos años dicen que tiene? —se burló James.

—Ni lo menciones.

Adam se tocó la frente.

—Pareces preocupado, Adam —se burló Thomas, quien se posicionaba en el círculo junto con su esposa.

—No conozco hombre más apegado a su hija que tú, Thommy —le echó en cara James—. No sé cómo te pondrás cuando alguien vaya a buscarla para casarse con ella.

—Nunca lo permitiré.

—Sí lo harás —dijo Annabella tranquilamente.

Tal parecía que todas las Bermont llegaban en el momento más inoportuno y entonces, una última carroza llegó al Palacio del Elíseo.

Un emblema nada conocido, solo una persona, solo una mujer supo lo que estaba por suceder en ese momento, de hecho, no creyó que fuera posible, no pensó que jamás tendría que afrontar aquello.

Comenzaba a sentirse mal, un tanto mareada.

—¿Alice?

William se acercó, dejando a su familia atrás. Al ver su palidez, tocó la frente de su esposa, sudaba, pero no parecía tener fiebre.

—N-no me siento…

William observó cómo su esposa se desvanecía en sus brazos y Alice solo escuchó una palabra: su nombre, dicho de una forma reconfortante, profunda y hermosa. Un simple grito desesperado:

—¿Alice?... ¡Alice!

La joven abrió los ojos con pesadez, estaba recostada en una cama, eso lo comprendía, pero las muchas caras preocupadas a su alrededor no resultaban reconfortantes, toda una gama de ojos de colores estaba fija en ella, con el ceño fruncido y los labios apretados.

—Ya despertaste —se acercó Katherine—. ¿Estás bien?

Alice la miró un poco confusa, luego observó a su alrededor para ubicarse plenamente en el sitio.

—¿Dónde estoy? —preguntó al no conseguirlo.

—En una habitación del palacio —dijo Elizabeth—. Tú… ¿recuerdas?

—¿Qué? —preguntó la joven—. ¿Recordar qué?

—Tu desmayo —esclareció Annabella—. ¿Por qué te desmayaste?

—Yo… creí ver…

Las miró.

—Pero es imposible. No puede ser.

Katherine apretó los labios y le acarició el cabello.

—Está aquí.

—No.

Alice negó con la cabeza.

—No. ¿Por qué regresaría? Es tonto, solo… solo que no sepa…

—Lo sabe —negó Marinett—. Todo el mundo lo sabe, al menos los que tienen la capacidad de leer.

—Pero… pero ¿por qué?

—No lo sabemos —negó Annabella—. Pero William no lo conoce, así que no entiendo el motivo de tu desmayo.

—William…

Alice lo buscó en la habitación.

—Quería estar aquí —dijo Kate—. Pero Gigi, Asher y él tuvieron que seguir con la orquesta.

—Entiendo.

Alice lentamente se sentó y bajó los pies.

—Vamos.

—¿Estás loca? —preguntó Elizabeth—. Tú… tú estás mal.

—No.

Se puso en pie, tomándose la cabeza para frenar el dolor.

—Solo me confundí, pero ahora estoy bien.

—Alice, nadie dirá nada si…

—¿Nadie dirá nada? —Alice volvió la cabeza y rio sin alegría—. ¿Nadie dirá que la esposa del presidente del Consejo se desmayó al ver a su antiguo prometido, a quien su actual esposo no conoce?

—Alice… —se entristeció Kate.

—No soy débil. Puedo con esto. —Las miró una por una—. Gracias por su preocupación, pero volveré abajo. Con mi esposo.

Marinett la observó de arriba abajo y asintió.

—Haz lo que te plazca.

Alice Charpentier, marquesa de Millentmont, bajó las escaleras con toda la elegancia que fue capaz de sacar de sí misma. Atrajo muchas miradas, una en especial, la de aquel hombre que le había encrespado los nervios de esa forma espantosa dio un paso hacia ella. Pero, recordándole su lugar, William se acercó a su esposa y la abrazó sin ningún miramiento.

—¿Qué sucedió? —La miró preocupado, revisó su cuerpo entero con la mirada—. ¿Estás bien?

—Sí. Siento haberme desmayado.

—¿Cómo puedes pedirme perdón? —William la abrazó de nuevo.

—Sí… —Alice miró sobre el hombro de su marido, hacia aquel hombre que la había hecho sufrir más que nadie—. Sí, estoy bien.

CAPÍTULO 15

La fiesta proseguía con una armonía extraña.

William se sentía un tanto descolocado después del acontecimiento en el que su mujer había caído desmayada en sus brazos, pero eso parecía lejano en aquel momento, a pesar de que apenas había pasado una hora.

Justo entonces, Alice mantenía una sonrisa engañosa, una de esas sonrisas con las que intentaba ocultar lo que verdaderamente sentía. Él no entendía qué causaba aquellas reacciones, había llegado incluso al límite de desmayarse, aún recordaba cómo las facciones hermosas de su esposa se habían transformado en una máscara de horror.

William permanecía rezagado de la celebración, observándolo todo desde la lejanía, acompañado únicamente por una copa de brandy y un cigarrillo. Intentaba que su cerebro comprendiera lo que ocurría, tal parecía que todos sus familiares entendían el problema que Alice trataba de ocultarle, de hecho, su esposa lo evitaba a toda costa. Si él intentaba acercarse, Alice encontraba la forma de librarse

y escabullirse de su vista, perdiéndose entre la gente, argumentando que tenía que hablar con alguien o que necesitaba ir al tocador.

Entonces observó al último invitado, aquel hombre no apartaba la vista de Alice. Además, su esposa se mostraba cohibida, renuente a estar cerca de esa persona, a pesar de que el hombre se aproximaba, Alice lograba alejarse y esconderse entre la gente, igual que hacía con él. William lo miró con un escrutinio capaz de arrancarle escalofríos al mismo diablo, su mirada azulada y penetrante pareció oscurecerse hasta convertir aquellos orbes en un negro profundo, helado, duro y poco tolerante.

—Veo que le molesta —dijo de pronto la voz conocida de la duquesa de Montsenpier, posicionándose a su lado de una forma insinuante.

—¿De qué me habla, duquesa? —William volvió el rostro lentamente hasta mirarla a los ojos—. No es fácil hacerme enojar.

—Parece que su esposa ha encontrado la clave.

La mujer sonrió.

—Es una mujer que ha tenido éxito en Francia, ¿no le parece?

—Veo que intenta algo, duquesa de Montsenpier.

William se volvió hacia ella por completo, intimidándola con la fuerza de su sola presencia.

—Pero no logro esclarecer qué es.

—Nada.

La duquesa se encogió de hombros, cómoda con aquella cercanía.

—Solo digo que parece que tendrá que ser más cuidadoso de lo que esperaba. Ya sabe, se casó con ella pensando que era una mosca muerta, y ahora resulta que no lo es. Bastante impactante, ¿no?
—Nunca vi a Alice de esa forma —dijo él, molesto—. Y, en todo caso, ¿por qué le preocupa a usted si debo ser cuidadoso o no?
—Solo digo que hay que tener cuidado. En verdad, ese muchacho se ve demasiado interesado.

Apuntó con la cabeza hacia el hombre que no apartaba la vista de la marquesa de Millentmont. El mismo que William había seguido toda la noche, el mismo que había llegado cuando su esposa, extrañamente, se desmayó.
—¿Interesado?
William sonrió con suficiencia.
—Encantado, pero de eso no pasa, está casada conmigo.
—¿No ha oído hablar de los engaños?
—Confío en ella —dijo William.
Pero, en verdad, la sola idea lo enfurecía.
—¿Incluso si el hombre es su antiguo prometido? —La duquesa levantó una ceja con arrogancia al notar que sabía algo que al marqués se le escapaba.
—¿Su qué?
—Es el hombre que la dejó en el altar —explicó—. La razón por la cual está casado con ella.

El interior de William se revolvió con aquella información, pero esa furia, esa frustración, quedó escondida tras una capa de impenetrabilidad y tranquilidad que desconcertó a la duquesa de Montsenpier, quien esperaba, por lo menos, hacerlo enfurecer.

—Le agradezco —respondió él—. Me ha proporcionado la oportunidad de agradecerle a ese hombre por la mujer que me regaló.

—Pero ¿qué…?

—Gracias, duquesa, nos veremos en un rato, supongo.

William caminó con seguridad hacia donde su esposa conversaba con sus hermanas y primas. No podía creer que aquel hombre fuera su antiguo prometido. ¡No podía creer que Alice no se lo hubiera dicho! ¡Por eso se había desmayado! Ahora todo estaba bastante claro.

El marqués se posicionó detrás de su mujer y, lentamente, pasó una mano por su cintura, llamándole la atención.

Alice dio un pequeño salto al sentir aquel toque, pero rápidamente identificó que era su marido. Lograba reconocer su contacto, su aroma y, por supuesto, su presencia.

—William, le decíamos a Alice lo gracioso que fue cuando se cayó desmayada —jugueteó Lizzy, sin notar que William estaba furioso.

El hombre miró rápidamente a su prima, pero no logró expresar ningún sentimiento. Su rostro impenetrable era lo único que podía captarse, y eso resultaba escalofriante.

—Lo siento —dijo William, en realidad, no había prestado atención a lo que su prima intentaba decirle—. Alice, ¿me acompañas?

La miró con dureza.

—S-sí.

Alice bajó la cabeza, era obvio que William lo descubriría, pero había tenido la esperanza de que no fuera tan pronto.

La pareja caminó entre la gente, saludando enérgicamente a quienes se encontraban por el camino. Incluso cuando Celio y Antoine intentaron detenerlos, William mostró una expresión un poco exasperada, logrando que ambos captaran rápidamente que no tenía ganas de hablar con ellos, ni con nadie.

El hombre condujo a su esposa por un pasillo y, después de un rato, abrió una puerta, conocía a la perfección la casa de su hermana, y Alice ya se hacía una idea, se habían introducido en la biblioteca.

—¿Q-qué pasa?

—¿Qué pasa?

William la miró furioso, aunque intentaba controlarse.

—Mi amor, ¿podrías explicarme la causa de tu desmayo?

—Yo… no lo sé.

—¿No lo sabes? —dijo, incrédulo, aumentando su molestia.

—S-si quieres saber algo, mejor solo pregúntalo.

—Creo que fui claro. Dime qué causó tu desmayo. Estabas perfecta antes de que esa última carroza llegara.

—¡Si ya lo sabes, no entiendo por qué me confrontas! —dijo ella, apenada y un tanto enojada porque William quisiera humillarla—. ¿Tú también quieres reírte de mí?

—¡Del que se están riendo es de mí! —respondió él, molesto—. ¡Yo soy el que no sabía quién demonios era ese bastardo!

Alice cerró la boca con fuerza, pero no bajó la mirada. Sus ojos violáceos permanecieron fijos en los de su esposo, con el ceño fruncido y las manos en jarras.

—No es mi culpa que no lo recordaras.

—¿Por qué debería ser importante en mi vida? —le echó en cara el hombre—. No veo por qué tendría que recordarlo.

—¡Lo recuerdas todo!

—Lo importante, Alice. Solo lo importante.

—Pues veo qué tan importante era yo como para que no te interesara en lo más mínimo con quién me iba a casar —replicó con sagacidad—. ¿Cómo iba a imaginar que no sabías quién era?

—No empieces, Alice. Sabes que yo no iba a Londres desde hacía tres años. No era mi prioridad saber con quién ibas a casarte.

—Nunca fui tu prioridad —susurró la joven con enojo.

De hecho, no entendía por qué sentía tanta rabia, no era contra William, pero que él llegara a gritarle le había dado la forma perfecta de liberar todo ese rencor y ese odio que sentía. Sí. Odiaba al

hombre que la dejó humillada en el altar, pero no odiaba a su marido. Extrañamente, prefería pelear con él que afrontar a Lucca Fridckford.

—Ahora lo eres —le dijo William—. Eres la primera que veo al despertar y la última antes de dormir. Eres la mujer que engendrará a mis hijos y que envejecerá conmigo.

—No tienes otra opción.

—¡Con un demonio, Alice!

William alzó la voz.

—No grites —pidió ella, muy tranquila.

William movió el cuerpo hacia un lado, intentando no verla directamente. Cerró los ojos y respiró profundamente, relajándose.

—¿Qué hace aquí? —preguntó.

—Humillarme —respondió ella con simpleza—. Provocar que me pelee con mi marido.

—Hablo en serio, Alice.

La miró a la cara.

—Sé por una de las doncellas que recibes cartas.

Su tono se volvió más severo.

—¿Son de él?

Alice perdió el color y dio un paso atrás. ¿Alguien le había dicho a William lo de las cartas? Seguramente había sido esa maldita Goretti, aquella mujer que alguna vez le entregó una de las notas sin

remitente. Esa vez, cuando la había encarado sobre el proceder de la carta, la mujer solo dijo que se la entregó un niño antes de entrar.

—No —respondió rotundamente—. No son de él.

—No mientas, Alice.

William volvió el rostro con fastidio.

—¿Qué no tu Dios te prohíbe mentir?

—¡No juegues con eso, William! —lo regañó—. Y no miento.

—Entonces, ¿cómo explicas las cartas?

—No sé de quién son —explicó—. Pero son atosigantes.

—Mientes.

—¡No lo hago! —dijo con seguridad.

—Si no mientes, entonces explícame por qué no me lo dijiste antes.

Alice bajó la cabeza y negó un par de veces.

—¡Lo ves! —le echó en cara, volviendo nuevamente la mirada hacia otro lado de la habitación.

—¡Temí por ti!

Alice levantó el rostro rápidamente.

—Porque no quiero que te pase nada.

—¿De qué me hablas? —dijo, extrañado—. No me va a pasar nada.

—No lo sabes.

Alice caminó hacia él y sin aviso ni vergüenza, se abrazó a su pecho.

—No lo sabes —repitió.

William, ante aquella repentina muestra de cariño, se mostró sorprendido. No esperaba un abrazo en medio de una pelea. Sus

hermanas normalmente le habrían lanzado algo o lo habrían golpeado, pero tal parecía que su esposa tenía otras ideas y, por extraño que pareciera, había logrado tranquilizarlo.

Los brazos de William la envolvieron lentamente y la apretaron contra sí, permanecieron unos segundos en aquella posición, simplemente abrazados, apreciándose el uno al otro.

—Alice.

Él la separó de su cuerpo, tomándola de los brazos.

—Quiero ver esas cartas.

La joven simplemente asintió un par de veces y volvió a abrazarse a él. Tenía miedo de entregarle todas aquellas notas en las que se revelaba una clara invasión a su vida personal, pero no tenía opción. Si William no las veía con sus propios ojos, tal vez pensaría toda la vida que eran enviadas por Lucca, su antiguo prometido.

Y eso era completamente absurdo.

Alice experimentaba en ese momento un nerviosismo terrible, en las cartas se especificaba que William no debía enterarse, pero ella no le había dicho nada, él simplemente lo descubrió.

¿Pasaría algo malo por eso?

En ese instante, la puerta se abrió con un pequeño chasquido proveniente de la cerradura, dando entrada al hombre que, en primer lugar, había causado la discusión entre la pareja.

Lucca Fridckford asomó su castaña cabellera al interior de la biblioteca del presidente de Francia, inspeccionando el lugar con la

mirada hasta encontrarse con los ojos gélidos de los dos únicos seres vivos en la habitación.

—Oh, al fin los encuentro.

El hombre sonrió e ingresó por completo en la biblioteca. Alice, casi de un brinco, se acercó a William hasta colocar su cuerpo muy próximo al de él, usándolo prácticamente como una barrera humana contra el hombre que la había herido profundamente.

—¿A qué se debe su búsqueda? —inquirió William con severidad—. ¿Algo que tenga que decirnos?

—Sí. En realidad, sí.

Lucca sonrió, dejando la frase en el aire y entreteniéndose en mirar a Alice a los ojos.

—Sigues tan guapa como cuando te vi vestida de novia.

La joven dejó escapar un gemido lastimero, tomando ligeramente la chaqueta de su marido, como si se tratara de un elefante desvalido que necesitara aferrarse a su madre para no perderse.

Y justamente eso sentía Alice. La presencia del hombre con quien iba a casarse resultaba lo suficientemente abrumadora como para marearla. William colocó una mano posesiva sobre la cintura de su esposa y miró al hombre con una sonrisa engañosa.

—No tengo inconveniente en que la gente sepa lo afortunado que soy, pero, para ser sincero, no deseo que lance piropos a mi esposa.

—¿Le molesta? —preguntó Lucca, incrédulo, dejando salir una risita —. No tiene que fingir conmigo. "La pareja ideal" que intenta

mostrar no es necesaria aquí.

—No intento dar ninguna imagen —contestó William rotundamente, con potencia y dominancia, como hablaba frente al Parlamento o cualquier opositor.

—Entiendo.

Lucca levantó los brazos.

—Era solo una broma.

—No soy hombre de bromas.

—Ya comienzo a notarlo.

—N-no peleen.

Alice miró a William con súplica.

—Por favor, ¿p-podemos irnos?

—Alice —la llamó antes de que pasara de largo—. He venido por ti.

Al escuchar aquella simple frase, William volvió el rostro con una mirada amenazante. Iba a dar un paso hacia adelante para ahorcar de una buena vez a ese idiota cuando sintió la pequeña y suave mano de su esposa posicionarse sobre su pecho. No era una barrera difícil de evitar, pero el solo hecho de poder lastimarla lo detuvo.

—Por favor, William —suplicó la joven, convenciéndolo de hacer lo que quería con esos ojos violáceos que tenía.

Luego miró a Lucca Fridckford.

—Y, con referencia a lo que ha dicho, señor, no diga cosas como esa. Menos cuando mi marido está presente. Podría malinterpretarse.

—¡No me importa delante de quién lo diga! —gritó el hombre—. Regresé por ti. Deja que te explique…

—¿Explicarle qué? —preguntó William, mucho más controlado—. No creo que sea necesario recordarle lo que hizo, ¿verdad?

Alice bajó rápidamente la cabeza, recordando aquel doloroso suceso de su vida, uno de muchos, de cientos en los que había sufrido. Se dio cuenta de que, desde que se casó, no había vuelto a sentirse ajena a una casa. William la integraba con facilidad a su familia, la colocaba en su vida como algo importante, los sirvientes la respetaban y la apreciaban, bueno, la mayoría de ellos.

Si descontaba a la señora Pakins y a sus dos perros de guardia.

—Usted no la merece —negó Lucca—. Yo hice algo imperdonable, pero al menos la quiero. Lo hice para protegerla. Alice…

—¡Deje de decir sandeces! —gritó William, perdiendo todo el control que había logrado acumular—. ¿Por qué no se larga? ¿O prefiere las cosas por las malas?

—¡Basta! —pidió Alice nuevamente—. William, por favor, vámonos.

Los dos hombres ignoraron por un momento la presencia de la hermosa mujer que suplicaba a su marido. William incluso era ajeno al empeñado jaloneo que ella aplicaba en su brazo para sacarlo del lugar y evitar una tragedia.

—¡William! ¡Alice!

Giorgiana apareció en el pasillo y sonrió al verlos.

—¡Al fin los encuentro! ¡Quiero una foto con…!

La voz de la joven bajó de volumen hasta apagarse por completo.
La hermosa hermana mayor del marqués miró con cierto nerviosismo el duelo de miradas que los hombres mantenían.
—Giorgiana… —pidió Alice con los ojos cristalizados.
La mayor reaccionó.
—Sí…
Giorgiana contestó sin pensar. Estaba metida en sus cavilaciones y, por eso, sacudió la cabeza para centrarse.
—¡Sí! Emm… William, te necesito junto a Alice para una fotografía. ¿Vienen, por favor?
—Aléjese de ella —dijo William después de un pesado silencio—. No tolero que nadie intente aprovecharse dos veces de alguien, menos cuando se trata de mi esposa y menos cuando estoy yo presente.
Lo miró con odio.
—Si veo que hace un movimiento en falso, lo retaré a duelo.
—Me encantaría que Alice quedara viuda —sonrió Lucca, complacido —. Es mucho más sencillo volverla a casar.
Esta vez, William no fue refrenado ni por las manos de su esposa ni por el grito de su hermana mayor.

Tomó a aquel idiota por el cuello y lo pegó con fuerza contra la primera pared que tuvo al alcance. Lástima que no fuera una pared, sino un librero, el cual respondió con un escupitajo de ejemplares valiosos para cierto hombre importante.

—No suelo decir las cosas dos veces —dijo William con furia—. Pero te daré una oportunidad solo porque no quiero preocuparla más.
Señaló a su esposa, quien se tapaba la boca con ambas manos y contenía las lágrimas.
—Si te acercas a ella, si insinúas algo, si la pones en vergüenza o la haces llorar… te mataré.
—Te digo lo mismo —respondió Lucca, con el rostro enrojecido y las manos sobre los poderosos brazos de William.
El marqués soltó un gruñido furioso y arrojó al hombre con una fuerza desmedida. Lo miró desde su imponente altura durante unos segundos, después fue hacia su esposa y la tomó de la mano, jalándola apenas para sacarla de aquella habitación, dejando a solas a Giorgiana y a Lucca Fridckford.

La joven Giorgiana, envuelta en aquel vestido de gala azul, se acercó con pasos elegantes y largos, manteniendo las manos sujetas detrás de la espalda y una sonrisa inquebrantable en los labios.
—Bien hecho, señor —dijo, inclinándose para que el hombre en el suelo la mirara mejor—. Es difícil hacer enojar a mi hermano.
Miró hacia la puerta por donde la pareja había salido.
—Lo ha logrado. Ha despertado en él algo que no había visto.
—Me alegra ver que le complace —dijo el hombre, poniéndose en pie con esfuerzo—. ¿Pero qué se supone que he despertado?

—Su corazón. —Giorgiana sonrió—. Su corazón.

CAPÍTULO 16

William entró en la recámara dando un portazo al cerrar. Estaba furioso. Ese maldito bastardo se había atrevido a decirle a su mujer que quería recuperarla.

¿Recuperarla? ¿Era acaso un idiota? Sí. Seguro lo era, porque no había otra forma de explicar semejante comportamiento, tan irracional como insultante. ¿Ese imbécil? ¿Robarle a su esposa?

Jamás.

William caminaba como un león enjaulado, de un lado a otro de la habitación, sintiendo algo que, hasta entonces, le era desconocido. Y, siendo un hombre inteligente, no le costaba reconocer lo que sucedía en su interior.

Impotencia. Sí. Se sentía completamente impotente, porque le habría gustado meterle una bala entre las cejas a aquel idiota.

En ese momento entró Peter con aquel caminar gracioso, una mezcla entre pomposidad y pato ofendido. Su aguda nariz y su expresión de desaprobación parecían preparadas para regañarlo como lo haría su propio padre. El ayuda de cámara, no lo miró.

Meramente comenzó a quitarle la chaqueta de gala y la acomodó sobre una silla.

—¿Y qué? —le dijo William con rudeza—. ¿No dirás nada?

—¿Qué quiere que diga, excelencia?

—¿Excelencia? —inquirió William—. ¿Desde cuándo me llamas así?

—Desde que lo veo tan furioso, señor. Cuando está enojado, es mejor medir el terreno o salgo de patitas a la calle.

—No soy tan impulsivo.

—Sí que lo es —negó Peter, dejando el chaleco encima de la chaqueta—. Pero no discutiré con usted. No quisiera convertirme en la fuente de alivio para esa tensión que lleva entre las cejas.

William lo miró de reojo. Peter decía que no quería enfurecerlo, pero parecía estar provocándolo más. ¿Deseaba acaso que explotara?

—No ponga esa cara de roca, señor —pidió el ayuda de cámara —. Asustará a la señora Alice si entra.

—Cállate, Peter.

William se volvió hacia el armario y se quitó la camisa del cuerpo fuerte y justo en ese momento entró la dueña de todos sus pesares.

Alice, su esposa, caminó casi a hurtadillas hacia la habitación, como si William no pudiera reconocer su condenado aroma desde el

instante mismo en que cruzó la puerta, la dejó hacer lo que quisiera, no intentó ponerla nerviosa ni juguetear con ella como normalmente habría hecho, si quería esconderse de él, bien.

—Oh, el señor no ha dejado de pensar en usted, mi señora —sonrió Peter hacia la mujer que intentaba pasar desapercibida—. Me pregunto qué habrá hecho su señoría para sacarle canas verdes.

—Peter —lo cortó William—. Gracias. Puedes retirarte.

—Como desee, señor.

El hombre sonrió, inclinándose ante la marquesa, quien se entretenía en estirar las sábanas de la cama. Alice respondió con un rápido asentimiento de cabeza, despidiéndolo de aquella forma silenciosa y elegante, sus ojos violáceos siguieron los pasos del señor Peter hasta que cerró la puerta, no sin antes hacerle una seña con la cabeza para que se acercara a William.

Ella respondió con una negación mínima.

Sabía que William no estaba enojado con ella, pero la fuente de su enojo sí provenía de ella, de ese maldito hombre que había vuelto a irrumpir en sus vidas de una forma totalmente absurda.

¿Cómo pensaba que podría recuperarla? ¿Cómo se le ocurría siquiera decirlo frente a su marido? De pronto sintió cómo la sábana que sostenía le era arrancada ligeramente. William se había recostado en la cama y se había cubierto con ella.

—¿No piensas acostarte? —preguntó al verla permanecer de pie junto a la cama, en el mismo sitio desde que entró en la habitación.

—Sí, lo siento.

Esta vez fue Alice quien levantó las sábanas y se metió en la cama, dejando de lado las zapatillas de noche que llevaba en los pies.

—No tienes de qué disculparte —le dijo él, acomodándose sobre la almohada y suspirando al encontrar una posición conveniente.

William no volvió el rostro hacia su esposa, a pesar de que podía verla de soslayo. No tenía ganas de mirarla a los ojos en ese momento. Sentía, de hecho, su preciosa mirada fija en él, pero la pobre muchacha no se atrevía a hacer ningún movimiento.

Will suspiró una vez más y alzó la voz:

—¿No piensas recostarte sobre mí? —preguntó suavemente—. Siempre lo haces.

—Y-yo… no sé si pueda incomodarte.

—Siempre lo haces —repitió—. ¿A qué se debe la renuencia?

Alice bajó la mirada unos segundos. Comenzó a juguetear con los dedos hasta que fue capaz de pronunciar la siguiente frase:

—Porque pareciera que me odias.

Lo dijo simplemente.

William la miró por primera vez desde que ella entró a la recámara.

Hermosa.

Esa fue la palabra que acudió a su mente cuando sus ojos captaron la pequeña figura de su mujer, tenuemente iluminada por la luz de las velas que rodeaban la cama. Su piel blanca brillaba como la luz de una estrella; sus ojos irreales, fijos en él, hacían estragos en sus sentimientos; aquel cabello recogido en una trenza solo despertaba en él la tentación de soltarlo; y esa boca hermosa, entreabierta…

Deseaba escucharla gemir, deseaba oírla decir su nombre. No fue mucho el tiempo que logró quedarse sin tocar aquel cuerpo. Rápidamente se posicionó sobre ella, la deseaba y le gustaba que ella supiera que así era. ¿Molesto? Sí. Estaba molesto. Pero solo consigo mismo, solo de pensar que aquel bastardo pudiera siquiera acercarse a Alice, se desarrollaba en él un sentimiento que jamás creyó experimentar. Celos. Sí. Estaba celoso.

Y era lo suficientemente inteligente como para aceptarlo. Tomó sus labios entreabiertos y los besó con cariño y desesperación mientras, con cuidado, se recostaba sobre su cuerpo, sintiendo con exactitud cada borde de ella. Su pecho presionó sus senos; sus piernas se enredaron con las de Alice, y su boca comenzó a

recorrerla como si quisiera reclamar no solo su cuerpo, sino también su alma.

Pronto, el camisón que ella llevaba para dormir resultó ser un estorbo, y William lo apartó de en medio con un gesto rápido, dejando al aire la belleza de su esposa. Cada vez que le hacía el amor, se daba cuenta de lo incontenible que se volvía con ella.

Lo volvía loco y le gustaba demostrárselo, le gustaba escucharla, le gustaba cuando mordía sus labios para contenerse, le encantaba cuando sus dedos apretaban sus hombros, intentando guardar dentro de sí lo que era imposible ocultar para ambos.

Era casi un juego, mientras más se contenía ella, más deseaba William sacarla de sí. A él le daba una satisfacción profunda verla cerrar los ojos y arquearse hacia él, como si pudiera encontrar más placer si lo abrazaba o lo besaba. Le gustaba ver la forma en que ella se abandonaba, su preciosa sonrisa y aquella manera tan especial en que abría los ojos y lo observaba con un cariño que lo rebasaba todo.

William bajó lentamente la cabeza y apoyó la frente contra la de ella, embriagándose de su aroma.

—Te haré el amor cada noche que me digas que podría llegar a odiarte —susurró antes de besar sus labios—. ¿Cómo podría odiar algo de ti, cuando en realidad me gusta todo?

La joven sonrió y buscó su mirada.

Extrañamente, se dio cuenta de que William mantenía los ojos cerrados con fuerza, como si intentara reprimir algún recuerdo o alguna circunstancia, luego él se separó de ella y se recostó a su lado.

—No me engañarías, ¿verdad, Alice? —preguntó en un tono que erizó la piel de la joven.

Alice levantó lentamente la cabeza y subió las manos hasta posicionarlas en las mejillas de su marido, obligándolo a abrir los ojos.

William se topó con los ojos más hermosos que jamás hubiese visto, llenos de cariño, de compasión y ternura.

—William —dijo ella con dulzura—. Recuerda el laberinto de rosas.

El hombre la miró extrañado, por un momento no comprendió lo que su esposa le decía, pero, de pronto, como si algo lo golpeara, recordó aquel día en que perseguía a una joven mujer en dirección a un laberinto: aquellas lágrimas que ella dejaba salir de sus ojos, el abrazo que él le proporcionó para hacerla sentir mejor y esas palabras que ella le dijo: No es mentira.

No era mentira. Sí. No era mentira que Alice estaba enamorada de él desde que se conocieron.

William bajó la mirada hacia su esposa con el afán de besarla, pero ella se encontraba dormida, totalmente recostada sobre él, con

la cabeza en su pecho y la mano tomada de la suya.

La abrazó contra sí y suspiró, quería a su mujer, la adoraba; pero deseaba mantenerla a su lado, y ese maldito hombre solo lo ponía nervioso. Tal vez Alice le había dicho que le gustaba, que aún le seguía gustando, pero quizá a ese otro hombre llegó a amarlo, estar prometidos no era poca cosa y parecía que había regresado decidido a llevársela consigo y no lo permitiría.

Poco a poco fue quedándose dormido hasta que, de un momento a otro, ya no fue consciente del abrazo de su esposa. Solo apreció el calor reconfortante que emanaba de ella.

Despertó más o menos a las cuatro de la mañana, con su mujer aún dormida sobre su cuerpo, no entendía por qué había despertado, normalmente tenía el sueño pesado, pero sus instintos también eran finos como los de un gato, por esa razón, no desconfió de su extraño despertar. Algo pasaba. Lo supo desde que abrió los ojos en medio de aquella oscuridad. Con lentitud y delicadeza comenzó a apartar a su esposa de su cuerpo, logró separarse de ella sin despertarla, dejándola tranquila y desnuda sobre la cama, cubrió su cuerpo con la manta y besó dulcemente su mejilla.

Luego se colocó una bata sobre los hombros y salió de la habitación acompañado de una vela.

No quería alterarla.

Seguramente se trataba solo de algún sirviente intentando acostarse con una mujer ajena y, si esa era la razón, los atraparía y los echaría de la casa.

Alice despertó sola en la cama, era de madrugada y William no estaba. Aquello le pareció extraño, pero nada comparado con el humo que llenaba la habitación, no entendía nada, no veía nada, todo estaba opacado por una bruma espesa que se aferraba a las cuatro paredes de la recámara. Las ventanas estaban cerradas y las puertas bloqueadas.

¿Qué estaba pasando?

Comenzó a toser con fuerza, y la asfixia fue tal que le costó respirar. Se tiró al suelo, tomando de paso su bata para protegerse en caso de que hubiera fuego, entonces se dio cuenta de que, estando en el piso, le resultaba más fácil tomar aire.

Ahora tenía que salir de allí. Se arrastró hacia la puerta de entrada, pero estaba cerrada con llave. Miró a su alrededor, no había señal de fuego, pero el humo era persistente, denso, acosador.

Sus ojos lagrimeaban, y la bruma comenzaba a adormecerla. ¿Qué ocasionaba aquel humo? Tosió de nuevo. ¿De dónde provenía? No intentó con ninguna otra puerta, era obvio que también estarían cerradas. No le costaba trabajo imaginar quién podía hacer tal atrocidad. Las cartas, pensó. La persona de las cartas.

Tosió nuevamente y se arrastró hacia la chimenea, seguro que de ahí salía el humo. La joven se puso de pie, tapándose la nariz lo mejor que pudo, tenía que abrir el tiro de la chimenea, solo era cuestión de jalar una pequeña palanca para que el humo volviera a escapar con normalidad, pero, al llegar, se dio cuenta de que la manija estaba rota.

Clara señal de que todo había sido a propósito.

La querían asfixiar.

Corrió hacia la puerta y golpeó con fuerza, intentando llamar la atención de alguien en el exterior.

—¡William! —gritó, golpeando con los puños la puerta—. ¡Alguien!

Tosió.

—Ayuden…

El calor era inmenso, el humo se colaba por sus fosas nasales y le quemaba la garganta, no podía respirar, se adormecía.

No debía dormirse.

En el piso de abajo, William se encontraba regañando a unos empleados que, tal como había predicho, habían salido con la intención de tener un encuentro romántico. Más furioso estaba por el hecho de que la mujer ni siquiera pertenecía a la casa.

No. No podía tolerar algo como eso.

—¡Lo lamento, mi señor! Os prometo que no volverá a pasar.

—Por su descuido todos los habitantes de esta casa podrían correr riesgo, ¿no se dan cuenta?

En cuanto William acabó de decir aquella frase, un hombre en ropa de dormir llegó hasta ellos, con la respiración entrecortada y una expresión desesperada.

—¡Mi señor! —gritaba—. ¡Mi señor!

—Sí, qué ocurre. No grite, por favor —pidió William.

—¡Mi señor! —ignoró la petición—. ¡La señora! ¡La señora!

—¿Qué? —dijo desesperado al ver la preocupación del hombre—. ¿Qué le pasa a mi mujer?

—¡Está encerrada, mi señor! ¡Hay humo! ¡No podemos abrir!

William no pidió más explicaciones.

Subió corriendo a la alcoba que compartía con su esposa y, tal como le habían informado, el humo se colaba por las hendiduras de la puerta. Las personas reunidas en el pasillo abrieron paso al ver a su señor, sus rostros preocupados revelaban la frustración de quienes no habían podido hacer nada.

—¡La llave! —gritó William—. ¡La maldita llave!

—S-señor, l-la llave de repuesto desapareció —dijo el ama de llaves.

—¡Con un demonio!

Miró la puerta.

—¿Ha hablado?

Los presentes bajaron la cabeza, pero fue una doncella quien alzó la voz y contestó:

—Dejó de pedir ayuda… hace unos minutos.

—¡Abran la puerta! —gritó el hombre—. ¡Ábranla!

Nadie se movió.

—¡Maldita sea, no pienso repetirlo!

—Ella puede estar junto a la puerta, mi señor —se atrevió a decir Peter—. Podemos lastimarla.

—¡Maldición! ¡La puerta de servicio! ¡Rápido!

Una doncella, la misma que había respondido con valentía, tomó a William de la mano y condujo al enorme hombre hacia la puerta escondida que las doncellas utilizaban.

—Intentamos abrirla —dijo la mujer mientras lo guiaba—, pero está bloqueada también.

Cuando llegaron al lugar, por medio de pasadizos oscuros y fríos, William solo necesitó dos patadas para derribar aquella puerta, de la habitación salió una cascada de humo atosigante.

William ni siquiera lo pensó. Se introdujo en la recámara, cubriéndose la nariz con el brazo e intentando mirar entre el espesor.

—¡Ahí está, mi señor! —apuntó la joven doncella, quien inteligentemente se había agachado contra el piso, aunque para ese

momento casi nada era visible—. Junto a la puerta. Está derrumbada.

William corrió hacia el lugar, apartó de su camino cualquier cosa que se interpusiera y tomó el cuerpo desmayado de su esposa. Cuando la cargó, fue como tomar a una mujer sin vida.

Su cabeza y sus brazos cayeron sin fuerza. Estaba viva. De eso se dio cuenta rápidamente, pero el humo en sus pulmones no era nada por lo que pudiera sentirse aliviado.

El hombre bajó las escaleras de servicio con rapidez, sin darse cuenta siquiera de que la doncella venía detrás de él, intentando pasar para ir a traer algo que ayudara a la señora.

—Despierta, por favor —le decía el marqués a su esposa inconsciente—. Alice.

La movió un poco, pero el pálido rostro de su esposa conservaba los ojos cerrados y las facciones relajadas.

—¡Dios santo! —gritó un hombre desconocido para William—. ¡Rápido, una habitación!

Por el tono, William juzgó que era médico y no opuso resistencia.

Eran las siete de la mañana cuando el médico dejó la habitación en la que Alice descansaba. Su rostro mostraba cierta preocupación, pero también alivio. Tal vez las cosas no eran tan graves.

—Excelencia —lo llamó el hombre—. La marquesa está bien.

William sintió cómo un peso se desprendía de sus hombros.

—Inhaló mucho humo, eso sí. Es una condición peligrosa. Por tal motivo, le he administrado varios medicamentos y tónicos. Esperemos que no desarrolle inflamación pulmonar o infección. En caso de fiebre, llámeme. Dormiré en una habitación cercana, si me lo permite.

—Por favor.

William asintió e indicó con la mirada al ama de llaves para que condujera al médico a una habitación.

—Acompáñeme, señor —pidió la mujer, quien aún no se perdonaba la pérdida de la llave extra.

William entró de inmediato a la habitación de su esposa.

Alice dormía. Se veía pálida y relajada. Su respiración era lenta y regular. Hasta el momento no tenía tos ni fiebre, lo cual era un alivio. El hombre tomó una silla y la posicionó junto a la cama, luego tomó la mano blanca de su esposa y la presionó contra sus labios.

—Vamos, Alice —le dijo con la mano de ella contra su boca—. No puedes dejarme. Recupérate.

—Mi señor —llamó de pronto Peter.

—¿Qué? —dijo William, molesto, sin siquiera volver la mirada.

—El humo ha desalojado la recámara…

Peter bajó la mirada.

—Creo que querrá ver esto.

William volvió entonces el rostro y encaró al hombre que lo ayudaba a vestir a diario, su expresión reflejaba una profunda preocupación e incertidumbre.

Eso hizo que William se pusiera de pie.

Miró a su esposa con disculpas, dejó su mano sobre la cama y besó sus labios antes de seguir a Peter hacia la alcoba.

—Alguien cerró el tiro de la chimenea —dijo Peter—. Por eso el humo. Pero…

Levantó la vista hacia el marqués.

—Será mejor que lo vea por sí mismo.

William abrió la puerta de la habitación. El interior, aunque visible, conservaba un claro olor a quemado, los muebles que había tirado para llegar a su esposa seguían sobre el piso, la cama estaba deshecha, y las ventanas permanecían abiertas después de lo ocurrido.

—Las ventanas estaban aseguradas por fuera —dijo Peter—. No sabemos cómo lograron eso.

—¿Qué quieres que vea, además de la clara intención de asesinar a mi esposa? —cuestionó con cierto fastidio.

—Que, al parecer, es alguien cínico. Porque ha dejado algo.

—¿Algo?

—Sígame, señor.

Caminaron hacia la chimenea y miraron el interior.

—¿Qué pasa? —dijo William—. Es solo escombro.

—No, mi señor.

Peter negó.

—Mire allá.

William siguió la dirección que señalaba el dedo de su ayuda de cámara. Tenía razón. Había algo escalofriante en todo aquello. Sobre el negror de las cenizas, reposaba una impecable carta blanca.

Con solo dos palabras escritas en el exterior.

Querida Alice.

CAPÍTULO 17

Alice abrió sus ojos violáceos y tardó unos segundos en acostumbrarse al sol que ya invadía la habitación.

Desde el día en que casi murió asfixiada, todos parecían tener demasiadas consideraciones con ella. La mimaban en exceso, la vigilaban con discreción y le permitían hacer casi cualquier cosa durante el día, como si una palabra suya bastara para alterar el ritmo entero de la casa. Incluso William permanecía en casa hasta lo más tarde que podía y procuraba regresar temprano para estar a su lado.

Justo como en ese momento, eran las ocho de la mañana, el sol ya se hallaba alto sobre el cielo, y los trabajadores comenzaban a acudir a sus respectivas labores. Sin embargo, William seguía en la cama, junto a ella, abrazándola con fuerza contra su cuerpo.

No era que a Alice le desagradara, de hecho, era todo lo contrario; pero algo extraño sucedía. Will parecía mucho más cuidadoso con todo lo que los rodeaba, siempre había sido atento, meticuloso, casi obsesivo con los detalles, pero ahora, cuando se

trataba de ella, aquella cautela se había transformado en una vigilancia feroz.

—Buenos días —dijo él en cuanto notó que ella abría los ojos.

Se encontraba recostado de espaldas, con varias almohadas apiladas detrás de la cabeza y un libro abierto entre las manos, cuando Alice hizo ademán de levantar la cabeza de aquel torso desnudo, William apartó apenas el brazo para dejarle el camino libre.

—¿Por qué sigues en cama? —preguntó ella con voz adormilada —. ¿No irás a trabajar?

—Sí iré.

William estiró el brazo y dejó el ejemplar sobre el buró.

—Solo esperaba a que despertaras.

—Llegarás tarde si sigues haciendo eso —se sonrojó la joven—. Últimamente duermo mucho.

—Lo he notado.

El hombre apartó las sábanas y se sentó en el borde del colchón, estirándose antes de ponerse de pie.

—¿Te has sentido mal? ¿Tienes tos o dolor en el pecho?

—No —respondió ella suavemente—. No te preocupes.

William volvió la mirada hacia su esposa.

Alice seguía sentada en la cama, con las piernas cruzadas y el cabello desordenado como cada mañana. Sus ojos aún no lograban

abrirse por completo, y el camisón, mal acomodado sobre su cuerpo, dejaba entrever un fragmento de su pecho.

—Me preocupo —dijo él, acercándose a la cama— porque lo que ocurrió no fue normal. Incluso dices que no hay ninguna carta de las que querías enseñarme.

—¿Desconfías de mí?

Alice fijó la vista en sus ojos.

—Te juro que no sé qué pasó. En verdad solo…

—No creo que tu intención fuera morir asfixiada —la interrumpió el marqués—. Pero eso me inquieta todavía más.

—William, olvidemos el asunto —pidió ella, elevándose sobre sus rodillas hasta quedar a la altura de la barbilla de su marido—. Solo era un juego. Alguien quiso asustarme.

—O asfixiarte.

—No sabemos qué pasó —negó la joven—. Tal vez fue un accidente.

William suspiró. No creía que las cosas fueran tan simples, lo sucedido no parecía un accidente, sino un acto premeditado y, si ese era el caso, Alice se había salvado por muy poco.

Aun así, no deseaba preocuparla más.

Cada vez que el tema de las cartas salía a la luz entre ellos, su esposa parecía al borde de un ataque de nervios, y la angustia le

provocaba una alarmante falta de aire; por esa razón, William se limitó a colocar sus grandes manos alrededor de su cintura y se inclinó para plantar un beso dulce y prolongado en los labios de su mujer.

—No te preocupes más —dijo—. Esto no tiene relevancia ahora.

Le acarició la mejilla. Después se estiró hasta el buró, tomó su reloj de bolsillo, lo abrió y miró la hora apenas un segundo.

—Tengo que irme.

Le dio otro beso.

—Nos vemos en un rato.

—Sí.

—¿Qué harás hoy? —preguntó él mientras comenzaba a cambiarse con ayuda de ella.

—Iré con Anna —sonrió Alice—. Quiero hablar con ella de algo.

—"Algo" —repitió él—. ¿No puedo saber qué es ese "algo"?

—No.

Ella sonrió con inocencia, quitando una pequeña pelusa de la chaqueta de su esposo.

—Pero te informaré cómo me fue.

—Bien.

William le besó la nariz.

—Suerte con ello, entonces.

En cuanto su marido salió de la habitación, Alice tomó rápidamente un vestido y se lo colocó ella misma, no tenía tiempo que perder, estaba segura de que, si no llegaba a tiempo, aquel terrible hombre la dejaría plantada.

Él no era de los que esperaban por una mujer, bueno, solo por una y esa mujer no estaría presente en aquella reunión.

Alice bajó las escaleras con rapidez, deteniéndose únicamente para saludar al mayordomo y a la señora Pakins.

Algo sospechaba la joven estaba casi segura de que aquellos dos mantenían alguna clase de relación, no era fácil descubrirlos, desde luego, pero solían esconderse de las miradas cuando susurraban cosas y se lanzaban gestos llenos de significado, al menos para ellos.

Se encogió de hombros y subió al carruaje, no tenía tiempo para desvelar un misterio tan banal como el amorío de unos empleados, aunque seguramente William sí se molestaría.

Eran las diez de la mañana cuando Alice Charpentier entró en Le Meurice, donde se había citado con el temido Thomas Hamilton, esposo de su ahora prima política Annabella. La marquesa buscó entre la gente al distinguido y apuesto caballero, lo cual resultó sencillo si se tomaba en cuenta que todas las miradas recaían en él.

Bueno, todas las miradas femeninas.

Alice caminó trémula hasta la mesa y sonrió apenas cuando aquel hombre de impresionantes ojos azules clavó en ella su atención.

Thomas Hamilton la examinó de arriba abajo, como si hiciera un análisis completo de su persona con una sola mirada, era peor que William en ese aspecto. Al menos su marido disimulaba cuando estudiaba a alguien; Thomas, en cambio, lo hacía de manera tan evidente como escalofriante.

—Siéntese, Alice Miller —pidió Thomas y su voz la atravesó como un relámpago—. No acostumbro devorar a mis invitados.

—Soy Alice…

—Charpentier —terminó él—. Pero el problema no está en ese apellido, sino en alguien que aún la llama como lo he hecho yo.

La joven se impresionó por la capacidad de aquel hombre y por el alcance de la información a la que tenía acceso. Según William, solo unos pocos sabían lo ocurrido, pero al parecer su querido pariente lo había descubierto por sus propios medios.

—Sí —dijo ella con voz muy baja, dejándose caer sobre la silla que Thomas le indicaba con la mano—. ¿Cómo lo sabe?

—Yo lo sé todo —respondió él, vanidoso—. Pero no hemos venido a hablar de eso. Ahora dígame: ¿por qué me citó? ¿Sabe lo mucho que me costó hacer que Annabella no viniera?

—Lo siento.

Alice bajó la cabeza.

—No quiero involucrarla.

—Al involucrarme a mí, la involucra a ella —la cortó el hombre—. Yo decidiré qué hacer, le advierto que, si toda esta situación pone en riesgo a mi familia, no participaré.

—Entiendo.

—Bien.

Thomas se recostó sobre su asiento, sus ojos penetrantes no dejaban de analizarla, observando cada detalle de su rostro.

—¿Hace cuánto comenzó?

—Unos días después de que me casara con William.

—¿Había pasado antes?

—No.

—¿Tiene alguna carta?

—No. Recientemente se quemaron todas en el incendio.

—No es verdad.

Thomas negó con calma.

—Creo que William tiene una.

—¿William?

—Sí.

Thomas tomó su taza de café y bebió un poco.

—Pero no sé dónde pudo haberla escondido. Creo que ahí habrá algunas respuestas. Si la encuentra y me la trae, podría ayudarla.

—¿Quitarle a William algo? —se exaltó la joven—. Eso es…

—Difícil —asintió Thomas—. Pero imposible, no.

—William guarda todo en lugares distintos. No hay persona que conozca Millentmont como él.

—Se equivoca.

Alice levantó la vista y se fijó en el semblante interesado que mantenía el esposo de su amiga.

—Existe una persona que conoce a William mejor que nadie. Incluso mejor que usted.

Aquello le dolió, aunque no podía demostrarlo.

Conocía a Thomas Hamilton, era sincero, no rodeaba las cosas. Directo, frío y certero como solo él podía serlo.

—La respuesta es sencilla —continuó él—, y creo que ya la sabe.

—Katherine.

—Bien hecho.

Thomas asintió.

—Pídale ayuda. Si consigue la carta, tendremos de dónde partir.

—¿Cree que pueda ayudarme?

El hombre se cruzó de brazos y sonrió con una arrogancia que habría molestado a muchos.

Pero Alice solo pudo admirarlo.

—No sabe usted quién soy yo —dijo con absoluta seguridad—. Y será mejor que siga sin saberlo.

Se puso en pie.

—Haga lo que le digo y veremos cómo resulta todo.

—Lord Hamilton.

Alice también se levantó, llamando su atención.

—Gracias.

—Thomas —corrigió él—. Somos familia. La trato así porque William es demasiado celoso y, si alguien nos ve juntos, seguro pensará mal, aunque sabe que amo a mi mujer y a mis hijos.

Sonrió apenas.

—A veces es irracional. Como sea, me voy.

—Gracias de nuevo —se inclinó la joven.

Alice se dejó caer sobre la silla y sonrió.

Era el hombre más difícil con el que había hablado, si es que podía decirse que hablaron, no entendía cómo Annabella había logrado amar y hacerse amar por alguien como él. Thomas Hamilton era duro, terco, frío y controlador; aquello se notaba con rapidez. Comparado con él, William parecía casi dócil. Aunque, por la forma en que Thomas se refería a su esposo, parecía tenerle un gran respeto.

Bien. Ahora tenía que encontrar esa carta y, para ello, hacía falta una ayuda pelirroja, pero Katherine no brindaría su mano si no se le informaba el trasfondo de la situación.

¿Debía mentirle? Tal vez bastaría con preguntarle por los escondites de William sin indicar qué buscaba.

—Señora Charpentier.

Una voz rozagante y taladrante se alzó a los oídos de Alice.

—Duquesa de Montsenpier.

La joven se puso de pie para hacer una leve inclinación.

—Vi a un hombre aquí anteriormente —sonrió la mujer, con suspicacia y una evidente mala intención.

—Sí. Era mi primo político. Íbamos a desayunar junto con su esposa, pero al final Annabella se sintió mal y tuvieron que retirarse.

—Yo no vi a ninguna mujer —levantó una ceja—. Además de usted.

—Iba a llegar por separado —mintió Alice—. Nos informaron que se sentía mal.

—¿En serio? No vi a ningún mesero.

—Habrá fallado su vista, en ese caso.

Alice sonrió con dulzura.

—No podía estar atenta a nosotros todo el tiempo.

La duquesa de Montsenpier frunció el ceño y asintió.

—Tiene razón.

Tomó una silla y se sentó en ella.

—¿Quiere compañía para su desayuno?

—En realidad, me estaba marchando.

—Seguro tendrá tiempo para alguien que se preocupa por usted.

—¿Preocupada?

Alice volvió la cabeza hacia ella.

—Supe lo que pasó en su casa…

La duquesa negó con fingida tristeza.

—Qué terrible tener gente desleal dentro de sus aposentos.

—¿Cómo sabe…?

—William me lo dijo.

—¿William?

Alice dudó. No creía que su marido se pusiera en semejante evidencia. Él era de los que prefería esconder sus problemas, y decírselo a la duquesa de Montsenpier no era una buena forma de mantenerlos ocultos.

—Sí, querida. ¿No sabe que voy mucho a Versalles?

La mujer sonrió.

—¡Oh, por cierto! ¿Necesita ayuda con lo del banquete? Supongo que tendrá todo listo.

Alice frunció el ceño. ¿Banquete? No recordaba… De pronto, abrió los ojos como platos y, si no hubiera tenido que conservar la compostura, se habría golpeado la frente con fuerza.

¡El banquete! Se suponía que ellos debían organizarlo en esa ocasión. William ni siquiera lo había mencionado, no es que debiera hacerlo, porque ya se lo había informado con anterioridad. Habían pasado tantas cosas que simplemente lo olvidó por completo.

—No necesito ayuda, duquesa. Lo tengo todo cubierto.

Alice se puso de pie y se inclinó ante la mujer de mayor rango.

—Si me disculpa.

Deseaba correr en ese momento, pero la duquesa de Montsenpier jamás le dejaba las cosas tan fáciles.

—¿Tiene prisa? —preguntó antes de que Alice pudiera dar un paso.

—Tengo que pasar a ver a una amiga a quien le debo una visita.

—¿En verdad? —La duquesa sonrió—. ¿Puedo acompañarla?

—Yo…

Alice bajó la mirada y tomó aire.

—En realidad, esperaba ir sola. Deseo ponerme al corriente con ella en muchas cosas.

—Y no soy apta para oírlo, supongo.

—Espero que no se sienta ofendida.

Con aquella respuesta, la joven decía, en pocas palabras, que la duquesa de Montsenpier no era bienvenida. La mujer se puso de pie con una grácil economía de movimientos y se colocó frente a ella.

—Por supuesto que no —susurró—. Ya habrá oportunidad para hablar después.

—E-eso creo.

Alice asintió.

—Con su permiso.

La duquesa sonrió con seguridad, indicándole la salida con una mano. Alice se sintió azorada por aquella confianza, pero no dudó en caminar hacia la puerta para librarse de esa odiosa mujer que solo entablaba conversación para molestarla.

Al menos eso creía ella.

William estaba en su oficina. En apariencia, conservaba la normalidad usual, como siempre, era diligente con su trabajo. La seriedad con que se manejaba resultaba habitual y llevadera; sus reuniones tenían el éxito esperado y sus órdenes eran claras como el agua, sin embargo, su cerebro no podía estar más revuelto.

A pesar de ser un hombre con suficiente capacidad para manejar varias cosas a la vez, el asunto de su esposa lo atosigaba constantemente. Era casi como si tres cuartas partes de su mente estuvieran ocupadas por ese problema.

—Señor —habló su secretario—. Tiene una reunión en dos minutos.

William se recostó sobre su asiento de cuero y posicionó dos dedos sobre el puente de la nariz.

—Iré enseguida.

—Sí, señor.

Frederick, un tanto preocupado por el presidente del Consejo, se atrevió a saltarse todas las normas y formular una pregunta personal.

—¿Se encuentra bien, señor?

—No, Frederick. En realidad, no.

Lo miró apenas un segundo.

—Nada de lo que deba preocuparte.

Hizo una pausa y retomó su tono habitual.

—Prepara la sala para atender al embajador.

—Sí, señor.

William tomó la pluma e hizo como si fuera a firmar algún papel importante. Aquella fachada desapareció en cuanto Frederick abandonó el despacho y lo dejó en la soledad que necesitaba.

El hombre suspiró profundamente, estaba cansado, en las noches apenas dormía, notaba que Alice tampoco lo hacía bien desde hacía días y era normal que estuviera alterada, pero no le agradaba nada aquella descompensación de sueño, ni su falta de apetito.

Todo parecía insinuar que estaba embarazada. No podía comprobarlo, desde luego, pero algo le decía que su esposa esperaba a su primer hijo y, de ser verdad, aquel niño no llegaba en

buen momento. Se alegraría de que Alice estuviese embarazada, cualquier hombre lo haría, pero, con las cosas que comenzaban a suceder, no podía más que preocuparse por la vida de ese pequeño.

¿Quién querría hacerles daño? ¿Quién estaría dispuesto a lastimar a una mujer como Alice? ¿Y por qué razón? Por un momento había pensado en el bastardo recién llegado. Lucca Fridckford. Pero, si recordaba bien, él quería recuperarla, no asesinarla.

En su criterio, quedaba descartado.

William posicionó una mano sobre su boca y, por un segundo, dejó que el estrés se reflejara en su rostro, por primera vez en su vida, no sabía qué hacer, era frustrante.

Abrió un cajón de su escritorio, revelando ante sus ojos aquella carta blanca, un poco manchada de hollín. Estaba completamente cerrada. William no había tocado el sello de aquella nota, el caso era simple: no iba dirigida a él y, lastimosamente, William era un hombre que respetaba la privacidad.

Tomando eso en cuenta, abrir aquella carta significaría romper con una parte cimentada de su personalidad, la tenía consigo todo el tiempo, en algunas ocasiones estuvo a punto de abrirla, pero simplemente no podía hacerlo.

Maldijo en voz alta y metió la carta en su chaqueta, la abriría después de esa maldita reunión, vería, de una vez por todas, lo que

esa persona quería decirle a su esposa.

Y mientras tanto, en una casa no muy lejana al centro, dos hermosas mujeres estaban sentadas en una salita de té usada expresamente por la madre de los Charpentier.

Katherine Wellington se había adueñado de la pequeña estancia para conversar con su más antigua amiga, Alice, esposa de su hermano, quien al parecer venía con una petición importante.

Al menos eso había dicho.

—¿Qué quieres qué? —preguntó la hermosa pelirroja cuando Alice desveló su pregunta.

—Quiero saber los escondites de William —repitió Alice con paciencia—. Los lugares donde guarda las cosas más preciadas.

—¡Dios mío! ¿A qué quieres jugar con él?

Katherine sonrió con una malicia descarada.

—¿Le dejarás pistas para encontrarte?

—¡Kate! —exclamó la joven—. Por favor.

—No lo haré si no me dices para qué es.

La pelirroja se cruzó de brazos, logrando verse como una niña berrinchuda a pesar de sus tres hijos y sus largos años de matrimonio.

Al ver la inflexibilidad de su amiga, Alice suspiró.

—¡Bien! —se quejó la ahora cuñada—. Sí. Es para lo que dices.

Mintió.

—¡Por Dios!

Katherine se tapó la boca, extasiada con aquella respuesta.

—¡Oh, Dios! ¡Tardaré años en quitarme la imagen de la cabeza!

Soltó una carcajada.

—¿Qué imagen? —preguntó Alice, exasperada.

—La tuya y la de mi hermano… —Se estremeció—. ¡Agh! ¡Iugh!

—¡Katherine! ¿Podrías, por favor, dejarte de niñerías y decirme?

La pelirroja se mostró impresionada por la dureza que Alice utilizó en su contra. Normalmente ella no era así. De hecho, Kate estaba sorprendida al ver que ni siquiera enrojecía ni se avergonzaba por lo que acababa de insinuar.

—Bien —dijo, admirada—. Si quieres el lugar más escondido, aquel donde guarda las cosas que más le preocupan o las que más aprecia…

—¿Sí?

—Es consigo mismo. —Katherine se encogió de hombros—. Cuando algo le preocupa o no quiere que nadie lo vea, lo trae encima.

—¿Encima?

Alice decayó.

—Sí —asintió la joven—. Es listo, como ya lo sabrás.

—Desafortunadamente.

Alice asintió, desanimada. Katherine la observó con atención.

—¿Sabes? No te creo lo del asunto íntimo entre marido y mujer.

Alice se sonrojó esta vez. No tanto por las palabras de su amiga, sino por haber sido descubierta.

—No sé qué les pasa —continuó Katherine—, pero, si necesitas ayuda, puedo decirle a Adam…

—¿Cuándo dices que se marchan? —cambió de tema Alice—. Me gustaría que fueran al banquete.

Katherine pestañeó, desconcertada.

—En dos semanas.

—¡Una lástima! —Alice se puso de pie y sonrió—. No alcanzarán. Me saludas a los niños y a Adam.

—¡Alice! —la llamó cuando su cuñada ya giraba el picaporte.

—¿Sí?

Alice volvió el rostro hacia la pelirroja.

—Sabes que cuentas conmigo.

Lo sabía, pero no quería que fueran contra la familia de Katherine.

Ya bastante hacía con involucrar a la familia de Annabella. Aunque, en ese caso, lo hizo por las probabilidades que lord Hamilton tenía de ayudarla. Además, tenía la vaga sensación de que,

si Thomas sospechaba que el peligro iba más allá de él, sabría tomar las medidas necesarias para que nada les sucediera a Annabella y a sus hijos.

Uno nacido, otro por nacer.

En cambio, aunque Adam tenía mucho poder, debía mantenerse en Londres, era mejor que se marcharan a Inglaterra.

—Lo sé.

Alice asintió, abrió la puerta y dejó a Katherine de pie en medio de aquella acogedora sala de estar, casi salió corriendo de la casa de sus suegros, sabía bien que Katherine era persistente y, si la curiosidad le picaba lo suficiente, seguramente la seguiría por todo el lugar para arrancarle respuestas.

Agradecía en ese momento que la casa de los padres de William estuviera en el bullicio de la ciudad y no a las afueras, como Millentmont. La gente ayudaría a que Katherine abandonara la idea de seguirla, aunque también era consciente de que podía ir a buscarla cuando quisiera, no era como si la pelirroja no conociera el camino hacia la casa donde había vivido toda su vida.

Iba tan concentrada en no ser encontrada por Katherine que olvidó que ella también podía ser encontrada y, como era de esperarse, se topó con la persona que menos deseaba ver. Le fue prácticamente imposible no chocar con aquel hombre que caminaba

hacia ella y que la sostuvo para impedir que cayera de cara contra el empedrado.

—Lo siento —comenzó a disculparse la joven, deshaciéndose de los brazos que la protegieron.

—Descuida —dijo la voz de Lucca—. Estaba acostumbrado a hacerlo.

Alice dejó de sacudirse el vestido y alzó rápidamente el rostro, se encontró con la sonrisa problemática de su antiguo prometido. Aquellos ojos conocidos, la boca, su cabello… Sí. Era hora de largarse.

—Con permiso —dijo, tomando el vestido para caminar rápido.

—Espera.

Lucca le tomó el brazo.

Alice lo apartó de forma brusca y le lanzó una mirada enfurecida.

—¿Sí? Dígame —respondió con frialdad—. No necesito que me toquen para poner atención.

Lucca levantó una ceja, sorprendido, y dio un paso atrás.

—No recordaba que fueras así.

—La gente cambia.

Alice se cruzó de brazos y miró hacia el otro lado de la calle.

—Lamento que fuera por mi culpa. —El hombre bajó la mirada con pesar—. Siempre creí que eras perfecta.

—No lo demostraste.

—No… —Bajó el tono—. Pero tuve una buena razón.

—¿En serio?

Alice sonrió con un cinismo que no le pertenecía del todo.

—Alice —la llamó él con ternura—. Yo te amaba… Te sigo amando.

—Qué lástima.

—¿Me vas a escuchar? —preguntó él, algo furioso.

—¡No! —Alice alzó la voz y sus facciones normalmente angelicales se contrajeron entre el enojo y el llanto—. No quiero escucharte.

—Alice. —Lucca la tomó de los brazos—. Quiero explicarte.

—¿Una justificación con el poder para hacer que no te odie?

—Sí. —Alice se quedó sorprendida por la convicción con que Lucca hablaba, era la forma de hablar de alguien que decía la verdad. El hombre sonrió al ver el rostro de la ahora marquesa, la conocía lo suficiente como para estar seguro de lo que veía en ella. —Me crees, ¿verdad? Solo dame quince minutos.

—A William no…

—Ya lo sé. —Lucca asintió—. Pero es necesario.

—Entonces espera a que esté con él.

—No puedo decírselo —Negó—. Te pondría en peligro.

Alice sintió un nudo en el estómago.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que sabes?

—Vienen por él.

—¿Quién? —preguntó la joven, asustada.

—Vamos, Alice. No podemos seguir hablando aquí, sabes que lo que te digo es verdad. —Miró a su alrededor con inseguridad y luego clavó los ojos en los de ella—. Esas cartas no solo te llegan a ti.

CAPÍTULO 18

William caminaba por la ciudad.

De momento, no tenía otra cosa que hacer más que despejar su mente, y aquello le venía bien, estaba tan ocupado con tantos asuntos que apenas lograba cavilar con claridad, justamente pensaba en eso cuando algo llamó su atención.

Su esposa. Sí. Alice estaba hablando con alguien en plena calle. Parecía alterada; incluso desde la distancia, William alcanzaba a percibir en ella un llanto contenido, volvió entonces la mirada hacia la persona con la que discutía.

No pudo haberse sentido más enervado.

Ese maldito bastardo, se atrevía a asediarla en público, cuando ella no tenía a nadie a su alrededor. A su esposa. A la esposa del presidente del Consejo. ¡Era una desfachatez!

William avanzó con paso dominante, su rostro mostraba una rivalidad nunca vista, ni siquiera cuando debatía en el Senado y aquello se debía a que, por primera vez, no estaba peleando por una ley, por una reforma ni por Francia.

Estaba peleando por algo suyo. ¡Por todo lo bueno! Ella era su esposa. ¿No podían siquiera respetar eso? Hasta podía estar esperando un hijo suyo en ese momento. Llegó hasta ellos justo cuando aquel hombre planteaba su última pregunta:

—¿Podemos vernos en otro lado?

Aquello lo desquició y sin poder contenerse, William tomó al hombre por la camisa y lo sorprendió al estrellarlo contra la pared.

—¿Verse dónde y con qué motivo? —preguntó.

Sus ojos eran fríos, duros, casi negros. El demonio vivía dentro de él, al menos eso decía mucha gente cuando lo veía enfurecido.

—¡William! —se alteró Alice—. William, por favor, no hagas esto.

—Dije —ignoró él, sin apartar los ojos de Lucca—: ¿con qué motivo?

—¡Suéltame! —Lucca consiguió apartarse con un fuerte zarandeo —. ¡La pones en peligro! ¡Es por su protección! ¡Debes alejarte de ella!

—Maldita sea…

William dio un paso hacia delante, pero Alice se interpuso en su camino y lo miró con súplica.

La joven tuvo que alzar mucho la cabeza para que su marido pudiera ver sus ojos, pues William le llevaba bastante altura. El marqués volvió el rostro hacia un lado y apretó la mandíbula con

tanta fuerza que Alice pensó, por un instante, que se rompería algún diente.

—Acompáñame a casa, William —suplicó ella, abrazándose a su cuerpo con fuerza—. Por favor, acompáñame a casa.

William tardó en responder. Finalmente, dio un asentimiento de cabeza, giró sobre sus talones y comenzó a caminar lentamente hacia el carruaje. Alice observó aquel silencioso proceder, tendría problemas, miró entonces a su antiguo prometido y suspiró.

—No sé qué intentas —le dijo—, pero lo último que quiero es tener problemas con él.

—¡Él es quien se ha alterado de la nada! —apuntó Lucca.

—Cállate —pidió la joven—. Ya han causado suficiente escándalo.

Miró alrededor, no era mucha la gente que los observaba, pero con esa poca bastaba para esparcir el chisme.

Alice dio media vuelta y estaba a punto de caminar cuando volvió a sentir que Lucca le tomaba el brazo.

—Es peligroso, Alice —insistió él—. Corres peligro. Él también.

El corazón de la joven palpitó con fuerza. Se sintió un poco mareada, y las palabras de Lucca se trabaron en su cabeza.

—Déjame verte. Deja que te explique lo que pasa —pidió el hombre.

Alice dudó. ¿Qué podía saber él? Al mismo tiempo, algo le decía que no mentía. Sabía lo de las cartas. Quería hablar con ella sobre

eso. Pero no comprendía cómo estaba involucrado.

¿Acaso su deserción el día de la boda también tenía algo que ver?

Alice miró hacia la carroza, donde su esposo los observaba con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Bajó la cabeza, tomó aire y regresó la mirada hacia Lucca. Asintió.

—Dime dónde y cuándo.

—Te escribiré.

—Yo no…

—Vete —dijo Lucca, mirando sobre el hombro de ella—. O volverá.

El viaje que siguió al enfrentamiento entre William y Lucca fue silencioso e incómodo.

Su marido no hablaba, es más, apenas la miraba. Estaba furioso. Se notaba en cada parte de su cuerpo contraído, su seriedad apenas podía compararse con el nerviosismo de Alice, sabía lo que debía de estar pensando, y eso la asustaba. ¿Acaso la repudiaría? ¿En serio pensaría que ella lo estaba engañando?

—Baja del carruaje, Alice —dijo la voz fría de su marido—. Te están ofreciendo ayuda desde hace una hora.

Alice volvió el rostro hacia la puerta, apenas y notó que la carroza se había detenido y que el mozo le ofrecía la mano para ayudarla a bajar. Cuando estuvo en el suelo y William también, la joven se

mostró confundida con su proceder, su marido no hacía nada, permanecía de pie en el lugar, mirando hacia lo alto de su casa.

—¿No piensas entrar? —inquirió él sin mirarla.

—¿Tú lo harás? —preguntó ella.

William le dirigió una mirada sarcástica y sonrió.

—Es mi casa, ¿cierto?

—Sí.

Por alguna razón, la forma en que había pronunciado aquella frase la excluyó de pronto.

"Es mi casa", había dicho; normalmente decía "nuestra".

—Camina, Alice. Comienzas a desesperarme.

Alice obedeció aquella orden dura y caminó hacia la casa. La puerta de entrada se mantenía abierta gracias al mayordomo, que los había visto llegar. En cuanto pisaron el vestíbulo, William siguió caminando en dirección a su despacho. La muestra definitiva de que no la deseaba allí fue el tremendo portazo con que cerró.

Alice sabía que hacía algo estúpido, pero lo siguió.

Antes siquiera de tocar, lo escuchó hablar con dureza y ordenar que alguien saliera del lugar. Un segundo después, Peter abrió la puerta y salió con una expresión divertida, aparentemente disfrutando del momento de furia de su señor.

—No le conviene, mi señora —se burló—. Muy pocas veces he visto a la bestia salir de su escondite.

—¿La bestia? —preguntó Alice con inocencia.

—¿Usted cree en esa fachada de hombre controlado? —rio Peter —. Es más explosivo que la pólvora, todo el mundo piensa que no tiene sentimientos, pero yo creo que es más sensible que nadie.

—¿William? ¿Sensible?

—Sí.

Peter asintió.

—Con su permiso, señora.

Alice inclinó la cabeza y miró hacia el interior del despacho. William se encontraba de pie frente al piano, con ambas manos apoyadas sobre la superficie, como si estuviera a punto de enfermar.

—William —lo llamó quedamente.

Al escuchar la voz de su esposa, él se irguió, pero no se volvió. Permaneció frente al piano, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón y respirando con una tranquilidad demasiado forzada.

—¿Qué pasa? —preguntó, controlado.

—Yo…

Alice bajó la mirada y tomó valor.

—Vengo a explicarte.

Entró en el despacho y cerró la puerta tras de sí.

—En este momento no tengo deseos de escuchar nada —dijo él —. ¿Me harías el favor de marcharte?

—No.

William volvió la cabeza, sorprendido. No podía creer que fuera ella quien le diera una negativa tan rotunda.

—No dejaré que pienses que te engaño —se adelantó unos pasos —. Porque no es así.

—¿Ah, no?

William sonrió con sarcasmo, evadiéndola para tomar un vaso y verter licor en él.

—¿Que tu antiguo prometido te pidiera una cita no es suficiente motivo de sospecha?

—Sí lo es —afirmó Alice, girándose para verlo tomar su copa—. Por esa razón estoy aquí.

—¿Quieres excusarte?

—Quiero decirte lo que pasó.

—No quiero oírlo.

—¡Por qué eres tan terco! —se exasperó—. ¡No dejas que te explique!

—No.

William dio tres zancadas rápidas y la tomó por los brazos, acercándola a su rostro descompuesto por la furia.

—No quiero oírte porque me enfurezco —dijo con rabia—. Porque solo pensar que todo lo que cruza por mi cabeza es cierto me vuelve loco. Porque esas palabras, ese encuentro, me hacen querer recordarte quién es quien te hace el amor cada noche. Quién es quien te ve despertar. Recordarte cuál es el nombre que pronuncias cuando pierdes el juicio entre mis brazos.

Alice abrió los ojos, estremecida.

—Porque eres mía —continuó William, con la voz más baja, pero mucho más peligrosa—. Tal vez no te das cuenta, pero me perteneces. Y yo no comparto con nadie.

La soltó como si ella quemara y se alejó. Alice se sonrojó y sonrió. Sí. Sonrió, porque por primera vez se dio cuenta de lo celoso que William estaba, de lo mucho que le importaba, de cuánto la quería, aunque él mismo aún no supiera nombrarlo.

—No necesitas preocuparte tanto —le dijo suavemente—. ¿No te dije que nunca te engañaría?

—Las mentiras no funcionan conmigo —le dio la espalda, alzando el vaso para beber otro trago—. Lo sabes.

—Por esa razón te darás cuenta de que no lo estoy haciendo.

Alice se acercó y lo abrazó por la espalda.

—Yo no podría estar con nadie más que no fueras tú. No puedo ni imaginármelo…

Apretó con más fuerza aquel abrazo y susurró:

—No puedo desear a nadie más.

William seguía inquebrantable, no cedía ante el abrazo ni ante las palabras de su esposa, pero Alice también era persistente, por ello rodeó el cuerpo de su marido hasta quedar frente a él. Desde su pequeña estatura podía admirar aquel ceño completamente fruncido, los labios apretados, la mandíbula contraída. Todo era indicio del desconcierto y del enojo que lo dominaban.

—Yo tampoco —dijo él después de un rato, bajando lentamente la mirada hacia ella—. Yo tampoco puedo mirar a nadie que no seas tú.

Le acarició el rostro.

—Por eso no te permitiré ir a esa reunión.

—William, escucha. Él dice que sabe lo que está pasando.

—No me pidas eso, Alice.

William negó.

—No puedo permitirme dejarte ir sola a su encuentro.

—William…

Él la besó. Un beso pasional que la dejó desconcertada y, tal como él pretendía, callada. La tomó por la cintura, elevándola lo suficiente para sentarla sobre el escritorio del despacho. Comenzó a besarle los hombros, el cuello y la parte alta del pecho con una intensidad posesiva que borró las palabras de Alice por completo.

Ella pasó las manos por el cabello sedoso de su marido, acercándolo más, permitiéndole reclamarla allí mismo, en una estancia que nada tenía que ver con la recámara y, precisamente por eso, parecía más indecorosa. Más tarde, cuando ambos recuperaron el aliento, William ayudaba a su esposa a colocarse el vestido nuevamente, no resultaba muy eficaz, puesto que seguía esparciendo besos por su espalda y sus hombros.

—William —habló Alice cuando él terminaba de abrochar los botones de su vestido—. ¿Tienes algo que es mío?

—Sí, cariño. Tengo muchas cosas.

Lo dijo con una picardía que aludía sin pudor a lo que acababa de ocurrir entre ellos.

—¡No, William!

La joven se sonrojó.

—Hablo… hablo de una carta.

—Una carta…

William fingió pensarlo.

—No. No la tengo.

Alice dio media vuelta y lo miró impresionada; William no mentía nunca, al menos no que ella supiera. ¿Por qué comenzaba a hacerlo justo ahora? Aquello le daba más indicios de que sí la tenía.

—¿Qué? —sonrió él con tranquilidad, dando un beso en su boca.

—Nada —lo miró consternada—. Solo creí que la tenías.

—Pues no.

William se irguió y caminó por el despacho.

—William. —Alice detuvo—. Jamás me ocultarías cosas, ¿verdad?

Él sonrió y besó con ternura la frente de su esposa.

—Solo si tú no lo haces. —Con eso le daba todas las respuestas. William, en pocas palabras, le decía que no pidiera algo que ella misma no estaba dispuesta a dar—. Bien, tengo que regresar, espero que no vuelvas a salir esta tarde. El día parece nublado y no quiero que te resfríes con la lluvia.

Alice estaba un poco perdida, seguía pensando en la carta que William le ocultaba, sin ella, Thomas no podría ayudarla, no avanzarían en ninguna dirección, probablemente seguiría recibiendo todas aquellas notas sin tener oportunidad de tocar una más.

—Me quedaré —dijo al fin—. Tengo ganas de practicar piano.

William volvió los ojos hacia ella mientras terminaba de abotonarse la chaqueta, la duda se reflejaba en las tres arrugas que se formaban en su frente, pero no dijo nada. Se irguió, como siempre, y asintió. No le quedaba más opción que creer que decía la verdad.

—Volveré para la cena —dijo—. Tienes que organizar el banquete del Senado. Supongo que recuerdas que estás a cargo de ello.

—Sí —respondió ella con seguridad. En realidad, era un alivio que se lo hubiese recordado—. Tengo muchas cosas que hacer.

William colocó su reloj de bolsillo en el chaleco y dio su atuendo por terminado, se acercó a su mujer y besó dulcemente su frente, algo de duda seguía fijo en su interior, pero no podía mantenerse más tiempo en casa. Alice notó aquella duda espantosa. No quería que pensara que era posible que ella lo engañara, de hecho, desde el día en que William le preguntó aquello mientras estaban juntos, había sentido un terrible arrepentimiento por hacerlo dudar.

Ella lo amaba.

No podía creer que su marido no se diera cuenta.

—William —lo llamó antes de que saliera de la habitación.

Su marido la miró con una ceja levantada, esperando a que dijera algo. En lugar de eso, Alice prácticamente corrió hacia él y se lanzó a sus brazos, enredando sus delgadas manos en el cabello negro de su marido para plantarle un beso que él, ciertamente, no esperaba.

—¿Planeas retenerme aquí? —sonrió William.

—Me gustaría decir que sí —respondió Alice, apoyando de nuevo los talones en el suelo, puesto que se había puesto de puntillas para alcanzar los labios de su marido—. Pero no eres mío.

—¿Qué?

William ladeó la cabeza con dulzura.

—Le perteneces a Francia. Y yo comprendo que debo compartir.

—Soy tuyo.

Le besó los labios, mordiéndola apenas antes de apartarse.

—Solo que tengo trabajo.

Alice sintió aquellas palabras en lo más profundo de su ser. Una sonrisa preciosa salió desde su corazón y se reflejó hasta en sus ojos.

—Te veré más tarde.

—Cuídate, por favor, Alice —pidió él, recordando las sospechas que tenía sobre el posible embarazo de su esposa.

—Tranquilo.

Ella le tocó la mejilla.

—Estaré bien.

William asintió una vez más y, en esa ocasión, nadie lo retuvo en la casa, por fin pudo marcharse a trabajar.

Alice, en cambio, casi arrancó el cordón de la campanilla por la fuerza y la constancia con que tiró de él. Una pobre doncella, totalmente desorientada, abrió la puerta de la habitación, pensando que la señora se encontraba en algún problema.

—Ayúdame con el vestido —pidió Alice, alterada—. Rápido, Cassidy, por favor.

—Sí, señora.

La joven doncella asintió, aliviada de que solo se tratara de eso.

Alice tenía prisa. No deseaba que el correo pasara por otras manos que no fueran las suyas. Sabía perfectamente que la señora Pakins acostumbraba a revisar las cartas a las diez.

Era tarde, pero todavía alcanzaba a quitarle la correspondencia a aquella mujer despreciable, que seguramente correría con William para contarle todo como si fuera una falta gravísima.

La joven marquesa bajó prácticamente corriendo las escaleras, y decir que atacó al mayordomo sería una forma amable de describir lo ocurrido. Tal como sospechaba, había dos cartas destinadas a ella, una con su apellido de soltera, otra con su nombre de casada, una de la persona que los amenazaba y la otra, de Lucca Fridckford.

Eso pensaba ella. Seguramente William tenía bajo su resguardo el resto de las cartas que iban dirigidas a ella, tal vez lo hacía para protegerla, pero era una violación a su privacidad.

De hecho, no creía a William capaz de algo semejante.

Sin importar nada más, abrió primero la carta de Lucca, en la que seguramente le diría dónde se verían para la supuesta explicación que debía darle.

Alice:

Esto no puede extenderse más. Me alejé por una razón, y para este momento deberás comprender cuánto te amo.

Nos veremos el día del banquete en Versalles, en la biblioteca. Espero que sepas cómo llegar.

Un saludo cordial, Lucca.

Alice arrugó la carta y suspiró.

No era una buena idea, no quería que William hiciera conjeturas sobre esa situación, pero tampoco se lo diría. Tenía que ir y seguramente William no la dejaría.

Era necesario saber lo que su antiguo prometido tenía que decir y, justo en ese momento, otra carta estaba siendo abierta después de mucho tiempo. Aquella carta oculta entre el hollín de una habitación que había sido escenario del intento de asesinato de Alice.

Dirigida a una sola persona:

Alice Miller.

Ve a la biblioteca el día del banquete de Versalles.

Cuida que no vaya tu marido, querida. Será lo mejor. Ya sabes a lo que me refiero.

Con cariño, Una ayuda.

CAPÍTULO 19

El banquete de Versalles se llevaría a cabo aquella misma noche.

Como era de esperarse, Alice estaba despierta desde muy temprano. Se encontraba sentada en la cama, rodeada de papeles esparcidos por toda la colcha. Algunos, incluso, habían terminado sobre el cuerpo de su esposo dormido, quien permanecía ajeno al estrés y a los nervios que ella experimentaba en ese momento.

William despertó a su hora acostumbrada.

Era extraño que no abriera los ojos a las seis y cuarto de la mañana, lo habitual era encontrarse con su esposa dormida junto a él o, incluso, sobre él. Por eso le resultó curioso descubrirla despierta, despeinada y rodeada por una verdadera estampida de documentos.

—Alice —murmuró William, intentando moverse.

Pero al notar que el sonido de las hojas aplastadas aumentaba conforme se removía, prefirió quedarse quieto, esperando a que su esposa apartara aquel desastre antes de arruinar algo importante.

Alice levantó la vista y comenzó a recoger los papeles con rapidez.

—Lo siento —se apresuró a decir, despejándole un espacio.

Cuando William consideró que ya no estaba en peligro de destruir el pedido de flores que su esposa tenía registrado en una de aquellas hojas, se incorporó en la cama y observó el desorden.

Luego observó el cabello, aún más desordenado, de Alice.

—¿Qué haces despierta tan temprano? —preguntó con una sonrisa.

El estado de su esposa no podía parecerle otra cosa más que encantador.

—Estoy revisando que no me falte nada —contestó ella distraídamente, recorriendo los papeles con los ojos sin volver siquiera el rostro hacia él.

—No te estreses demasiado.

William apartó las sábanas y se puso en pie, estirándose antes de comenzar su nuevo día.

—Ya tienes todo resuelto.

—Sí, pero aún debo cerciorarme de que todo salga como lo planeé.

Alice lo miró con evidente angustia.

—Las flores llegarán a Versalles a las doce, el banquete comenzará a prepararse a las tres, las mesas estarán dispuestas a las dos y…

—Alice.

William la interrumpió al darse cuenta de que enumerar todas sus tareas solo incrementaba su ansiedad.

—Todo saldrá perfecto. ¿Entiendes?

—No.

Ella negó y volvió a concentrarse en sus papeles.

—Tú no lo entiendes.

Suspiró.

—A ti todo te sale bien.

William guardó silencio.

En realidad, había cosas que se escapaban completamente de su control, y eso lo volvía loco. La afirmación de su mujer era infundada, no podía hacer que todo saliera bien, podía intentarlo, sí, pero no siempre conseguía que el mundo obedeciera a su voluntad.

—Solo no te agobies demasiado —pidió él, acercándose para pasar una mano cariñosa por su mejilla—. Te hace daño.

—No me hace daño —respondió Alice sin mirarlo—. Es solo un poco de estrés. Puedo soportarlo.

William lo dudaba.

Su esposa era demasiado distraída en ocasiones, cuando estaba nerviosa, dejaba de prestarse atención a sí misma, pero él sí la observaba y no cabía duda en su cabeza. Alice llevaba consigo a su

primer hijo, sin poder evitarlo, William sonrió, aquello llamó la atención de la joven, que levantó la mirada de inmediato.

—¿Por qué sonríes? —inquirió, con una ceja alzada.

—Por nada.

Él le besó la mejilla.

—Intenta calmarte.

—Sí, claro —respondió ella, volviendo a sus papeles—. Lo haré.

Eran las ocho de la mañana cuando William salió de su casa en dirección al despacho. Ese era el día, el día que la carta dirigida a su mujer estipulaba un encuentro del cual él debía quedar excluido.

Lo gracioso era que, al final, quien quedaría excluida del asunto sería Alice, porque no había forma de que se enterara de aquella cita si la carta jamás había llegado a sus manos.

William se acomodó la gabardina negra sobre los hombros, intentando protegerse del frío que ya comenzaba a instalarse en la ciudad. París era hermosa en todas las estaciones, pero el invierno tenía algo precioso, casi solemne. Era, por mucho, su época favorita.

Suspiró y volvió un poco el rostro hacia la casa, como si de pronto fuera a ver a su esposa asomada por alguna ventana.

Era poco probable.

Con el estado de nervios en que se encontraba, Alice seguramente seguía enredada entre listas, flores, menús y

protocolos.

—¿Nos vamos, excelencia? —preguntó su cochero, que lo esperaba pacientemente con la puerta abierta.

—Sí —dijo William, un tanto distraído—. Sí, vámonos.

Subió al carruaje y dio la orden de llevarlo a su despacho.

Solo esperaba que todo saliera bien.

Solo esperaba que Alice permaneciera a salvo.

Para ese momento, William pensaba seriamente que a su mujer le gustaba arriesgarse, considerando que había omitido durante días el detalle de aquellas cartas con las que alguien la acosaba.

Alice se levantó de la cama cuando la señora Pakins le informó que algunas doncellas encargadas de la decoración y la disposición del salón ya estaban llegando. Partirían hacia Versalles en cuanto ella estuviera arreglada.

—Marquesa —dijo la señora Pakins con educación.

Desde hacía tiempo, Alice parecía haberse ganado el respeto de aquella mujer. No era demasiado cortés ni amable, pero al menos le daba su lugar y eso, para Alice, ya era un avance enorme.

—Debemos salir lo antes posible hacia el palacio. Ya tenemos su vestido de gala en el vestíbulo, así como sus joyas.

—Gracias, señora Pakins —respondió Alice con tranquilidad, retirando las sábanas y reuniendo las hojas para colocarlas dentro

de su sujetapapeles—. ¿Ya están los cocineros en Versalles?

—Sí, señora —asintió Goretti, entrando con su propia tabla de tareas—. Llegaron hace una hora.

—Bien.

Alice levantó la vista por primera vez.

—Ayúdenme a vestirme, por favor. El vestido sencillo que puse en el armario de William.

—Sí, marquesa.

Alice suspiró lentamente y tomó la tabla entre las manos, levantó unos cuantos papeles y se encontró con la carta que Lucca le había dirigido. Aún dudaba qué hacer. No sabía si asistir o no a aquella reunión. La curiosidad la asaltaba, porque sabía que Lucca tenía respuestas, y esa cita parecía ser la única forma en que él se las diría.

Releyó una vez más aquellas simples palabras donde se especificaba el lugar del encuentro y suspiró, no era lo único que le preocupaba, su querida "Ayuda" también le había escrito algo, y sus palabras distaban mucho de ser tranquilizadoras:

Problemas, problemas, Alice Miller. Te encantan los problemas.

¿Serás lo bastante lista para salir de ellos?

Problemas. Eso era lo que su "ayuda" le anunciaba sobre la reunión, tal vez tuviera razón, pero no había opción. Lucca era el

único que sabía quién podía estar detrás de las cartas, y esa información era algo por lo que Alice estaba dispuesta a arriesgarse.

—Señora —la llamó Sandre desde la puerta—. Estamos listas.

—Bajaré enseguida.

Alice miró a su alrededor y cerró la puerta lentamente.

La persona de las cartas debía de tener un infiltrado dentro de la casa, aún recordaba con un escalofrío el día posterior a la primera vez que hizo el amor con William.

De alguna manera, el remitente de las cartas había sabido que aquello había ocurrido entre ellos y se lo hizo saber casi de inmediato.

Se sentía observada constantemente, desconfiaba de todo el mundo, pero no le quedaba más opción que seguir viviendo e intentar protegerse a sí misma y al hombre que amaba.

Durante el trayecto hacia Versalles, Alice no pudo evitar pensar en la carta que William tenía. Esa carta que lo ponía nervioso y le provocaba un exceso de protección hacia ella.

No le era posible descubrir su contenido y eso la enloquecía.

El día transcurrió con aparente tranquilidad.

Alice se movió entre arreglos, decoraciones y organización de cubiertos. Su trabajo iba desde probar la comida hasta cerciorarse de que la disposición de los platos fuera perfecta. Escuchó la entonación de la cantante de ópera y luego a la orquesta. Las flores

comenzaron a colocarse alrededor del enorme salón, dotándolo de una elegancia exquisita, los candelabros se alzaban majestuosos, y todo empezó, poco a poco, a tomar forma.

—¡Marquesa! ¡Marquesa!

Una doncella llegó con una urgencia evidente.

—¿Qué pasa, Jessica? —preguntó Alice, alterándose por el tono.

—El señor Harnett y su hijo han llegado —anunció la muchacha con los ojos desorbitados.

—¿Qué?

Alice se sobresaltó.

—¿Por qué tan pronto?

Miró el reloj situado en una de las paredes.

—Apenas son las seis. Los citamos a las ocho.

—Lo sé, marquesa —asintió la doncella—. ¿Qué hago?

—Nada.

Alice se quitó el mandil que llevaba puesto e intentó arreglarse el cabello lo mejor posible, luego miró a la señora Pakins, quien la observaba horrorizada por la situación.

Alice sonrió.

—Encárguese en mi ausencia, señora Pakins —pidió—. Que todo salga como lo he planeado.

—Pero, excelencia… —se adelantó Goretti, considerando la ausencia de la organizadora como una catástrofe.

—Siempre surgen imprevistos —dijo Alice—. Tenemos que enfrentarlos, no evadirlos. Yo iré con ellos.

La señora Pakins admiró la determinación de aquella mujer que, en otro tiempo, había clasificado como endeble y poco astuta. Se había equivocado, indudablemente, Alice era una mujer lista y mucho más segura de lo que ella había pensado.

Alice entró en la habitación a la que habían conducido a los Harnett y sonrió lo mejor que pudo, aparentando tranquilidad ante la intrusión de aquellos dos hombres a deshoras.

—¡Oh! —aplaudió el anciano en silla de ruedas—. La preciosa Alice.

—Señor Harnett —sonrió Alice—. Me da gusto que asistiera.

—¿A una velada que organiza usted?

El hombre sonrió.

—Por supuesto.

—Parece que ha encantado a mi padre, señorita Alice.

—Señora —corrigió—. Y su padre me resulta de lo más grato.

El menor de los Harnett sonrió y asintió un par de veces.

—Veo que respeta mucho al presidente del Consejo, perdone mi falta de educación también, no me acostumbro a que esté casada.

—Interesante, señor, puesto que no nos conocíamos antes de que lo estuviera —respondió ella con astucia—. Por lo tanto, debería recordarme ya casada.

El padre del muchacho aplaudió y rio, aunque la risa terminó mezclándose con un poco de tos.

—¡Por eso me gusta! —le dijo a su hijo—. Se da su lugar de una forma muy dulce, sin llegar a ser grosera.

—Y díganos, lady Charpentier, ¿llegamos en mal momento?

—Un poco temprano, señor Harnett —respondió Alice, sonrojándose al tener que decir la verdad—. Pero lo puedo controlar.

—Lo lamento —se disculpó el anciano—. Pero hay algo que quiero hablar con usted.

—¿Conmigo? —Alice levantó ambas cejas.

—Sí. Venga, lady Charpentier. —El hombre sonrió Tanteó el sofá situado junto a su silla de ruedas—. Quiero hablarle sobre política.

—¿Política? ¿Conmigo? —La joven se sentó.

—Sí —asintió él—. Será usted la cara de nuestra organización.

—¿Qué?

—El pueblo la ama, Alice Charpentier —dijo el hombre—. Se ha enamorado de usted desde que mostró humanidad para con ellos.

—Pero… —Alice se sintió halagada, aunque no por eso menos insegura—. Tengo que discutirlo con William.

—Lo entendemos —asintió el anciano—. Su marido apoya esta organización para el pueblo. No creo que tenga inconveniente.

—¿De qué habla, señor Harnett?

La voz de William interrumpió la conversación.

El presidente del Consejo entró en la habitación después de que un lacayo le abriera las puertas. Todas las miradas volaron hacia él. William avanzó con paso seguro y tomó asiento junto a su esposa sin pedir permiso a nadie.

—Sobre la propuesta de que lady Charpentier sea la cara de nuestra organización —dijo el señor Harnett sin mostrar tensión alguna—. Su mujer se ha ganado el cariño del pueblo.

Lo miró con firmeza.

—¿Qué opina usted, señor?

William miró a su esposa. Alice hizo lo mismo.

—Creo que lo discutiremos luego —dijo él, con los ojos fijos en ella.

No era tonto, veía la determinación de Alice, quería hacerlo, pero había situaciones que frenaban a William antes de dar una respuesta afirmativa. Su estado. Estaba casi seguro de que Alice estaba embarazada. El estrés de las cartas, de los atentados y ahora de la política podía ser demasiado.

No deseaba provocarle un ataque de nervios.

—No me diga, Millentmont, que es celoso —se burló Harnett joven.

William volvió la mirada hacia él con lentitud y sonrió.

—Sí, lo soy —respondió con seguridad—. Demasiado.

Ante esas palabras, el hombre no pudo decir nada. ¿Qué podía replicarse ante una afirmación tan segura y certera de un sentimiento?

—O tal vez crea que su mujer no tiene la capacidad…

—Mi esposa es capaz de hacer lo que quiera —lo interrumpió William—. Pero hay minucias personales que debo tratar con ella antes de que acepte o se niegue. ¿Tiene eso algún inconveniente?

—Ninguno —dijo el mayor, mucho más prudente y perceptivo—. Ninguno en absoluto, señor presidente del Consejo.

Remarcó el título para recordarle a su hijo con quién estaban hablando. William pareció complacido ante aquella muestra de respeto y se dirigió a su mujer.

—Ve a terminar la velada —indicó—. Yo atenderé a los Harnett.

Alice sonrió agradecida y, sin replicar, se puso en pie, hizo una leve inclinación ante los dos hombres antes de salir de la habitación con premura. William esperó a que Alice se alejara lo suficiente antes de lanzar una mirada severa a ambos.

—Lo sabemos, Millentmont —dijo el mayor de los Harnett—. Sé que estará molesto porque hemos actuado a sus espaldas. Pero

meter una idea en la cabeza de una mujer es ideal para convencer al hombre.

Sonrió apenas.

—Créame, señor Millentmont. Ella es la mejor opción.

—Ya lo decidiremos.

A las ocho en punto, los invitados comenzaron a llegar a la importante velada de Versalles.

El banquete formaba parte de unos días de cacería en la zona y de varias jornadas de discursos, reuniones y propuestas políticas dirigidas al presidente de Francia y al presidente del Consejo.

Alice permanecía de pie junto a su marido en la entrada, recibiendo a cada uno de sus invitados. Incluso tuvo que tragarse su orgullo al recibir a Marcela Quilet y a la duquesa de Montsenpier, quienes no se limitaron a besar a William más de dos veces ni a molestarla con conversaciones comprometedoras que su marido intentaba evitar o disuadir con la elegancia de costumbre.

A pesar de que aquellas mujeres la sacaban de quicio, Alice tenía otras prioridades: pensaba en la propuesta de los Harnett, en los posibles pensamientos de William y, sobre todo, en la carta de Lucca.

En el encuentro que tendría con él.

De hecho, aún recordaba los escalofríos que sintió cuando Lucca llegó y se vio obligada a saludarlo. William, a su lado, no pudo evitar

tensarse. Ambos estaban pensando en lo mismo.

El encuentro. Ese maldito encuentro que, según la carta, debía tener lugar entre Alice y Lucca sin que William estuviera presente.

La tensión entre la pareja era palpable.

A pesar de sus sonrisas y de la actitud cariñosa que mostraban ante los invitados, ambos sentían la distancia que se había instalado entre ellos. Una distancia nacida de todas las cosas que se ocultaban con la intención mutua de protegerse.

Eran las diez de la noche cuando la pareja llegó a un punto crítico.

Ambos se lanzaban miradas desde diferentes partes del salón. De alguna forma, intentaban escaparse el uno del otro, sobre todo cuando Lucca rozó ligeramente el hombro de Alice para indicarle que ya era momento de hablar. Alice miró el salón con nerviosismo, sonrió con dulzura hacia las personas con las que conversaba y comenzó a caminar hacia la biblioteca.

William, por su parte, observó el salón, entonces se dio cuenta de que había dos ausencias importantes: su esposa y ese idiota de su antiguo prometido, se maldijo y empezó a caminar hacia la biblioteca.

—William —lo llamó Andrei de pronto, acercándose junto a su esposa con una sonrisa inquebrantable—. No tienes perdón, amigo.

—¿Qué?

William se volvió distraído.

—¿Qué hice ahora?

—No nos has visitado en semanas. ¡Meses! —se quejó Amber, tomada del brazo de su esposo.

—Lo siento —dijo William sin sentimiento, mirando por encima del hombro de sus amigos—. Tengo que hacer algo.

—¡Vaya! Ahora eres maleducado.

—En serio lo lamento.

Pasó de largo. Si sus cálculos eran correctos, Alice y Lucca llevaban más de veinte minutos desaparecidos. William era celoso. Muchos pensaban que no tenía corazón y que los sentimientos eran para él apenas una palabra ajena. Pero la verdad era muy distinta. William era explosivo, dominante y posesivo en lo que le importaba y su mujer no entraba en ninguna negociación.

Avanzó hacia la biblioteca con paso apresurado, casi creía escuchar la conversación que ellos mantenían. Se preguntaba cómo había sabido Alice del encuentro. Tal vez él le había escrito directamente. Tal vez había recibido otra carta sin decirle nada.

¿Seguirían amándose? ¿Desearía Alice estar con él? Esos pensamientos le atravesaban la cabeza cuando, de pronto, escuchó algo que le heló la sangre.

Un sonido sordo, después, un grito fuerte. Su esposa. Sí. Era la voz de su esposa. Eso lo hizo correr el resto del trayecto hasta la

biblioteca y entrar de forma abrupta.

Lo que vio…

No podía describirlo.

CAPÍTULO 20

Alice caminaba en dirección a la biblioteca con paso lúgubre, lento y trémulo, como si en cualquier momento fuese a dar media vuelta y regresar en dirección contraria, directa a los brazos de su esposo. Los únicos en los que debía confiar, pero no lo hizo. No sabía si era su estúpida tendencia a querer ayudar a todo el mundo o su alta capacidad para hacer aquello que terminaba lastimándola.

Alice era así desde niña y, como casi todas las personas moldeadas por esa clase de carácter, se lo debía a sus padres.

Desde que tenía memoria, recordaba la voz de su madre diciéndole lo poco agraciada que era; interrumpiéndola hasta el punto de que, durante años, Alice prácticamente perdió el deseo de hablar; señalando su figura como si fuese una falta, porque tenía el busto y las caderas más generosos de lo que la moda juzgaba delicado.

Sí, tal vez no la habían golpeado con frecuencia, pero había recibido suficientes heridas invisibles como para quedar marcada durante toda la vida y era en ese punto donde debía agradecer a los Bermont. Seguramente, sin su intervención, seguiría siendo aquella

niña patética, escondida bajo una mesa cercana, con miedo incluso de pronunciar su propio nombre.

Alice había sido despreciada al punto de no ser elegida junto a sus hermanas para asistir a fiestas, ni para recibir vestidos nuevos. Con facilidad, ella era la seleccionada para lavar una alfombra o ayudar a sus hermanas menores a vestirse.

No la trataban mal de un modo demasiado evidente, desde luego. Nada que pudiera escandalizar a la sociedad, pero tampoco había tenido una vida plácida y serena, como la mayoría de las señoritas con algo de posición y dinero.

Gracias a ella, sus hermanas llegaron a ser reconocidas en sociedad, puesto que Alice se había hecho amiga de una de las familias más prestigiosas —y, por qué no decirlo, más populares— de toda Inglaterra. Su unión con Katherine era legendaria. Incluso muchos la reconocían por ser la única capaz de centrar, aunque fuera un poco, a aquella alborotada pelirroja.

Alice dejó desvanecer la tenue sonrisa que aquel recuerdo le había arrancado cuando se dio cuenta de que tenía la mano sobre el picaporte. No se atrevía a girarlo, no se atrevía a encontrarse con Lucca Fridckford, su antiguo prometido. El hombre que la había dejado plantada en el altar, el hombre que, sin quererlo, la había lanzado a los brazos de aquel al que siempre había amado.

Suspiró y se recordó a sí misma que no iba allí por sus conflictos interiores, tenía que descubrir a la persona de las cartas y, según lo que Lucca decía, era posible que incluso conociera en persona a la famosa "Ayuda", que resultaba ser todo lo contrario.

Sin pensarlo más, Alice giró el picaporte y entró despacio en la habitación que conservaba parte del conocimiento más selecto de Francia, tal vez solo equiparable con la biblioteca de su propio marido.

Sus preciosos ojos violáceos escudriñaron el lugar con atención, intentando descubrir al hombre que supuestamente la esperaba en el interior. Si no lo veía, no se internaría más. No era tan tonta como para adentrarse en una habitación vacía estando bajo aquella situación de acoso. Estaba a punto de cerrar la puerta y dar por concluida su misión cuando la voz de Lucca la detuvo.

—Alice.

La llamó en un susurro, con una voz masculina tan baja que casi habría resultado ridícula de no ser por el miedo que la acompañaba.

—Alice —repitió al notar que ella no contestaba.

—¿Lucca?

Alice abrió un poco más la puerta.

—¿Dónde estás?

Sus ojos violetas recorrieron los hermosos libreros cargados de conocimiento. Había mesas, sillones, mapas y candelabros.

Pero ni rastro de Lucca Fridckford.

—Aquí estoy —repitió él con el mismo tono—. Pasa y cierra, Alice.

—No hasta que te vea —dijo ella, recelosa ante aquella situación y ante el nerviosismo de su voz.

—Alice, vamos. No hay tiempo.

—No hasta que te vea —repitió, esta vez con más firmeza, tentada a marcharse de allí.

Pero Lucca no le dio esa opción. Salió de entre los libreros con una sonrisa trémula y una expresión casi funesta. Bajaba la mirada constantemente y no se acercaba más de lo necesario.

—¿Puedes pasar ahora? —preguntó, notando el recelo marcado en el rostro de Alice—. No recordaba esa timidez cuando nos veíamos a escondidas detrás de tu jardín.

Alice levantó la cabeza bruscamente. Su mirada se iluminó con una ira pura, antigua, alimentada por un resentimiento que aún no había aprendido a morir. ¿Cómo se atrevía a sacar ese tema?

—Ahora es diferente —respondió, sin permitir que el dolor se filtrara en su voz—. Estoy casada, felizmente casada y, para ser sincera, tu presencia y este constante acoso solo han venido a complicarme.

Lucca dio un paso hacia atrás, sorprendido por la seguridad con la que hablaba. Cuando él la conoció, Alice apenas podía expresarse

en un tono audible. Ahora se defendía y no solo eso: no se turbaba ni tartamudeaba al exponer su punto de vista.

—Veo que… la vida de casada te ha servido.

—Me ha servido que alguien confíe en mí, además de mí misma.

—Yo confiaba en ti, Alice…

—Por favor.

Ella levantó una mano autoritaria en el aire, exigiéndole silencio.

—Enfoquémonos en lo que vinimos a tratar.

Lucca Fridckford se mostró renuente a dejar pasar el tema. Sí, había ido allí con la intención de advertirle sobre el complot, pero también porque deseaba llevársela. Alejarla de William era, a su juicio, la única forma de salvarlos a ambos.

—Tienes que alejarte de tu marido, Alice —dijo de pronto, dejando salir sus pensamientos sin medirlos.

—¡He dicho que solo hablaría del asunto…!

—¡Es de eso de lo que hablo!

Lucca se adelantó un paso y la tomó por los hombros.

—Piensa, Alice. Por Dios, piensa. —La zarandeó—. También me tienen vigilado. Sigo órdenes como si fuera un maldito perro.

—No entiendo.

—¿Quién querría haceros daño? —preguntó, intentando que ella llegara sola a la respuesta—. Vamos, Alice. Tienes que intentar

pensar. En tu interior lo sabes.

—No…, yo… no lo sé —dijo, turbada—. ¿Quién? ¡Dímelo de una vez!

Lucca la soltó como si su piel le quemara. Pasó una mano por su rostro sudoroso, mostrando toda la angustia que lo poseía. Sus pasos eran largos, nerviosos, y revelaban una lucha interna que no conseguía resolver con facilidad.

—Lucca… —Alice le tomó el brazo y lo miró con súplica —. Por favor, Lucca. Es mi familia de la que hablamos.

Lastimosamente, aquella petición despertó en Lucca un sentimiento contrario a la ayuda. ¡Él debía ser la familia de esa mujer! Pero no se lo habían permitido. Lo habían obligado a dejarla plantada en el altar, lanzándola a los brazos de ese maldito Millentmont.

Qué bien lo conocían, pensó con una sonrisa cínica, qué bien sabían que aquello tentaría el honor y el orgullo de ese noble, que tocaría su caballerosidad como se toca la cuerda justa de un instrumento, lo tenían medido con una vara exacta.

—Alice. —Volvió a tomarla y cerró los ojos con dolor —. No me importa que ya seas… su mujer. Yo te amo. Podemos formar…

—No podemos formar nada —lo cortó ella, intentando zafarse del agarre con que Lucca le hundía los dedos.

—¡Piénsalo, Alice! —se exaltó él—. Sé cuánto llegaste a amarme.

—No seas pretencioso. —La joven se removió entre sus brazos—. Estoy casada ahora. Si no vas a decirme nada, entonces déjame ir.

—Te diré quién es la culpable de que no seas mi esposa en este momento —dijo él con furia. La ira y el dolor se asomaban en los ventanales castaños de sus ojos—. Pregúntale por qué nos hizo esto… por qué nos separó, cuando habríamos sido tan felices.

—¿Qué? —preguntó Alice, asustada por la brusquedad con que la trataba—. ¡Suéltame!

En medio del forcejeo, ambos olvidaron por completo que se escondían. No les importó tirar algunas cosas del salón. Incluso derribaron un gran jarrón de porcelana, que se estrelló contra el suelo con un sonido fuerte y sordo.

Alice se asustó y miró el piso cubierto de fragmentos, pero Lucca no lo notó. No se daba cuenta de lo que hacía, solo quería mirar el rostro de la mujer que tenía enfrente, cuántos deseos tenía de besarla, de amarla, de hacerla suya, limpiaría cualquier rastro de Millentmont. No le importaba que William la hubiera tenido antes que él.

La amaba, eso era todo lo que necesitaba.

Con una fuerza imposible de rebatir, Lucca la derribó. No se dio cuenta de que la hacía caer justo sobre los cristales rotos, los fragmentos se incrustaron en las rodillas y piernas de Alice, atravesando la delicada muselina rosada de su vestido.

La joven volvió a gritar al sentir cómo aquellas astillas se enterraban en su piel y comenzaban a manar el líquido rojo que debía permanecer dentro de su cuerpo.

—Vamos, Alice —suplicó él, intentando hacerla recostar la espalda.

Ella no lo permitiría por dos razones. La primera: no le facilitaría nada a un posible agresor. La segunda: si se recostaba, los cristales se le incrustarían también en la espalda.

—Deja que te muestre lo que es tener un buen amante —dijo él, perdido en su desesperación—. Te enseñaré lo que nos arrebataron.

—¡Basta! —gritó Alice.

Las lágrimas apenas dejaban que las palabras salieran de su boca.

Recordaba otra vez lejana en la que una situación parecida había ocurrido. Recordaba bien los brazos que la salvaron en aquella ocasión y, cuando escuchó que la puerta se abría, solo deseó que fuera la misma persona de aquella vez.

William miró la escena con una impresión imposible de describir, no sabía cómo interpretar aquello. Su ira pocas veces se tornaba explosiva, pocas veces perdía el control, pero, en ese momento, al ver a **su** esposa debajo de un imbécil que parecía querer obligarla a…

No podría detenerse y no lo hizo.

Con tres largas zancadas, William alcanzó a tomar a Lucca Fridckford por las solapas del saco. Con una fuerza descomunal, lo levantó del suelo y lo estampó contra la pared.

—¡Maldito bastardo! —rugió William, arrojándolo después contra una mesa cercana. No había soportado ver aquella mirada desafiante del hombre que casi…—. ¡Es mi esposa a quien pretendes…!

Cerró los ojos, intentando calmarse. No funcionó. William fue hacia la mesa donde Lucca apenas intentaba reincorporarse y volvió a tomarlo por la camisa. Le asestó un golpe fuerte, certero, directo al rostro, pero no se detuvo ahí.

Volvió a golpearlo una vez. Y otra. Y otra más. Hasta el punto en que Alice pensó que lo mataría.

—¡William! —La joven se adelantó y le tomó el brazo cuando este volvía a alzarse con violencia.

—Lo matarás.

William no la miró. Seguía con los ojos clavados en el hombre que intentaba alejarse de sus puños como un animal rastrero. La respiración del presidente del Consejo se volvió pesada, sus ojos negros no daban tregua a nada ni a nadie, solo la intervención de su esposa pareció surtir algún efecto, aunque no por eso soltó a su presa.

—Tiene un hijo mío en el vientre, maldito imbécil —dijo William con odio y repulsión—. Si pretendías robármela, iría hasta el fin del mundo para encontrarla a ella y a mi hijo.

Volvió la mirada hacia Alice.

—La traería de regreso, aunque ella no quisiera.

Alice negó con la cabeza, asustada.

—No, William.

Intentó tocarlo, pero él se tensó de tal forma que Alice se vio obligada a apartarse. El marqués dejó salir un sonido brutal de sus labios y se puso de pie, intentando arreglarse el saco y contabilizando la sangre que había en su ropa.

Alice lo miró con miedo, aun así, fue a revisar el estado de Lucca. No moriría, al menos eso podía verlo.

—Señor Fridckford —le tocó el rostro magullado. —Will tuvo que volver la cabeza para no dejarse arrastrar por la ira—. Señor Fridckford.

—Demasiadas consideraciones para el hombre que intentó violentarte hace un segundo —dijo William con amargura—. O quizá no era una agresión, y yo entré en mal momento.

—¡Cállate! Dios mío, William… —pidió Alice y lo miró con dolor en los ojos—. No sabes cuánto agradezco que me hayas salvado, pero no es momento para esto. ¿Cuánto te perjudicaría que se supiera que mataste a un hombre en el mismo Versalles?

—¡Mucho menos que tener una esposa atacada, herida y cubierta de sangre! —puntualizó él al ver el vestido manchado y la sangre sobre algunos fragmentos de porcelana esparcidos en el suelo—. Nadie cuestionaría mi honor por defender a mi mujer.

Alice agradeció aquellas palabras, la hacían sentirse importante para él, pero Lucca iba a decirle el nombre de la persona que los había obligado a estar separados. Esa persona que tal vez enviaba las cartas.

—Puedo ponerme en pie —dijo Lucca, apartando la mano de Alice y levantándose con dificultad. Se tocó el ojo hinchado y la boca —. Maldita sea, Millentmont. Qué condenado dominante eres.

—¿Qué esperabas, bastardo?

William se adelantó, pero Alice se interpuso entre ambos y miró fijamente a su marido.

—Bueno —sonrió Lucca tanto como la herida en el labio se lo permitió. Rio un poco—, al menos esperaba que pidieras una explicación. Siempre pensé que eras un hombre racional.

—No cuando se trata de mi mujer y mi hijo.

Alice miró a William con sorpresa.

Era la segunda vez que mencionaba un hijo.

—Bien, Millentmont.

Lucca se acercó un poco más. Alice continuaba entre ambos, por lo cual los dos hombres solo consiguieron acercarse más a ella,

dejándola casi atrapada entre sus cuerpos. Ambos se miraron, evadiendo por completo la presencia de la mujer que los separaba.

William era considerablemente más alto y corpulento, pero Lucca no se quedaba atrás. Sus miradas habrían podido asesinar a alguien sin mayor esfuerzo.

—Dime lo que ibas a decirle a ella —ordenó William—. Sé que la citaste para darle una pista. Si no, ella no habría venido.

—¿Seguro de eso?

Lucca sonrió, con el labio lastimado.

—Yo creo que huía de ti.

—¡Lucca! —gritó Alice, enojada por aquellas palabras.

—Hasta me llama por mi nombre de pila —observó él.

—Estaba acostumbrada a usarlo… —La voz de Alice bajó hasta volverse casi un susurro—. Íbamos a casarnos.

—Déjense de estupideces —dijo William con voz severa—. Dime lo que sabes si no quieres que termine de matarte.

—El precio sigue siendo el mismo —sonrió Lucca—. Tu mujer por la seguridad de todos.

—Tiene un hijo mío —respondió William con dureza—. Y yo no soy tan poco hombre como para negociar a mi esposa. Ella es mía y punto. Ahí se acaba tu discusión.

—Entonces no diré nada.

—Por favor, Lucca. —Alice lo miró—. Me lo ibas a decir, aunque sabías que no dejaría a William.

—Estoy seguro de que, cuando les diga la verdad, ambos estarán de acuerdo en que deben separarse.

La pareja se miró rápidamente antes de dirigir la vista hacia Lucca Fridckford, quien seguía sonriendo.

—La persona que más quiere hacerles daño los quiere unidos.

—¿Qué? —preguntaron los Millentmont al mismo tiempo.

—Sí —asintió él—. Porque, al tener esposa e hijos, William se vuelve débil. Antes no lo era.

—Siempre he tenido por dónde ser atacado —negó William—. Cualquiera de mis hermanas, primas, tías… cualquier familiar podría hacerme ceder.

—Pero no amas a nadie como amas a tu esposa o al hijo que aseguras que tiene.

William calló un momento y bajó la vista, meditabundo.

—¿Quieres decir que usan el amor que siento por mi esposa como flanco de tiro?

Alice volvió el rostro hacia William. ¿Él… él había dicho que la amaba? Sí, era patético que pensara eso en un momento tan importante, pero no pudo evitarlo. ¿William la amaba? ¿O solo intentaba entender las razones por las que les hacían aquello?

—Sí —asintió Lucca—. Incluso la mejoraron para ti, para que la quisieras más y con mayor facilidad.

—Hablas en plural —se dio cuenta William—. ¿Son más de uno?

—Nos involucran a fuerza de cañón —dijo Lucca.

—¿Qué quieren? —preguntó William, con la ira aumentando.

—No lo sé. —Lucca sonrió—. Pero tengo un nombre.

—Escúpelo, entonces.

—Promete que alejarás a Alice de ti. —Lucca levantó una ceja—. Es la única forma de mantenerla a salvo.

William bajó la mirada, considerando la posibilidad.

—¡William!

Alice se volvió hacia su marido y le tocó el pecho con una mano.

—No… —Bajó la cabeza—. Por favor.

—Es mi única condición —insistió Lucca.

William alzó la mirada y la fijó en su acompañante masculino, evitando por completo la súplica de su esposa.

Estaba a punto de responder cuando un sonido brutal provocó que los tres dieran un brinco y se cubrieran los oídos por el impacto.

Alice abrió los ojos hasta el límite de lo posible.

No podía creerlo.

No podía ser cierto.

Su mente entró en un estado de choque.

Cuando se dio cuenta, Lucca caía sobre ella.

Su cabeza se dejó caer pesadamente sobre el pequeño hombro de la mujer. Las manos que antes le habían apretado los brazos descendieron con una lentitud espantosa, arrastrándose por la longitud de sus mangas hasta quedar laxas a cada lado de su cuerpo.

Luego sus piernas fallaron. El peso muerto de Lucca hizo que a Alice le flaquearan las rodillas, y ambos cayeron al suelo: ella debajo, él inerte sobre ella. Alice gritó.

—Madre…

Esa última palabra, el último aliento de Lucca, fue pronunciada con tanto dolor y con la clara intención de revelar lo que sabía.

Alice comenzó a llorar.

No tanto por la última palabra del hombre con quien iba a casarse, sino por tenerlo muerto sobre ella. Y peor aún: por no saber quién le había disparado ni poder quitárselo de encima.

William lo apartó rápidamente y acunó a Alice entre sus brazos.

—¿Estás bien? —preguntó, alterado—. Alice, ¿estás bien?

—William… lo mataron —dijo ella con el corazón en la boca.

—Lo sé, amor. Lo sé.

Le acarició la larga cabellera oscura e intentó ponerse de pie.

Pero otro disparo —o algo que sonó como tal— los obligó a agacharse nuevamente para cubrirse. William comprendió enseguida que esta vez no se trataba de una bala. Era una flecha. Yacía clavada en la puerta de la biblioteca, desde donde ya comenzaban a escucharse pasos presurosos. Seguramente la gente se había alterado por el horrible estruendo del ventanal al estallar bajo el impacto de la bala que ahora reposaba en el corazón de Lucca Fridckford.

—William… —susurró Alice entre lágrimas, aún abrazada al pecho de su marido para protegerse.

—Tiene una nota —se dio cuenta él, intentando dejar a su mujer en el suelo para ir a recogerla.

—No —lo detuvo ella—. Te pueden hacer daño.

—Chist.

La calló mientras se ponía de pie.

William se acercó a la flecha y arrancó la nota justo en el momento en que algunos invitados, encabezados por Asher y Giorgiana, entraban a la habitación.

El presidente del Consejo se mostró tranquilo. Demasiado tranquilo. Abrió la nota con una calma escalofriante, quitándole el listón que la mantenía sujeta a la flecha y leyó:

No me gustan los chismosos. Prefiero una boca callada a una lengua ligera. Es cuestión de educación, ¿no lo cree, lord Millentmont?

Suerte con su esposa y… bueno, siempre es bueno enterarse de cosas inesperadas. Como un hijo.

Un abrazo de parte de su querida AYUDA.

CAPÍTULO 21

William caminaba delante de su esposa rumbo a su despacho.

Iba taciturno, con el ceño fruncido, la mirada implacable y las manos cerradas en puños. Alice, sinceramente, no se atrevía a pronunciar palabra alguna desde que habían abandonado la estación donde declararon lo sucedido en Versalles.

Habían sido horas interminables de interrogatorios por parte de las autoridades, además de preguntas venidas de curiosos, familiares y hombres deseosos de encontrar una grieta en la versión oficial. No era para menos. Un hombre había muerto en la casa de la justicia de Francia, y los únicos testigos eran precisamente ellos. Si se decía con crudeza, también eran sospechosos.

Solo gracias al ventanal hecho añicos y al arma desaparecida, William había salido librado por muy poco.

Aunque seguramente muchos no lo pensarían igual. Aquello era una herida profunda en la imagen pública del primer ministro de Francia. El intachable, el perfecto, el mejor hombre del país, tenía ahora una llaga demasiado grande para cubrirla con elegancia.

Alice lo resentía en el fondo del corazón.

William había trabajado duro para ganarse aquellos títulos. Para ser el hombre al que todos quisieran como líder. Y había bastado un pequeño rumor, una sombra de sospecha, para que el desagrado comenzara a oírse entre murmullos.

Era cierto que el pueblo era voluble. Seguramente, en una semana, volverían a amarlo, pero William no se recuperaría con tanta facilidad.

William no se indultaría a sí mismo con tanta facilidad.

La pareja estaba cansada, abrumada y, no estaba de más decirlo, atravesando una de las etapas menos felices de su relación. Se notaba a simple vista en la forma pesada de caminar, en los hombros decaídos de la marquesa y en el inquebrantable ceño del marqués.

En realidad, deberían estar celebrando.

Durante aquella noche infernal también habían pasado por algunos exámenes médicos rudimentarios, y en ellos se confirmó el embarazo de la marquesa de Millentmont.

William estaba contento por aquella noticia que, en el fondo, ya esperaba, pero no podía siquiera mirar a su esposa en ese momento.

Habían hablado de aquello. Recordaba con absoluta fidelidad que le había negado el permiso para acudir al encuentro con Lucca Fridckford y ella había ido de todos modos.

No se lo perdonaría si Alice hubiera salido herida de gravedad.

No se lo perdonaría si, por alguna razón, perdía a su hijo.

—William —se oyó sobre el murmullo del viento la pequeña y temerosa voz de su mujer, quien lo seguía por el pasillo.

—Ve a la recámara, Alice —dijo él sin mirarla—. No tengo ganas de discutir nada en este momento.

—Lo sé…

La joven bajó la cabeza, apesadumbrada. No sabía cómo introducir un tema con William, no sabía cómo disculparse con él, cómo mediar las cosas, cómo hacerlo entender.

—William, yo…

—No iré a dormir hoy.

La interrumpió con tal brusquedad que Alice se detuvo en seco.

No pudo emitir queja alguna ni intentar convencerlo de lo contrario. Sería la primera vez que no dormiría con él desde que se casaron. ¿Por qué no iría? ¿A dónde saldría? ¿Iría… con otra mujer?

En ese momento solo podía ver su espalda, una espalda que no se volvía en ningún instante, se mantenía erecta, fuerte, poderosa e imponente, daba aquella imagen de omnipotencia, de grandeza, de autoridad inapelable, con la sola postura de su cuerpo decía que no cambiaría de opinión y que no admitiría réplica de nadie.

—¿D-dónde irás?

William giró apenas el cuerpo. Cedió un poco ante la voz pequeña y temerosa de su mujer, la escasa luz del pasillo iluminaba hermosamente su figura delgada. Su vestido estaba manchado de sangre, su cabello desordenado, y sus ojos violáceos centelleaban con la angustia de desconocer su próximo destino.

William cerró los ojos.

—Tengo cosas que hacer —respondió con frialdad, más frío de lo que pretendía, pero no logró modular la voz—. Ve a la cama.

Dio media vuelta y retomó el camino hacia su despacho.

—William —lo llamó de nuevo. El hombre volvió a detenerse—. Tú… ¿estás feliz por…? Por el bebé.

Ante aquella pregunta absurda, William negó, su expresión de obviedad quedó oculta entre las tinieblas del enojo y la frustración.

—Amo al niño que llevas dentro.

Solo eso, no dijo nada más y Alice tampoco lo detuvo de nuevo. En lugar de hacerlo, lo vio alejarse de ella sin recibir un abrazo, ni un beso, ni una sola expresión de entusiasmo por el hijo que se estaba formando dentro de su cuerpo.

Un hijo suyo. Sí, le había dicho que lo amaba, pero su rostro demostraba todo lo contrario. Alice suspiró, no podía exigirle nada en ese momento. Él estaba furioso con ella y, en parte, era comprensible.

Con el ánimo por los suelos, Alice Charpentier se obligó a arrastrarse hacia la habitación, dispuesta a meterse en una cama que se quedaría vacía toda la noche, no existía algo peor que saberse sola.

Y ella lo había estado durante tanto tiempo…

William entró en su despacho y dejó escapar un grito desesperado, quien lo escuchara habría pensado que estaba a punto de asesinar a alguien, pero no lo haría.

Ya había tenido suficiente con presenciar un asesinato. Uno que había sido planificado con el único deseo de que ellos vieran el alcance del poder de su acosador. El dominio que aquel enemigo tenía sobre los lugares donde normalmente se movían.

Era aterrador. Sí. Un hombre como él, fuerte, poderoso e inquebrantable, estaba empapado en el más puro y tácito terror. No por él ni por su carrera, por su familia. Nunca se había sentido tan débil como en ese momento, tan vulnerable.

Habían acertado en la forma de atacarlo. Su familia era lo único por lo que él se quebrantaría una y mil veces. No importaba si se arriesgaba él, no importaba si lanzaban mil piedras contra su cuerpo, pero si intentaban lanzar una sola contra su esposa…

Sería capaz de cualquier cosa.

William se dejó caer en su silla de cuero, tenía la cabeza gacha, los hombros vencidos y las piernas estiradas a toda su longitud. Una

postura derrotada. Una postura que reflejaba con brutal claridad que no sabía qué camino tomar.

Su prodigioso cerebro maquinaba una y mil posibilidades, pero todas llegaban a una conclusión común.

Una que no le gustaba en absoluto.

—Señor.

Llamaron a la puerta, distrayéndolo momentáneamente de sus pensamientos. William elevó la cabeza con tanta lentitud que parecía pesarle una tonelada. Susurró un cortante y práctico "pase" antes de recostarse de nuevo en la silla, cuyo cuero crujió bajo su peso, acomodándose para incomodarlo aún más, como si ni sus propios muebles desearan darle satisfacción aquella noche.

Peter entró con una bandeja de plata.

El ayuda de cámara caminaba con seguridad por la habitación tenuemente iluminada. Solo un fuego apagado en la chimenea daba algo de luz al rostro apesadumbrado de su señor.

—Creí, excelencia, que necesitaría esto.

El hombre colocó la bandeja con el vino favorito de William, servido en una fina licorera de cristal cortado y acompañado por una copa del mismo material.

—Hiciste bien —asintió William—. He tenido un día pesado.

—Me lo imaginé, excelencia —dijo Peter, sirviendo el vino.

William esperó pacientemente a que le entregaran la copa. En cuanto la tuvo en la mano, bebió un sorbo. Sabía que su ayuda de cámara no se quedaría callado demasiado tiempo, así que lo miró con los ojos entrecerrados y se recostó en la silla.

—Dilo de una vez, Peter.

—¿Cómo sabe usted que quiero hablar, mi señor?

—Usted siempre quiere hablar, Peter. Y en este momento prefiero la premura y la frontalidad a la insinuación y la divagación.

—Siempre tan elocuente, mi señor.

William frunció el ceño, esperando a que, de una vez por todas, le lanzara aquello que tenía que decir.

—Creo que, si su día fue pesado, mi señor —comenzó Peter—, el de mi señora también lo fue. Tal vez peor… si consideramos su embarazo.

—¡Ha sido culpa de ella, Peter!

William se puso de pie, furioso.

—Ella se puso en riesgo. Casi… casi…

Negó con la cabeza.

—Sentí que la perdía.

—¿Y ahora no la está perdiendo también?

Peter levantó una ceja inquisidora.

—La señora seguramente pensará que usted ni siquiera está feliz por su embarazo. Y, conociéndola, ha de estar imaginando un repudio inexistente de su parte.

—No creo que…

—¿Su excelencia conoce a la señora?

William lo miró con algo parecido al resentimiento.

—Es mi mujer.

—Entonces sabrá lo que estará sufriendo ahora.

—¿Qué esperas que haga? —preguntó con voz funesta.

—Que vaya donde lo necesitan.

Peter tomó vanidosamente la copa de entre los dedos de William y se alejó con el resplandor triunfal de quien sabía haber ganado.

William observó aquella salida, tal vez Peter tenía razón, pero no estaba en un momento en el que quisiera ceder ante su esposa. En verdad deseaba que ella sintiera, aunque fuera un poco, el pánico que él había sentido al verla ensangrentada bajo el cuerpo de aquel bruto que intentaba… No. Ni siquiera quería pensar en lo que intentaba hacerle. Suspiró. Tal vez lo mejor sí era ir con Alice. Abrazarla. Tranquilizarla. Bien sabía él que su hijo había soportado demasiadas emociones aquel día. No quería que Alice pensara también en un supuesto abandono. Si continuaban así, su mujer podía resentirlo. Y la criatura también.

Eso no podía pasar, no se lo perdonaría.

Con una exclamación nada educada, William atravesó el despacho oscuro donde se encontraba. Decidió abandonar aquella estancia reconfortante en la que solía sentirse protegido y lejos de todos.

De todos menos de su mujer, ella siempre se infiltraba de una u otra forma en sus pensamientos. Como en ese momento, cuando habría preferido pensar en la forma más tortuosa de amar su cuerpo, en lugar de debatirse entre ir a su lado o quedarse lejos.

—William.

El hombre se detuvo al escuchar aquella voz y por un momento no se volvió hacia la puerta, donde seguramente estaba parada su mujer, mirándolo de esa forma ante la cual no podía resistirse.

—Alice… —dijo con un tono suplicante que ella no notó—. Te dije que fueras a dormir.

—¿Cómo…?

Bajó la mirada al notar que él ni siquiera se volvía.

Pero no lo dejaría así, tomó valor y preguntó con firmeza:

—¿Cómo pensabas que lo lograría sin ti?

—Puedes dormir sin mí.

—No —dijo terminantemente, con la mirada encendida de anhelo y amor hacia aquel hombre que seguía sin mirarla—. No puedo.

—¡Entonces por qué, por todos los dioses, fuiste al encuentro de Lucca Fridckford!

—¡Porque quería saber la verdad!

William se volvió hacia ella, furioso.

Se acercó de una forma tan intimidante que la obligó a retroceder. Pero Alice no bajó la mirada. La mantuvo fija en aquellos ojos azules que, en ese momento, parecían negros.

—¡La verdad es que te pusiste en riesgo!

William volvió el rostro hacia el interior del despacho, dejándola en el marco de la puerta.

—¡A nuestro hijo!

—¡Ni siquiera sabía que lo llevaba dentro! —se excusó ella—. ¡Y ni siquiera parece que te importe! ¡No has actuado como un…!

—No lo digas, Alice.

La tomó por los hombros, zarandeándola apenas.

—Si quieres que pierda el juicio, termina esa maldita frase.

—No maldigas —murmuró ella en una voz pequeña.

William recorrió lentamente el hermoso rostro de su mujer. Aquel semblante compungido por oírlo maldecir. Esa mirada decidida con la que había ido a enfrentarlo. El camisón rosa claro, con un escote que tentaba más de lo prudente. Su pequeña estatura rivalizando inútilmente con la de él.

No podía creer que fuera suya, que pudiera hacerle el amor todas las noches, que llevara a su hijo en el vientre.

En verdad agradecía que todos los hombres la hubieran evadido antes. Eran tan estúpidos que jamás notaron lo perfecta que era Alice.

Daba gracias a todos los santos por ello.

Y la besó. No fue un beso suave, ni dulce, ni tierno. Fue necesidad pura. Fue deseo. Fue amor herido. Alice, sobrecogida por aquel arranque inesperado, no pudo hacer más que sostenerse de los hombros de su marido, intentando permanecer en pie ante aquel ataque pasional que hacía mella en sus piernas.

—William —dijo entre besos—. Me caeré.

Sinceró su temor al darse cuenta de que él no la sostenía como de costumbre. No era como cuando comúnmente le hacía el amor. Había una dureza en él, una urgencia contenida, como si cada caricia estuviera atravesada por el miedo.

—Entonces sostente bien —dijo con voz ronca.

Pero sus manos, aunque tardaron unos segundos más de lo habitual, terminaron cerrándose en su cintura, firmes, posesivas, impidiéndole caer. Alice cerró los ojos, había enojo en él, pero también amor. Un amor torpe, desesperado, que no sabía aún encontrar un cauce sereno.

William decidió que necesitaban una residencia más conveniente que la alfombra de su despacho. No quería otra interrupción, ni tampoco la frialdad de aquella estancia. Quería su habitación. Su cama. El lugar donde ella le pertenecía y él podía pertenecerle sin testigos. La tomó en brazos y recorrió el pasillo de Millentmont con la urgencia clara de un hombre que apenas lograba contenerse. Si alguien de la servidumbre los vio, seguramente disimuló una sonrisa y se apartó del camino.

Mejor, no deseaba interrupciones.

William la depositó sobre la cama con una firmeza que le robó el aliento. Se quedó de pie junto al borde del colchón, mirándola desde su altura, dejando que ella se recompusiera sobre las mantas, anhelante, nerviosa, encendida por aquella forma nueva en que él la observaba. El hombre comenzó a deshacerse lentamente de sus ropas, atento a cada mirada que ella le lanzaba.

Jamás se había desvestido frente a ella con esa calma, como si quisiera que lo apreciara de cerca, que aprendiera todos sus bordes y cicatrices, porque William tenía cicatrices. Cicatrices de guerra.

Como era de esperarse en un antiguo general.

—Quítate el camisón —le indicó cuando estuvo ante ella, vulnerable y poderoso al mismo tiempo.

Alice tragó saliva. A veces se preguntaba cómo era posible que las cosas funcionaran entre ellos. Al verlo frente a ella, con toda su

masculinidad expuesta y aquella mirada oscura, la pregunta regresó a su cabeza, pero, francamente, no podía imaginar a nadie más amándola de esa manera. No podía pensar en otra persona que no fuera William. La joven estaba azorada por sus pensamientos, por su marido y por la orden de desvestirse. Sus dedos temblaron al tomar la tela. Sabía lo que iba a ocurrir, y aun así se preparaba como si fuera la primera vez. Cuando estuvo descubierta ante él, William continuó sin moverse. Solo la miró.

—Recuéstate —ordenó con un gruñido bajo.

Alice obedeció. No le quedaba otra cosa más que esperar aquello que William quisiera darle. Las manos fuertes de su marido recorrieron la desnudez de sus piernas con una lentitud asfixiante. Alice fue plenamente consciente del tirón en su interior cuando los dedos de William rozaron, apenas, la parte más sensible de su deseo.

No pudo evitar un gemido. Aquella mano siguió su camino por su abdomen, sus senos, su cuello. Cuando delineó sus labios, Alice los abrió sin darse cuenta y se incorporó, buscando su boca.

William se alejó.

—Recuéstate —indicó de nuevo.

Alice, descolocada por no ser complacida, volvió a dejar caer la espalda sobre el colchón y lo miró con interrogante.

—No será como siempre —le advirtió él.

Si Alice iba a preguntar algo, lo olvidó cuando las manos de William volvieron a encontrarla con una precisión que le arrancó un grito imposible de contener.

No era la primera vez que la tocaba, pero sí era la primera vez que no la besaba para tranquilizarla, que no le decía cosas dulces al oído para que no se avergonzara. Esa noche, William la obligaba a sentir. A mirarlo. A aceptar que él estaba furioso, sí, pero también profundamente enamorado.

Era una intensidad nueva, casi desesperante. Cada vez que ella intentaba tocarlo, él detenía toda acción y se alejaba, lo suficiente para hacerla comprender que aquella noche él marcaría el ritmo y Alice, entre la vergüenza y el deseo, descubrió que eso la desarmaba, la desarmaba porque él no era indiferente, porque no la repudiaba, porque la amaba con una fuerza tan feroz que parecía dolerle.

Cuando finalmente estuvieron unidos, Alice sintió que el mundo entero se derrumbaba y volvía a levantarse alrededor de ellos. William la llevaba al borde del placer y, cuando ella creía que ya no podría soportar más, se detenía. La observaba. Dejaba que pasara aquel instante de vértigo para volver a conducirla, lentamente, hacia el mismo abismo.

Alice estaba sorprendida por su autocontrol, pero la desesperación comenzó a quebrarla. No podía besarlo como quería.

No podía abrazarlo como necesitaba. Sus muñecas permanecían sujetas contra el colchón, no con daño, sino con una firmeza que la mantenía allí, completamente expuesta a él, solo podía mirarlo y sentir.

—Por favor, William —suplicó cuando no pudo más.

—¿Qué pasa, amor? —preguntó con una dulzura provocativa.

—Por favor…

Estaba al límite.

—No llores, cielo.

La voz de William fue tan dulce que la piel de Alice se erizó.

—Me castigas… —dijo ella, pesarosa.

William la miró, la tensión de su rostro se quebró apenas.

—Sí —aceptó en voz baja—. Porque me asustaste. Porque pensé que te perdía. Porque pensé que perdía a nuestro hijo. Porque no sé cómo vivir con ese miedo y no volverme un monstruo.

Alice sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Entonces William la besó y esta vez no se apartó. Le soltó las manos, entrelazó los dedos con los suyos y terminó de amarla con una profundidad que ya no se parecía al castigo, sino a una rendición. A una confesión hecha con el cuerpo antes que con las palabras. Cuando todo terminó, William salió lentamente de aquel abrazo íntimo y se tendió a su lado. Alice lo miró de soslayo,

deseando profundamente ir a su encuentro. Recostarse sobre él y dormir en sus brazos.

—Ven, cariño —pidió él, estirando una mano.

Alice no tardó más de dos segundos en pegarse al cuerpo sudoroso de su esposo y pasar tranquilamente los dedos por los bordes musculosos de su pecho.

—¿Me odias? —preguntó con voz trémula.

—¿Te parece que te odio?

William la miró con una ceja interrogante.

—No sé cómo interpretar esto…

Se avergonzó al recordar la forma en que se habían amado. Sí, había existido ira contenida en cada movimiento, pero también algo más. Vehemencia. Necesidad. Un miedo tan grande que solo podía confundirse con furia.

—En momentos creí sentir que…

—Que te amaba —terminó William, abrazándola—. Y así es.

Un escalofrío recorrió la espalda de Alice y la obligó a levantar la cabeza del pecho fuerte de su marido.

—¿Q-qué dices?

—Que te amo —repitió él con seguridad.

—Tú… —Lo miró impresionada—. ¿En serio me amas?

—Créeme, cariño, nunca me había enojado tanto con nadie como contigo. Pero es porque te amo tanto que me aterra perderte.

Suspiró.

—Nunca había hecho el amor de esta manera…

La miró con una sonrisa traviesa todavía teñida de cansancio.

—¿Fue…?

—Enloquecedor —reconoció ella—. No quisiera sufrir lo mismo.

Se recostó nuevamente en su pecho, escondiendo una sonrisa.

—No vuelvas a enfurecerme.

—Tal vez sea divertido.

William dejó escapar un gruñido brutal, lo cual provocó que Alice riera dulcemente, como una niña después de cometer una travesura.

—No lo intentes.

Alice asintió contra su pecho y besó aquella zona.

—William —lo llamó, aunque sabía que él se estaba durmiendo.

—¿Mmm?

—Yo también te amo.

William no respondió, simplemente apretó aquel abrazo y bajó una mano hasta el vientre donde descansaba su hijo y se durmió.

Con su esposa entre los brazos.

Como debía ser.

CAPÍTULO 22

Un mes de tregua.

Eso parecía haberles concedido su querida "Ayuda".

Aparentemente, les habían permitido a los nuevos padres disfrutar de la noticia sin inconvenientes, solo debían preocuparse por cosas tan simples como los meses que Alice llevaba de embarazo, sus repentinos cambios de humor y, claro, sus antojos, que eran solventados por un siempre atento William.

Lástima que no existiesen únicamente los problemas derivados de un acosador empeñado en saber todo cuanto ocurría dentro de sus vidas, también existían las familias y, en el caso de ambos, eran familias particularmente dificultosas.

Hacía más de dos días que Alice había recibido una carta de parte de su madre, en la que anunciaba su pronta llegada para "visitar a su querida hija", lo cual, en realidad, significaba: molestar a su hija. Según los cálculos de la pareja, la madre —y, por ende, suegra— de los Charpentier llegaría aproximadamente el lunes.

—No puede ser tan malo —dijo William, recostándose en el sillón.

Extrañamente, seguía en casa después del desayuno.

—¿Que no puede ser tan malo? —replicó Alice con una sonrisa sarcástica, golpeando las manos contra sus piernas—. ¡Es terrible!

—Vamos, Alice. Es solo una visita. Además, no es como si fueran a hacerte algo. Estás conmigo.

William ignoraba tranquilamente el nerviosismo de su esposa mientras pasaba papeles de un montón a otro sobre el escritorio.

Alice se acercó a él y colocó sus pequeñas manos sobre el respaldo del sillón de cuero, aferrándose con esmero a la parte superior.

—No es ese el punto —replicó—. Necesitamos hacer muchas adecuaciones. Además…

Alice extendió una carta hacia él.

—¿Qué es eso? —preguntó William.

—Una carta. De parte de tu familia.

—¿Kate? ¿Gigi?

—No.

—No tengo más familia. Y no creo que hables de mis padres, porque acabo de verlos.

—Son tus parientes lejanos, creo.

Alice miró la carta con duda.

—Dicen que son unos…

Releyó la firma.

—Los Achard.

—¿Achard?

William se puso de pie y tomó la carta de entre sus manos. La leyó con la esperanza de que las palabras de su esposa no fueran ciertas y de que, de alguna manera, ella no hubiera mencionado aquel apellido.

—No puedo creer que vengan —negó el hombre—. Seguramente no saben que estás embarazada.

Alice se desorientó ante aquella afirmación, dicha de una manera nada afortunada. Era como si su hijo fuera una especie de tregua destinada a mantener alejados a los Achard.

—¿Hay algún problema con tu familia?

William levantó la vista y sonrió.

—Digamos que ellos sentirían una gran dicha si perdieras al niño por algún motivo.

Alice se llevó ambas manos a la boca, incapaz de creer aquella expresión cruel salida de los labios de su marido.

Él pareció notar su brusquedad y se adelantó unos pasos hacia ella, los suficientes para besarle la mejilla.

—No es algo que yo desee —dijo William, inclinando la cabeza para mirar los ojos centelleantes de duda de su esposa—. Lo sabes, ¿verdad?

Alice asintió. Pronunció un "sí" nada convencido. William suspiró. Caminó por su despacho como un león enjaulado y se detuvo frente al enorme ventanal que dejaba entrar la luz del sol.

—No sé por qué sigues siendo tan insegura —dijo.

Alice no pudo evitar mirarlo.

—Sinceramente —continuó él—, no sé qué más hacer para demostrarte que me importas.

—William, sé que soy una mujer difícil. Sé que necesito que me repitas una y otra vez que soy bella, buena o importante para ti…

Inclinó la cabeza, observando el movimiento de sus manos.

—Imagina lo triste que es para mí darme cuenta de ello.

El marqués volvió rápidamente el rostro, intentando ver la expresión apesadumbrada de su esposa. Pero no le fue posible, porque ella ya tomaba camino hacia la entrada del despacho, dispuesta a marcharse sin mirar atrás.

William volvió la vista hacia la ventana y suspiró.

—Espera —la detuvo con rotundidad.

Alice no dijo nada.

Simplemente detuvo los pasos y lo miró, pero no se acercó. De hecho, seguía con una mano sobre el picaporte, desesperada por irse. Solo deseaba dejar aquel tema de lado, pero conocía a William.

Su curiosidad no le permitiría dormir.

En ese momento estaba decidido a sonsacarla.

—Dime qué te hicieron para volverte tan insegura —lanzó la estocada perfecta—. ¿Qué te atormentó de tal forma que dudas incluso cuando alguien te dice que te ama?

—No es nada.

Alice sabía que la rapidez de su respuesta la delataba, pero no sabía qué más hacer ante una pregunta tan directa, tan dirigida a su autoestima, a sus heridas más viejas y, de hecho, solo recordarlo… No.

No podía hacerlo.

—¿Ah, no?

—No quiero hablar de ello.

Alice estaba a punto de salir de la habitación, pero se vio imposibilitada por una mano fuerte y decidida que se colocó sobre su cintura y la introdujo de nuevo en el despacho.

—Todo esto…

William abrió los brazos, dejándola en libertad.

—Todas estas "visitas" son una forma de atormentarnos. Y creo que sabemos quién nos desea esa clase de felicidad. Alice, esa persona asesinó a un hombre sin remordimiento alguno.

—D-dices…

Ella susurró.

—¿Que puede ser quien escribe aquellas cartas?

—Sí. Estoy seguro de ello.

William asintió, furioso.

—¿Pero sabes por qué todo le funciona? —La miró—. Porque no nos conocemos, no conocemos nuestros secretos, no confiamos el uno en el otro, se aprovecha de eso.

Alice, de pronto, entrecerró los ojos. Dudó de algo que su esposo había dicho y entonces llegó la iluminación.

—¡Te ha llegado otra carta! —lo acusó—. ¡No me lo has dicho!

—¿Acaso tú me cuentas algo?

La verdad era que, justo en ese momento, la pareja comprendía algo muy importante. Sí, podían estar casados. Podían compartir la misma casa, la misma cama, el mismo deseo y un hijo en común. Incluso podían amarse, pero no confiaban del todo el uno en el otro., por algún motivo, ese paso jamás lo habían dado.

William era terriblemente reservado con sus asuntos personales. Estaba acostumbrado a guardarse comentarios, opiniones y dudas. Al fin y al cabo, siempre las resolvía después por su cuenta.

Y Alice… Alice no confiaba en nadie.

Se había manejado sola desde tiempos memorables. No sabía lo que era tener a una persona que se interesara lo suficiente como para preguntarle cosas y permanecer allí para escuchar la respuesta.

Tal vez Kate la obligaba a hablar de vez en cuando, pero Alice nunca contaba más de lo estrictamente necesario.

—Confía en mí, Alice —pidió William—. Es lo único que te pido.

Un toque presuroso en la puerta fue la única razón por la que aquella tensa conversación se aplazó, porque el tema no estaba terminado, ambos lo sabían.

—Mi señor —llamó un mayordomo, asomando medio cuerpo por la rendija de la puerta, cuidadoso de no interrumpir demasiado.

—Dime, Jacob —asintió William.

—La duquesa de Montsenpier ha llegado.

Ante el fruncimiento de ceño de los dueños de la propiedad, el hombre se apresuró a añadir:

—Me ha dicho que la esperaban.

William volvió la cara hacia su esposa.

—¿La esperabas?

—Nunca la espero —sinceró Alice con desgana.

—Entonces… dígale que iremos enseguida —indicó el marqués.

Escuchó el claro suspiro cansado de Alice a sus espaldas.

—Sé que no quieres encontrarte con ella, pero vino por una razón.

—¿Además de atormentarme?

—Además de eso —asintió William.

—Bien. Al mal tiempo, darle prisa —parafraseó ella—. Rápido.

—Espera.

William la detuvo en seco, tomándola del hombro con delicadeza.

—¿Quieres ir? Puedo disculparte por tu estado.

—No.

—Alice, estás embarazada y creo…

—No —repitió—. Quiero escuchar lo que tenga que decir.

—Promete que no te alterarás. —La miró con severidad—. Tiendes a guardarte las cosas, el enojo es malo si no se expresa.

—No me enojo.

—Alice…

—Vamos.

William meditó un instante. Parecía tener ganas de cargar a su esposa y encerrarla en su habitación. Pero, al ver la determinación en ella, no quiso arriesgarse. Tenía dos hermanas y, en ambos casos, cuando había intentado encerrarlas, habían ideado alguna manera de escapar por la ventana. Del segundo piso. No. Mejor no forzar a ninguna mujer de su familia.

—Bien.

La pareja caminó por el pasillo de la casa Millentmont con lentitud, observando cada esquina. Eran conscientes de que los vigilaban. Era imposible descubrir quién de todos era el culpable y,

por esa razón, lo mejor que podían hacer era actuar con naturalidad. Como si aquel acoso no les interesara.

El silencio extremo en que se encontraba la casa les permitió escuchar algo que, seguramente, no les correspondía. Ambos se miraron con los ojos abiertos y casi corrieron hacia la puerta tras la cual se encerraban aquellos susurros que, al resonar en un lugar tan amplio y solitario, producían un eco inquietante.

Era la duquesa de Montsenpier quien discutía con alguien dentro de la sala dorada. La predilecta de Alice. La otra voz era irreconocible, pero ambos fueron perfectamente capaces de notar que había otra persona. A menos, claro, que la duquesa de Montsenpier se hubiese vuelto loca y hablara consigo misma.

—…no puedo —se escuchó en voz baja. Era la única voz reconocible: la de la duquesa—. Es mucho… demasiado…

Alice miró dudosa a William, quien fruncía el ceño de una manera tan marcada que parecía a punto de enterrar las cejas en los ojos.

—Entremos —ordenó él, decidido a atrapar al intruso que acompañaba a la duquesa.

William abrió la puerta de golpe, de forma tan inesperada que tanto Alice como la duquesa dieron un grito acompañado de un salto bastante gracioso.

—¡Señor Millentmont! —se quejó la mujer—. ¡Qué forma de entrar!

Alice abrió los ojos con impresión, aquella mujer no era la que conocía, parecía perdida. Sus ojos distaban mucho de la agudeza con la que normalmente se manejaba, sus cabellos estaban desordenados, mal trenzados y enrollados sin cuidado. El vestido, manchado de musgo, podía llevar días sobre su cuerpo, pero lo más perturbador era aquel caminar desorientado, esos golpecitos constantes de sus manos, ese murmullo incesante dirigido a nadie.

—¿Duquesa? —se adelantó Alice, cegada por su inmenso corazón.

—¡Tú! —La señaló con odio—. ¡Ustedes dos!

Negó con una sonrisa cínica. William, acertadamente, tomó a su mujer y la colocó a una distancia prudente de la voluble dama. Estaba trastornada por alguna razón. Aunque era difícil de creer. La duquesa de Montsenpier siempre se había caracterizado por su carácter duro, desafiante, casi cruel. Algo terrible debía de haber ocurrido para dejarla en aquel estado.

—Dígame, duquesa —dijo William—. ¿Qué le ocurre?

—¿Qué me ocurre? —La mujer rio—. ¡Qué me ocurre!

—Alice, quiero que te vayas —pidió William en voz baja.

—Ni loca.

—¡Cartas! —gritó la duquesa, llamando la atención de ambos—. ¡Cartas por todos lados! ¡Cartas y cartas! "Haz esto", "haz aquello". ¡Mata! ¡Encierra! ¡Envenena!

—Duquesa —la detuvo William—, ¿quiere decir que tuvo algo que ver con la muerte de Lucca Fridckford?

—¡Ja! —Volvió a reír y comenzó a caminar de un lado a otro—. ¡Lo sabe todo! ¡Sabrá que estoy aquí! ¡Me matará también!

—Nadie la matará en esta casa —tranquilizó el marqués—. Cálmese.

—Usted no es nadie —negó la duquesa—. Es vulnerable. Lo es con esa mujer a su lado.

William dirigió una rápida mirada a su esposa, quien se mantenía a sus espaldas. Sus ojos violáceos estaban demasiado interesados en lo que decía aquella mujer desquiciada; su mano blanca y suave se aferraba al saco de William con fiereza.

—¿Por qué todo gira en torno a mi mujer? ¿Qué tiene que ver?

—¡Todo! ¡Todo! —Negó de pronto—. No… ¡Nada!

—William —le habló Alice en voz baja—. Está demasiado alterada. Tal vez si le mando pedir un té.

—O un sedante —murmuró él—. De otra forma no hablará.

—¿Piensas aprovecharte de su estado?

—Sí —respondió él con facilidad—. Sabe de lo que habla. Y tú y nuestro hijo son mi prioridad.

—William, pero ella…

—Dígame, duquesa —la interrumpió—. ¿Quién la atormenta?

—¿Quién?

La mujer sonrió con locura.

—¿Una sola persona?

—Perdone. Quise decir: quiénes.

—Quiso decir… —se burló ella—. Si hablo, me matarán.

—¿Pero por qué?

—¡Porque los odian! —La duquesa los señaló—. Yo también lo hago, pero no quería. Ya no quería…

Entonces, la puerta principal de la casa volvió a abrirse con estruendo. Se escuchó el griterío de los empleados intentando retener algo —o a alguien— incontrolable.

—¡Maldita sea, déjenme pasar! —gritó una voz—. ¡Es peligroso!

William volvió la mirada hacia la puerta abierta de la sala dorada. No pudo evitar que una ceja se arqueara al encontrarse de frente con Thomas Hamilton. Furioso. Enervado. Lo que seguía de histérico.

—Déjenlo —pidió Alice—. ¿Thomas?

—Bendita seas —dijo el hombre—. ¿Dónde está la desquiciada?

Los poderosos pasos de Thomas Hamilton resonaron en el interior de la mansión francesa. Era obvio que aquel hombre sabía algo, aunque nadie parecía saber más que la mujer hundida en la locura.

La duquesa, al verlo, comenzó a gritar con desenfreno y corrió por toda la habitación.

—¡No! ¡No iré con usted!

—De hecho —sonrió aquel atractivo hombre—, si no lo hace, morirá. La droga que le di es algo fuerte, y el único que sabe contrarrestarla soy yo.

—¿Thomas? —cuestionó Alice, horrorizada—. ¿Qué has hecho?

—Nada. —Sonrió apenas—. Digamos que no tolera muy bien las medicinas… fuertes.

—¡Thomas! ¿Qué le has hecho? —se exaltó la joven.

—Lo necesario para arrancarle un poco de verdad.

—¿Qué verdad? —se adelantó por fin William.

Thomas apretó los labios y bajó la mirada.

—No la sé completa, pero sé cómo solucionarla. En cierta medida.

—¿Qué dices? —inquirió Alice.

—Ahora no —pidió el hombre—. Primero, la loca. William, ayúdame a retenerla. Y cuidado. Tiene una fijación horrorosa con tu mujer. Puede hacerle daño.

William asintió y miró a su esposa.

—Alice, por favor, sal de aquí.

La joven se cruzó de brazos de inmediato y negó.

—No quiero.

La pareja sostuvo un duelo de miradas. Lo que no sabían era que Hamilton no se encontraba en su mejor estado de paciencia. Por tal motivo no esperó demasiado y apuntó sin ninguna vergüenza:

—Mire, señora —dijo Thomas—, no soporto más caprichos que los de mi esposa y mi hija. Así que, si quiere mi ayuda, haga lo que digo y, por el momento, lo que digo es que se largue.

—¡Ella tiene la culpa! —gritó la duquesa, señalando a Alice—. ¡Debió morir ella!

—¿Sigues aquí? —dijo Thomas con fastidio.

Alice suspiró, enojada, pero al final decidió hacerle caso.

Thomas sabía algo y, si sabía algo, ella también lo sabría. Había dicho que conocía una solución, pero algo en el fondo de su pecho le advertía que aquella solución no le gustaría en absoluto.

CAPÍTULO 23

Alice caminaba de un lado a otro en el despacho de su marido.

Estaba furiosa. Su andar rimbombante atormentaba terriblemente a los dos hombres que intentaban mantener una conversación con ella. El frufrú de la seda de su vestido azul rozaba la alfombra casi con estruendo en medio del silencio que había seguido a la noticia de Thomas Hamilton.

—Alice —la llamó William, intentando hacerla entrar en razón.

—¡No, William! —negó ella, terriblemente segura—. ¡No!

William quedó impactado por aquella forma de hablarle. Sobre todo por la negativa firme, constante, casi feroz que su esposa le dirigía. Alice era una persona dulce y tímida. Justo lo contrario de aquella fierecilla que se le plantaba de frente, renegando de una decisión que, al parecer, ya estaba tomada.

—Es lo mejor —lamentó Thomas—. De hecho, es la única solución.

—¿Alejarme? —estaba histérica—. ¿Alejarme es la única solución?

En sus ojos se leía la decepción y la desesperación que le desgarraban el alma.

—¡Y yo que pensaba que dos hombres tan inteligentes darían con una solución útil! —recriminó—. Ya veo que no.

—Es una solución sabia —dijo Thomas.

—Es una tontería.

La furiosa damisela tomó sus faldas y se apresuró a salir de la habitación, no miró a nadie más, tampoco lloró, estaba indignada. Además de todo, ninguno de los dos hombres le decía la razón exacta por la cual debía marcharse, por lógica, lograba deducir que aquello provenía de las cartas que tanto William como ella habían recibido, pero, más allá de aquella suposición, no tenía nada.

William soltó un pequeño suspiro ante la escena, no tenía ganas de seguirla, esperaría a que se le pasara. Además, tenía a la persona indicada sentada en el sofá de su despacho. Thomas Hamilton, con aquella postura tranquila y despreocupada, se hallaba desparramado en el sofá negro, con ambos pies sobre la fina mesa del centro.

—Es lo mejor —repitió Thomas cuando William se volvió hacia él.

—Lo sé —asintió el marqués—. Pero no por eso se lo tomará mejor.

Thomas asintió.

—Me imagino si le dijera eso mismo a Annabella. —Negó con una sonrisa—. Seguro haría todo lo contrario.

—Alice es más tranquila —dijo Will, con un dejo de esperanza—. Mis primas y mis hermanas siempre han sido una pesadilla.

—No afirmes cosas con tanta rapidez —advirtió Thomas—. Yo pensaba lo mismo de Annabella, y vaya que me ha sacado sorpresas.

—Alice es diferente —aseguró—. Terminará por entenderlo.

Thomas tuvo ganas de burlarse de su primo político. Pero, siendo quien era aquel hombre, y considerando la importante presencia que tenía dentro de tantos países, decidió callar y concederle la razón con un silencio conciliador.

—Si tú lo dices —dijo al final, sin dar por vencido su punto de vista.

William lo miró con clara indignación, pero, al igual que Thomas, se tenían un gran respeto, se conocían y sabían de las capacidades del otro, por lo tanto, el respeto era casi una regla entre ellos.

—Hamilton, quiero que me lo digas todo.

—Debí suponerlo. Pero te advierto que no es nada en comparación con lo que debe de ocultar el verdadero meollo del asunto.

—Hamilton.

William sonó desesperado y Thomas lo comprendió, porque se vio a sí mismo en la misma situación. No imaginaba cómo se comportaría si su esposa y sus hijos estuvieran en peligro.

—William, te lo repito: deja que me lleve a Alice a Inglaterra.

El poderoso hombre suspiró, temía que dijera eso, pero, si Thomas lo decía, era porque creía que era lo mejor. Si ese era el caso, entonces no tenía sentido seguir debatiéndose, le haría caso, la seguridad de su familia era todo cuanto importaba.

Todo lo demás quedaba en segundo plano.

—Bien —aceptó, sin ninguna conformidad—. ¿Cuándo partirás?

—Entre más pronto me vaya, mejor será tu situación y la de ella.

Thomas apoyó los codos sobre las rodillas.

—William, el asunto es que no entiendo si todo esto va contra ti o contra ella. No entiendo por qué alguien querría lastimar a tu mujer. Siendo sincero, Alice no resalta en nada que pudiera convertirla en enemiga de alguien.

William frunció el ceño.

—A menos que tengas alguna idea —continuó Thomas.

—No creo que una rival amorosa llegara a planificar algo como esto —respondió William, deseando que Thomas le diera la razón.

—Si te refieres a lady Quilet y a la duquesa, tienen que ver. Pero dudo que alguna sea la mente maestra.

—¿Alguna idea? —cuestionó William, desanimado.

—La verdad, muchas. Ninguna concreta. Y, sinceramente, no le veo caso a puntualizarlas ahora.

—No le des vueltas, Hamilton —dijo William con molestia—. Quiero una lista de sospechosos.

Thomas se sentó correctamente sobre el sofá, adoptando una postura mucho más seria. Su semblante no mostraba felicidad en ninguna medida y, por si fuera poco, el modo en que colocó las manos sobre sus fuertes piernas parecía indicar que estaba por levantarse y, posiblemente, atacar.

—No me exijas, Millentmont —amenazó con cordialidad—. Me conoces. Sabes que, si haces algo que me desagrade, me largaré. No te debo nada y no te necesito. Creo que ambos nos conocemos lo suficiente como para entender nuestras posiciones.

William apretó las manos en dos poderosos puños, no estaba acostumbrado a las irreverencias de la gente, al menos no en su contra, pero era cierto: por el momento necesitaba la ayuda de aquel hombre voluble, por lo tanto, debía hacer acopio de su paciencia y limitarse a escuchar, aunque aquello le costara más que enfrentar al Senado.

Después de un silencio intenso, y de una discusión que no pasó de lo mental y de una fiera mirada compartida, Thomas se levantó.

—Parto en dos semanas —le dijo—. Ten lista a tu mujer.

William no agregó nada más.

Siguió con la mirada el pomposo caminar de aquel hombre tan poderoso y suspiró, cansado, cuando la puerta del despacho se

cerró.

En definitiva, Thomas Hamilton era difícil de tratar.

Se había ganado una escala de respeto más alta que la de casi cualquier persona, no era razonable enemistarse con él. William agradecía su ayuda, pero, francamente, su actitud era insoportable.

Alice había llorado lo suficiente durante aquella tarde. No salió de su habitación ni siquiera cuando fueron a avisarle que su marido la llamaba, no tenía ganas de escuchar la decisión.

No. De hecho, ya la sabía. William haría lo que Thomas le pedía, la llevaría lejos de su marido, si eso era lo que quería comunicarle, entonces no deseaba saberlo.

Tomó un baño rápido, se puso un camisón y se dedicó a dormir el resto del día. No comió, no habló y tampoco se movió de la cama.

Lloró porque sabía lo que se avecinaba. La soledad. Sí, tal vez estaría en Londres con Annabella y el resto de las Bermont, pero no era lo mismo, el único que había quitado su soledad era William y ahora se separarían, lo odiaba por eso.

Sin quererlo, todos aquellos recuerdos tortuosos regresaban a ella. Las burlas, las miradas de lástima, el desprecio. Su madre, sí. En definitiva, su madre y sus hermanas estaban incluidas en sus peores memorias, para ella eran peores que cualquier bruja de la sociedad.

Tal vez peores que la duquesa.

Alice escondió más la cabeza en la almohada e intentó no volver a derramar lágrimas, no quería regresar a Inglaterra, ese país solo traía malos recuerdos, experiencias tortuosas e indescriptibles.

Había guardado todo aquello en el fondo de su ser, pero ahora, ante su inminente retorno, todo resurgía para torturarla y hacerle recordar el horror que había pasado.

Eran pasadas las diez de la noche cuando la puerta del dormitorio cedió. Alice sabía que era William y él, por su parte, sabía que estaba despierta, aunque intentara simular que dormía.

—Alice, tienes que comer algo.

Silencio.

—Tienes que hacerlo, estás embarazada, puedes enfermarte.

—No tengo hambre.

—Podrías obligarte.

—No quiero. Gracias.

—Alice, sabes que lo hago por ti y por nuestro hijo.

—Qué amable eres.

William negó con la cabeza y cerró nuevamente la puerta de la habitación. Alice se estaba comportando como una niña. Nunca pensó que pudiera desarrollar aquella faceta caprichosa, pero parecía ser que era muy capaz de hacerlo y lo hacía muy bien,

utilizando las dos cosas que más amaba en el mundo: a ella y a su futuro hijo.

Alice no pudo evitar sonreír por su propia actitud.

La verdad era que jamás había hecho berrinches, por el simple hecho de que nunca le funcionaban, pero con William era diferente. Él intentaba complacerla en cualquier cosa. Sabía que le importaba y no era como si ella se descuidara, ni a sí misma ni al niño.

A escondidas, Peter le había estado llevando comida, pero tenía la estricta orden de no decirle nada a su marido. William entró en la habitación pasadas las doce de la noche. A esa hora, seguramente su mujer ya estaría dormida y, al menos, no pelearía cuando él se metiera en la cama con ella.

Cuánto deseaba abrazarla. Besarla. Hacerle el amor.

Claro que no era el momento correcto, no era como si Alice fuera a negarse, pero seguramente no estaría feliz después de que él intentara darle placer mientras ella seguía enfadada.

Nunca le haría el amor cuando estuviese molesta.

Sería una estupidez obligarla a complacerlo o intentar contentarla con una acción física, sabía perfectamente que una mujer no funcionaba de esa manera, se dedicó a observarla desde el umbral de la puerta. La habitación estaba oscura, como siempre. La iluminación llegaba únicamente desde el pasillo, donde las velas

permanecían encendidas. Gracias a aquella luz tenue, William pudo ver su rostro hinchado por el llanto y suavizado por el sueño.

Suspiró y se internó en la férrea oscuridad en la que ella se deleitaba en dormir, caminó sin problemas por una habitación que conocía de toda la vida. Se desvistió y, desnudo, se metió en la cama.

Se acercó a ella y abrazó su delicado cuerpo con cariño, enterrando la nariz en aquel cuello blanco y perfilado. Su aroma lo inundó con la rapidez de una bala, recordándole cuánto la amaba y cuánto le dolería dejarla ir. Alice, como si en medio de su estupor sintiera la mano de su esposo sobre la cintura, la tomó con delicadeza y la subió hasta enredarse ella misma en un abrazo fuerte y protector.

William agradeció aquella aceptación. Besó con cariño su hermoso cuello y se preparó para disfrutar una de sus últimas noches juntos.

O eso pensaba. Justo cuando sintió que comenzaba a caer dormido, tres fuertes puñetazos en la puerta los pusieron alerta, con el corazón palpitando de golpe.

Alice miró desorientada hacia todos lados, pero la oscuridad no le permitía ubicar ni siquiera el rostro de su marido, quien ya se levantaba y encendía una pequeña vela.

—Quédate en la cama —advirtió él.

Alice obedeció, pero vigiló con atención el avance de su esposo hacia la puerta, que William abrió con rapidez. Nada. Nada excepto un pequeño sobre blanco, colocado sobre la alfombra del pasillo.

—¿Qué es? —preguntó Alice desde el interior.

—Nada. No salgas.

Alice, entendiendo que en realidad algo pasaba, se puso de pie y recorrió el mismo camino que William había hecho. Se detuvo junto a él, observando el sobre blanco iluminado únicamente por la vela que su marido sostenía. Lo miró de soslayo, él hacía lo mismo.

William se adelantó y se inclinó para tomar la carta.

Para mis queridos Millentmont.

William sintió como si un rayo le cayera sobre los hombros, era nuevamente esa persona. ¿Qué tendría que decirles ahora?

—Ábrela, William, por Dios —pidió Alice, alterada—. Me saca de quicio no saber qué quiere.

William regresó junto a su esposa, la abrazó y besó su coronilla.

—Vamos adentro.

La pareja se internó de nuevo en la habitación.

Alice miraba con hostilidad aquella carta que les arrebataba la paz, sintió la tensión en sus hombros cuando William rompió el sobre y sacó la hoja del interior.

—"Mis queridos Millentmont" —comenzó a leer William—. "Se creen muy listos al contactar a alguien como Thomas Hamilton. Debo admitir que ha sido una movida interesante. De hecho, me enfurece. No me gusta que alguien como él se meta en mis asuntos. Solo les advierto que Alice no puede salir de Francia. Tiene cosas que hacer aquí. Cosas que me benefician, a decir verdad. Willy, querido Willy, si crees que la protegerás alejándola, te equivocas. Deja las cosas como están. Te aseguro que, si lo intentas, Alice saldrá… pero de esta vida. Buenas noches, parejita. Les manda saludos su querida Ayuda."

William hizo una pausa, su mandíbula se tensó.

Alice dejó de respirar.

—Hay más —dijo él con una voz más baja.

Continuó leyendo:

—"Oh, se me olvidaba… ¿Les importa mucho su bebé, no? No nos gustaría que, de casualidad, la comida saliera con condimentos especiales. ¿O sí?"

—¡William! —Alice pareció desquiciarse—. ¡Está loco… o loca! ¡Mataría a un bebé! ¡A un bebé!

—Tranquilízate, Alice.

—¿Qué me…? ¡No! ¡Este es mi hijo! ¡No voy a dejar que nadie lo lastime! Yo…

—Alice. —William le tomó los hombros—. Nadie lo va a lastimar.

—Tú no lo sabes. —Negó con la cabeza—. Es capaz de todo.

—No creo que tenga alcance hasta Inglaterra.

—¿Y si lo tiene? —preguntó ella—. ¿Y si en realidad tiene todo el alcance? Yo no me arriesgaré a perder a mi bebé, William. Si esa persona quiere que me quede, me quedo.

—¡No! Estás cediendo.

—Estoy sopesando. La vida de mi hijo vale más que cualquier cosa.

—Estás minimizando la situación. Nada te asegura que no haga lo mismo aquí, que te engañe, que…

—No me arriesgaré. Lo siento. Si quieres molestarte conmigo, no me importa.

—Alice, eres irracional. No estás viendo las cosas.

—Buenas noches, William. Será mejor que le digas a lord Hamilton que se vaya de una vez. Yo me quedo.

—¡Qué terca eres! ¡Te irás porque te lo ordeno! ¿Me escuchas?

—Entonces tendrás que meterme en esa carroza.

—Créeme que lo haré. Si es por tu protección, lo haré.

—En ese caso, suerte.

—No la necesito.

—Sí la necesitas —respondió Alice, con la barbilla alta—. Porque tendrás mucho que hacer para lograrlo.

William la miró furioso y se apresuró a salir de la habitación.

Tenía cosas más importantes en las que pensar que la supuesta resistencia de su mujer, por el momento, lo que en verdad lo perturbaba era el espía dentro de la casa.

No podía simplemente despedir a todos, pero era una realidad que los acechaban. Aquello empezaba a hacerse insoportable, una cosa era tener problemas fuera de casa, otra muy distinta era descubrir que el peligro ya había cruzado las puertas de su refugio.

Una invasión en su propia casa, una jugada arriesgada y, por qué negarlo, de lo más inteligente, porque, si había una cosa que desquiciaba a William, era la deslealtad y, en ese momento, él estaba paranoico, dudaba de todo y de todos.

Era una forma perfecta de mantenerlo fuera de control. Alterado. Ciego de ira. Incapaz de confiar en las personas que hasta entonces habían sostenido su mundo. Sin darse cuenta, lo estaban desarmando lentamente. A tal punto que, cuando quedara vulnerable y debilitado, bastaría una sola estocada para sacarlo por completo del mapa.

CAPÍTULO 24

William observaba cómo su mujer terminaba de hacer las maletas.

Al final, Alice estaba cediendo a lo que él le había pedido. No le agradaba en absoluto hacerlo, pero nunca lo había visto tan decidido como cuando le ordenó comenzar a preparar sus valijas, no habían dormido juntos desde aquella noche en que William no le dejó otra opción más que obedecer. Alice ni siquiera lo miraba y, si por algún motivo necesitaba hablar con él, lo hacía estrictamente por asuntos relacionados con el embarazo.

Para desgracia de Alice, el bebé le estaba causando más molestias de las que ambos habían esperado. Como en ese momento, cuando tuvo que detenerse y posar una mano sobre su boca, intentando contener las náuseas que la atacaban cada mañana.

—Alice, ¿estás bien?

William se puso de pie enseguida, se acercó unos pasos a su esposa para intentar ayudarla, cosa complicada, puesto que ella seguía enfadada y le bastaba levantar una mano para detenerlo.

—Sé que estás molesta, pero, si te encuentras mal, puedo ayudarte.

—Debo aprender a hacerlo sola —le dijo con orgullo—. Después de todo, pronto estaré en Inglaterra.

—Iré a verte pronto —intentó mediar nuevamente.

—¿El primer ministro me honrará con tal acción?

—Alice, por favor.

William se acercó de nuevo.

—¿Puedes al menos intentar entender?

—Lo entiendo, William. —Ella regresó la mirada hacia él por primera vez—. Pero eso no me hace feliz. Yo… te extrañaré.

En ese momento, Alice no pudo controlarse y cubrió su rostro con ambas manos. Lágrimas. De verdad estaba derramándolas sin sentirse culpable, tonta o frustrada. No le gustaba llorar; se sentía estúpida cuando eso ocurría, más aún, lo odiaba. Normalmente, cuando tenía la necesidad de llorar, se iba, no le gustaba que nadie la viera.

—Alice…

La voz de su marido sonó cargada de dolor.

William se acercó a ella y la tomó en brazos, sin importarle el rechazo que pudiera imponer entre ambos. Francamente, se sorprendió cuando Alice no hizo nada por apartarlo, simplemente se

abrazó a él con fuerza, como si en aquel pecho encontrara el último refugio que le quedaba en el mundo.

—No creas que para mí será más fácil —dijo William, manteniéndola contra sí—. Soy yo quien no verá crecer tu vientre. Soy yo quien se perderá tus berrinches, la ilusión de tus ojos cuando sientas moverse al bebé, el modo en que cambiarás tus vestidos habituales por los seleccionados para tu tiempo de encinta.

—¿Por qué nos hacen esto? —preguntó con la voz quebrada—. ¿Qué pude haber hecho yo? ¿Qué pudiste haber hecho tú?

—No lo sé, amor. Es gente enferma. —Le tomó el rostro entre las manos y la miró a los ojos—. Sé que no es lo mejor, pero, cuando te vayas, podré enfocarme por completo en atrapar a esa persona.

—¿Y si nace el bebé y tú aún no la descubres? —bajó la cabeza —. ¿Creceremos como una familia rota? Eso es lo que pensará todo el mundo. Ni siquiera conviene a tu carrera política.

—Por el momento, eso ha pasado a segundo plano. —Le acarició la mejilla—. Lo único que me interesa ahora es mi familia.

Alice suspiró y asintió.

—¿A Londres?

—Estarás bien cuidada —prometió él.

—Lo sé.

Alice tomó su sombrero y se lo colocó sin ayuda de nadie. Miró a su esposo por un momento y sonrió. Qué hermoso era. Tan alto,

fuerte y apuesto. Siempre lo había amado, y ese día no era la excepción. Lo amaba tanto que la idea de la separación la consumía, solo pensar que, en menos de dos horas, estaría en aquel vapor que la llevaría a kilómetros de distancia, le provocaba una opresión en el estómago y unas ganas terribles de llorar.

William y Alice bajaron las escaleras con paso fúnebre.

Él cuidaba cada movimiento de su mujer embarazada. Los mozos se afanaban en llevar y sujetar las valijas a las carrozas que conducirían a su señora hacia Inglaterra. Todo estaba listo, incluso el imponente Thomas Hamilton aguardaba fuera de la mansión.

—Thomas. —William le tendió la mano—. Por favor…

—Está en buenas manos —lo cortó el hombre—. No te preocupes.

William asintió y miró a su esposa. Alice bajó la mirada, conteniendo con todas sus fuerzas las lágrimas que estaban a punto de salir. Aun así, se las arregló para sonreír cuando William posó una mano bajo su barbilla y la besó con ternura.

Un beso de despedida.

—Te amo —le dijo, mirándola a los ojos, a aquellas profundidades violetas que tanto adoraba—. Los amo.

Alice dejó escapar las lágrimas silenciosas que había intentado resguardar en el fondo de su alma y sonrió.

—Y-yo… también te amo.

William la besó entonces. Una emoción inimaginable lo invadió cuando ella por fin pronunció aquellas palabras, nunca se lo había dicho, sabía que Alice había desarrollado un cariño profundo hacia él, pero hasta ese instante se lo confesó con palabras y con una expresión que no dejaba lugar a dudas.

William siempre había pensado que no necesitaba escucharlo, puesto que Alice se lo demostraba con constancia, pero ahora, al oírlo de sus labios, al confirmar con aquellas simples palabras todo lo que él presentía, la sensación fue indescriptible.

Se sintió feliz, e inmensamente desdichado por dejarla ir.

Alice se separó primero, no podía permitir que la situación se volviera más difícil. Viajaría con Thomas Hamilton y no deseaba que él la viera llorar durante todo el camino. Sería patético.

—Adiós —se despidió William, ayudándola a subir al carruaje donde ya la esperaban.

—Te veré después —sonrió la joven, aunque salió como una mueca.

Alice subió a la carroza y se sentó en el lado opuesto al que ocupaba el marqués de Sutherland. En serio agradeció que Thomas no le dirigiera ni una mirada en aquel momento. Al parecer, Annabella lo estaba transformando. Si no recordaba mal, en el pasado Thomas Hamilton habría aprovechado la ocasión para molestarla y arrancarle alguna broma, pero ahora aquel nuevo

marqués parecía comprender los sentimientos ajenos y no se burlaba de un dolor tan puro como el que tenía enfrente.

—Volverán a estar juntos —dijo Thomas después de unos minutos de viaje—. Te lo prometo.

—Lord Hamilton…

—Thomas —corrigió.

—Thomas —repitió—. ¿Puedes decirme a tus sospechosos?

Los rastros de sus lágrimas seguían dejando surcos por sus mejillas; sus ojos hinchados no dejaban lugar a dudas de que deseaba continuar llorando; los espasmos en sus manos delataban el nerviosismo, aun así, mantenía una postura erguida, casi suntuosa. Sus palabras fueron firmes y concretas, sus labios no titubearon.

A Thomas solo le dejó una escapatoria: decir la verdad.

—Tengo a tu madre en la mira… más bien, a tu madrastra.

—Mi… ¿Qué dice? Disculpe.

—¿No lo sabías?

Thomas se sorprendió. Al ver la incredulidad en el rostro de la joven, no hizo falta respuesta.

—Tu madre no es tu madre.

Alice recostó bruscamente la espalda contra una de las paredes de la carroza, sus oídos zumbaron, y en su cabeza tintineó una sola

frase:

Lo sabía.

—Continúe —pidió la marquesa con rotundidad.

—Lo siento si no lo sabías, pero esa es una de las razones por las que necesito llevarte a Londres.

Alice levantó la mirada. No dijo nada, pero Thomas comprendió la duda instalada en su interior.

—¿Qué tanto cree que puedo sacarle a su "madre"?

—Muy poco —suspiró la joven—. Nada.

—¿En serio?

Thomas sonrió.

—Suena interesante. Y dígame, a su madre, ¿le gustan los hombres?

—Está casada con uno —contestó Alice.

—No.

Él sonrió.

—Me refiero a si gusta de los placeres que los hombres pueden brindarle. —Alice enrojeció de pies a cabeza y bajó la mirada de inmediato—. Veo que la respuesta es sí.

—No veo a qué viene esa pregunta —dijo, ofendida.

—A todo —contestó él, cruzándose de brazos con altivez—. Digamos que quizá lo hace por venganza.

—¿Venganza?

—Es que usted no sabe nada.

Thomas sonrió con vanidad.

—Digamos, señorita Miller, que usted proviene de una cuna muy alta. Muy, muy alta.

—¿Qué quiere decir?

—Nada, en realidad. —Thomas se recostó contra el asiento de la carroza—. Solo digo que es uno de mis casos más interesantes. Lo que me gustaría saber es el porqué del problema. ¿Quién está dispuesto a ensuciarse tanto las manos? ¿Quién tiene a tantas personas bajo su mando? ¿Quién puede ser tan inteligente como para atar tantas piezas sin revelar su identidad?

Sonrió.

—Pensaba que solo yo podía hacer algo así.

—¿Extorsionar a las personas hasta un límite inhumano?

—Me gusta más la palabra manipular. O controlar. Extorsionar suena demasiado vil.

—Porque lo es.

—Como sea. Esa persona es astuta. Los conoce. Sabe cosas que nadie debería saber, porque los tiene vigilados. Y no gratis: las personas que los vigilan también están siendo manipuladas.

Su sonrisa se ensanchó.

—Brillante. Brillante, en verdad. Pero yo lo soy más, mucho más. Esa persona apenas comienza. Y yo… yo tengo experiencia. —Alice frunció el ceño. Thomas lo notó, intentó calmarse y centrarse en el problema—. Lo siento. Como le decía…

La carroza se estremeció de pronto con violencia, los caballos relincharon, las ruedas patinaron fuera del camino y el carruaje dio una sacudida tan brutal que Alice tuvo que aferrarse al asiento para no caer. Alguien había subido a la carroza sin autorización. Los pasos sobre el techo golpeaban como ecos en los oídos de Alice, su corazón se alteró y los nervios la atacaron.

Miró a Thomas Hamilton. El hombre mantenía una sonrisa de oreja a oreja. ¿Qué demonios…?

—Picaste —dijo él con suficiencia—. No eres tan listo.

Y, sin decirle nada más, Thomas abrió la cortina de la carroza y salió por la pequeña ventana.

Alice no podía creer que semejante hombre saliera sin dificultad por aquella ventana que, aunque no era diminuta, tampoco parecía hecha para permitir el paso de alguien de su tamaño. Ella tuvo que apoyar las manos en ambas paredes de la carroza para estabilizarse. Miraba hacia todos lados, desesperada por comprender lo que pasaba.

Escuchaba la pelea, los golpes, los tirones y era consciente del aumento de velocidad. Seguramente, durante la lucha, el cochero

había sido arrojado sin piedad del pescante.

Bien, era su turno.

Alice abrió la otra ventana del carruaje y miró hacia arriba, donde dos figuras masculinas llamaron su atención. Thomas se enredaba en una pelea con un hombre… No, no era un hombre cualquiera.

Era el cochero. ¡Tenía que serlo!

Alice miró hacia el frente de la carroza, las riendas estaban sueltas y los caballos, asustados, corrían desbocados por el sendero desolado.

Tenía que detenerlos, tenía que hacer que el carruaje dejara de avanzar o se descontrolaría hasta volcar.

La mujer desabrochó sin ningún cuidado el vestido que llevaba puesto, rompiendo botones y tela. Necesitaba estar más cómoda si deseaba saltar como una demente hacia la parte frontal, cuando quedó en camisola y medias, Alice no pudo poner más excusa, comenzó a salir por la ventanilla de la carroza.

Thomas logró verla e intentó indicarle que volviera a meterse. No funcionó. Ella estaba concentrada en no caer, pisaba con cuidado los bordes seguros de la carroza, resbalando en algunas ocasiones, pero manteniéndose firme. De alguna manera, logró quedar sentada en el pescante, nunca había aprendido a manejar caballos, y le era imposible entender cómo conseguir que aquellos animales se detuvieran.

—¡Alice! —gritó Thomas por encima del viento—. ¿Qué demonios crees que haces?

—Intento…

Entonces la mujer abrió los ojos de forma desmesurada, ni siquiera fue capaz de gritar, otra carroza se avecinaba a toda velocidad hacia ellos, no había salida, debían virar ahora o esperar un choque espantoso. Alice se paralizó, pero Thomas no. El hombre reaccionó con la velocidad de un tigre. Se lanzó hacia delante, junto a Alice, tomó las riendas y viró; como era de esperarse, la carroza no soportó el cambio repentino de ruta y terminó volcándose.

Thomas salió despedido del asiento y quedó fuera de la revolución brutal que el carruaje dio por aquel sendero empinado. Con Alice fue distinto, ella quedó atrapada entre las riendas de los caballos.

—Por Dios —exclamó Thomas.

El hombre descendió con rapidez por aquella colina, resbalando un poco sobre el musgo que se enredaba entre sus pies, tenía que llegar a ella lo antes posible. En esas ocasiones agradecía ser médico. Lo único que se repetía en su cabeza era que Alice estaba embarazada.

Si algo le ocurría, William seguramente lo asesinaría.

—¡Alice! —gritó, intentando recibir una respuesta—, contéstame.

—Thomas…

Se oyó un pequeño grito, nada potente, pero gracias a los sentidos desarrollados de Hamilton, fue perfectamente capaz de detectar de dónde venía. Thomas prácticamente corrió al encuentro de la joven, que se encontraba sentada contra el tronco de un árbol, tenía incrustadas varias partes de la carroza, una de las más perturbadoras era una astilla de tamaño considerable clavada en la pierna, pero aquello no parecía ser la prioridad de la mujer.

—Alice, dime qué sientes.

Thomas se agachó junto a ella, había hecho un rápido análisis de las heridas, pero lo importante era saber qué le preocupaba a ella.

—El bebé, Thomas… creo que perdí al bebé.

—Sshh. Tranquila. No tengas miedo. Todo está bien.

—No, Thomas. Mi bebé…

—Lo sé, lo sé. Déjame revisarte.

No era necesario. Alice sentía dolor en el vientre. La sangre provenía de muchas partes, pero Thomas estaba seguro de que una buena cantidad no salía de su pierna. Estaba perdiendo al bebé. Con todo el dolor del mundo tendría que avisarle a una madre que estaba perdiendo a su hijo.

—Alice…

—¡No! —lloró ella—. Sálvalo. Tú eres médico. Sálvalo. Sálvalo ahora.

Thomas no pudo hacer nada ante aquel dolor. Así que, en contra de todo lo que era él, la abrazó. La abrazó pensando en el sufrimiento que ella atravesaba, porque no podía ver a una mujer llorar así. La abrazó también por la impotencia de no poder ofrecerle nada más que malas noticias.

—¡No, Thomas! ¡Sálvalo! —lloraba la joven madre con histeria—. ¡Haz algo! ¡No te quedes ahí!

Pero Alice sabía que no había solución.

Lo sabía porque no hacía nada por moverse ni por apartar al hombre que la sostenía contra su pecho, simplemente se aferraba a aquella camisa con toda la fuerza que le quedaba, por el dolor del aborto y por el dolor aún más grande en el corazón.

No llevaba más de dos meses y medio con ese bebé, pero ya se había hecho a la idea de tenerlo en brazos. De amarlo. De descubrir si se parecería a su padre o, quizá, incluso a ella.

Se quedó sin fuerzas.

No tenía por qué luchar en ese momento, no sabía si era el dolor de la pérdida o la rabia que sentía contra esa persona empeñada en lastimarlos. Al final, se desmayó, dejando a Thomas Hamilton con el peso de su cuerpo entre los brazos.

—…Alice…

La joven se negaba a despertar, no quería, no tenía ganas.

—…Alice, por favor, despierta…

Si ella pudiera hablar, seguramente diría que no. Pero no podía. Estaba cansada y quería dormir. Deseaba que aquella maldita voz se callara de una vez, porque comenzaba a resultarle fastidiosa.

—Alice…

Ante el incesante llamado, se atrevió a abrir los ojos con lentitud. Era como intentar levantar dos pesadas cortinas ella sola. Prácticamente imposible. Se esforzó un poco más y logró percibir su recámara. La que compartía normalmente con William.

Y la voz fastidiosa era justamente la de su marido.

—¿William? —preguntó ella, sin dar por sentado que fuera él.

Pero sí lo era. En cuanto oyó su voz, William se abalanzó sobre ella y depositó un dulce beso en sus labios.

—¿Cómo te sientes? ¿Estás bien?

—Yo estoy… —Alice se tocó el vientre y miró desesperada hacia todos lados—. ¿D-dónde…?

Sus ojos violetas viajaron del rostro dolorido de su marido hacia la figura alejada y seria de Thomas Hamilton. El marqués de Sutherland se encontraba en el rincón más apartado de la cama, con los brazos cruzados y la cabeza gacha.

—No… —comprendió la joven—. Yo… ¿Dónde está Thomas?

—Alice —la llamó su marido.

Pero ella no estaba dispuesta a escuchar otras palabras que no fueran las del hombre experto en el tema. Thomas miró interrogante a William, quien solo dio un asentimiento de cabeza, dándole permiso para decirle a la temblorosa mujer lo que había sucedido.

—Señora Charpentier —comenzó Thomas, completamente metido en su papel de médico, puesto que le resultaba mucho más sencillo que comportarse como amigo—. Temo informarle que la criatura ha fallecido. El embarazo era demasiado temprano para determinar el sexo. En serio lo lamento.

Alice dejó de escuchar. El dolor, el profundo dolor, la invadió de pies a cabeza. Algo dentro de ella se rompió en mil pedazos. El llanto jamás salió, para sorpresa de todos. Alice mostraba una calma temerosa, una calma ocasionada por la desolación.

—Retírense de la habitación —pidió con tranquilidad.

Seguía con el rostro cubierto por las manos y las rodillas cerca del pecho. No quería verlos y era lo único que pedía que cumplieran.

—Alice, deja que me quede… —pidió William.

—He dicho que fuera —elevó el rostro, iracunda—. ¡Fuera! ¡Todos!

Thomas posó una mano sobre el hombro de William y lo incitó a salir de la habitación. Debían dejarla tranquila. Si lo que quería era estar sola, era mejor concedérselo.

Alice se derrumbó sobre la cama, mirando hacia el techo cubierto por el dosel. Intentaba descubrir por qué no lloraba, porque prácticamente no sentía nada más que una calma tremenda, rencor y odio y no le costó trabajo saber contra quién era todo ese coraje.

El desliz de una hoja bajo la puerta se oyó en el silencio.

Alice casi rio por la rapidez de la tortura. Apartó las sábanas y descubrió un fuerte dolor en el vientre, consecuencia de la pérdida, pero también tenía otros dolores por aquella caída estrepitosa.

Como pudo, se agachó y tomó la carta entre las manos, suspirando ante cada movimiento que le causaba dolor, se irguió y miró con desdén aquella nota blanca con un solo nombre impreso en ella:

Alice Miller.

La joven suspiró y comenzó a abrir la carta.

> *Siento lo de tu hijo. No era mi intención matar a un inocente, aunque lo dije en el pasado. Realmente me siento mal por ti y por la tristeza que debes sentir en este momento. Pero debes saber que, si no hubiesen desobedecido, posiblemente tu hijo seguiría con vida. Tal vez nada habría cambiado, pero al menos seguiría vivo. Le debes el dolor a tu marido, quien se puso terco y decidió inadecuadamente.*
>
> *Mi más sentido pésame, Una ayuda.*

Alice arrugó aquella carta y la apretó en la mano durante un tiempo indefinido. ¿William tenía la culpa? Sí. Era verdad, porque él la había obligado a irse a pesar de las advertencias. A pesar de todo, lo hizo y ahora ella no tenía a su hijo.

Suspiró. Pero no. William no tenía la culpa. Ahora que lo pensaba con más claridad, quien seguía arruinándoles la vida era aquella maldita persona que mandaba las cartas.

¿Cómo habría vivido su hijo, si hubiese nacido, bajo una amenaza constante? Seguramente siempre atacarían por medio de él. Tal vez… Solo tal vez, y aunque aquella idea apenas lograba menguar su dolor, era mejor que no hubiera nacido, porque, al menos así, nadie podría usarlo para destruirlos.

CAPITULO 25

William caminaba de un lado a otro fuera de su recámara. Era la primera vez que dudaba antes de entrar en su propia habitación, aquello provocaba una confusión profunda en su interior.

Él no dudaba de nada, sin embargo, desde que Alice estaba a su lado, titubeaba con una normalidad desconcertante cada vez que algo tenía que ver con ella, era como si su mujer se hubiese convertido en una amenaza para su dominio de sí mismo.

Justo en ese momento, William temía que ella pensara que la muerte de su primer hijo había sido culpa suya. Tal vez lo era. Él la había obligado a marcharse con Thomas, alejándola de su protección y desobedeciendo las órdenes de una persona que no tenía remordimiento alguno al matar, ya se los había demostrado cuando asesinó a Lucca Fridckford.

Cerró los ojos y se tocó el puente de la nariz, ya no sabía qué hacer, ni cómo compensar las cosas. Se acercó a la puerta e intentó oír algo en el interior del dormitorio, un susurro, un movimiento, cualquier sonido que le indicara el estado de ánimo de su esposa.

Lo que escuchó no era precisamente lo que esperaba.

—¡No…! ¡William! ¡William!

Eran gritos desesperados, aterrados y eran de su esposa. El primer ministro no dudó esta vez, entró en la recámara en penumbra y se abrió paso entre los muebles hasta llegar a la cama. Encendió una vela sobre el buró de Alice y la tomó en brazos, parecía asustada, desorientada y frustrada, había tenido una pesadilla.

—Aquí estoy, Alice —susurró él, pegado a su cabellera castaña.

—¡Nos matará! —lloriqueó—. ¡Ya mató a nuestro hijo!

—Alice, tranquilízate.

William la abrazó con más fuerza.

—¡No! —Alice apartó la cabeza del pecho de su marido y lo miró a los ojos—. Tenemos que atraparlo, no podemos seguir así.

—Lo sé. Tranquila.

William volvió a abrazarla, intentando calmarla, procurando que dejara de temblar, por alguna razón, la pobre Alice no lograba controlar su cuerpo, era como si un frío imposible de vencer se hubiese instalado en sus huesos.

—William —volvió a hablar, con seguridad—. Tengo que hacer lo del partido político. Ya no tengo nada que me lo impida. Ya no estoy embarazada y, aparentemente, eso es lo que la persona de las cartas quiere: que continúe en la política.

—Hablaremos de eso después, acabas de sufrir un dolor muy fuerte.

—Perdí a nuestro hijo —dijo ella con frialdad—. No la vida.

—Alice, ¿estás escuchando lo que dices? —preguntó, sorprendido.

—Sí. Estoy pensando en el futuro de nuestros demás hijos —aseguró con determinación—. No volveré a sufrir esto.

—Sí, mi amor, pero…

—Quiero hacerlo, no me lo prohíbas. —Bajó la mirada—. Ya comprobaste que, separados, solo ocurren cosas malas.

William apretó los labios en una fina línea. Era verdad. Separándose, solo habían conseguido empeorar las cosas, pero eso se debía a que "Ayuda" los quería juntos por alguna razón. Aún recordaba la conversación con Thomas Hamilton, quien había regresado con una apariencia devastada después del accidente.

Por primera vez en su vida, William comprobó que aquel hombre tenía alma y un corazón capaz de doblegarlo.

—Ellos hicieron todo para detenernos —le había dicho Thomas—. Incluso la otra carroza era el último recurso para impedir que avanzáramos. Siendo sincero, fue un descuido mío.

—¿Viste quién conducía la otra carroza? —preguntó William.

—La única que pudo haberlo visto es Alice.

William, como era de esperarse, no culpaba a Sutherland de nada.

Habría sido estúpido hacerlo, sabía que Thomas había hecho todo lo posible para evitar daños y que, aunque quizá esperaba un ataque, no era Dios como para prever todo cuanto ocurriría en aquella batalla.

—Alice, si eso es lo que quieres hacer, no te detendré —le dijo William—. Si deseas unirte a ese partido político, tienes mi permiso.

La joven sonrió y asintió, más tranquila al obtener una respuesta positiva de su marido.

—Gracias.

—Vuelve a dormir —aconsejó él.

William se puso de pie con indecisión.

No sabía si su esposa querría que se quedara o si preferiría que volviera a dormir en otra habitación. Era consciente de que, como hombre y dueño de la casa, podía tomar la decisión por sí mismo. Pero no deseaba obligarla a nada, quería que estuviera cómoda, quería que lo aceptara solo cuando creyera que podía hacerlo.

El marqués miró hacia la puerta, interpretando el silencio de Alice como una invitación a su salida.

—Will…

La voz de Alice se escuchó suave, casi avergonzada.

Los ojos claros del primer ministro volvieron hacia ella con prontitud. Se encontró con el rostro inclinado de su esposa y con aquellos ojos violetas fijos en las manos entrelazadas sobre sus piernas.

—¿Qué pasa? —preguntó al ver que ella permanecía callada.

—Tú… ¿tampoco hoy dormirás conmigo?

William abrió los ojos y dio un paso hacia atrás.

¿Quería que durmiera con ella?

Desde hacía días no quería su presencia en la recámara. Desde que le dijo que se marcharía con Thomas. Y ahora, después de perder al niño, William había llegado a pensar que jamás querría volver a verlo.

—Pensaba que no querías verme.

—Yo… estaba molesta —aceptó—. Pero me siento sola… y triste. Quisiera que me abrazaras y…

William la abrazó con fuerza y enterró el rostro en el pequeño y suave hombro de su esposa, captando su aroma, su temblor y el débil latido de su corazón. A pesar de lo que había demostrado unos segundos antes, Alice lo necesitaba y aquello lo hizo sentir extrañamente feliz, incluso en medio del dolor.

—William… —lloró la joven—. ¿También estás triste, verdad? ¿También te duele que nuestro hijo…?

—Por supuesto que me siento devastado —dijo William—. Pero tú me necesitas fuerte a tu lado.

—Necesito a mi esposo.

Lo obligó a levantar el rostro.

—Uno que se sienta triste conmigo. No una roca que quiera soportarlo todo.

—No puedo llorar, Alice —suspiró William—. No es tan fácil para mí. De hecho, no recuerdo la última vez que lloré. Pero me siento abatido. Y no encuentro cómo sanar el dolor de verte así.

William tocó con dulzura la mejilla llorosa de su esposa.

—Solo te necesito a mi lado —dijo ella, apretándose contra él.

—Aquí estaré. —La abrazó con más fuerza—. Siempre.

Alice se acurrucó contra él y fue cayendo dormida otra vez. No deseaba despegarse de su marido, pero todo la cansaba de una forma tan extrema que no podía evitar hundirse nuevamente en el sueño.

Dos días pasaron y las malas noticias continuaron, al menos eso pensaba Alice. Lunes. El maldito lunes que su madre había programado para su visita había llegado.

En realidad, Alice no deseaba verla. ¿Cómo podría siquiera llamarla de esa forma cuando, en realidad, no lo era? Ahora entendía muchas cosas de su infancia. Muchas de sus desgracias, de

sus dificultades y de los traumas del presente se los debía a su "madre".

Alice estaba de pie junto a su marido, quien intentaba convencerla de que no se levantara de la cama.

—No tienes por qué levantarte, Alice —indicó William—. Ellos entenderán que no te encuentras bien.

—Estás de broma si piensas que mi… madre lo entenderá —negó la joven—. No. Deja que me levante.

—No es razonable que solo quieras complacerla —intentó nuevamente su marido—. En este momento, lo importante eres tú.

—Gracias, William, pero no. Me levantaré. —Alice se colocó los pendientes—. Además, tus demás familiares llegan hoy. Los Achard.

—Lo había olvidado —dijo con frustración—. ¿Qué querrán?

—Burlarse, tal vez —contestó Alice fríamente—. Recuerdo que una vez dijiste que ellos serían felices si perdía al niño.

—Deja de jugar con eso, Alice —aconsejó el hombre—. Solo consigues verte cínica y, francamente, me molesta.

—¿En serio? —Se encogió de hombros—. Lástima. No sé por qué lo hago, pero de alguna forma alivia mi dolor. ¿Crees poder soportarlo?

William suspiró y asintió.

—Si eso te hace sentir mejor, puedes hacer lo que quieras.

—¡Vaya esposo permisivo! —dijo una voz alegre y juvenil.

Alice volvió rápidamente la vista hacia la entrada de la habitación. Abrió los ojos con impresión y no se detuvo antes de correr hacia la persona que se encontraba en el marco de la puerta.

—Emma, ¿qué haces aquí?

—La misma de siempre. Solo paseaba por el lugar… Bueno, a decir verdad, no le dejé otra opción a tu madre más que traerme.

La joven sonreía con suficiencia.

Aquella endemoniada mujer de ojos verdes como aceitunas y cabello rubio hecho un nido de pájaros se plantaba rimbombante en la recámara privada del marqués de Millentmont, irrumpiendo sin un dejo de vergüenza en una habitación marital.

—¡Dios, Emma! —sonrió Alice.

Lastimosamente, no estaba del todo recuperada por la pérdida del bebé, y la carrera, junto con los movimientos bruscos, le arrancó un quejido de dolor.

—Alice, por Dios. Quédate quieta —pidió su marido, avanzando unos pasos hacia ella.

Emma sonrió y apartó a su amiga de su cuerpo.

—Sí. Y mientras te estás quieta, ¿podrías explicarme qué demonios pasa en esta maldita casa?

—Emma, por favor, deja que los muchachos respiren. —intervino Charles de pronto y se tocó el pecho—. Y yo también.

La joven rubia rodó los ojos y los miró de uno en uno.

—No. No me importa quién se trague sus pulmones. —Miró a William—. Explicaciones. Ahora.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Alice cuando se sintió un poco mejor, ignorando la petición —o más bien orden— de su amiga.

—Vine a verte —explicó a medias—. Oh, tu madre está abajo.

—Sí. A ella sí la esperaba —rodó los ojos la marquesa.

—Sí, bueno. —Se encogió de hombros—. Me invité sola, como ya te había dicho. Pero, sobre todo, vine porque quería avisarte que me casaré con este idiota.

—¿Qué? —preguntó la pareja de casados al mismo tiempo, mirándose con sorpresa.

—Bueno, es más bien una tregua —explicó Emma, se mordió la lengua, no era algo fácil de explicar—. ¡Nosotros preguntamos primero!

—Nosotros no nos estamos casando de la nada —se excusó Alice.

—¿Debo recordarte que se casaron en una situación aún más rara?

—Pero no lo decidimos con anterioridad —dijo William.

—Lo que sucede es —intervino Charles— que es lo mejor que se nos ocurrió para que nos dejaran tranquilos.

—¿Un acuerdo? —preguntó Alice con espanto.

—Sí, algo así —asintió Emma, moviendo una mano—. Ambos seguiremos con nuestras vidas y no interrumpiremos la del otro.

—Eso no es un matrimonio —desmintió William.

—¡Exacto! —asintió Charles—. Nos casamos, dos años y adiós.

—¿Adiós? —preguntó la marquesa.

—Divorcio, Alice. Divorcio —explicó Emma.

—¡No! —se encolerizaron al mismo tiempo Alice y William, quienes estaban recibiendo las demencias de aquella pareja.

—¿Qué? ¿Qué tiene? —se inquietó Emma.

—¿Saben lo mucho que les afectaría un divorcio? —preguntó William—. Un matrimonio no es cosa de broma.

—No es una broma. Es lo que necesitamos para obtener libertad —dijo Charles.

—Eso está bien para ti, Charles —dijo Alice—. Tú puedes casarte de nuevo, pero una mujer divorciada… No, Emma. No es tan fácil.

Emma apretó los labios y miró hacia otro lado, sin querer aceptar aquellas palabras. Alice sabía que nunca había sido la ilusión de Emma estar sola y, con esa decisión, era justamente lo que estaba buscando. ¿Un divorcio? No. Aunque ya estuviera aprobado en

muchos lugares, seguía siendo mal visto por la sociedad. Si incluso cuando una mujer enviudaba se esperaba que no se casara de nuevo, Alice no podía imaginar lo que dirían de una mujer divorciada.

—No venimos a hablar de nosotros, sino de ustedes —dijo la rubia, queriendo cambiar el tema de conversación.

William y Alice se dirigieron una rápida mirada y suspiraron al mismo tiempo. Si no querían hablar del tema, perfecto.

Al menos por el momento.

—Alice… me enteré de lo del… ya sabes.

—Lo del bebé —asintió con tranquilidad—. Sí. Es una lástima.

William cerró los ojos.

La forma en que su mujer se expresaba sobre el bebé daba la impresión de que no le interesaba en lo más mínimo. La realidad era otra: Alice escondía todos sus sentimientos, por alguna razón quería verse fuerte frente a todos, y eso la hacía parecer poco sensible.

Emma notó aquella actitud enseguida y miró a William, pidiendo una explicación. El hombre simplemente cerró los ojos, suplicando consideración hacia ella. Su amiga así lo hizo.

—Alice, ¿no quieres dar un paseo conmigo antes de ver a tu madre?

—Quisiera perderme en el bosque para no verla.

Emma abrió los ojos y sonrió, disimulando la incomodidad con una bella carcajada.

—Bien. Entonces caminemos.

Las dos mujeres avanzaron lentamente hacia la salida. Emma tomó con dulzura el brazo de su amiga para que pudiera caminar con más facilidad, dejando en soledad a Charles y William.

—Creo que necesitas un buen whisky y un tabaco —dijo Charles conciliadoramente.

—Tengo que ver a mi suegra —se lamentó William—. Intentaré disculpar a Alice.

—Ellas sabrán entretenerse con la casa. Ya sabes cómo es esa mujer de avariciosa. Seguramente morirá de envidia un rato por lo que su hija puede tener y ella no.

—Una forma dura de expresarte.

—Emma me ha contado algunas cosas.

Se encogió de hombros.

—Hablando de Emma… ¿qué es eso de que se casarán?

—Bueno, es mi mejor amiga de toda la vida —sonrió Charles—. Se me hace una buena opción.

—Alice era una de mis mejores amigas también, y jamás pensé en casarme para divorciarme de ella.

Charles se pasó una mano por los cabellos y suspiró.

—Es complicado. No quiero lastimarla, pero es lo único que se me ocurre. Y parece estar de acuerdo…

William entrecerró los ojos y lo miró con una expresión dura y tajante, donde claramente le decía lo que pensaba sin necesidad de abrir la boca.

—Sé lo que estás pensando —lo apuntó Charles—. Lo sé, pero justo ahora no tengo ganas de escuchar un pensamiento razonable.

—Bien, entonces no diré nada. De todas formas, creo que sabes lo que tienes que hacer.

—¡Maldita sea, William! —se exasperó el hombre—. ¡Sabía lo que me dirías! ¡Lo sabía!

—No te estoy diciendo nada, Charles —respondió tranquilo.

—¡Tu maldita cara! —negó—. Tu maldita mirada me lo dice todo.

Charles se dejó caer sobre el sillón de la recámara de su primo y soltó el aire de manera abrupta.

—Sé que no está bien, pero es una forma en la que puedo ayudarla.

Negó con la cabeza.

—No sabes toda la historia.

—Ni quiero saberla. —William también tomó asiento—. Solo espero que no hagas algo estúpido, como siempre.

—Gracias, William. Tus palabras son alentadoras.

—Solo digo que…

—¡Mira, mamá! —gritó una voz desde las escaleras—. ¡Ahí debe de ser su recámara!

William miró a su primo con interrogación.

Charles, por su parte, simplemente sonrió y negó varias veces, recostándose cómodamente en el sofá.

—Oh, cielos. Esperé esto todo el camino.

—¿Esperar qué?

Charles hizo un movimiento de cabeza, señalando la puerta por donde ya entraban dos jovencitas, a quienes William reconoció de un pasado no tan lejano.

—¡Mira, Regina! —gritó una mujer—. Esta es la recámara de Alice.

Si William no se equivocaba, en la voz de la hermana de su esposa se percibía un deje de fastidio y envidia.

Tal vez había escuchado mal.

—¿Dónde estás, Luciana? —gritó la voz de otra de las hermanas, quien intentaba encontrar a la joven que ya se introducía en la recámara sin prestar atención a los dos hombres.

—Disculpen… —dijo William, algo impactado por la actitud de las dos jóvenes—. ¿Qué hacen aquí?

—Hola, señor marqués —saludó la madre de Alice, entrando a la habitación con las mismas agallas que las otras dos muchachas.

—Señora Miller —dijo William con rudeza, enmarcando su desagrado con una expresión de pocos amigos—. No esperaba que subieran hasta mi habitación.

—¡Oh! —La mujer sonrió—. Pensé que mi hija estaría aquí.

William encontró razonable aquel pensamiento, pero no por eso le pareció aceptable el comportamiento de ella y sus hijas, quienes husmeaban por la habitación sin remordimiento ni vergüenza alguna.

—¿Estos son los vestidos de Alice? —señaló una de las chicas—. ¡Son muchísimos! ¡Mamá, yo quiero más vestidos!

—Hija, por favor. No seas maleducada y ven a saludar.

—¡Pero mamá! ¡Quiero más vestidos!

—¡Y nosotras!

William sintió que no podría con aquellas mujeres que se encontraban en su recámara. Eran escandalosas. Seguramente molestarían a todos los vecinos. Tal vez incluso a los animales.

—Yo tuve que convivir con ellas todo el camino —dijo Charles, poniéndose de pie, claramente dispuesto a escapar de la situación—. Lograron desesperarme… ¡A mí! ¡El rey de la paciencia!

—¿Quién demonios te dijo eso? —preguntó William—. Te mintió.

—Bueno, ciertamente tú no lo vas a ganar nunca. Suerte.

William cerró los ojos y respiró profundamente varias veces, intentando controlarse. Al menos Charles tenía razón en eso: él era el hombre menos paciente del mundo. En realidad, era temperamental y explosivo. Intentaba dominarse, y era un maestro en hacerlo, pero no siempre lo conseguía.

Justo en ese momento estaba a punto de gritar como loco y correr a todas aquellas mujeres fuera de su habitación. De su casa. Pero bastó con que su esposa hiciera aparición para que lograra contenerse.

Lo haría por ella.

Además, deseaba saber qué era lo que esa mujer —a quien hasta ahora Alice llamaba madre— le había hecho. Según Thomas Hamilton, su madre tenía mucho que ver en todo.

¿Sería ella quien mandaba las cartas?

¿O sería algo relacionado con Lucca Fridckford?

Thomas sabía parte de la verdad, pero, gracias al estado de salud de Alice, no hubo tiempo para hablar de nada.

Tenía que conversar con el esposo de su prima. Al fin y al cabo, Thomas Hamilton se la pasaba viajando, y su prima normalmente lo acompañaba junto a sus dos hijos.

Solo esperaba que regresara pronto.

La última vez que lo vio, le dijo que traería más información, puesto que, según Thomas, aún había demasiados cabos sueltos.

CAPÍTULO 26

Alice bajaba las escaleras con rapidez. Llegaba tarde a una de sus muchas reuniones políticas junto a los Harnett y otros miembros de la Cámara francesa.

Su marido, William Charpentier, había partido mucho antes que ella, al menos en esa ocasión. Normalmente lograban ajustar sus horarios para marcharse y regresar juntos, pero aquella mañana Alice había decidido quedarse más tiempo en la cama, y el tiempo, aparentemente, se la había devorado.

Se había vestido de prisa y había tendido la cama casi de forma automática. No tendría tiempo de desayunar con sus invitados y, para ser sincera, lo único que le causaba pesar era no compartir aquel rato con Emma y Charles, los únicos que realmente le interesaban.

Estaba a punto de pasar de largo por el comedor cuando la voz de su madre la detuvo.

—Mi querida Alice, no me dijiste que esperábamos más visitas —informó la mujer, con el rostro inclinado y una ceja levantada.

Alice se detuvo en seco. ¿Más visitas?, se lamentó. Creía que con su madre y sus hermanas dentro de su casa era suficiente. Pero ahora, ¿había más visitas? Aparentemente, sí.

—¿Más visitas?

Alice regresó sobre sus pasos y se acercó al comedor, intentando arreglar su cabellera mal acomodada.

—De hecho —dijo una mujer desconocida, adelantándose con los brazos cruzados—, avisamos con bastante anticipación.

Alice la miró de arriba abajo, buscando en su memoria aquel aviso del que hablaba. Le habían pasado tantas cosas últimamente que no le extrañaría haber olvidado algo importante.

—Tal vez el apellido Achard te recuerde algo —insistió la joven, levantando una ceja con clara exasperación.

Alice se quedó pensando un momento más. En verdad no recordaba nada, hasta que, de pronto, el recuerdo llegó.

—¡Los parientes lejanos de William! —Chasqueó los dedos al recordar apenas aquella carta. Luego miró a la mujer con disculpa y comenzó a excusarse—. Sí, lo siento. Sean bienvenidos.

—No es un recibimiento muy cálido, que digamos —intervino otro hombre, muy parecido a la mujer, pero nada semejante a William.

Los Achard eran más bien de estatura baja; cabellos castaños, como los de Alice; ojos grandes y color miel; nariz ganchuda, poco perfilada; facciones toscas y era grosero decirlo, pero no eran

especialmente agraciados. En comparación con la familia Charpentier, los Achard debían de sentirse muy desgraciados.

—En realidad, hemos tenido días difíciles —se disculpó Alice nuevamente—, pero les aseguro que serán recibidos con la hospitalidad de los Millentmont.

—Sí, ya lo vemos —dijo otro muchacho, igual de bajo, igual de desagradable e igual de hostil.

Alice contabilizó a las personas presentes en el comedor.

Su madre y sus tres hermanas, la mujer agresiva y otros tres hombres tan groseros como ella.

—Yo soy Alice Charpentier, esposa de William —se presentó, a pesar de las malas caras de los parientes de su marido.

Los nuevos rostros la miraron, juzgándola en silencio.

—¿Y dónde está Willy? Nuestro querido marqués —dijo despectivamente uno de los hombres.

—Trabajando —informó la joven, ya menos cortés—. Él regresará a la hora de la comida.

—En ese caso, estaremos bajo la constante compañía de nuestra querida marquesa —dijo la mujer con una lengua viperina que Alice comenzaba a identificar—, quien, por cierto, no ha podido mantener al heredero en su seno.

La joven marquesa sintió un dolor profundo en el interior, nada le dolía más que recordar a su hijo fallecido. Agradecía que William no

estuviera presente, pues seguramente habría enfurecido. Y no. No valía la pena. Ya había practicado lo suficiente con su "madre" y las muchas veces que le había dicho algo parecido.

Ya no le afectaba en la misma medida que al principio.

—Espero, señorita, que algún día no tenga que repetirse esas palabras a sí misma ni a un ser querido. —Alice la miró con odio y se irguió un poco más—. Con su permiso, le deseo una buena mañana.

Alice prácticamente salió corriendo de su casa. No deseaba dar explicaciones a Emma ni a Charles sobre sus nuevos parientes y su hostil proceder, agradecía que ninguno de los dos estuviera presente en ese momento, agradeció también la privacidad de su carroza.

Después de un trayecto agradable por París, la joven caminó hacia la oficina de su marido. Saludó amablemente al hombre encargado de los horarios de William y entró sin tocar, como hacía siempre.

—No adivinas quién ha llegado hoy —dijo Alice, viendo cómo su marido dejaba de lado los papeles para mirarla.

—Por tu expresión, diría que no es alguien que te agrade.

Alice caminó hacia su esposo, colocó una mano sobre su hombro para sostenerse y se inclinó para depositar un beso en su mejilla. Después fue a sentarse en una de las sillas frente al escritorio.

—Los primos Achard no son nada agradables.

William se recostó sobre su asiento.

—Así que llegaron los Achard, después de un mes.

—Sí. Pero parece que no olvidaron mencionar a… a nuestro bebé.

William apretó los labios en una fina línea y frunció el ceño de tal forma que sus cejas casi se juntaron por completo.

—¿Estás bien?

—¿Bien? —Alice rio un poco—. Perfecta. Me encanta recordar que…

—Alice. —William se puso de pie y se acercó a ella—. No tomes en cuenta lo que dicen. No es como si jamás fuéramos a tener otro hijo.

—¡Pero…!

—Lo que pasó fue terrible —continuó él—, pero no puedes obsesionarte con eso. Nuestro hijo ya está descansando. Haz tú lo mismo. Hazlo por él.

—No es tan fácil… Yo era su mamá. Yo lo llevaba dentro de mí.

La vista de Alice se alejó hasta perderse en un mundo del que William quedaba excluido por completo. El primer ministro lamentó aquella expresión dolorida en el rostro de su esposa y la única forma que encontró para traerla de regreso fue abrazarla. Y eso hizo.

—Lo siento, Will —dijo ella, devolviéndole el abrazo cuando fue capaz de darse cuenta de su retraimiento.

William la soltó y besó dulcemente su mejilla.

—¿A qué hora irás con los Harnett?

—¿Qué hora es? —preguntó la joven.

William sacó su reloj de bolsillo y lo consultó con detenimiento.

—Las once.

—A las once y media.

—¿Qué planean ahora?

—Caridad, ya sabes. Quieren ganarse al pueblo.

—Espero que sea de forma honrada.

—No participaría si no fuera así —respondió ella con una sonrisa pequeña y discreta.

Alice suspiró, algo decaída.

—¿Qué? —sonrió William.

—¿Te ha pasado que no quieres volver a casa?

—No.

William se acercó a su esposa y la abrazó con fuerza.

—Porque sé que tengo una esposa hermosa esperándome allí.

Alice sonrió.

—Tal vez no tengas esposa cuando regreses hoy. Reza para que no termine por suicidarme.

—¿A qué le rezo? —Alice le golpeó el hombro y entrecerró los ojos a modo de reproche—. Ya te he dicho que…

William la besó rápidamente, acallando la réplica de su esposa.

—Lo siento —le dijo entre besos—. No debo burlarme de eso.

—Pareces un niño. No entiendo tu resistencia hacia Dios si, de todas formas, crees en Él.

—¿Yo creo en algo?

—¡William!

Lo regañó de nuevo.

El hombre la abrazó con más fuerza y volvió a besarla, varias veces, de forma furtiva y juguetona.

Unos insistentes toques en la puerta provocaron que la pareja se separara y regresara a sus posiciones políticas. Porque ahora Alice también era una persona pública importante. Ya lo era antes, pero, en aquella ocasión, desempeñaba un papel mucho más significativo que el de "esposa del primer ministro".

—Nos vemos después —sonrió la joven, saliendo presurosa del despacho de su marido para ir a cumplir con su propio trabajo—. Recuerda que tienes que estar presente en el orfanato a las dos.

—¿Por qué tengo que ir? —inquirió él, con una expresión de verdadera duda.

—Porque, mi amor —contestó ella, coqueta, desde la puerta—, debes apoyar a tu esposa.

William negó varias veces y volvió a sentarse en su silla, asintiendo hacia su secretario, quien esperaba pacientemente con más papeles y problemas que resolver.

—¿Tengo opción?

—No, cariño.

La joven negó con dulzura y terminó de salir del despacho.

Desde ese momento, Alice y William apenas estuvieron juntos.

Se cruzaban casualmente de un lado a otro o, incluso, ni siquiera alcanzaban a verse aunque estuvieran en el mismo lugar. Sus vidas se habían convertido en un ajetreo insoportable que no les dejaba tiempo ni para respirar.

—Hola, Alice —saludó Giorgiana, casi corriendo por la calle con su pequeño bebé en la carriola.

La joven marquesa, rodeada por un nutrido grupo de hombres con papeles, manuscritos y discursos, se volvió hacia la voz alegre de su amiga y fingió una sonrisa que no alcanzó a llegarle a los ojos.

Aquello se debía a la incomodidad que el pequeño Lucca le causaba. Sabía que era un problema suyo, uno que tendría que superar, porque en realidad amaba a aquel niño. Pero no podía. Al menos por el momento, no lograba estar cerca de ningún bebé que le recordara a William.

Giorgiana, al notar la renuencia de su amiga, dejó la carriola de lado y tomó al bebé en brazos, mostrando aquellos ojos azules tan parecidos a los de la familia Charpentier.

Alice lo resintió y odió a Giorgiana por un instante, pero su amiga sabía lo que hacía. Antoine y Celio seguramente pensarían lo mismo.

—Hola, bizcocho —saludaron los dos amigos que, en algún momento, le habían sido de gran ayuda.

—Hola —respondió la joven, algo renuente.

—Veo que estás ocupada.

Apuntaron a sus espaldas, donde los hombres vestidos de forma elegante esperaban a la mujer que se distraía del trabajo.

—Tengo algunas cosas que hacer —asintió Alice.

—Sí, pero antes… —Giorgiana se adelantó con el pequeño Lucca en brazos—. ¿Lo sostendrías un momento?

Alice, sin pensarlo demasiado, dio un paso atrás.

—No creo que sea conveniente. Tengo… estoy ocupada.

—Será solo un segundo. Amarraré las cintas de mi bota y listo.

—Yo…

—Anda, Alice, no seas chillona.

Giorgiana, como siempre, hizo su voluntad y entregó al pequeño en los brazos tensos de Alice.

La joven mujer tomó al bebé lo mejor que pudo. Su preciosa carita, sus hermosos ojos y esa boquita que no dejaba de moverse le arrancaron un profundo lamento y una sonrisa trémula de aceptación. Abrazó con fuerza al pequeño. El hermoso nene le devolvió una sonrisa tierna y tomó su vestido con firmeza entre el puñito.

—¿Mejor? —inquirió Giorgiana con una sonrisa—. No puedes ir a un orfanato si no puedes tomar a un bebé en brazos.

Giorgiana tenía razón. Alice no había pensado en eso. Más bien, había querido evitar el hecho de que tendría que ver a muchos niños nacidos y, de alguna forma, despreciados por sus padres. Era terrible. ¡Con lo mucho que ella deseaba tener un bebé!

—Debes recordar mantenerte derecha.

Celio le tocó la espalda, acomodando su postura.

—Y nada de moños rígidos —añadió Antoine—. Queremos a una marquesa juvenil, hermosa y libre. Eso es lo que deseas mostrar en tus campañas, ¿no? Pues todo comienza por la imagen, créelo.

—Sí, lo sé —asintió la joven—. ¿Los veré en la cena de Versalles?

—¿Le hablas a la primera dama? —dijo Celio con sorna—. ¿O a tus mejores amigos?

—Entiendo. —Alice rodó los ojos—. Entonces los veo en un rato.

La joven se despidió con la mano de sus amigos y caminó junto al grupo de varones importantes, quienes enseguida volvieron a entregarle papeles. Algunos contenían partes de su discurso; otros, planos de proyectos.

Y alguien…

Alguien le entregó una carta; Alice abrió los ojos y se tensó.

—¿Quién me ha dado esto? —preguntó, mirando hacia todos lados.

—Nadie, señora marquesa —negó un hombre—. Nosotros no sabemos de quién es ese apellido.

—Es mío… era mío —indicó la joven con tensión.

Los hombres se miraron entre sí, sin darle demasiada importancia a un asunto tan banal como una carta. Continuaron mostrándole planos y papeles a la mujer que los representaba, pero ella ya no prestaba atención.

—Disculpen, señores —dijo de pronto—. Necesito un segundo.

Alice se alejó solo un poco de su guardia de Estado y se apresuró a abrir aquella carta, esa nueva amenaza, porque eso eran.

Amenazas.

Mi querida señorita Miller:

Veo que ha progresado como política. ¡Bien por usted! Tiene potencial. Lástima que su marido no lo tenga. Todas esas ideas revolucionarias no me agradan en absoluto. Hacen al pueblo más… listo, por decirlo de alguna forma. ¿Sería abominable sacarlo del panorama? ¿William Charpentier es tan querido como para llorar su pérdida? No es por asustarla ni nada semejante, pero comienzo a quedarme sin paciencia. Para este momento pensé que, al menos, tendrían una sospecha sobre quién soy.

Deseo que lo sepan. Los rondo todo el tiempo. Los veo, pero ustedes no me ven. ¿Es eso posible? ¿Soy acaso una persona tan invisible? No lo sé. Pero quizá, después de la muerte de hoy, ya no lo sea tanto.

Alice tembló y tuvo que hacer un esfuerzo enorme para mantener el estómago estable. Lo primero que pensó fue en William.

No podían quitarle a William, no podían.

—¿Señora marquesa?

—Mi marido… —dijo alterada—. ¿Dónde está el primer ministro?

—E-en su oficina, señora marquesa.

—Quiero… deseo regresar allí.

—Pero, señora marquesa, debemos ir al orfanato —le dijo un hombre, un tanto fuera de sí al ver la actitud de la mujer que, hasta ese momento, había mantenido un temple inquebrantable—. El marqués llegará allí también, según su itinerario.

—¿Qué?

Alice pestañeó, despistada.

—Alice. —Giorgiana le tomó el hombro. Había visto la escena anterior con una expresión extrañada—. ¿Te encuentras bien?

—William —le dijo ella, alterada—. Ve con él, por favor.

—Alice, ¿qué pasa? —preguntó Giorgiana, cada vez más preocupada.

—Manda una carta cuando estés con él —pidió la marquesa a la primera dama—. Por favor.

—Sí… lo haré, pero…

—Tengo que irme. Te explico después.

Dos de la tarde.

Alice estaba de pie en el podio dispuesto para su discurso ante los muchos pobladores de París, quienes esperaban escuchar a la dulce joven que rápidamente se había ganado el corazón de los franceses, a pesar de ser inglesa.

Lástima que la amable, dulce y altruista joven no pensaba en los pobladores del que ahora era su pueblo.

Pensaba en su marido, en William, en el hombre que, en ese preciso momento, estaba amenazado. Aquella maldita carta, aunque distinta a las demás, tenía esa sazón de locura impresa en cada palabra. Ahora le resultaba más que obvia la extraña obsesión que esa persona tenía con su esposo.

"Ayuda" le hacía ver a Alice que deseaba ser descubierta o descubierto y, aparentemente, era alguien cercano. Alguien con quien pasaban tiempo. Alguien a quien no veían. Era una persona retrógrada, contraria al progreso que William y Asher proclamaban.

Pero ¿por qué Asher no recibía ese acoso? ¿Por qué solo William?

Era verdad que, en cuestiones de Estado, el primer ministro resultaba mucho más influyente que el presidente. Sin embargo,

aunque no desempeñaran las mismas funciones, quitar al presidente siempre habría sido una buena estrategia.

—Señora marquesa —la llamaron.

—¿Ha llegado ya el primer ministro? —preguntó, esperanzada.

—No, excelencia. Pero el presidente y su señora esposa ya están aquí. El primer ministro ha enviado una nota anunciando su llegada.

—No empezaremos sin él.

—Tiene que hacerlo —pidió el joven Harnett—. Todo París espera.

—Pero…

—Sal, mi niña —dijo el anciano en silla de ruedas—. Él llegará cuando corresponda.

Alice asintió un par de veces. Sus manos temblaban al sostener aquel pedazo de hoja entre los dedos, y sus pies no se desplazaban con la seguridad acostumbrada.

Al salir, una serie de aplausos y pequeños gritos infantiles inundaron el ambiente. Las sonrisas alegres de la gente fueron un pequeño consuelo para su corazón atosigado. Solo quería ver a William, solo deseaba saber que estaba bien, que llegaría a abrazarlo ese día, besarlo, escucharlo reírse de alguna de sus preocupaciones.

—Buenas tardes, gente de París.

La multitud volvió a gritar, las banderas con los colores del país se elevaban por todas partes, las decoraciones y los listones que adornaban el orfanato y el podio componían un escenario colorido y patriótico, había niños con pequeños silbatos y trompetillas. Los tambores y los cantos hacían de aquel día una celebración.

—Estamos hoy aquí para conmemorar una nueva expansión en el orfanato de Saint Lridls. Miles de personas han ayudado con este proyecto, mediante el cual planeamos sustentar a más de ciento cincuenta niños con las mejores condiciones de vida…

En ese momento, entre la muchedumbre, casi al final del tumulto, apareció William. Estaba allí. Con aquella sonrisa orgullosa y la mirada satisfecha al verla frente a tanta gente, hablando de manera segura ante el pueblo de París. Su pueblo.

—…condiciones de vida… —repitió Alice con duda, intentando revisar los alrededores sin lograr concentrarse en lo que hacía—. Nuestros… nuestros niños…

Los ojos violetas de Alice repasaban cada rostro del público, las personas comenzaban a preocuparse por su bella representante. Entonces Alice vio a William a los ojos y sintió un escalofrío recorrerle toda la columna hasta la planta de los pies, cuando escuchó aquel sonido atronador, todo resultó exactamente como había temido.

Una muerte.

Vio, con una lentitud terrible, cómo William volvía el rostro hacia el sonido del disparo con expresión impresionada.

Alice sintió entonces cómo una mano pequeña se abría paso hasta la suya, que permanecía flácida a su costado, entumecida por el horror, cuando bajó la mirada, descubrió una nota entre sus dedos.

Pero no había rastro de la persona que la había colocado allí.

Ya no importaba.

La abrió lentamente y leyó en voz alta, intentando comprender las palabras por encima del griterío, del caos y del desastre provocado por las personas que intentaban huir.

Cuenta regresiva, Alice Miller.

Día cinco, descontado.

Muerte prometida. Cumplida.

¿Una ayuda?

CAPÍTULO 27

Alice sintió que el mundo se ladeaba bajo sus pies. Por un instante creyó que iba a desmayarse, pero, a pesar de la debilidad que le aflojaba las piernas y de aquel sonido sordo que le retumbaba en la cabeza, dio un paso hacia delante.

No se detuvo ni siquiera cuando varias manos intentaron sujetarla para ponerla a salvo. Tenía la vista fija a lo lejos, en el último lugar donde había visto a William antes de que todo se saliera de control.

Los empujones eran constantes, los gritos alarmados estallaban en sus oídos, un nuevo disparo se oyó entre la multitud, y aun así Alice siguió avanzando, esquivando cuerpos, faldas, bastones y niños que corrían despavoridos.

—¡Lady Charpentier! —exclamó un hombre al tomarla del brazo e impedirle seguir—. ¡Tenemos que sacarla de aquí!

—No… Tengo que…

—¡Alice! —le gritaron—. ¡Alice, tienes que salir de aquí!

La joven logró enfocar el rostro del mejor amigo de su esposo, la cara amable y preocupada de Andrei apareció frente a ella. El

hombre miraba sobre su hombro de forma desesperada, buscando a alguien entre el caos.

—Andrei… —susurró ella—. Will…

—¡Alice, sal de aquí! —suplicó—. ¡Dónde demonios está Felipe!

Entonces Alice comprendió la angustia de Andrei. No encontraba a su hijo. La sorprendió darse cuenta de que, incluso en medio de aquel suplicio, Andrei había tenido tiempo de preocuparse por ella.

—Te ayudaré a encontrar a Felipe —dijo con decisión, comenzando a buscar entre la multitud.

—Lleva una camisa azul, pantalones cortos y…

Andrei parecía a punto de quebrarse.

—Sí, tranquilo. Lo encontraremos.

Alice le tocó el hombro con dulzura.

—¡Separémonos!

Andrei asintió varias veces, ofuscado, pero obedeció. Ambos comenzaron a buscar a una criatura pequeña en medio de aquel desastre. Alice tenía que ser útil de alguna forma. Debía ocuparse en algo, porque, si se detenía, enloquecería al recordar que William estaba desaparecido, o herido, o muerto. No. No podía pensar en eso.

Continuó buscando.

A lo lejos vio cómo varios políticos escapaban del caos. Sintió vergüenza por aquella actitud tan poco solidaria con el pueblo de París. En ese momento se necesitaba toda la cooperación posible, y sin embargo muchos huían, protegiendo solo su propio pellejo.

Era una locura. Los disparos, por alguna razón, se habían desatado. Los niños corrían y gritaban aterrados.

—¡Vengan! —gritó Alice a un grupo de pequeños que estaban tirados en el suelo, cubriéndose la cabeza—. No se queden ahí. Arrástrense debajo del podio.

—¡Tengo miedo! —lloró un niño con la cara manchada de tierra.

—Lo sé, mi amor. —Alice lo miró con ternura—. Pero tenemos que movernos o los pisarán.

—¡Ese niño de allá no quiere moverse! —apuntó uno de los pequeños huérfanos—. ¡Solo llora y llora!

Alice siguió con la mirada aquella manita sucia y pequeña. Entonces vio a un niño de pie, con la carita empapada en lágrimas y una confusión profunda en los ojos.

—¡Felipe! —gritó Alice, reconociendo el atuendo que Andrei le había descrito—. ¡Felipe!

Regresó la mirada hacia los demás niños.

—¡Escóndanse donde les indiqué!

Los pequeños obedecieron y se ocultaron en la parte hueca bajo el escenario que habían colocado frente al orfanato para el discurso

de apertura. Alice se vio obligada a rasgar sus finísimas faldas para poder correr con mayor facilidad. Sentía la tierra hasta en las enaguas; el cabello se le había convertido en un desastre; tenía las rodillas raspadas de tantas caídas provocadas por los empujones, y su expresión de angustia la hacía parecer una demente.

—Felipe, mi amor, ven aquí.

Lo tomó en brazos y escondió su cabecita en su hombro, intentando protegerlo del terrorífico exterior.

—¡Señora! ¡Eh, venga! ¡Escóndase! —gritó un desconocido desde una pequeña casa cercana.

Seguramente no la había reconocido, pero Alice agradeció que intentara mantenerla a salvo junto con el niño.

—Gracias.

La joven se agachó junto al hombre. Ambos quedaron acuclillados bajo las ventanas que daban al exterior, esperando a que aquella pesadilla terminara. Felipe lloraba contra su pecho, aferrado a su vestido con las manos pequeñas.

—¿Sabe qué ha pasado? —preguntó Alice, sosteniendo al niño.

—Dicen que es una amenaza extranjera —respondió el hombre, encogiéndose de hombros—. Pero esos malditos políticos han salido corriendo, dejándonos a la deriva.

Negó con enojo.

—Solo he visto al primer ministro intentando ayudar, pero…

—¿Pero qué? —preguntó Alice, alterada.

El hombre frunció el ceño ante el ataque hostil de aquella mujer a la que acababa de ayudar. Luego pareció reconocerla y palideció, lamentando haber dicho con tanta crudeza lo que pensaba del grupo político al que ella apoyaba.

—¡Mi señora! —dijo, en tono de disculpa.

—No importa, no importa. ¿El primer ministro qué?

—La última vez que lo vi, mi señora, él no aceptaba irse, a pesar de que su guardia se lo pedía.

—¿Estaba bien? —Alice lo tomó por la camisa de algodón.

—Estaba sangrando del hombro, mi señora, pero creo que no era nada grave… o eso aparentaba él.

—Está herido…

Alice se dejó caer sobre el suelo, con el pequeño Felipe ya más tranquilo entre los brazos.

—El primer ministro es fuerte, señora marquesa —intentó consolarla el hombre—. Estará bien.

Alice sonrió hacia el suelo. Sí. Todos pensaban que su marido era invencible. Lo que muchos no comprendían era que William era solo un hombre. Uno que, además de cargar con los problemas de su puesto, su familia y su marquesado, tenía a un psicópata detrás de él.

—Necesito salir.

Alice alzó la cabeza para asomarse por la ventana.

Hacía ya un rato que un silencio atroz dominaba el lugar. Aquello solo podía indicar que el horror había pasado y que únicamente quedaban los estragos de aquel proceder malvado.

—¿Puede quedarse con el pequeño aquí dentro? —preguntó.

—No la dejaré salir sola, mi señora —negó el hombre con autoridad—. Está calmado, sí, pero no sabemos quién hizo esto ni si ya está satisfecho.

—Prefiero que se quede con el niño.

El hombre la miró indeciso y volvió a negar.

—Salgamos todos, en ese caso.

Alice comprendió que no había opción. Como todo hombre educado, no permitiría que una dama se arriesgara mientras él protegía su pellejo.

Si tan solo el resto del partido hubiese hecho lo mismo.

—Bien.

Alice tomó en brazos al niño, todavía desorientado, y asintió hacia el hombre, que ya sostenía la perilla de la puerta. Él miró por la ventana antes de abrir y asomar la cabeza.

—Bien, mi señora —dijo—. Parece estar despejado.

La joven no esperó más. Caminó hacia la puerta y se encontró con una de las escenas más horribles que hubiese podido presenciar.

Cadáveres, al menos una docena.Las autoridades ya trabajaban para retirar los cuerpos de quienes habían muerto aplastados o, en su defecto, por el arma del agresor desconocido. Alice se acercó a uno de los oficiales, que observaba con mirada entristecida cómo retiraban el cadáver de un pequeño.

—Oficial.

Alice se posicionó junto al hombre.

—No tengo tiempo, señorita. Por el momento, retírese de esta área.

—¡Alice! —Andrei gritó con una felicidad que le inundó el rostro al verla con su hijo en brazos—. ¡Gracias! ¡Por Dios, gracias!

El padre tomó al pequeño y lo abrazó con fuerza. Felipe, al reconocer el calor de su padre, comenzó a llorar.

—Andrei, ¿qué fue lo que pasó?

—No lo sabemos. Hay demasiados heridos, sobre todo lesionados por pisotones o aplastamientos.

—William está…

—¡Alice!

La voz que necesitaba oír sonó a sus espaldas. No pudo evitarlo. Tampoco encontró forma de impedir que las lágrimas resbalaran por

sus mejillas. Se dejó llevar por el momento y corrió al encuentro de su marido, abrazándolo con fuerza, tal como él la abrazó a ella.

—¡William! —Le tocó la cara—. ¿Estás bien?

El hombre miró su hombro vendado e inmovilizado.

—Un rozón de bala. —Apretó los labios—. Charles no tuvo tanta suerte. Protegió a Emma. Está bastante malherido.

—¿Qué? ¿Dónde están?

—Los trasladaron a Millentmont.

—¿Emma está bien?

—Sí, pero tiene un golpe atroz en la cabeza. Según dice Charles, es posible que ella haya visto al atacante.

—¿No lo capturaron?

—Tenemos al ejecutor, no a la mente maestra.

—¿Qué quieres decir?

—Que no tenemos nada —se molestó William.

—Esto es raro —intervino Andrei—. ¿Qué sacan con esto?

—No lo sé.

William se tocó la barba incipiente y lo miró.

—¿Dónde está Amber?

—No quiso venir —respondió Andrei—. No le gustan estos eventos.

Alice seguía abrazada al cuerpo de su marido. Tenía la extraña sensación de que, aun en ese momento, cuando todo parecía haber vuelto a una calma precaria, alguien los observaba, la persona que los quería muertos, la persona que disfrutaba viéndolos sufrir.

—Mi señora marquesa —dijo de pronto el hombre que la había ayudado a salir con vida de aquel evento desafortunado.

Alice volvió la cabeza y llamó la atención de su marido, quien comenzaba a deducir lo ocurrido junto con Andrei.

—Este hombre me ayudó a mantener a Felipe con vida —presentó.

William, aún con el brazo rodeando el cuerpo de su esposa, se volvió un poco hacia el hombre y le tendió la mano con firmeza.

—Se lo agradezco…

—Humblet, mi señor. Humblet.

—Se lo agradezco, señor Humblet. Ha salvado usted a mi esposa y a un querido sobrino mío.

Andrei se adelantó y, sin preámbulos, abrazó a aquel hombre de campo, quien sonrió sorprendido.

—No fue nada, mi señor —dijo Humblet—. Lo volvería a hacer.

—Es mi hijo —informó Andrei—. Se lo agradezco de verdad.

William besó la coronilla de su esposa y miró a lo lejos.

—Todos los pequeños ya fueron introducidos al orfanato, no puedo imaginar el miedo que pasaron. —Su voz se quebró apenas—. No sé cómo resolver eso.

—No fue tu culpa —lo abrazó Alice.

—Me llegó una nota —negó William—. Dice que tú sabes la razón.

Alice se alejó del cuerpo de su esposo y negó nerviosamente.

—Te llegó otra carta, ¿verdad? —Alice asintió—. ¿Qué decía?

La mujer levantó la cabeza y lo miró con incertidumbre.

—Que te quieren muerto.

William sonrió y rodó los ojos.

—Igual que media Cámara del Senado. No te preocupes.

—¿Que no me preocupe? —Alice se apartó de él—. Alguien intentó matarte hoy. Charles casi muere. Emma, Andrei, los niños… ¡Todo se sale de control! ¡No puedo más!

—Cálmate.

William le tomó el rostro y la acercó al suyo, dejando ambos rostros a una distancia mínima, solo mirándose.

—Es que… no sé qué hacer. Tengo miedo.

Lo abrazó.

—Lo sé. Yo también lo tengo. Lo tengo por ti.

Con aquella frase, Alice comprendió algo. Fue como si su mente se iluminara de pronto y conectara con una realidad que no había visto antes. Las cartas. Todo, al inicio, tenía apariencia de ser algo bueno. Una acción noble para ayudarla. Pero lo único que hicieron fue convertirla en una mujer atractiva para su marido. Con ayuda de Celio y Antoine, la hicieron una dama elegante. Con la señora Pakins, educada. Con Giorgiana, valiente.

Todo enfocado hacia William, querían que ella fuera la debilidad de William, desde el principio, el objetivo había sido que William se enamorara de ella.

—William —dijo—. Tengo que alejarme de ti. Thomas también.

—¿Qué?

—¿Qué pensaste cuando oíste el primer disparo? ¿Qué pensaste, incluso después de estar herido?

—No entiendo.

—No pensabas en ti. Ni en Charles. Ni en el resto de la familia que pudiera estar presente. ¿Verdad?

—Alice, ¿qué demonios…?

—No quiero sonar vanidosa, pero… pensabas en mí, ¿cierto?

William se puso serio.

—Eres mi esposa.

—Soy tu punto de presión —dijo Alice, comprendiendo al fin la perfecta estrategia de "Ayuda".

—Eso ya lo sé.

La joven lo miró con el mayor asombro que pudo reflejar.

—E-entonces, ¿por qué no me alejas?

—Porque no quiero. —William se encogió apenas de hombros—. Porque te necesito y no sé qué piense ese imbécil. Tal vez crea que todo esto lo planeó él con una precisión perfecta, pero el hecho es que te amo y no necesitaba que cambiaras nada para hacerlo.

—Tú… ¿lo dices en serio?

William rio suavemente.

—Clases con Celio y Antoine, horas aprendiendo idiomas con la señora Pakins, tú metiéndote en mi biblioteca para instruirte en cultura… ¿Crees que eso me hacía falta para amarte? —Negó—. Yo ya te quería. Solo no lo aceptaba porque sabía que serías justo lo que eres ahora: mi punto débil.

—Entonces…

—Pero también eres mi punto fuerte —la interrumpió—. Lo eres todo para mí. Si te fueras, quedaría tan debilitado como cuando eres blanco de amenazas. Sé que puedo ser egoísta, pero no quiero perder lo único que me da felicidad.

—William, ¿qué vamos a hacer?

—Iremos a casa a descansar. Ha sido un día terrible.

En el castillo de Millentmont, en una de las habitaciones de invitados, un hombre era atendido con gravedad. Los doctores recurrían con frecuencia a las mantas para contener la sangre que se desbordaba de la herida en el vientre de aquel caballero.

—¿Charles? —lloraba Emma a su lado, apretando con fuerza la mano de su prometido.

El hombre no respondió. Simplemente dejó escapar un sonido brutal de dolor y miró a Emma con los ojos inyectados de sufrimiento.

—Lo siento.

Emma inclinó la cabeza hasta apoyarla sobre la mano que mantenía unida a la de Charles.

En ese momento, William entró en la habitación.

Había dejado a su primo aparentemente estable. Ahora se daba cuenta de que el análisis inicial no había sido completo, pues los doctores operaban con ímpetu y sin descanso.

—¿Qué ha pasado? Me habían dicho que estaba estable.

—Milord.

Uno de los doctores se inclinó.

—El conde ha recaído a causa de una bala que permanecía en el interior de su vientre. Pensamos que había salido y…

—¡Es una incompetencia! —dijo William, furioso—. ¡Es la vida de mi primo de la que hablan! ¿Cómo se les pudo pasar un detalle así?

—Milord…

El hombre volvió a inclinarse, disculpándose. Alice, que llegó justo detrás de su marido, logró refrenar la ira que se expresaba en la mirada de William al posar una mano dulce sobre su pecho.

—Eso no es lo que necesitan, William. Deja trabajar a los doctores.

—¡Alice! —suplicó Emma—. ¡Ha sido mi culpa! No debí separarme de él. Me lo dijo… Me dijo que algo se sentía mal, y yo me aparté.

Emma permanecía junto a la cama, con la mano prisionera entre la de Charles, quien se aferraba a ella en medio de una operación dolorosa. El vestido y los cabellos de la joven estaban completamente manchados de sangre.

—Emma, tranquilízate. Están haciendo todo lo posible.

—¡No quiero lo posible! —gritó desesperada, mirando al hombre sudoroso y sangrante—. ¡Lo quiero sano! ¡Lo quiero bien!

—Deja de gritar, Emma.

La marquesa se acercó a su amiga, que estaba fuera de sí.

—William —llamó a su esposo—. Me la llevaré.

—¡No! —dejó salir Charles con dolor, apretando el agarre—. No…

Emma lo miró con compasión y después alzó la vista hasta encontrarse con la de Alice, quien, extrañamente, tenía una sonrisa dibujada en el rostro.

—¿Por qué sonríes? —preguntó Emma, desesperada.

—Nada. Lo siento.

Alice negó con la cabeza.

—Solo… Será mejor que te quedes con él, si eso es lo que desea.

—Pero…

—Tranquila, señorita —dijo uno de los doctores, concentrado en la herida—. El conde es fuerte. No creo que haya problemas.

—Por su bien, eso espero —dictaminó William, preso de una rabia contenida únicamente por la presencia de su esposa.

—Will, ¿por qué no los dejamos trabajar? —pidió Alice al ver la tensión de los médicos ante aquella amenaza.

—Me quiero quedar.

—Si quieres que esos hombres hagan mal su trabajo, entonces puedes quedarte —dijo Alice con una voz conciliadora y dulce.

—¡Charles! ¡Dónde está ese bribón!

Alice miró a su marido con una ceja levantada.

—Es Giorgiana —concordaron ambos.

—Será mejor tranquilizarla.

William salió de la habitación y se topó de frente con su hermana.

—¿Dónde está? ¿Qué le pasó? ¿Está bien? ¡Quita esa muralla de músculos y déjame pasar, estúpido hermano mío!

—Giorgiana.

William le tomó los hombros.

—Los doctores están trabajando en él ahora mismo. No creo que tu sarta de gritos y maldiciones ayude en algo.

—¿Quién está gritando?

—Tú —dijo Alice, saliendo a su encuentro y cerrando la puerta tras de sí—. Creo que lo mejor es esperar.

—¡Esperar! ¡Que alguien me explique qué demonios pasó hoy! —La mujer se movió desesperada de un lado a otro—. ¡Esto es un caos!

—¿Dónde está Asher?

Giorgiana levantó la vista con pesadumbre y suspiró.

—¿Tú qué imaginas? —respondió cortante—. Con una matanza en sus manos, no creerás que tiene el día libre, ¿o sí?

—Ni yo tampoco —murmuró William—. Creo que tendré que irme.

—No. —Gigi lo detuvo—. Me dijo que te quedaras con Charles.

—No puedo dejarle todo a él. Es mi trabajo.

—William, pero si es…

—Quisiera quedarme.

Miró a su esposa.

—Pero no puedo. Por favor, no salgan. Quédense a salvo.

—¿A salvo de qué, querido primo?

La voz de la nueva invitada de la casa se hizo escuchar.

Kenia Achard.

—¿Qué hace aquí la gárgola número tres? —se burló Giorgiana.

—Siempre tan graciosa —sonrió fingidamente—. Vengo de visita.

—Vienes a regodearte en las desgracias ajenas, Kenia.

Giorgiana rodó los ojos.

—La verdad es que la falta de concepción de un heredero me permite hacerme muchas expectativas.

—Sería buena idea eliminarlas —Giorgiana se cruzó de brazos—. No es como si mi hermano fuera impotente o Alice infértil.

—¡Giorgiana! —se avergonzó Alice.

—¿Qué? ¿No es la verdad?

—Como siempre, querida prima, no mides tu boquita.

Apareció otro de los Achard, esta vez el mayor: Sergio.

—Sí… ¿Y tú sigues asesinando mujeres ricas para quedarte con sus fortunas, Sergio?

—¡Maldita grosera insensata! —gritó Brandon, otro de los Achard.

—No le grites a mi hermana, Brandon. Recuerda que estás en mi casa —dijo William con seriedad.

Por un instante pensó dos veces si irse o no, puesto que su hermana tenía toda la apariencia de querer empezar una guerra. Y, si las cosas salían como de costumbre, alguien terminaría herido.

—Entonces controla su boca —pidió Ulises Achard.

—¿Es que tú no puedes hacerlo? —sonrió Giorgiana con malicia.

Para ese momento, Alice ya le había dado tres pellizcos a su amiga, pero ella apenas los sentía. Su boca fluía como cascada y no parecía tener intención de dejar de insultar a sus primos.

—Siempre había escuchado hablar de su boca.

La madre de Alice apareció junto con sus tres hijas, quienes rápidamente fueron a coquetear con los Achard.

—A sus órdenes, señora Miller —se inclinó Giorgiana con burla.

—¡Es maleducada con todo el mundo! —se quejó Kenia.

—Solo con quienes se lo merecen.

Y entonces comenzó una discusión a voces, los Achard contra Giorgiana, los Miller contra Alice. En fin, no se entendía ni una palabra de lo que cada bando se lanzaba. En realidad, quizá era mejor que así fuera.

—¡Basta, maldita sea! —gritó William.

Milagrosamente, no se oyó nada más.

—Mi primo está ahí dentro —señaló la habitación—, luchando por su vida. Créanme cuando les digo que lo último que me importa es lo que cada uno piense de mi matrimonio, de mi hermana o de mis herederos. Si por mí fuera, los echaría a todos de mi casa.

—Qué maleducado —gruñó la madre de Alice.

—Sí, puedo serlo. Y ahora no tengo paciencia. Así que todos pueden perderse en alguna parte de la casa y procurar no toparse.

—Willy, siempre poniendo soluciones a todo menos a su vida.

—Gracias, Brandon. Inspiradoras palabras. Ahora cállate.

—¡Por qué nos has de callar! ¿Quién eres para hacerlo? —dijo Ulises.

—Bueno —intervino Giorgiana, limpiándose las uñas—, comenzando porque es el dueño de la propiedad, el marqués de Millentmont y, si eso no te basta, el primer ministro de Francia.

Miró a su hermano.

—No sé, hermano. ¿No puedes ordenar su ejecución por imbécil?

—Giorgiana, por favor —pidió William.

Pero fue demasiado tarde. Otra vez se desató el griterío: maldiciones, insultos y palabras hirientes lanzadas de un lado a otro. Giorgiana era la más atacada, pero, cómicamente, ella ya no decía nada. Simplemente los miraba a todos como si fueran idiotas desvalidos, probablemente eso los enfurecía más.

—¡William!

Emma salió de la habitación donde estaban operando a Charles. La rubia estaba pálida, manchada de sangre, pero con una sonrisa temblorosa en los labios. El primer ministro apartó a cualquier primo que tuvo enfrente y se acercó a ella.

—Lograron extraerle la bala —dijo Emma—. Dicen que puede recaer con fiebre, pero estarán al pendiente.

William sonrió apenas, tocó el hombro de la joven y entró en la habitación. Alice se acercó a su amiga, que parecía a punto de desfallecer. La abrazó con ternura y sonrió al separarse de ella.

—¿Ves, Emma? Todo…

—Sé quién disparó —interrumpió Emma con semblante serio—. No estamos seguros en esta casa.

—¿Qué?

—Alice. —Emma le tocó los hombros—. Sea lo que sea que me ocultas, el enemigo se ha infiltrado en tu casa.

CAPÍTULO 28

—¿Qué fue lo que dijiste, Emma?

La joven rubia miró al resto de personas que discutían fuera de la habitación: todo encabezado por Giorgiana, la familia de su amiga y los parientes de William, a quienes incluso ella acababa de conocer.

—No puedo contarlo ahora, pero ten cuidado, ¿vale?

—Emma, espera ahí —susurró Alice, tomándola de la muñeca—. No puedes decirme algo como eso y simplemente huir.

—Alice, hay demasiada gente.

—Necesito que se lo digas. A mí y a William.

—Tú díselo.

—En realidad, no creo que William lo ignore. Menos ahora.

—No creo que él tenga conocimiento de algo —negó Alice—. Hemos tenido la misma problemática desde…

Con tristeza, Alice comprendió que sus problemas con William habían comenzado casi al mismo tiempo que su matrimonio. Las cartas habían iniciado con la apariencia de una verdadera amiga preocupada por ella, pero, justo en ese momento, "Ayuda" no era

más que una presencia conflictiva, cruel, empeñada en verlos infelices.

Emma entendió sin que Alice tuviese que decir nada más.

Lo único de lo que era consciente era que no le gustaría vivir la vida que su amiga había vivido.

—Entiendo —dijo con tristeza.

—Tienes que ayudarme. Si sabes quién disparó, entonces dínoslo.

—¡Bien, no te alteres!

Emma levantó los brazos hacia el cielo.

La rubia miró a su alrededor. No pudo evitar sentir que todas las miradas estaban sobre ellas: tanto las de los Achard como las de la familia Miller. La madre de Alice, especialmente, mantenía una mirada escudriñadora, capaz de atravesar paredes.

—Los veré en un rato, cuando William salga de ver a Charles y… bueno, supongo que vuelva al trabajo.

—William va a estar ocupado todo el día. No tengo tanto tiempo.

Alice se veía alterada, ansiosa. Y era normal: toda su vida de casada se había deformado por esas cartas.

Incluso había perdido a un bebé.

—De todas formas —Emma miró alrededor, captando nuevamente las miradas—, no creo que ahora sea el momento más conveniente.

La madre de Alice se acercó hasta ellas y las abrazó cariñosamente. Ambas muchachas se miraron por encima del hombro de aquella mujer, haciéndose la misma pregunta:

¿Qué le sucedía?

—Me alegra que Charles esté bien —le dijo Rigoberta a Emma—. Es terrible quedar sin prometido a unos días de la boda.

La intención era evidente. Rigoberta Miller no era una mujer que dijera las cosas sin haberlas pensado. Lo había dicho con el claro propósito de lastimar a Alice. Emma lo sabía. En realidad, era terrible que una madre pudiese odiar tanto, que tuviese la capacidad y el corazón para herir a alguien como su amiga.

Emma iba a responder con la agresividad que la caracterizaba, pero la mirada suplicante de Alice la frenó.

A decir verdad, así era mejor. Emma, aunque era una chica lista, no tenía la misma precisión verbal que Giorgiana o Katherine. La rubia más bien se caracterizaba por lanzar lo primero que le venía a la cabeza y, por tal razón, tendía al arrepentimiento.

—Madre —habló Alice, con una seguridad que desconcertó a Rigoberta—. ¿Por qué no me acompañas?

—¿Qué? ¿Después de todo este desastre?

—Madre —repitió Alice—, por favor.

Rigoberta no tenía ni el más mínimo deseo de escuchar el tartamudeo de aquella chiquilla. Pero tampoco podía quedar mal

delante de los Achard, quienes, a pesar de no estar pendientes del herido, se encontraban cerca, hablando con el resto de sus hijas, por lo que sabía, la familia lejana de los Charpentier estaba bastante bien acomodada y, en caso de que William muriera sin herederos, ellos serían los primeros en la lista para tomar posesión de todo.

—Bien, Alice. Si tanto insistes, vamos —dijo con desesperación.

Alice lanzó una mirada a su amiga antes de comenzar a caminar hacia el saloncito donde planeaba hablar con su madre por primera vez en su vida. Nunca, jamás, se había atrevido a algo como eso.

No cuestionaba el comportamiento de su madre, ni su preferencia por sus hermanas. Nunca había pedido explicaciones por el desprecio, por las palabras crueles, por esa distancia permanente que la había hecho sentirse ajena dentro de su propia casa.

Las dos se sumieron en el más profundo silencio al tomar asiento en el sofá. Alice se removió incómoda y respiró hondo, intentando calmarse, tratando de ordenar todas las ideas que debía decirle. Todas aquellas dudas. Todo aquel dolor. Deseaba saber por qué. Ansiaba que se lo dijera a los ojos; que, con la mirada fija en la suya, le confesara el motivo de su desprecio.

—Y bien, si no piensas hablar, entonces será mejor que me retire.

—No —dijo con una firmeza desconocida—. Siéntate, por favor.

Rigoberta no pudo evitar que su ceja se elevara unos cuantos milímetros, pero obedeció. Tomó asiento de nuevo y miró con burla

contenida a su "hija".

—¿Y bien?

—¿Por qué nunca me dijiste la verdad?

—¿La verdad sobre qué? —preguntó con poca cordialidad.

Era claro que sabía de qué hablaba.

—De que no soy tu hija.

Rigoberta sonrió y ladeó el rostro. Siempre que veía a Alice, recordaba lo mucho que aquella niña distaba de sus propias hijas. De ella misma. Incluso de su esposo. Tenía la mala fortuna de parecerse a aquella desgraciada que se había metido con su marido.

Negó con la cabeza, era una pesadilla, era imperdonable.

—Es gracioso. ¿Cómo te enteraste?

—Tengo buenos amigos.

—Tu constante contacto con los Bermont tiene algo que ver.

—Seguramente.

La mujer sonrió y se encogió de hombros.

—Entonces lo sabrás todo. Eres una bastarda. Punto.

Alice cerró los ojos ante la brusquedad de aquellas palabras. Ante la forma en que esa mujer podía lastimarla sin sentir el más mínimo arrepentimiento, pero ahora la entendía un poco más.

Criar a alguien ajeno, a la hija de su esposo, no debía de haber sido fácil. Tal vez ella no habría actuado de la misma forma, pero

comprendía que no era una situación agradable.

—Entiendo —dijo tranquila—. ¿Por eso tu desprecio?

—Sí. No puedo creer que incluso me obligara a cuidar de ti, a fingir que te amaba cuando, en realidad, siempre fue todo lo contrario.

—En realidad, no lo hiciste del todo bien —sinceró la joven—. Por alguna razón, siempre me hiciste saber que era diferente al resto de mis hermanas.

Diferente. Sí. En definitiva, aquella chiquilla era distinta.

Rigoberta siempre la detestó por ser mucho más hermosa que sus hijas y, cuando era niña, aquello era incluso peor. Alice tenía un carácter alegre, comedido, dulce y mayormente comunicativo.

Le había costado tiempo y esfuerzo eliminar esa parte de su ser.

Exterminarla al punto de que no supiera quién era ella. Durante mucho tiempo lo logró. En serio pensó que conseguiría hacerla sufrir todo lo que ella sufrió al enterarse de que su amado esposo la había engañado. Incluso pagó a Lucca Fridckford para enamorarla y abandonarla en el último momento frente al altar.

Aunque la idea no había sido plenamente suya.

Había recibido la ayuda de alguien que le propuso una venganza. Alguien que odiaba a esa niña tanto como ella. Pero nunca pensó que el mismo Lucca terminaría enamorándose de la muchacha, y mucho menos que el mismísimo William Charpentier se ofrecería a

casarse con ella. Su ayuda le había prometido que aquella venganza destrozaría a su hijastra por completo. Que la haría dejar de salir de su casa, que aplastaría su personalidad hasta reducirla a nada, pero no había sido así, ahora más bien la veía mejorada.

No podía negar que eso la encolerizaba, se hecho, la hacía rabiar de una forma que ni siquiera lograba describir.

—Y bueno, ¿esas eran todas tus preguntas? ¿O tienes más cosas que quisieras saber?

—En realidad, tengo más dudas.

—Entonces dilas de una buena vez. No sabes lo agradable que es no tener que seguir mintiendo respecto a ti.

—Me lo imagino, en verdad —dijo la joven con tristeza—. Pero será mejor hablar de lo importante. ¿Sabes quién es mi verdadera madre? ¿Padre jamás te lo dijo?

La mujer hizo un ademán con la mano y tapó con ella su sonrisa.

—Alice, por Dios. Sería alguna mujerzuela con la suerte de que tu padre tuviese el corazón blando y endeble.

Alice miró con enojo a la mujer que, hasta hacía poco, solía llamar madre. No. Pensándolo bien, ella nunca había sido su madre.

De ninguna forma imaginable.

—Entonces no tienes idea… —murmuró la joven—. En ese caso, ¿qué tuviste que ver con la muerte de Lucca Fridckford? ¿Con mi

abandono en el altar? Con el odio que has desarrollado hacia mí, no me cabe duda de que serías capaz de algo por el estilo.

—¿Me crees una asesina? —sonrió—. Si es así, te equivocas.

—Pero no niegas lo otro.

—¿Tu boda? —rio con gracia—. Sí. Ese fue un plan mío… bueno, no tan mío, pero, dentro de lo que cabe, fui yo.

—¿A qué te refieres?

—A que hay una persona que comparte el mismo odio hacia ti que yo. Impresionante, ¿no crees?

La joven bajó la mirada, meditabunda.

—No entiendo qué otra persona podría odiarme con esa magnitud.

—No lo sé. Cuestión de pensarlo.

Alice miró con hostilidad una última vez a su "madre", justo antes de la interrupción formulada por su marido, quien entró en ese momento al pequeño salón donde ambas mujeres se encontraban.

—Alice —dijo William, sin notar a la otra mujer presente, caminando sin miramiento hacia su esposa—. Tengo que irme, pero volveré cuanto antes. Emma me dijo…

—William —lo detuvo Alice antes de que dijera algo inconveniente en aquel lugar y frente a esa persona—. No has saludado a mi madre.

William, como si se tratara de una cuestión profundamente inconveniente, volvió la mirada hacia la supuesta madre de Alice.

El primer ministro no pudo frenar una expresión de repudio, apenas disfrazada de seriedad y delimitada cortesía. Desde un inicio, William había sospechado lo que seguramente su mujer ya sabía en ese momento.

—Señora.

Se inclinó ante ella y, de inmediato, volvió su atención hacia Alice.

—Te veré en la cena. Sé que no es el mejor momento, pero recuerda que tenemos que ir a la cena de honor en Versalles el viernes.

¡La cena! Alice no la recordaba en absoluto. Qué estupidez. Tener que ir a esa dichosa cena cuando estaban ocurriendo tantas cosas.

—Sí, no lo olvido —mintió.

—Me alegra recibir la invitación, querido William —dijo Rigoberta Miller, poniéndose en pie y mirando a la pareja con una chispa de rabia al ser totalmente ignorada.

El marqués de Millentmont no se mostró feliz con la intromisión y, sin pensarlo, respondió en voz alta y directa:

—Lo lamento, señora Miller, pero es un evento sumamente privado. Solo la alta alcurnia francesa puede ser admitida, sobre todo los altos cargos de gobierno.

—¿La élite francesa es así? —se burló la mujer—. No sé qué pensar del lugar al que mandé a mi hija.

William sonrió y dejó salir una risotada gruesa y gélida.

—¿De qué hija habla? Que yo sepa, ninguna de sus hijas pertenece a la élite francesa.

La mujer no pudo evitar dejar escapar un suspiro. Sus ojos abiertos de par en par demostraban que no esperaba aquella contestación por parte de su yerno o supuesto yerno.

—¿Le contaste? —acusó Rigoberta, mirando a Alice incrédula.

—No lo hizo —contestó William, para después volver la vista hacia su esposa—, aunque debió hacerlo.

Alice bajó la mirada de nuevo, más secretos. En realidad, si lo pensaba bien, ella era quien guardaba más cosas ocultas. Era ella quien tenía más heridas emocionales, quien siempre vivía en las sombras.

Ella complicaba demasiado las cosas.

Toda su vida aprendió a hacerlo de esa manera: en silencio, sin que nadie se diera cuenta de lo que hacía, de lo que sentía. Con el tiempo, incluso lo que llegaba a decir comenzaba a carecer de importancia.

Hasta para ella.

Aquello había ocasionado que, cuando nuevamente se encontró en problemas, lo callara todo. Lo escondiera el mayor tiempo

posible. Incrementando, sin querer, la gravedad de las cosas.

—William…

—Luego, Alice —la detuvo su marido—. Ahora tengo que irme. Hablaremos de todo después.

—Pero… —Alice miró rápidamente a Rigoberta y suspiró. No podía echarla—. Emma dijo algo interesante sobre…

—Tengo conocimiento de la biblioteca. Emma puede entrar todo lo que quiera.

Alice no entendió aquella respuesta.

Tal vez le estaba hablando en clave. Y, si era así, ciertamente no lo comprendía ni un poco. O quizá William hablaba literalmente y no tenía idea de que Emma había logrado ver al agresor de Charles. Al posible dueño de las cartas. Al confabulador andante.

—Te veré en la cena. —William se acercó a su confundida esposa y besó su frente, entregándole de paso un papel—. Señora Miller.

—Lord Charpentier.

Rigoberta se inclinó, mirando cómo el hombre abandonaba nuevamente el lugar.

—Interesante conversación. Me pregunto a qué iban.

Alice volvió la mirada con tranquilidad.

—A Emma le gusta leer.

Alice prácticamente corrió fuera del saloncito, dejando atrás su pasado con aquella supuesta madre. En realidad, descubrió que estaba feliz, esa mujer no era su madre, una madre no podría amar a una hija más que a otra, de eso quería convencerse.

Ella simplemente nunca experimentó lo que era el amor de una mujer que se interesara verdaderamente por ella. Era reconfortante pensar que Dios le había dado la satisfacción de no tener que seguir llamando madre a esa mujer horrible.

—¡Emma! —gritó al entrar en la biblioteca.

—¡Cállate! ¡No grites!

Graciosamente, Emma también había gritado.

—Lo siento —se disculpó Alice, cerrando la puerta tras de sí.

—William te dio mi mensaje —asintió la rubia—. Bien, Alice. En este momento nos convertiremos en buscadoras de pistas. Seremos detectives de la Corona.

—¿Qué?

—Chist. —La rubia colocó un dedo sobre su boca y miró a todos lados—. Aquí no es seguro hablar. Salgamos al jardín.

—Emma, ¿te has golpeado la cabeza?

—No. Hablo en serio. Pero sigo sin poder hablar aquí.

Alice rodó los ojos y abrió la puerta de la biblioteca con una graciosa inclinación hacia Emma, quien le dirigió una mala mirada.

—Tómate esto más en serio.

—Tan en serio como su alteza lo desee.

—¿Se puede saber a qué se debe su falta de hospitalidad, prima?

Las dos jóvenes se sintieron inesperadamente reprendidas por la abuela de los Bermont. Sabían que Violet no estaba cerca, así que solo quedaba la otra mujer con cuerpo de joven y alma de anciana.

—Kenia —sonrió Alice—, creí que te entretenías con Mariana…

—Tus hermanas son más educadas que tú —la cortó Kenia—. Pero no. Ellas están entretenidas con mis hermanos.

—Espero que no te moleste.

—En realidad, sí. Sobremanera. Se ve a todas luces que son unas trepadoras sociales —hizo ver—, pero son bonitas. Sabrán entretener a mis hermanos lo suficiente para no molestar.

Emma abrió la boca sin poder evitarlo y ella que pensaba que Giorgiana era la ganadora de las mujeres sin pelos en la lengua. Negó. Kenia Achard ganaba por mucho. Al menos Giorgiana sabía decir las cosas con elegancia.

—En ese caso, prima Kenia, es su deber separarlos.

—No —sonrió—. Son solo para un rato.

—¿Y qué tenemos que hacer nosotras para deshacernos de usted? —preguntó Emma—. ¿Acaso le interesaría conversar con otra serpiente? La madre de Alice está cerca.

—¡Pero qué insolente! —alzó la barbilla la señorita Achard—. Dígame, señorita Sellers, ¿su prometido ya revivió? Sería una lástima si tuviera que llevar luto sin estar siquiera casada.

Emma encolerizó.

No era difícil lograrlo. Emma tenía un carácter voluble; era fácil molestarla y fácil contentarla. El humor no solía durarle más de dos minutos. Pero, con aquellas palabras, tal vez bastara para que la rubia ocasionara suficientes problemas.

—Emma.

Alice la tomó del brazo antes de que diera un paso.

—¡Está jugando con la vida de una persona! —negó Emma—. Es imperdonable.

—Déjala.

Emma suspiró varias veces, mirando con repudio a la mujer que sonreía, satisfecha de haberla hecho rabiar, como era su deseo desde el principio.

—Ahora entiendo por qué está sola —dijo Emma, ya más tranquila—. Es usted una espina en el trasero. Solo le digo una cosa: sus hermanos no estarán solteros toda la vida. Se quedará sola.

—Emma —regañó Alice, mirando recriminatoriamente a su amiga.

Emma apuntó con la cabeza hacia Kenia Achard, quien, por primera vez, había quedado callada, sin capacidad de decir nada

para defenderse. Emma había dado en el blanco, en la preocupación más sincera de aquella mujer, la soledad.

Durante un tiempo, Alice dudó si acaso ella era la persona de las cartas. Ahora lo ponía en duda. ¿Con qué razón querría hacerles daño? ¿Dinero? Posiblemente. Pero estaba segura de que para Kenia era más importante mantener a sus hermanos a su lado, y tenerlos en un marquesado los dividiría más. Seguramente los haría pelear aún más.

—¿Alice? —la llamó Emma.

—¿Sí?

—Vámonos. La arpía se fue enojada.

—¡Emma, has dicho cosas terribles!

—Se lo merecía la desgraciada.

—¡No levantes injurias!

—Sí. Como digas, mamá. —Rodó los ojos—. Ahora, lo importante.

Emma la tomó del brazo y prácticamente la jaló hacia el exterior para hablar con la tranquilidad de no ser escuchadas. Y, ya avanzado un tramo, Alice no pudo con la curiosidad. Detuvo con fuerza a su amiga y la miró a los ojos con determinación.

—Dime todo lo que sabes de una vez, Emma. Esto me está volviendo loca.

La rubia se mordió el interior de la boca y miró hacia el cielo azul que se extendía sobre París.

—Es un día muy hermoso, a pesar de todo lo que ha sucedido.

—Emma…

—Sí, lo siento. —La miró con disculpa—. Charles y yo hemos investigado algunas cosas desde nuestra llegada. Digamos que estamos ayudando un poco a Thomas en su deber.

—¿Qué?

—Sí. Vinimos porque Thomas nos lo ordenó.

—¿Son parte de… de eso que él hace?

La joven rio con ganas y negó varias veces.

—¡Eso quisiera yo! Pero no.

—Entonces no entiendo nada.

—Bueno. Te diré lo que me dijo. Y cito: "Si ellos tienen infiltrados, entonces nosotros también. Serán ustedes dos. Escríbanme todo lo que descubran".

—¿Y simplemente aceptaron?

Alice levantó una ceja.

—Bueno, así como así, no. Nos explicó todo. Él sabía que Charles haría cualquier cosa por William, y yo por ti.

—Gracias.

—De nada. Ha sido divertido.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¡Emma!

—Rayos, lo siento. Ya prosigo.

Se disculpó nuevamente.

—Lo que pasa es que, desde el principio, han tenido a alguien dentro de la casa. Alguien que da aviso de cada cosa que se hace. William lo sabe, pero no se puede actuar sin provocar una huida colectiva. Es necesario saber a ciencia cierta quién es el culpable antes de ir tras él.

—Sí, eso lo sé, lo que nos deja en las mismas.

—No. Porque yo lo vi. Y lo seguí hasta su habitación.

—¿De quién se trata?

William entró a casa pasada la medianoche.

La penumbra y el silencio lo acogieron casi con burla. Toda aquella calma solo hacía que sintiera con más nitidez el dolor de cabeza que llevaba atormentándolo todo el día.

Todo parecía tornarse cada vez peor. Temía que, en algún momento, enloqueciera él o, en el peor de los casos, su mujer. Lo cual estaría más que justificado. Alice no solo había perdido a un bebé, sino que seguía bajo la presión constante de un acosador, de

ser una figura pública y de soportar la ya pesada visita en casa. Qué más quisiera que echar a todo el mundo y quedarse a solas con ella.

—Señor, buenas noches —saludó el mayordomo—. ¿Desea algo?

—No, Laurens. Puede irse a dormir.

—Gracias, milord.

William subió los peldaños de dos en dos. Su dirección: Charles.

Era primordial en todo ese asunto.

Su adorado primo había sido lastimado por su culpa, y aquello era una situación insostenible para alguien como William. Aunque él también estaba herido, no soportaba la idea de que alguien ajeno al problema hubiese sido involucrado. Dio dos toques a la puerta y escuchó el pequeño y asustado "pase" de Emma. El dueño de la casa asomó la cabeza con lentitud. Miró toda la recámara, completamente iluminada, por lo que le fue sencillo encontrar a Emma, quien seguía sentada junto a un Charles inconsciente.

—Emma, ¿estás bien?

—S-sí… solo que no sé. Siento que todo puede pasar en esta casa.

—Lo entiendo. —Asintió—. Hablaste con Alice, ¿cierto?

—Sí. Preferiría que fueras directo con ella.

—Emma, sabes lo que está pasando, ¿cierto? Sabes quién es el culpable, ¿verdad?

—William.

Emma le tomó los hombros, mirando sobre los suyos para observar de soslayo la cama donde Charles se removió por el ruido.

—Él necesita descansar. No soy yo quien debe decírtelo. Alice sabe todo lo que yo sé.

William intentó controlarse. Miró a su primo. La verdad era que lucía bastante mal. Su cuerpo estaba sudoroso, preso de la fiebre que sobreviene después de una lesión como la que tenía.

—¿Cómo está?

Emma apretó los labios y suspiró.

—Tiene fiebre. El doctor viene cada dos horas. Estará bien… si cualquier cosa pasa…

—Emma… Em… Emma…

Charles comenzó a balbucear.

—Ve con él. Me avisas cualquier cosa.

Emma simplemente asintió y fue a sentarse junto a Charles, tomándole la mano y hablándole quedamente al oído para tranquilizarlo. William contempló aquella escena y sonrió. Charles jamás admitiría nada, pero estaba prendado de Emma. Lo estaba. Que se diera cuenta sería tan difícil como lo había sido para él mismo.

—Te lo encargo.

Emma volvió la cabeza y asintió un par de veces.

William salió de la habitación y cerró los ojos. Respiró varias veces y caminó hacia su propia recámara, donde su esposa seguramente lo estaría esperando. Y así era. Alcanzó a ver, por debajo de la puerta, la luz de una vela. Eso confirmaba que Alice se mantenía despierta, con las luces encendidas. El hombre entró sin llamar, sorprendiéndose al descubrir que la puerta estaba cerrada con llave.

Cosa de lo más extraña.

—¿Quién es? —preguntó la voz temerosa de su esposa.

—Soy yo, Alice. Abre la puerta.

William escuchó cómo la joven corría por la habitación. Un segundo después abrió la puerta y se lanzó a los brazos de su marido.

—Alice —la recibió con sorpresa y algo de dolor—, tranquila.

—Tardaste demasiado.

—Lo sé. Lo siento.

Alice se separó de su esposo y miró hacia todos lados, nerviosa.

—Vamos, pasa.

William dejó que su mujer prácticamente lo introdujera en la habitación y lo sentara en una de las sillas. Pero ella no hizo lo

mismo. En lugar de eso, Alice caminaba de un lado a otro, como si estuviese a punto de cantar frente a una gran audiencia.

Se mostraba impaciente, con las manos sudorosas si se tomaban en cuenta las veces que se las había limpiado en el camisón, y la mirada incontenible, claro está.

—Alice, ¿qué pasa? Dime lo que Emma te ha dicho.

Alice lo miró llena de dudas y negó.

—No sé. Siento que enloquecerás.

—¿Por qué?

—Porque me ha dicho quién es el infiltrado de la casa.

Suspiró y se dejó caer en una de las sillas.

—Dímelo de una vez, Alice.

—Es que… no puedo creerlo.

—¡Alice!

—Señor.

Peter entró de pronto, trayendo consigo una bandeja de plata con un poco de agua y una copa de licor que seguramente era para el primer ministro.

—Oh, Peter, no pensé que siguieras despierto —dijo William con seriedad, aunque sin prestar demasiada atención—. Bueno, gracias.

Alice se quedó en blanco, por un momento había estado a punto de revelar el nombre de ese preciso hombre.

Tuvo que tragarse las palabras.

—Señora, ¿desea algo además de su agua?

—N-no, Peter. Estoy perfecta.

—¿En verdad? Luce algo pálida.

El hombre hizo ademán de acercarse a ella, como solía hacer normalmente. Peter y Alice eran más que amigos: eran cómplices contra William. Les gustaba hacerlo rabiar y, sobre todo, contradecirlo, pero, en esa ocasión, Alice se puso de pie de un brinco y fue hacia su tocador, simulando quitarse unos pendientes que, desde hacía rato, no llevaba puestos.

—Me encuentro perfecta, Peter. En verdad.

—Mmm… Si el señor quiere hacerla rabiar, ya sabe que yo…

—No, Peter. En serio. Estoy bien.

William elevó ambas cejas ante las respuestas secas de su esposa.

No tardó mucho en entender lo que pasaba, pero no podía ser. Peter era su sirviente más fiel. Simplemente no le cabía en la cabeza que pudiese traicionarlo de esa forma.

—Peter, ¿puedes retirarte un momento?

El ayuda de cámara abrió los ojos al comprender que estaba siendo echado de la habitación. Cosa nada usual. Pero atendió lo dicho e inclinó la cabeza.

—Como desee, milord.

Salió. William esperó un tiempo considerable antes de mirar a su esposa y decir con determinación:

—No lo creo.

—William, sé que es difícil, pero eso es lo que me ha dicho Emma.

—Alice, no puedo creerlo. Es algo que nunca podré creer sin pruebas. Tu amiga lleva aquí poco tiempo. Tal vez lo confundió.

—No, William. Ella dice que lo vio claramente disparar.

Pero él negó de nuevo.

—No puede ser…

Se dejó caer sobre el sofá.

Alice se acercó con cautela y se sentó junto a él, posando una mano suave sobre la de William.

—Will, sé que no puedes pensar que alguien tan cercano a ti te traicione, pero…

—No. Afuera todos. Manda llamar a Emma ahora mismo.

—¿Qué?

Alice también se puso de pie.

—Todos. ¡Todos de pie! —gritó con fuerza.

—William, ¿qué haces?

—Vamos. Quiero verles la cara. Que despierten los empleados. Todos los habitantes de esta casa. Los quiero ante mis ojos.

—Es una locura. Si el culpable se ve acorralado, escapará.

—No lo creo —dijo el hombre con seguridad.

—William, es una respuesta obvia.

—No cuando tiene familia numerosa que mover.

Le habló con voz resuelta.

—Soy un hombre meticuloso, Alice. No contrato a nadie sin tomar mis precauciones. Sin poder amarrarlo de alguna forma.

—No entiendo.

—Que, mi querida Alice, si ese hombre se va, dejaría atrás todo lo que ama. Y seguramente actuó bajo presión, porque lo amenazaron con su familia precisamente. No la dejará sola porque sí.

—¡William!

Alice lo siguió cuando lo vio abrir la puerta.

—Ponte una bata, Alice. No quiero que andes así por toda la casa.

La joven regresó a su recámara y suspiró. Sabía que William actuaría impulsivamente. Sabía que no soportaba una traición. Hecha un rayo, se colocó la bata y bajó corriendo las escaleras,

escuchando en cada paso cómo su marido despertaba a todo el personal.

Eran las tres de la mañana. La mansión de Millentmont estaba encendida en su totalidad. Toda la servidumbre se encontraba presente en el salón de baile. Las pobres doncellas llevaban apenas un chal sobre los hombros y algunos hombres se habían puesto los pantalones al revés o la camisa mal abotonada.

Las visitas de la casa tampoco estaban en mejor estado. Sentados en unas sillas dispuestas con total despreocupación, estaban la familia Miller y los Achard. Todos mal vestidos y quejándose de la hora.

—¿Qué mueve a nuestro querido primo William a actuar tan estúpidamente? —preguntó Brandon Achard.

—Cállate —ordenó William, revisando los rostros de todos los presentes—. Señora Gliplet, ¿están todos?

—Sí, su señoría —asintió el ama de llaves, con los cabellos canosos completamente despeinados.

—Bien.

Alice miraba a su marido como si hubiese enloquecido.

Sabía bien que no era así.

William siempre actuaba acorde a una fina línea de estrictas leyes y normas. Cuando estas se rompían, simplemente actuaba como una autoridad, no había cabida para clemencias.

—Me han dicho que nos han traicionado —dijo sin dar rodeos—. Creo que especifiqué muy bien ese tema al momento de contratar a cada uno de ustedes. Porque no hubo ni uno de los aquí presentes a quien no hubiese entrevistado antes de traerlo a mi casa.

Todos asintieron, para sorpresa de las visitas y de su propia esposa.

—Está de más decir que recuerdo cada rostro y cada palabra dicha el día exacto en que entraron a mi despacho. Por lo tanto, quiero creer que lo que ha llegado a mis oídos es solo un malentendido. Si alguien sabe de lo que hablo y es verdad, será mejor que dé un paso adelante. De lo contrario, las cosas se pondrán peor.

La servidumbre se miró con recelo. Muchos no entendían de qué iba aquel discurso a media madrugada, pero nadie se atrevería a quejarse ni a hacer una mueca de cansancio o desplante.

—Emma —la llamó William—, haz el favor de venir y decir nuevamente lo que sabes.

Emma miró impresionada a Alice, pero esta no podía hacer nada más que encogerse de hombros e indicarle que lo hiciera.

—Sabemos por buena fuente que alguien en esta casa no está colaborando con el bienestar de sus excelencias.

—Y… —agregó William con dureza.

—Y yo vi algo que me hace pensar que sé quién es —añadió la joven, mirando directamente a Peter.

—Gracias, Emma. Ve con Charles nuevamente.

La joven rubia asintió y no tardó en correr fuera del lugar para seguir cuidando a Charles, quien quedó al cuidado de los doctores que habían ido a revisarlo por enésima vez esa noche.

—Y bien, si alguien sabe quién es el culpable, que lo diga. O, si el culpable tiene los suficientes pantalones, que dé un paso adelante.

—Esto se pone interesante —sonrió Kenia hacia su hermano Sergio.

Pero Sergio no pensaba lo mismo, más bien todo lo contrario.

—Dime qué está pasando aquí, William. —Se puso en pie—. Algo me dice que es una situación riesgosa.

—Lo es, querido primo —dijo el marqués con cinismo—. Cosa que a ti te beneficia, ya que puede que yo muera y mi mujer no espera ningún hijo, que yo sepa.

—¡No pienses que estamos dispuestos a terminar como tu primo solo por tu título, Willy! —se levantó Ulises—. Será un nombre de alcurnia, pero no vale la pena si tenemos que morir para conseguirlo.

—¿Entonces a qué demonios han venido?

—Ese nombre más bien parece estar maldito —dijo Brandon—. De ser así, yo no lo quiero, Kenia, por más que insistas.

—Esto les beneficia a ustedes —dijo Kenia—. ¿No ven que parece que William ha enloquecido?

—¿A qué viene todo esto de toma de poder? —sonrió Rigoberta Miller—. ¿Me conviene ser pariente de los Achard, entonces?

—No será pariente de nadie —dijo Kenia con tono grosero.

—¡Basta todos! —pidió Alice—. Creo que nadie está entendiendo nada. William, por Dios.

—Es verdad. Basta. —William miró a Peter—. Da un paso al frente.

—¿Qué? Pero, su señoría…

—Dalo.

Peter dio el paso, enfrentando todas las miradas sorprendidas que sus compañeros le dirigían.

—Emma dice que te vio disparar. ¿Tienes una explicación?

—Mi señor…

—Explícate.

—Le disparé a alguien que le disparó al señor Charles y a milord.

—¿Qué?

La exclamación salió de todos los presentes, incluso de algunas doncellas que estaban más dormidas que despiertas.

—Sí. De hecho, mi señor, ella no está presente.

William lanzó una mirada incriminadora hacia su ama de llaves, quien empezó a repasar mentalmente la lista de la servidumbre, asustada por el error cometido en un momento tan crucial.

—La señora Gliplet no la tendrá —dijo Peter— porque no es parte de la servidumbre de la casa, milord.

—¿Quién es, entonces?

—La señora Pakins y sus dos ayudantes. Desde que llegaron a la casa sospeché de ellas. Las seguí de cerca y descubrí cosas.

—¿Cosas? —dijo William—. ¿Qué cosas? ¿Por qué no decírmelo?

—Mi señor… —El hombre se inclinó con vergüenza—. Estoy amenazado. Como lo está usted.

—¡Maldita sea! —gritó William—. ¿Dónde están?

—L-la señora Pakins duerme arriba, mi señor. En las habitaciones que ocupan las institutrices.

William no esperó indicaciones. Simplemente dio media vuelta y caminó en dirección a esas habitaciones.

No necesitaba compañía, pero todos los que estaban en el comedor se apresuraron a seguirlo. Aunque el mayordomo principal, Peter y el ama de llaves lograron controlar un poco a la muchedumbre, muchos curiosos siguieron a su señor escaleras arriba.

A William no le importaba, estaba cansado de toda aquella maldita situación, tenía ganas de zarandear a esa mujer hasta que

se le saliera el cerebro. Lástima que alguien se le había adelantado. Cuando llegaron a la habitación austera con el nombre Pakins escrito en una tableta de madera sobre la puerta, William supo que algo estaba mal.

El olor, el silencio, la brumosa calma, todo anunciaba una desgracia y así era. Cuando William abrió la puerta, tuvo que tomar a su esposa y hacerla retroceder para alejarla del interior.

Después cerró nuevamente.

—Todos a dormir. No necesito a nadie fuera de su cama. Que alguien llame a Peter. Díganle que suba hasta aquí.

Nadie hizo nada.

Todos estaban a la expectativa de ver el interior de la habitación. Pero el marqués se mostraba reacio, y su mano sobre el picaporte daba a entender que nadie abriría aquella puerta si no era él.

—¿A qué esperan todos? —dijo con dureza.

La servidumbre que los había seguido se apresuró a bajar las escaleras al trote, con la jugosa sensación de tener un chisme que contar a todos los que no se atrevieron a seguir al amo del castillo.

—¿Qué pasa, William? —preguntó Alice con susto.

—No quiero que estén aquí.

Miró a todas las mujeres, desde las Miller hasta su prima Kenia.

—No soy una flor de cerezo —se quejó la mayor de los Achard—. Puedo ver escenas poco agradables.

William miró a sus primos y, por extraño que pareciera ante su rivalidad y odio mutuo, llegaron a un acuerdo silencioso, concedido únicamente por la situación actual.

—Vamos, Regina —dijo Sergio a una de las hermanas de Alice—. Hace tiempo quería mostrarte un libro fascinante.

La joven lo miró desconcertada, pero asintió.

Al igual que Sergio, Ulises y Brandon ayudaron a William con una de las hermanas de Alice. Rigoberta los siguió como una madre responsable de sus hijas casaderas, y Kenia, sin ganas de dejar que sus hermanos cayeran en las garras de aquellas mujeres, hizo lo mismo.

La única que no se movió fue Alice.

—Mi amor, por favor.

—No, William. —Negó—. Quiero saber a qué atenerme.

—No, Alice. He dicho que…

Alice abrió la puerta y entró en la habitación.

Enseguida tuvo que llevarse las manos a la boca.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Esto se está saliendo de control —asintió William—. Ni siquiera nos hemos dado cuenta.

—Y-yo estaba a solo unos pasos, William. Pude… pude ser yo…

William no dijo nada, no podía.

El cuerpo inerte de la señora Pakins estaba tendido en la cama. La sangre proveniente de una herida en el costado se extendía por toda la colcha. Los ojos abiertos de aquella mujer mostraban el miedo que sintió. La desesperación de sus últimos segundos.

William se acercó con mirada crítica, revisando el cuerpo con la frialdad de un médico que no era.

La señora Pakins tenía un rozón de bala en la pierna y otro en el brazo. Nada grave. Esos debían de ser los disparos defensivos que Peter realizó en su contra. En definitiva, la causa de muerte era la puñalada en el costado derecho. William revisó el cuerpo para cerciorarse de que no hubiese otra herida. Pero no. Solo había hecho falta una estocada certera.

—William —llamó su esposa—, la mataron también.

Alice estaba cerca del cadáver de Goretti, quien había recibido tres poderosas puñaladas. Parecía haber estado cuidando a la señora Pakins de sus heridas de bala. Seguía sentada en la silla junto a la cama, como si fuera a velarla eternamente.

—Qué espanto —pronunció, cerrando los ojos de Goretti.

—¿Dónde está la otra?

Alice abrió los ojos. Era verdad. Si allí estaban Goretti y la señora Pakins, Sandre no podía estar lejos. Un sonido dentro de uno de los

armarios les dio la razón, por un momento, la pareja pensó que ella sería la culpable de los asesinatos. Pero, al escuchar el lamento que se desató dentro de aquel mueble, rechazaron la idea.

El armario escondía a un alma en pena. No a una asesina. William, de todas formas, pidió a Alice que se quedara atrás, y ella obedeció. El hombre abrió de golpe aquel armario, arrancando un grito desquiciado de la persona escondida en su interior.

—¡No! ¡Déjeme! ¡Le aseguro que no hice nada! ¡No he dicho nada!

—Tranquila. No vengo a hacerte daño.

La mujer lo miró.

Vio a William a la cara y gritó con espanto antes de arrastrarse hacia el fondo del mueble, quedando pegada a la madera, temblorosa y con la mirada fija en el primer ministro.

William notó que sostenía algo entre las manos, la miraba como un cordero que ve a su depredador. El marqués se estiró hasta llegar a ella. Sandre ya no se movió. Él tomó la nota de entre sus dedos temblorosos y la abrió con lentitud, sintiendo cómo su esposa se acercaba para intentar leer también, pero lo impidió tanto como pudo, sobre todo al leer.

Hola, hola.

¿Cuántas muertes van? Ya ni siquiera lo sé. Dios santo, ahora ya no se pueden encontrar personas de confianza. Creo que ambos

batallamos con lo mismo, ¿no, Willy? Pero qué se le va a hacer.

Recuerda: vamos en cuenta regresiva. Faltan dos. ¿Qué nos tendrá Versalles esta vez? Piensas asistir, claro está. No es como si el primer ministro pudiera faltar. Solo una pregunta más: ¿sigues sin saber quién soy? Es bastante patético… decepcionante. Esperaba más de ti. Recuerda, Willy: te tengo rodeado. No hay salida posible. Si te preguntas qué quiero, qué necesito para dejarte en paz, bueno, es fácil: yo lo quiero todo. Y eso viene con tu muerte, física o mental. Así que Alice bien podría morir y no necesitaría matarte. Mira que dispararte y no morir… Bueno, sabía que eras duro de matar.

Saludos, Una ayuda.

CAPÍTULO 29

Las autoridades no tardaron en presentarse en la casa del primer ministro. En definitiva, era un caso especial que dos personas murieran sin ser vistas ni escuchadas por absolutamente nadie. Más impensable todavía era que todo ocurriera en casa de nada más y nada menos que el presidente del Consejo de Ministros de Francia.

Algo estaba sucediendo, primero, la matanza en el orfanato, luego, otras dos muertes dentro del castillo de Millentmont.

—Lo siento, señor —dijo uno de los oficiales que tomaba nota de todo cuanto se percibía en la habitación—, pero no hemos encontrado sospechosos. Y la mujer esa no dice palabra.

William dejó salir un sonido gutural de su garganta.

Una muestra inequívoca de su desesperación.

—No puedo creer esto. —Se tocó el puente de la nariz—. Simplemente entró en mi casa y salió sin dejar rastro. ¿Eso es lo que quiere que me trague?

—L-los empleados dicen no haber escuchado nada —intentó compensar el hombre—. No podemos sacar nada más, mi señor.

—Sí, sí. Ya lo ha dicho.

William manoteó el aire, quitándole importancia.

—Deje este caso abierto. Algo pasa aquí, y quiero que cada detalle se agregue al mismo expediente. ¿Entendido?

—Sí, mi señor.

—Bien. —Suspiró—. Gracias por su labor.

—De nada, cualquier cosa, sabe que estamos al pendiente.

William asintió un par de veces.

—Peter, acompaña a este hombre a la puerta.

—Como ordene, su excelencia.

Peter inclinó la cabeza hacia el primer ministro y señaló el camino al oficial con la palma de la mano. William se quedó solo en la habitación de la señora Pakins, intentando comprender cómo aquella mujer había logrado involucrarse en todo el asunto.

¿Qué tenía la señora Pakins contra ellos? Que él recordara, era una encomendada de su madre, enviada precisamente para ayudar a Alice a orientarse dentro de la corte francesa.

En sí, nada encajaba, suspiró al recordar la carta, lo que esa persona quería era verlo destruido a él. Políticamente, podía pensar en los Harnett. Personalmente… en nadie. Que él supiera, no tenía problemas con nadie, ni había dado pie a que alguien lo odiara de aquella manera. Por otra parte, su mujer era otro foco de guerra. Otro punto al que atacaban con constancia.

Podía ser que Alice fuese solo un escalón para llegar a él, pero ¿y si no era así? ¿Y si en realidad iban tras ella? Alice tenía más personas en contra, al menos en lo personal. Para él, la principal sospechosa era su madre. Su madrastra. No era difícil imaginar a Rigoberta Miller creando algo tan maquiavélico y elaborado como lo que acontecía día con día. De lo que no estaba seguro era de cómo habría obtenido tanta influencia en Francia. Siendo inglesa, habría tenido que abrirse camino a la fuerza. Nada probable, por cierto.

Los franceses no eran de los que se dejaban mangonear por cualquiera. Menos por su rival de vida, como lo era Inglaterra. Eso lo dejaba nuevamente en la nada. Miró el colchón manchado de sangre, ya sin sábanas, ya sin cuerpos que hicieran la imagen todavía más grotesca. Aun así, se sentía la presencia del asesinato. Eso dejaba en William la sensación de que seguían en peligro constante y entonces recordó a su primo herido de bala.

Y a su mujer.

Alice seguía asustada y, aunque había pasado más de un mes, la pérdida del niño de ambos aún se asomaba con tristeza en aquellos ojos violáceos que tanto amaba.

Lentamente, dio media vuelta y se encontró con el rostro apesadumbrado de Luciana, una de las hermanas de Alice.

—Señorita Luciana —la llamó al verla sumida en sus pensamientos, mirando el colchón ensangrentado.

—Nunca me gustó —dijo la joven.

—¿La señora Pakins? —dudó él, sin entender.

Que él supiera, Luciana no la había conocido lo suficiente como para sentir desagrado por ella.

—No. —Lo miró a los ojos—. Lo que pasaba con Alice.

William volvió el cuerpo hacia ella y la enfrentó.

—¿Quieres contarme?

La joven apretó los labios y negó con una sonrisa dulce.

—No creo que le agrade. Cuando termine, querrá matar a alguien.

—Quiero matar a alguien ahora, Luciana. No habrá diferencia.

La chica se mordió el labio y arrancó una pequeña piel muerta, costumbre que William ya había notado en ella.

—Pero querrá matar a alguien de mi familia —le hizo ver—. Las cosas cambian, ¿verdad?

—Sé controlarme.

—Lo dudo.

La joven sonrió.

—He visto cómo mira a mi hermana.

—¿Cómo la miro?

—La ama —le dijo—. Lo noté desde que se casó con ella.

—Se desvía del tema, señorita. Hablábamos de Alice.

—Sigo hablando de Alice —replicó con perspicacia.

Pero, en ese sentido, a William no le ganaba nadie.

—No. Hablaba de mí y de mi enamoramiento.

—¡Entonces es verdad!

Luciana sonrió, contenta. William suspiró.

—Sí, señorita. Es verdad.

—¡Lo sabía!

Aplaudió, feliz, y extrañamente giró sobre sí misma varias veces, como si hubiese recibido una noticia incomparable.

—¿Y bien?

William quiso regresar al punto de partida.

—Oh, pero si me acaba de decir algo tan hermoso, ¿por qué arruinarlo con cosas malas?

—Porque necesito saber quién podría hacerle daño a Alice. No lo sé bien, pero parece que le tiene alguna clase de aprecio.

—Yo la quiero —dijo Luciana.

—Entonces necesito que me cuente.

Luciana suspiró y asintió varias veces.

—Sabía que lograría sacarme la sopa de alguna manera. —Miró el lugar donde se encontraban—. Pero creo que debemos cambiar de sitio. No me agrada estar donde asesinaron a alguien.

—Sí. Creo que es lo mejor. Vamos a mi despacho.

—¿No podríamos dejarlo para mañana? Sabe que son las cuatro de la mañana, ¿no?

—Sí, lo sé. Pero es importante. Quisiera saberlo ahora.

—Es una persona demandante. ¿Está acostumbrado a hacer siempre su voluntad?

—Digamos que logro lo que me propongo.

—Lo que quiere decir que así es. —La joven se tocó la barbilla y sonrió—. Me agrada. Me gustaría casarme con alguien igual.

—Gracias, aunque tal vez no muchos piensen lo mismo.

—No. Me agrada.

—Gracias.

—Vamos entonces a su despacho, supongo. Entre más rápido le diga lo que sé, más rápido me dejará ir a dormir.

Ambos caminaron en silencio hasta el despacho, no se encontraron con nadie. Seguramente todos estarían retomando las horas de sueño perdidas o, en su defecto, encerrados en sus habitaciones. Alice, por mandato de William, había ido con Emma y Charles mientras él se encontraba en el lugar del asesinato. No deseaba que siguiera presenciando algo tan duro como una escena del crimen. Un crimen que pudo haberse llevado a cabo en su recámara, en lugar de en la de la señora Pakins.

William abrió la puerta del despacho y dejó pasar a Luciana Miller.

La muchacha rápidamente comenzó a curiosear por todo el lugar: tocó los objetos sobre las mesas, sacó libros y revisó los retratos colocados sobre el escritorio del primer ministro.

—¿Por qué no hay fotografías de mi hermana aquí?

Apuntó hacia los retratos. William caminó hacia ella y los miró, todas eran de su familia, pero era verdad, no tenía ninguna de Alice.

—Eso debe hacerla sentir fuera de su familia, ¿no lo cree?

—No lo veo de esa manera —negó el hombre—. El retrato de mi esposa lo llevo siempre conmigo.

—¿En serio? ¿Dónde?

William sacó su amado reloj de bolsillo y se lo enseñó.

—¡Es muy hermoso!

Luciana lo tomó de la palma del hombre.

—Mi hermana es afortunada de estar aquí.

—Sí, supongo. —William señaló una silla—. Siéntese, por favor.

—Claro.

La joven se sentó, todavía mirando la imagen que había en el interior del reloj de William Charpentier. Una fotografía de Alice el día de su boda. Se veía preciosa.

—¿Podría comenzar a contarme?

La muchacha levantó la vista del reloj y sonrió, entregándole el objeto a su dueño.

—Sí. ¿Por dónde comenzar?

Se tocó la barbilla.

—Creo que… lo primero que recuerdo de ella es una sonrisa. Alice, cuando era niña, era muy risueña. Siempre me hacía reír. Jugábamos tanto como podíamos, pero mi madre siempre fue muy dura con ella.

—¿Con dura se refiere a…?

—Digamos que no la dejaba hacer lo mismo que a nosotras. La apartaba. Al principio no me daba cuenta, pero Alice siempre vestía ropas viejas, muchas veces rotas. Con el tiempo noté lo horrible que madre le hablaba, lo mucho que la interrumpía, incluso la golpeaba.

—¿La golpeaba?

—En ocasiones, cuando Alice hablaba de más… o intentaba hablar.

William dejó salir un suspiro, intentando que su enojo se marchara con la misma facilidad que el aire escapaba de sus pulmones.

No funcionó.

—Alice no podía salir a jugar. No podía montar, aprender lenguas, cantar ni participar en ninguna actividad de las que se nos permitían a nosotras. Pronto fue llevada a una recámara alejada. Hacía mucho frío cuando la visitábamos. Pero ella no se quejaba. Seguía sonriendo, aunque ya no lucía feliz.

Luciana bajó la mirada.

—Una vez escuché un regaño que mamá le daba a Alice. Era tan dura y malvada que yo comencé a llorar. La llamaba de tantas formas… le hacía notar defectos que yo jamás habría imaginado y que Alice ciertamente no tenía. La criticaba y, cuando menos pensé, Alice ya no hablaba. Ni comía. Enfermó durante mucho tiempo y, cuando logró aliviarse de alguna forma milagrosa, porque no recibió atención, solo caminaba por la casa como una muerta en vida.

Luciana tragó saliva.

—No sé qué habrá pasado cuando estuvo enferma. No dejaban pasar a nadie, a excepción de madre.

William guardó silencio.

—Una vez escuché a mi madre quejarse con mi padre sobre ella. A mi ver, madre era demasiado dura. Pero padre nunca hizo nada. Es más, padre jamás miró a Alice a la cara. La quiere, lo sé, pero nunca se lo demostró protegiéndola de mi madre. Hasta que un día comprendí por qué había tanta diferencia entre el trato de una hija y otra. Alice era mi media hermana, la hija de mi padre.

—¿Y qué pasó después?

—Madre la odiaba cada día más. Alice crecía en belleza y, gracias a ustedes, en popularidad. Cuando llegaron las primeras propuestas para ella, madre no los dejó ni pasar del umbral de la puerta. Alice

nunca se enteró de que era popular. La dejó creer que era una despreciada social.

Bajó la mirada.

—Lamento decir que no hice nada.

—Era usted una niña.

—No tanto. Ya sabía lo que pasaba y no moví ni un dedo para que la situación de Alice mejorara.

La culpa se imprimió en su rostro.

—Después llegaron los años en que Alice pasó a ser considerada una solterona. Madre pensó que todo se solucionaría, que ella se quedaría sola y a su merced para siempre. Pero llegó su último pretendiente. Uno que se entusiasmó con ella. Su nombre…

—Lucca Fridckford.

—Sí. En realidad, él sí la quería. Pero, de la nada, madre cambió mucho. La escuché hablar una vez con ese hombre. Le habló de algo que jamás olvidaré.

—¿De qué hablaron? —inquirió William al verla tan turbada.

—De la forma en que sería asesinado si no se alejaba de Alice. Si Lucca Fridckford no seguía al pie de la letra lo estipulado por mi madre, Alice sufriría y él también. No me pregunte cómo, pero por la forma en que mi madre hablaba, parecía tener todo resuelto. Como si no hubiera cabida para la duda. Como si cualquier cosa que dijera fuese a cumplirse.

William entrecerró los ojos.

—Y así fue como ocurrió lo del desplante en la boda y su milagrosa intervención. En verdad pensé que usted no iría a la boda de mi hermana, pero cuando lo vi salvando el día… en serio lo agradecí.

Luciana respiró hondo.

—Eso es todo. Espero que ahora la comprenda un poco más.

—Yo ya la comprendía —dijo ensimismado—. Pero no creí que hubiera tenido una infancia tan cruel. Creció sola y despreciada.

—Sí.

—¿Por eso es así?

—Sí. Digamos que no conoce otra forma.

William se puso en pie, sobrecogido por la información. No solo por el pasado de su mujer, sino por la intervención de Rigoberta Miller con aquella "ayuda". Sí. Seguro algo tenía que ver. Incluso recordaba que Lucca Fridckford había dicho algo relacionado con la madre de Alice antes de morir.

La madre de Alice estaba ligada al problema central.

—Gracias, señorita Luciana. Siento haberla entretenido.

—No hay problema.

La joven se puso en pie.

—Me avergonzaba contar la historia. Le pido que no sea duro conmigo. Sé que no actué como debía y…

—Ha sido de gran ayuda en este momento. En verdad, no sabe cuánto lo aprecio.

La joven sonrió. De alguna forma, William vio cómo se le quitaba un gran peso de encima, como si no pudiera vivir con aquella culpa.

—Le agradezco las palabras.

William esperó a que la mujer abandonara la habitación para soltar un grito contenido. Estaba furioso. ¿Cómo podía existir un alma tan cruel como la de Rigoberta Miller? En ese momento admiraba aún más a su mujer y, por tal motivo, no pudo detener sus pasos cuando se dirigió a la recámara donde Charles se recuperaba y donde su esposa estaba ayudando.

Abrió la puerta sin tocar y se encontró con ambas mujeres dormidas en sus respectivas sillas junto a la cama. Charles tenía los ojos abiertos y disfrutaba de la escena con una sonrisa.

—Jamás he sido tan afortunado, William. Lárgate de aquí —replicó el hombre que había despertado de entre los muertos.

—Una de esas mujeres es mi esposa, Charles —dijo William con humor, sintiéndose aliviado al oír la voz de su primo.

—Sigue siendo un buen sueño.

—Me alegra ver que estás mejor.

—¿Mejor? Si estoy perfecto. —Se tocó el abdomen—. Un rasguño.

—Sí, claro. Y tu estado en el limbo también es normal.

—Déjame en paz. —Charles sonrió—. No le digas a Emma que estoy mejor. Me agrada ver su preocupación.

—Eres un caso perdido.

—Pero eso ya lo sabíamos. —Rio con dolor—. Sí… Bueno, si no te molesta, me llevo a una de las mujeres de tu sueño.

—Sí, claro. A esa, de todas formas, no puedo hacerle nada.

William levantó una ceja y sonrió.

—No puedes hacerle nada en tu estado. Eres inútil.

—Te sorprendería lo que puedo hacer.

—No preguntaré más.

William se inclinó y acarició la mejilla de su esposa con ternura.

—Alice… Alice, vamos a la cama.

No podía cargarla. Él también estaba herido y se encontraba totalmente imposibilitado para aquella tarea. Alice ni siquiera se removió ante la caricia. Parecía bastante cómoda en aquella silla. Normalmente tenía el sueño ligero, pero en ese momento no fue capaz ni de mover un dedo.

—Alice.

—¿Mmm? —murmuró somnolienta.

—Vamos a la habitación.

—Vaya, eso suena bastante seductor en mi cabeza —dijo Charles.

—Cállate, Charles.

Alice, como si le hubiesen gritado al oído, se puso de pie de un salto, mirando hacia todos lados en busca de una amenaza inexistente.

—Tranquila.

William posicionó la mano buena sobre la mejilla de su esposa.

—Will… ¿Qué pasó?

—Nada. Vamos a que descanses un poco.

—Sí… pero…

Abrió mucho los ojos.

—¡Charles!

La joven volvió su violácea mirada hacia el herido, quien, por supuesto, fingía dormir tranquilamente.

William alabó la actuación de su primo y negó con la cabeza.

Compadecía terriblemente a Emma.

—Estará bien.

—¿Seguro? ¿No sería buena idea tomarle la temperatura?

—No lo creo.

Colocó una mano sobre la cintura de su esposa, comenzando a llevarla hacia la salida.

—Emma puede con ello.

—Emma está dormida —le hizo ver su mujer.

—No por mucho tiempo.

William lanzó una última mirada a su primo antes de salir por completo de la habitación y dirigirse hacia la suya junto con su mujer.

Alice replicó todavía un poco más, pero al final decidió no discutir con su marido, que de todas formas no tenía ningún caso, y lo siguió por el pasillo.

William abrió la puerta y dejó pasar a su esposa primero. Alice venía preguntándole sobre algún tema del cual su marido no seguía pista alguna. William no podía olvidar la conversación con la hermana menor de su esposa. Tanto era así que, cuando cerró la puerta de la habitación, no pudo resistirlo más y, con paso rápido, fue tras ella.

—William, entonces dices que…

La frase quedó incompleta cuando su marido, imprevistamente, le dio la vuelta de forma brusca y presionó sus labios contra los de ella.

Alice se mostró extrañada, pero aceptó aquella caricia con facilidad. Pasó los brazos alrededor del cuello de su marido para acercarse más a su boca, a su cuerpo, a su alma.

—¿A qué se debe esto? —preguntó con una sonrisa entre los besos.

—A que deseo a mi mujer… —La besó—. Y descubrí que puedo admirarte aún más.

—¿Admirarme? —Sonrió con gracia—. ¿De qué hablas?

William besó lentamente la nariz de Alice, luego sus ojos y, por último, sus mejillas.

—Hablemos de eso después.

William caminó lentamente hacia la cama, intentando no dejar de besar a su esposa, quien reía por la hazaña que su marido intentaba lograr. Ambos cayeron sobre el colchón. William sobre el cuerpo de Alice, besándola con ternura, moviendo la boca rítmicamente junto a la de ella, deseando no tener que detenerse jamás.

—Te amo —susurró William en el oído de su esposa, mientras la mordía apenas y jugueteaba con ella.

Alice buscó su mirada y lo observó con extrañeza.

—¿Pasa algo?

William la besó de nuevo.

—¿Necesita pasar algo para que te diga que te amo?

—No… —Se sonrojó—. Solo que no lo dices con frecuencia.

—Eso no significa que no sea verdad.

El juego amoroso comenzó con un sinfín de besos sobre el rostro de su mujer. El cuello y los hombros fueron otra fuente de adoración para William, quien parecía alabar el cuerpo entero de su esposa.

—Me estorba —dijo de pronto.

William hizo que su esposa se pusiera en pie para poder desabrocharle el vestido que comenzaba a molestarlos a ambos.

Alice, por su parte, no se quedó sin hacer nada. También comenzó a desvestir a su marido hasta que ambos, desnudos y deseosos, cayeron nuevamente sobre la cama.

Piel contra piel. Labios sobre labios. Alma contra alma.

William pensaba que nunca habían hecho el amor con tanta solemnidad. En aquella ocasión, mientras amaba a su esposa, no perdió detalle de nada. Tocó algunas cicatrices de Alice que, si bien no sabía de dónde provenían, estaba casi seguro de conocer el motivo.

Antes no les había dado importancia. Para él, su esposa era perfecta, pero ahora cada marca sobre el cuerpo de Alice, por pequeña que fuera, merecía su atención y veneración. Cuando se unió a ella, no se perdió detalle de su expresión: la cabeza echada hacia atrás sobre la almohada, las manos abrazadas con fuerza a su espalda, las uñas clavándose en él de una forma que lo desarmaba, los ojos cerrados al no poder contener sus emociones y los labios entreabiertos, dispuestos a ser tomados por él en cualquier momento.

La besó mientras el mar de sensaciones se incrementaba.

Sintió el corazón comprimirse con audacia ante cada sonido dulce que Alice emitía, como si aquello aumentara todavía más su deseo. Cuando todo terminó y la luz del día comenzó a florecer sobre los campos de Millentmont, William no se levantó de la cama, como era su costumbre. Permaneció de costado, esperando pacientemente a ver cómo los rayos del sol atravesaban la ventana y caían sobre las facciones dormidas de su esposa de una forma única, mágica e hipnótica. Era un espectáculo admirable: el cabello revuelto de Alice sobre la almohada, su cuerpo desnudo cubierto por la manta blanca, esa pequeña sonrisa de satisfacción.

Y esos ojos, que comenzaban a abrirse perezosamente tras unas pocas horas de sueño. Al saberse observada por su marido, la joven atinó a sonreír tímidamente y a cubrirse un poco el rostro con la sábana. Seguro tendría un aspecto terrible.

—Hola —saludó William.

—Hola —respondió ella en un pequeño susurro.

Él se acercó y depositó un suave beso en sus labios antes de abrazarla contra su pecho.

—¿Dormiste bien? —preguntó.

—Sí… aunque siento que no fue nada.

William sonrió con picardía y la miró de soslayo.

—¡No me refería a eso!

El marqués dejó salir una risa contenida, tan masculina y reconfortante que provocó un escalofrío en el cuerpo de Alice.

—No seas malo. —Se ocultó en el pecho de su marido—. Me refiero a que, en realidad, con todo lo que pasó…

—Sí, lo sé.

William dejó salir de golpe el aire que contenía en los pulmones.

—William. —La joven se ayudó del pecho de su marido para levantar la cara y mirarlo—, Tengo miedo.

—Lo sé también. —La recostó nuevamente sobre él—. Hago todo lo que puedo para solucionar esta locura.

—William, a esta persona no le importa matar. No le importa nada. No entiendo por qué alguien puede odiarnos de esa forma.

—Yo tampoco tengo idea…

William miró hacia la nada.

Le había dado muchas vueltas al asunto, pero no encontraba a alguien que pudiera guardar tanto rencor hacia ellos o hacia alguno de los dos, con Alice existía la posibilidad de que fuera su madrastra, pero incluso eso comenzaba a ponerlo en duda.

Ya no estaba seguro de nada.

—¡Dios santo! —Alice se sentó de golpe—. ¡Son las doce!

—Sí.

—¿Por qué no nos han despertado?

—Porque dije que no lo hicieran.

—William, tenemos lo de Versalles esta noche. Además, tenemos invitados y…

—Unas horas de descanso sirven para todos. Tanto ellos como nosotros necesitábamos dormir.

Alice calló y aceptó la idea. Al fin y al cabo, nadie había dormido demasiado la noche anterior. ¿Cómo hacerlo cuando un asesino podía entrar con semejante facilidad a la casa y salir sin ser visto?

—Bueno, eso es cierto. Pero ahora hay que levantarnos.

—¡Vaya, señora! Sí que usted es estricta. No da su brazo a torcer, aunque su esposo esté en casa y en la cama.

—Yo no… —Entrecerró los ojos—. Estás bromeando conmigo de nuevo, ¿verdad?

—No. Te lo digo en serio. Planeo hacerte el amor hasta que llegue la hora de tener que salir de la mansión.

—¡William! ¡Eso no está bien!

—Sí, claro. Como digas.

Se recostó sobre ella, sonriendo ante la pequeña réplica que puso.

—William, es en serio.

—¿En serio?

Sonrió y le dio un beso en la nariz.

—Sí.

Lo empujó apenas mientras sonreía.

—¡Quítate de encima!

La interrupción vino por parte de Peter, quien comenzó a tocar la puerta de forma rítmica.

—Lo sé, Peter, lo sé. Es tarde.

—No, mi señor. Ha llegado una carta de Thomas Hamilton. El muchacho que la trajo dijo que es urgente que la lea.

—¿Qué?

William miró a su esposa con cautela, se puso de pie y cubrió su desnudez con una bata. Alice no se movió de la cama. Observó con detenimiento el recorrido de su marido y esperó a tenerlo nuevamente junto a ella, sobre el colchón, para acercarse y leer el papel que ya estaba fuera del sobre y siendo inspeccionado por los ojos de William.

—Dice que es urgente que nos veamos en el Café Anglais.

—¿Yo también?

—Sí. Parece que quiere hablarnos a los dos.

Alice lo miró con nerviosismo, pero intentó ocultarlo al ponerse de pie y llamar al servicio para que la ayudaran a vestirse.

No podía ser el lado débil, es más, no quería serlo, sabía afrontar cosas duras. Siempre lo había hecho. No veía por qué en esta

ocasión le resultaba tan atemorizante.

No. Sí lo sabía. Todo le parecía atemorizante porque la vida de todos corría peligro. La vida de William.

—No tiene nada de malo mostrar miedo.

William la abrazó por la espalda.

—No tengo miedo —aseguró con testarudez.

William sonrió y besó su nuca.

Si eso la hacía sentir mejor, no sería él quien la hiciera dudar.

—Bien. Arréglate para irnos.

Eran las tres de la tarde cuando Alice y William entraron al restaurante indicado por Thomas. Era lujoso y elegante, pero eso no importaba en ese momento. Tampoco importaba lo mucho que su presencia llamó la atención de los comensales.

—William Charpentier —dijo su marido al encarar al encargado.

—Sí, mi señor. Es todo un honor.

—Nos están esperando, creo. A nombre de Thomas Hamilton.

—¿Ustedes conocen a lord Hamilton? —se mostró sorprendido.

—Somos familia —explicó Alice.

—¡Santo Dios! ¡Vuestra familia es muy influyente!

Alice y William se miraron un tanto escépticos ante aquellas palabras, pero no dijeron nada. Esperaron a que el hombre terminara de hablar maravillas sobre Thomas Hamilton y sus

acciones por la gente humilde. Después, no hubo más contratiempos y los llevaron hasta la mesa donde Thomas ya tomaba un aperitivo.

—Lord Hamilton.

El hombre se inclinó.

—Aquí están sus parientes.

—Gracias, Constantin.

El encargado volvió a inclinarse ante aquellos grandes nombres y se retiró, como si no soportara la presión que se respiraba en ese instante, en que todos los afectados se veían a los ojos.

—Será mejor que se sienten —pidió Thomas—. Esto tardará lo oportuno para atraparla.

—¿Qué?

—También la carne aquí es deliciosa. Así que pidan. Yo invito.

—Thomas. —Alice tomó asiento—, ¿Puedes tomar esto con un poco más de seriedad?

—Sí. —La miró—. En cuanto tenga un filete frente a mí.

William se sentó con semblante serio y miró a Thomas sin mediar palabra. Una rivalidad de miradas se llevó a cabo: la claridad turquesa de Thomas contra los profundos ojos azules de William.

—No me mire así, señor primer ministro. —Thomas sonrió—. Sé lo que piensas.

—Sé que lo sabes. Por eso esperaría más consideración.

—He trabajado para ustedes durante muchos meses. Merezco una carne. ¡Que incluso yo voy a pagar!

William entrecerró los ojos aún más.

—Vale, lo sé. Tranquilízate, por Dios. Se los diré.

Alice sentía que caía por un precipicio, por alguna razón no podía con los nervios. Algo le decía que las noticias la involucraban. Porque, si no fuera necesaria, Thomas no la habría mandado llamar.

—Sí, Alice. —Thomas la miró—. Tengo noticias sobre ti.

—¿Qué es?

—Sé quién es tu madre… quien era tu madre.

—Murió. —Thomas bajó un poco la voz—. En serio lo lamento.

—Pero ¿quién era?

—La duquesa de Montsenpier.

Alice levantó una ceja y miró a su marido con una pregunta silenciosa que no fue contestada.

—Ella está viva.

—No. —Thomas sonrió—. Bueno fuera que estuviese viva tu madre. No. Tu madre murió al darte a luz. La actual duquesa de Montsenpier no es quien crees.

Alice sintió que el aire abandonaba sus pulmones.

Thomas continuó:

—La verdadera heredera de Montsenpier eres tú.

—¿¡Qué!?

—Digamos que han usurpado tu lugar.

Alice se recostó contra la silla y miró hacia la nada. No comprendía mucho de lo que le decían, pero algo dentro de ella entendía que la actual duquesa de Montsenpier tenía demasiado que ver con el problema en el que se encontraban.

La verdadera pregunta era: ¿De verdad era aquella mujer capaz de hacer tanto daño? ¿Y por qué?

CAPÍTULO 30

—Thomas —dijo Alice con una voz peligrosamente baja—. Sé que tus palabras suelen ser duras, pero, si esto es una broma, agradecería que al menos te rieras.

—Tu esposa tiene más lengua de la que recordaba —la señaló Thomas, aunque miraba a William—. ¿Es obra tuya?

—Es mérito suyo solamente —respondió William—. Ahora, Thomas, por todos los santos, ¿nos explicarás?

—Ahora hasta católico me saliste —se burló el Hamilton.

—¡Thomas! —gritaron los casados al mismo tiempo.

—¡Vale! —dijo con fastidio—. Son bastante parecidos.

La furia compartida de los Charpentier quedó interrumpida por la llegada del camarero, quien colocó tres jugosos filetes frente a cada comensal. Thomas observó el suyo con clara ambición y sonrió mientras se servía vino tinto.

—Me tomé la libertad de ordenar por ustedes. Espero que mi gusto les parezca excelente.

—Sí, Thomas, no tienes igual —dijo Alice, restándole importancia al plato—. Nos decías.

—Ah, sí. Lo de tu madre muerta.

Thomas cortó la primera rebanada de carne y la llevó a su boca. Cerró los ojos con una expresión tan concentrada que parecía estar escuchando una sinfonía. Después, con una sonrisa satisfecha, dio su aprobación al pobre chef que lo observaba desde la puerta.

—Parece que aquí te toman en cuenta —observó William.

—Digamos que ellos sí respetan mi trabajo.

Alice giró los ojos, cruzó los brazos con impaciencia y esperó a que Thomas diera unos cuantos bocados más, aguardando el momento en que al hombre le placiera contar la información que tenía en sus manos. Así eran las cosas con Thomas Hamilton o se hacía como él quería, o se perdía todo.

Normalmente, la gente escogía la primera opción. Nadie sabía qué ocurría si se elegía la segunda.

—Bien, ya me harté de tu mirada de gato suplicante —dijo Thomas, dejando los cubiertos sobre el plato. Se limpió la boca con la servilleta que descansaba en su regazo y la miró—. Eres terriblemente enfadosa sin decir una sola palabra. Te pareces a Aine. Lo heredó de mí.

—Thomas… —advirtió Alice.

—Sí, bien, vale.

Levantó ambas manos.

—Esto fue lo que descubrí: tu madre, Marián Allamand, provenía de una familia ilustre de barones. Tenían dinero, sí, pero ambicionaban algo más que un título frágil como el de barón. Por lo tanto, su hija mayor fue elegida como candidata para convertirse en esposa del duque de Montpensier.

Hizo una pausa.

—Pero, además de la fortuna magnífica que venía con el título del duque, Marián recibió amor.

Alice sintió que la respiración se le cortaba.

¿Por qué aquella historia le sonaba tan ajena?

Todo indicaba que esas personas de las que Thomas hablaba eran sus padres. Entonces, ¿por qué no sentía nada? ¿Por qué escuchaba aquello como si se tratara de la vida de otra mujer?

William notó la confusión en su esposa, con una discreción exquisita, deslizó la mano hasta tomar la de ella y entrelazar sus dedos.

Alice respiró.

—Marián y el duque se enamoraron a primera vista —continuó Thomas—. Todo parecía marchar de maravilla. La boda fue grande, glamurosa, con invitados incontables, y los novios se veían más que enamorados. Cuando llegó la noticia de que tendrían un hijo, las cosas no podían ir mejor.

Thomas bebió un poco de vino.

—Lastimosamente, el embarazo de la duquesa no fue saludable. Recaía con facilidad en enfermedades extrañas. Incluso se habló de un posible envenenamiento, nada comprobado, pero las sospechas estaban ahí. Llegó un momento en que tu padre, lord Luis Eduardo de Montpensier, decidió que nadie entraría a la recámara de Marián, salvo él y su familia más cercana.

—Cercana como una hermana —comprendió William—. Como la actual duquesa Frida.

—Exacto. —Thomas lo señaló con el cuchillo, sonriendo—. Frida es la hermana menor de Marián.

Alice negó despacio.

—No entiendo. ¿Cómo llegó ella a ser duquesa? ¿Qué pasó con… con mi madre?

—Aún no termino. Cuando llegó la hora del parto, Marián estaba muy débil. Nadie pensaba que resistiría. Y así fue. Nadie supo con exactitud lo que sucedió esa noche. Lo único que se informó fue que la duquesa murió… al igual que la criatura.

—Entonces mi padre cree que estoy muerta.

—En realidad, él no sabe que existes —dijo Thomas—. Porque le mostraron a tu hermano gemelo fallecido. Lo que nadie supo es que tú eras la gemela viva. Interesante, ¿cierto?

—O sea que murieron mi madre y mi hermano.

—Pues sí. —Thomas asintió y señaló el pan—. ¿Me pasas un pedazo? Esto está delicioso.

Alice se recostó contra el respaldo y negó varias veces, todavía intentando comprender.

—Esto no tiene sentido… —Se llevó una mano a la frente—. ¿Cómo llegó Frida a ser duquesa?

—Se casó con el viudo de su hermana —respondió Thomas—. Prometió darle un heredero, pero resultó infértil. Y, bueno, el duque amaba a tu madre. Perderla a ella y creer muerto a su hijo no mejoró en nada la situación. Cayó preso del licor y, siendo sincero, no creo que Frida Allamand quiera sacarlo del hoyo en que se encuentra. Cuanto más pronto muera, antes será una viuda muy rica.

—Pero no lo será —intervino William—. Técnicamente, todo pertenece a Alice.

—Técnicamente, sí. Pero recordemos que el padre no sabe que existe. Y además, el hombre es un alcohólico en un estado lamentable. No sabemos qué tan estable esté su mente.

—Entonces… ¿crees que Frida, la duquesa, es la culpable de todo?

—Es posible —contestó Thomas, encogiéndose de hombros—. Lo que sí sé es que tienes derecho a pelear por lo que te corresponde. Esa mujer se encargó de llevarte al país enemigo para alejarte de la

verdad. El señor Miller fue bondadoso al recibirte. Parte del odio de su esposa nace de creer que fue engañada. Si supiera que ni siquiera tenía por qué preocuparse…

Miró a Alice con gravedad.

—Tu cuna es alta, Alice. Muy alta. Eres hija de duques y barones.

Alice respiró profundamente y soltó el aire de golpe. Miró a Thomas con el rostro compungido, casi incrédulo.

—¿Cómo puedo hacer eso?

—Tienes el rostro de tu madre. La vi en retratos por todo el ducado de Montpensier.

—¿Fuiste a Montpensier?

—¿Cómo crees que sé todo esto? ¿Sentado en mi despacho?

Alice bajó la mirada.

—Entiendo. La duquesa me alejó para que no me interpusiera en su camino. Pero eso no explica por qué volvió a torturarme.

—Quizá porque volviste a Francia —dijo William.

—Pero mi madre… mi madrastra dijo que recibió ayuda para arruinar mi boda. Si Frida ya tenía todo lo que quería, ¿por qué meterse de nuevo conmigo? ¿Por qué interferir en un plan motivado por un odio que ni siquiera debería existir, si no soy hija de los Miller?

Thomas miró fijamente su filete, no decía nada, porque tenía las mismas preguntas. Si Frida Montpensier ya había obtenido todo lo que deseaba, ¿por qué regresar a la vida de Alice?

—No lo sé —sinceró—. Pero lo averiguaré.

—Mientras tanto, puedes enfrentar a la duquesa —dijo William—. Estará presente en el baile de Versalles esta noche.

—¿Enfrentarla? ¿Para qué? No tiene sentido. Yo no me siento hija de esas personas. No tienen nada que ver conmigo. Si la duquesa es "Ayuda", sería mejor mantenerme a distancia.

—¿Y permitir que siga torturándote? —replicó William—. ¿Que además te mantenga en el olvido? ¿Que conserve lo que te pertenece? No. Has sufrido demasiado para no ser recompensada.

—Soy feliz con lo que tengo.

—Entonces dónalo todo —dijo William—, pero no permitas que esa mujer se quede con ello. Principalmente porque no lo merece.

Alice no respondió.

—Yo creo que asesinó a tu madre —dijo Thomas con absoluta normalidad—. Y está haciendo lo mismo con tu padre.

Alice recordó entonces aquella lejana conversación con la duquesa. Esa en la que Frida le había hablado de dominar hombres poderosos, de mantenerlos esclavizados en la palma de su mano.

¿Eso hacía con su padre? ¿Con un padre que Alice no sabía que existía? ¿Debía hacer algo por él?

—Tranquila —le susurró William al oído—. Piensa bien qué quieres hacer tú. No dejes que lo que te digamos influya en tu decisión.

Alice lo miró agradecida, no aliviada.

Al final, la decisión seguía siendo suya.

—¿Eso era todo, Thomas? —preguntó William—. En serio agradezco que hicieras esto por nosotros. Yo…

—Miren allí. Ya llegó. —Thomas sacó su reloj de bolsillo—. Nunca me equivoco con este tipo de mujeres.

—¿Qué? —preguntó William.

—Tu mejor amigo se llama Andrei Frescott, ¿no?

—Sí.

—Bueno, pues allí está su esposa, engañándolo por tercera vez consecutiva. ¿Interesante? No, en realidad. ¿Remunerativo? Sí. Pero agradable, jamás. Andrei parece una buena persona.

Alice frunció el ceño y miró con disimulo hacia donde los ojos de Thomas estaban fijos. Era cierto. Amber Frescott se encontraba allí, y el hombre que tomaba asiento a su lado no se parecía a Andrei.

—Es una lástima —dijo Thomas—. Si Annabella me hiciera algo así, seguramente perdería la razón.

William volvió el rostro hacia Thomas, serio e iracundo.

—Por este motivo me llamaste.

—Sí. Alguien debe decírselo. Sería bastante extraño que yo llegara y se lo soltara en la cara. Ni siquiera lo conozco lo suficiente.

—¿Cómo lo descubriste? —preguntó Alice.

—Es la sospechosa número quince. —Thomas apuntó hacia Amber con la cabeza—. No se ha movido de ese puesto. Bueno, quizá subió un poco por las muertes recientes, pero sigue allí.

—¿Amber? —Alice abrió los ojos—. ¿La persona de las cartas?

—Sería interesante. Para construir teorías, mi habilidad consiste en contemplar todos los casos posibles, por improbables que parezcan. Los sigo, investigo a fondo y, consecuentemente, descarto.

Alice miró a la agradable y hermosa esposa de Andrei. Se preguntó cómo alguien podía traicionar al dulce y bueno de Andrei Frescott.

—Eres de temer —admitió.

—Por supuesto, preciosa. Si no, no sería quien soy. —Thomas le guiñó un ojo—. Suerte con lo de Andrei, Willy.

—Y parece que tienes demasiado tiempo libre —replicó William.

—Lo siento, Will, pero tengo la capacidad de cumplir todas mis obligaciones y, además, encargarme de tus cosas. Increíble, ¿cierto?

William entrecerró los ojos y se puso de pie. Alice hizo lo mismo con lentitud, sin evitar mirar con cautela a Amber.

—Vamos.

El marqués colocó una mano sobre la cintura de su esposa, guiándola fuera del establecimiento. Ambos evitaron la zona donde Amber coqueteaba descaradamente con aquel hombre. Al salir y acomodarse en la carroza, el silencio se instaló entre ellos como una tercera presencia. Después de unos metros, Alice se atrevió a hablar:

—¿Qué piensas hacer?

William dejó salir un suspiro pesado y se recostó contra el asiento.

—Se lo diré, por supuesto. Lo haré enseguida. Pero me cuesta creer que esto esté pasando. Nunca imaginé que algo así pudiera ocurrirle a un hombre como Andrei.

—A veces es lo que nos toca vivir. —Alice le tomó la mano con mucho cariño—. Lo lamento por él.

—Sí. Yo también. —Suspiró—. ¿Te importa que baje en casa de Andrei? Prefiero decírselo cuanto antes.

—¿Quieres que…?

William negó.

—No. Regresa a casa. Arréglate para la cena. Veré qué hacer.

—Bien. —Alice le tomó el rostro—. Suerte con eso.

Lo besó de forma dulce y lenta.

William no pudo evitar desear presionarla contra él y hacerle el amor allí mismo. Estaba agradecido de que su mujer no se pareciera en nada a Amber. Al besarla, solo quiso hacerle saber cuánto la quería.

—Gracias, cariño.

Le dio otro beso y le sostuvo el rostro.

—Te amo.

Alice sonrió encantadoramente y lo abrazó antes de que el carruaje se detuviera frente a la casa Frescott. Cuando William bajó y miró la residencia de su mejor amigo, suspiró. Esa pareja tenía un niño pequeño de por medio. No quería imaginar lo que aquel pequeño sufriría con la desunión de sus padres.

William encontró a Andrei en un estado deplorable.

Su amigo estaba en el despacho, rodeado por el hedor del alcohol, el tabaco y la desesperanza. La barba crecida le endurecía el rostro; la ropa arrugada le daba el aspecto de un hombre que había dejado de importarse a sí mismo.

—¡Mi querido amigo! —Andrei levantó la copa—. Un gusto verte.

—No puedo decir lo mismo.

William lo observó con horror.

—¿Puedo saber qué sucede?

Andrei se encogió de hombros.

—Amber.

—¿Qué pasa con ella?

—Me traiciona. Lo sé. —Sonrió con una languidez triste—. A eso vienes, ¿cierto? A decírmelo, pensando que yo no lo sabía. Lo siento. Llegas tres meses tarde.

—Lo lamento mucho.

—¿Por qué? ¿Porque la mujer de mi vida me puso los cuernos?

—Porque te ha destrozado. Este no es el Andrei que conozco.

—Bueno, entonces es un placer conocerte.

Andrei extendió la mano a modo de saludo. William no se movió.

—¿Dónde está tu hijo?

—¿Será mi hijo de verdad? Con esa mujer, puedo tener mis dudas.

—No hagas que tu hijo crezca creyendo que es un bastardo, Andrei. Sabes perfectamente lo que eso puede ocasionar.

—¿Quién me asegura que no lo es?

—¡Basta! —William alzó la voz—. No digas estupideces.

—El gran William Charpentier ha hablado. Callaos, que nadie lo contradiga. El poderoso magnate no debe ser puesto en guerra.

—Vamos, amigo. —William se acercó al cuerpo descuidado de Andrei—. Vamos a que tomes un baño.

—No, gracias. Solo deseo que te vayas.

—No lo creo. Irás a Versalles hoy.

—¿Yo para qué quiero ir a ese lugar de pretenciosos engreídos?

—Porque te he invitado yo.

—Y no hay que desobedecerte.

—Estás ebrio.

—Eres un imbécil —respondió Andrei—. Deberías tener más vigilada a tu mujer. Seguro te traiciona igual que a mí.

—No hablemos de infidelidades ahora.

—¿Te la imaginas, cierto? —Andrei sonrió con la ebriedad expuesta en todo el rostro—. Imaginas a tu mujer en brazos de otro hombre.

—Deja de decir estupideces.

—¿Te molesta? ¿Será que acabas de acostarte con ella y la imagen te causa repulsión?

—Cállate, Andrei.

—Eso me pasaba a mí —aceptó—. Me repugnaba pensar que la amaba mientras ella se burlaba de mí.

—Con un demonio, Andrei. —William lo dejó caer contra un escalón, arrancándole un gemido de dolor—. Deja de ensuciar a tu mujer con tus palabras.

—¡Ya no es mi mujer!

—Como sea. —William le quitó relevancia—. Créeme, se reiría de ti si te viera así, destrozado. Lo mejor que puedes hacer para vengarte es demostrar que estás perfecto. Que saldrás adelante.

—¡Yo me quiero morir! ¿Qué no entiendes, William? ¡La amaba! ¿Qué sentirías tú si tu mujer te engañara?

William ni siquiera permitió que esa posibilidad entrara en su cabeza. No era sano. Alice lo quería, tal vez nunca le había dicho que lo amaba, pero él lo sabía, tenía que amarlo.

Entonces lo golpeó el pensamiento; Alice nunca le había dicho que lo amaba, nunca lo había pensado hasta ese momento.

—Vamos.

Lo volvió a tomar del brazo y subió el resto de los escalones para dejarlo en la bañera, que, curiosamente, ya estaba preparada.

—Eres un imbécil, William. Creyendo en el matrimonio. Todo es una farsa, deberías saberlo.

—Sí, Andrei. Tienes razón.

—¡No me des largas! Sé que quieres discutir el tema cuando esté sobrio. No cambiaré de opinión.

—Solo quiero que te bañes, amigo. Apestas, en verdad.

Alice regresó a la mansión Millentmont con prisa.

Debía correr si pretendía verse presentable para el baile de Versalles. Estaba a punto de subir las escaleras cuando su madre —

no, su madrastra— la tomó del brazo y la detuvo.

—Veo que tienes prisa por ir a ese bailecito tuyo. Te crees muy importante porque te casaste con un hombre importante, pero, por más que lo intentes, siempre serás una bastarda.

Bajó el escalón que había logrado subir y sonrió con suficiencia.

—Creo que debería dejar de preocuparse por el tema. No necesita pagarle a nadie más ni hacer esfuerzos por torturarme. Su marido no es mi padre. Al parecer, me recibió por dinero o por bondad. No lo sé. Pero usted vivió en una mentira.

—¿Qué dices, chiquilla insolente?

La zarandeó un poco, pero Alice se soltó con fuerza.

—Le pido que salga de mi casa cuanto antes. No es de mi interés hospedar a alguien que no forma parte de mi familia.

—¡Yo te crié!

—No venga con eso, señora.

Alice negó. El horror de años pasados se reflejó en sus ojos violetas.

—Usted fue lo peor que pudo pasarme.

—Alice… —susurró Luciana.

La única que siempre se había interesado por ella.

—No te preocupes, Luciana. Tú puedes acompañarme a la gala de hoy, si lo deseas. Y tus hermanas pueden quedarse cuanto

quieran.

—No pensarás que estaremos aquí mientras mi madre es echada de este estúpido castillo —dijo Regina, cruzándose de brazos.

Mariana se colocó a su lado.

—Entonces no es preciso que se queden tampoco.

Alice se encogió de hombros y subió las escaleras a toda prisa.

—¡Es una insolencia! —escuchó gritar a Rigoberta Miller.

Alice sonrió, no tendría que preocuparse más por ellos ni por ser aceptada ni por ser querida. Nunca más. Terminó de subir las escaleras y se encontró con los Achard, la joven maldijo su mala suerte.

—Prima Alice —dijo Kenia, con su irritante lengua viperina—, nos marchamos de este lugar maldito por Dios.

—¿Qué?

Alice sonrió con burla evidente.

—Desde que llegamos aquí, nos hemos visto acosados por el miedo de ser asesinados.

—Nadie será asesinado, Kenia. Te lo aseguro.

—Eso pensaron la señora Pukims, Elena y Frania.

—Pakins, Goretti y Sandre.

—Como sea. Mis hermanos y yo nos retiramos ahora mismo. Pueden quedarse con sus títulos y su dinero.

—No pensábamos hacer otra cosa, Kenia. Son de mi marido.

—Aún no tienen herederos.

Alice sostuvo su mirada.

—No soy infértil. Perdí a un bebé, no mi vientre.

—¡Insensata! ¡Grosera!

—La verdad, Kenia, no tengo tiempo. Les deseo buen viaje.

Alice siguió su camino, no tenía energía para librar una guerra con aquella mujer. Entró después en la habitación de Emma y Charles, por desgracia, no tocó. Emma estaba sobre la cama junto a Charles, y ambos se besaban con una pasión tan evidente que ni siquiera notaron la intromisión. Alice estaba a punto de salir discretamente cuando Emma se separó y dijo:

—¡Ves! ¡Te dije que sabía hacerlo!

—Sí, aún tengo mis dudas —respondió Charles.

—No te besaré de nuevo, si eso planeas.

—¿Segura? ¿Acaso no te ha gustado?

—Tendrías suerte si me hubiera gustado.

Alice se aclaró la garganta, los dos se separaron de inmediato.

—¡Hola, Alicia! —saludó Charles—. ¿Dónde dejaste a mi primo?

—En casa de Andrei —respondió ella—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor.

Se tocó el vientre, donde la herida seguía oculta bajo múltiples vendas. Alice asintió con una sonrisa encantadora y miró a Emma.

—¿Piensas ir al banquete de Versalles?

Emma miró a Charles. Él solo le respondió con una ceja alzada y una sonrisa sarcástica. Era obvio lo que le diría, pero la dejaría hacer lo que quisiera. Al fin y al cabo, nadie podía impedir que Emma hiciera algo cuando se le metía en la cabeza.

—Creo que me quedaré.

—Me lo imaginaba.

Alice levantó una ceja, juguetona, y se despidió de Charles.

—Suerte con la herida.

—Gracias. Jamás había agradecido tanto estar herido.

Emma entrecerró los ojos y le dio un golpe suave en el hombro.

—No es lo que piensas.

—Claro.

Alice sacó la lengua juguetonamente y salió del lugar.

Fue corriendo a su recámara, intentando despeinarse ella misma para adelantar trabajo. Solo tenía que cambiarse de vestido, peinarse de otra forma, ponerse joyas, cambiar zapatos… Sí. Era bastante. Sobre todo, porque ni siquiera sabía qué se pondría. Estaba tan enfocada en eso que no se dio cuenta de que algo era anormal en la recámara.

Terriblemente anormal.

La cama estaba deshecha; las ventanas, abiertas de par en par; las cortinas, corridas; los armarios, abiertos. Algunos muebles habían sido movidos apenas y, sobre la cama, descansaba un ramo de rosas rojas.

Alice se detuvo. William jamás le habría dejado esas flores. A ella no le gustaban y él lo sabía. Sus flores preferidas eran los tulipanes, y esos eran los que William le regalaba cuando se presentaba la ocasión.

Estaba tirando de la cuerda de servicio cuando un sonido la hizo detenerse. Un golpe. Como si alguien tocara una puerta. Solo que provenía del armario de William. Alice prestó más atención entonces. Notó la habitación alterada, los detalles mínimamente desplazados, la sensación de intrusión extendida sobre cada mueble.

Pero lo más llamativo eran las flores y un portarretrato colocado sobre la cama. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué no lo había notado antes?

Instintivamente recorrió la habitación con la mirada, se sintió amenazada, nerviosa, asustada. Su respiración se volvió lenta mientras intentaba calmarse, los sentidos se le agudizaron, un escalofrío le recorrió el cuerpo entero.

—¿Hola? —preguntó, tirando dos veces más de la cadena.

No hubo respuesta.

Alice pensó que tal vez había sido cualquier cosa, el crujido de un mueble viejo, un golpe en otra puerta, el eco atravesando los pasillos. Pero… ¿y las flores? Tomó aire y se acercó a la cama. Levantó el portarretrato con manos temblorosas.

Era una fotografía de William y Andrei, ambos tenían el rostro tachado con una sustancia negra, pero aquello no fue lo que le heló la sangre, fue el mensaje escrito al pie de la imagen.

Te estoy observando. Mira hacia el armario.

Alice no miró, porque, en cuanto terminó de leer, dos golpes volvieron a sonar desde la madera. No dudó. Gritó. Salió despavorida de la habitación y bajó las escaleras como una bengala, dispuesta a huir de la casa en ese mismo instante.

—¿Alice? —Emma asomó la cabeza ante el escándalo, pero solo alcanzó a verla pasar corriendo escaleras abajo.

Alice estaba a punto de llegar a la puerta cuando esta se abrió, dando paso a William. Él se apartó apenas, sorprendido, mientras su esposa salía disparada entre gritos y lágrimas.

—¡Alice! —William corrió tras ella, la alcanzó rápidamente, la tomó por la cintura y la levantó unos centímetros para hacerla volver sobre sus pasos—. ¡Alice!

—W-William… —Lo reconoció entre sollozos—. Está en la casa. En nuestra habitación. ¡Me estaba observando! ¡Siempre lo hacía! ¡No

puedo más! ¡Suéltame!

—Cálmate, por favor. Si no me explicas, no sé cómo ayudarte.

—Esa persona está en la habitación —dijo, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Me miraba. Lo sé. Lo dijo en esa foto.

—¿Foto? ¿De qué me hablas, amor?

—No, no, no… —Negó varias veces—. Nos matarán.

—Ya, tranquila.

William la atrajo contra su pecho.

El cuerpo de Alice temblaba con la fuerza de su llanto. Por lo poco que él comprendía, algo había ocurrido en su habitación. Tal vez otra carta, tal vez otra amenaza, porque ya no se trataba de acoso.

Era un asesino.

—Alice. —La separó con cuidado—. ¿Crees que puedes entrar?

—No quiero. No quiero volver ahí.

—Si no te sientes segura, iremos a Matignon.

Alice asintió varias veces.

—Hay una foto tuya y de Andrei —gimoteó—. Está tachada. Y rosas rojas… No me gustan esas flores.

—A la duquesa sí —dijo William.

—¿La culpas de esto?

—¿Tú qué dices? Todo apunta a ella. Quiere impedir que reclames el título y la fortuna que te pertenecen por tu padre.

Alice se encogió de hombros.

—Si la herencia se lo dejó a ella, no veo qué interés tendría en mí.

—Yo creo que te teme. Por alguna razón, hace todo esto.

—No sabemos si es ella.

—O tu madre. Bueno, tu madrastra.

—¿Ella? ¿Por qué?

—Venganza.

—La corrí.

—¿Qué?

—Sí. No puede ser ella. Acababa de verla antes de entrar a la habitación. —William miró hacia la casa—. Entonces es alguien cercano. Alguien que conoce el castillo a la perfección. Pero asesinó a sus propios espías… ¿Quién más está involucrado?

—Peter. Pero no creo que siga ayudando.

—Yo ya no creo en nada.

William observó su propia casa.

Por primera vez la sintió ajena, invadida.

—¿Tu madre se ha marchado ya?

—No lo sé. Lo dudo. Tiene que arreglar…

—Ven conmigo.

—¡William!

La pareja subió los escalones de dos en dos.

—¿Qué haces? —preguntó Alice, sin aliento.

—Enfrento la situación.

—¡William!

Pero él ya entraba sin miramientos en la habitación destinada a Rigoberta Miller y sus hijas.

—Bien, señora Miller. Hora de hablar.

Rigoberta estaba sentada en una de las sillas de la recámara.

—¿De qué, querido?

—De la forma en que "Ayuda" la informó y la empujó a arruinar a su hija. De cómo sigue ayudando a esa persona a hacernos daño.

—Me cree una persona muy maligna.

—Lo es.

—Es verdad.

La mujer se encogió de hombros.

—Dígame, ¿sigue siendo influenciada por "Ayuda"?

—¿Influenciada? La palabra sería chantajeada. U obligada.

—¿No le ofrece beneficio económico?

—No. Esa persona sabe cosas. Cosas que a nadie le gustaría revelar.

—En su caso, que tuvo bajo su techo a la hija de otra mujer. Que se sepa que su esposo la traicionó.

—Correcto —dijo ella entre dientes.

—¿Tiene idea de cómo se enteró?

—No, por supuesto que no. Era un secreto de familia. Sería una deshonra que se supiera. Que pensaran que soy tan falta de carácter como para rechazar a una bastarda, que…

—Enfóquese, señora Miller.

—¿En qué? ¿Qué quiere que le diga?

—Siguió participando con esa persona durante su estancia aquí.

—Ese monstruo me trajo aquí contra mi voluntad. ¿Cree en serio que yo quería ver a esa bastarda?

—Deje de llamarla así —dijo William, con una calma peligrosa—. Primero, porque es mi mujer. Segundo, porque no es una bastarda.

—Eso dicen.

Rigoberta se miró las uñas.

—¿Qué vino a hacer aquí?

—Encresparle los nervios a Alice. Informar. Pasar cartas. Lo que fuese necesario.

—¿Cómo funcionaba el sistema?

—Me mandaban cartas diciéndome qué hacer, y yo lo hacía. ¿No es así para todos?

—¿Sabe quiénes más están en esto?

—Conocía a los de la casa: Pakins, las mujeres y el ayuda de cámara.

—¿Dejó entrar a alguien a la propiedad?

—Sí.

—¿Lo vio?

—No podía quedarme. Solo abrí una puerta indicada y me largué. Si no, me asesinan. De hecho, me van a asesinar.

—¿Qué? —preguntó Alice—. ¿Por qué?

—La primera regla es no decir nada. Y la estoy rompiendo.

—¿Y por qué lo hace?

—Porque me he cansado. No soy una mujer manejable.

William la miró con desconfianza, no podía creerle, pero tampoco tenía mejores opciones, entonces algo se le ocurrió.

—¿Es suficiente con decir la verdad sobre Alice? ¿O es que usted oculta algo más profundo?

Rigoberta se tensó apenas.

—No sé a qué se refiere.

—Sus hijas. Las verdaderas. No son muy parecidas entre sí.

—¿Qué insinúa?

—Creo que acabo de llegar a su secreto.

—Piensa que sabe algo, pero solo tiene pensamientos infundados.

—¿Y por qué se ha puesto tan nerviosa?

Rigoberta suspiró y sonrió.

—Es usted un hombre astuto. Pero torturarme a mí no lo llevará a ningún lado. No soy a quien buscan.

—¿Cómo puedo estar seguro?

—Puede llevarme a la estación de tren y ver que partiré enseguida, mientras su querida "Ayuda" planea hacer su movimiento final hoy.

—¿Movimiento final? —preguntó Alice, tomando el brazo de Will.

—Asesinar a William.

—Entonces la cosa va contra mí —dijo él.

—Siempre fue contra usted, señor.

La voz provenía de la puerta. Peter acababa de entrar.

—¿Peter?

—Sé… que no entenderá lo que hago.

William colocó a Alice detrás de él de forma instintiva. Levantó las manos, intentando calmar al hombre que sostenía un arma.

—Señor Peter —saludó Rigoberta—. Ha sido más rápido de lo que pensaba. Creí que llegaría al tren antes de que me asesinara.

—Lo siento, señora Miller —lloriqueó—. Sé que no merece morir. Sé que nadie merece morir. Pero no puedo dejar que diga mi secreto.

—¿De qué hablan? —preguntó William.

—La persona que elaboró el plan es astuta —dijo Rigoberta—. Creó la forma perfecta de eliminar testigos sin mover un solo dedo.

—¿Cómo?

—Contar el secreto de alguien para obligarlo a matar.

Alice comprendió antes que nadie.

—Eso quiere decir que usted…

—Yo maté a Pakins y a las tres muchachas. Bueno, a una la dejé un poco desquiciada. No era mi intención. La carta no sé cómo llegó. Es de la mente maestra, pero yo no la puse allí.

—Entonces la persona que sabe el secreto de Peter… —dijo William.

—Sí. —Rigoberta suspiró—. Soy yo.

—No lo haga —pidió Alice—. Estoy segura de que no dirá nada.

—Claro que lo haré —dijo Rigoberta sin miedo, aunque tenía un arma apuntándole a la cabeza.

—¡¿Pero qué…?! ¿Está usted loca? —se exaltó William.

—Si no revelo el secreto de otra persona, alguien revelará el mío.

—Eso quiere decir que lo que se ha iniciado es un matadero —susurró Alice.

—Quién diría que los cazadores serían los cazados.

Rigoberta sonrió con una tranquilidad espantosa.

—Nos metimos con una mala persona. Aparentemente buscaba ayudarnos, pero siempre tuvo intenciones ocultas. Cuando nos dimos cuenta, ya no podíamos retroceder.

—Peter… —pidió Alice.

—¡No se mueva! ¡Nadie se mueva!

—¡Peter, por Dios, no puede ser tan grave! —dijo William.

—No lo sabe… Usted no lo sabe…

—¡Dispare de una vez, cobarde! —exigió Rigoberta, como si pidiera que le pasaran la sal.

—¡Madre! —gritó Alice.

La mujer la miró con seriedad y sonrió.

—Yo no soy tu madre.

El arma tronó, el estruendo aturdió a todos, Peter sostenía el arma en alto, con las manos temblorosas y los ojos desorbitados, no parecía capaz de hacer nada más y, ciertamente, no pudo.

Las autoridades llegaron en cuestión de segundos y se lo llevaron.

—¡Mamá! —gritó Luciana, entrando tras la policía.

—Luciana.

Alice la detuvo.

—No te acerques, linda.

—¡Ella sabía que moriría! ¡Me mandó a traerlos!

Luciana señaló a los oficiales y se echó a llorar. Alice, arrodillada junto a su hermana menor, miró a William. Él parecía fuera de escena. Lo entendía, nada cobraba sentido. Los participantes de aquel enredo se asesinaban unos a otros, como piezas en un juego macabro.

—Lleva a tu hermana a nuestra habitación —dijo William.

—¡No puedo volver ahí! —respondió Alice, recordando el horror.

—¡Maldita sea! —gruñó Will—. Empaquen sus cosas. Nos vamos.

—¿A dónde?

—A Matignon. De todas formas, es mi residencia.

—William… aún tenemos que asistir a…

—Sí. Cámbiate, Alice. No nos mostraremos débiles frente a esto. Sea lo que sea, esto se acaba hoy.

William visitó a Peter en la celda antes de partir.

Lo encontró golpeado, débil, casi irreconocible.

—Peter…

—¿Mi señor?

William sostuvo la antorcha y se acercó a los barrotes.

—No sé qué decir por tu comportamiento.

—No tengo justificación. Pero puedo darle lo que necesita.

—¿Por qué lo hiciste? Confiaba en ti.

—Ese será el mayor honor que llevaré conmigo.

Peter tragó saliva.

—Le diré el secreto que me dieron a guardar. La duquesa de Montpensier es hermana de la madre de su mujer. No dudó en quitar del camino a su hermana mayor, casada con el duque que ahora agoniza por la misma causa: envenenamiento.

William permaneció inmóvil.

—Tengo todas las evidencias en mi recámara, detrás de una pequeña puerta bajo la cama. Puede comprobar que su mujer es la legítima heredera de la casa Montpensier. Puede salvar al duque de un destino abominable.

—Peter, ¿es tan grave tu secreto?

—Ese secreto muere conmigo.

—Peter…

—Adiós, mi señor. Sé que no me queda mucho tiempo. La venganza de esa mujer vendrá enseguida. Pensó que me dejarían tan golpeado que no recordaría ni mi nombre. Se equivocó. Moriré, pero su secreto no lo hará.

—Puedo ayudarte.

—No, mi señor. —Peter sonrió apenas—. Suerte.

William se alejó de aquel hombre abatido y le tendió la mano por última vez, pese a todo, Peter le había sido fiel, a su manera torcida.

Pero fiel.

Cuando William regresó a Matignon, Alice caminaba de un lado a otro en una hermosa habitación que no era la suya. No podía decir que se sintiera segura en ninguna parte, pero al menos Emma y Charles estaban allí. Acompañándola. William entró tiempo después. No habló. Simplemente fue hacia ella y le besó la frente.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó Alice, tocándole el pecho con nerviosismo.

—Te ves preciosa.

—William.

—Tu nombre será cambiado pronto a duquesa. He llevado todo lo necesario al registro. Ahora buscarán a tu tía para encerrarla

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—Peter conocía el secreto de Frida Allamand. Y tenía la evidencia necesaria para encerrarla.

—Pero ¿cómo? No creo que haya pruebas de hace tantos años.

—Sí las hay. El médico registró ambos nacimientos: el niño que falleció y la niña que sobrevivió. Hay un registro de tu vida, Alice. Tu madre vivió lo suficiente para ponerte nombre.

Alice dejó de respirar.

—Además, encontré medicamentos letales. Venenos. Tu padre seguramente sufre de eso ahora. Si logramos que te vea…

—No estoy segura de querer verlo.

—Alice, es tu padre. Y está sufriendo.

—No puedo llamarlo así cuando ni siquiera lo conozco.

—Piénsalo, por favor. La evidencia está, y es contundente. Había varias cartas del señor Miller informando de tu crecimiento, pensando que eras querida por la mujer que se hizo pasar por tu madre.

Un silencio brutal se instaló en el lugar.

—Entonces Peter no es —dijo Charles—. Y tampoco la duquesa, puesto que ambos son víctimas de alguien más.

—Sí —aseguró William.

—¿Eso dónde nos deja? —preguntó Alice.

—En la nada.

William se dejó caer en la silla más cercana.

—¿Saben que no entendimos ni una palabra de lo que acaban de decir, verdad? —preguntó Charles.

—Sí —contestó la pareja al mismo tiempo.

—Ah, vale. Solo quería estar seguro.

Versalles los esperaba y ellos lo sabían.

William ayudó a Alice a prepararse, aunque ambos entendían que iban hacia una trampa. Ella lucía preciosa, elegante, pulcra. Perfecta. Deslumbrante. William la contempló por un instante más del debido.

No era momento de admirarla, pero no pudo evitarlo.

—¿Qué harán para protegerse? —preguntó Emma—. No creo que nada detenga a esa persona.

William pensó un momento y miró a su esposa.

—Te quedarás junto a Giorgiana y Asher todo lo que puedas, su seguridad es exquisita. Tienen hombres infiltrados entre los invitados. Cuanto más cerca estés de Giorgiana, más segura estarás.

—O la pondré en riesgo.

—Alice, ella estará bien. Y tú también. Si algo sale mal, quiero que te alejes. No hay cambio de opinión.

—No te dejaré allí. No puedes defenderte. Estás herido.

—Me las sé arreglar. He ido a la guerra.

—Es verdad —apuntó Charles—. Fue general en jefe de Francia. Combatió codo a codo con Adam, fue genial verlos en acción.

Los tres le lanzaron una mirada hostil.

—Aquí no se puede decir nada —se quejó el irlandés.

Alice se acercó a William y se colocó a una distancia mínima de él. Alzó la cabeza para mirarlo.

—No te dejaré. Si algo sale mal, correré hacia ti.

—Entonces será mejor dejarte aquí.

—Es más fácil que me asesinen en una casa sola que en un baile.

William soltó un bramido y la tomó de los hombros, desesperado.

—¿No entiendes que es demasiado peligroso?

—Lo entiendo tanto como tú.

Alice le apartó las manos y tomó su rostro entre las suyas.

—Por eso debemos estar juntos.

Charles suspiró.

—Creo que no lograrás que cambie de opinión. Increíblemente, tiene carácter.

Alice lo miró con los ojos entrecerrados.

—¡Aquí no se puede decir nada! —volvió a quejarse él.

—Así es —dijo Emma—. Mejor mantenerse callado, ¿verdad?

El mayordomo asomó la cabeza.

—Mi señor, el carruaje los espera.

William miró a Emma y a Charles.

—Manténganse a salvo.

—Nosotros no somos los que vamos a un suicidio —dijo Emma.

—De todas formas —respondió Alice—, cualquier cosa puede pasar.

—Estaremos bien —dijo Charles—. Espero verlos regresar.

Emma levantó los brazos al cielo.

—En serio no puedes mantenerte callado.

Versalles comenzó a verse desde la ventanilla.

El nerviosismo de Alice era evidente por el constante golpeteo de su pie contra la madera del carruaje. William, a su lado, observaba su ansiedad de soslayo. La única forma que encontró de calmarla fue tomarle la mano y llevarla hasta sus labios.

—Tranquila.

Alice sonrió. Eso era precisamente lo que no podía estar, pero ya no había opción. Debía bajar de esa carroza y caminar con una sonrisa fingida ante toda la sociedad francesa.

Dentro, el lujo, el desenfreno y la pomposidad parecían ser el centro del mundo. La música sonaba por todas partes; las largas mesas con banquetes, postres y bebidas rodeaban el enorme salón; las risas, las conversaciones y los saludos se multiplicaban como ecos dorados bajo los candelabros y no fue diferente para William y Alice.

Una de las parejas más importantes de Francia.

Una de las más observadas.

Alice fue separada rápidamente de su marido. Era normal en un evento como aquel. Él debía hablar con políticos, ella con damas, benefactores y familias de la alta sociedad.

—¡Alice! —sonrió Giorgiana al abrirse paso entre la multitud—. ¡Vaya, te ves preciosa!

—Gracias, Gigi. ¿Tu marido?

—Oh, ya sabes. Perdido. Es Asher.

La pelinegra lo buscó con la mirada.

—Oh, mira. Está con William.

Alice siguió su dedo. Era verdad. Los dos hombres conversaban con naturalidad. Eran tan imponentes, tan cargados de presencia, que resultaba difícil apartar la vista de ellos.

—Se ven relajados —dijo Alice.

—¿Por qué no lo estarían? Es una fiesta.

—Nada.

Alice sonrió con nerviosismo. La fiesta parecía proceder con normalidad. Incluso cuando llegaron la duquesa y Harnett, nada se alteró. Ni siquiera se acercaron a ellos.

Alice decidió caminar. Creía que enloquecería si permanecía junto a Giorgiana, escuchando conversaciones superficiales de personas que intentaban impresionarla. En su recorrido se encontró con Andrei. Estaba sentado en una mesa lejana, con una copa de vino en la mano que claramente no era la primera de la noche. Parecía descompuesto, ausente, un tanto divagante.

—¿Andrei?

La joven se acercó.

—¿Te encuentras bien?

—Miren lo que tenemos aquí.

El hombre alzó la copa en honor a ella.

—La esposa del primer ministro.

—Andrei, ¿qué sucede?

—Mi esposa se suicidó —dijo—. Al menos esa es la versión que quieren que crea. Alucinante, ¿cierto?

—¿Amber murió?

Andrei asintió.

—Soy afortunado. Al menos ya no tendré que cargar con la vergüenza de sus indiscretas infidelidades.

—Lo siento mucho. Sé que no querías que muriera.

—La adoraba.

—Lo sé.

—No me tengas lástima, Alice. Te aseguro que no me hace falta.

—No tengo lástima por ti. Solo por tu hijo, que posiblemente necesitará una madre.

—Y un padre.

—Te tiene a ti, Andrei. No puedes dejarlo en el olvido.

—No sé si soy su padre.

—¡Lo eres! El niño es igual a ti.

—No tengo tiempo para discutir contigo.

Andrei se puso de pie y se alejó. Alice suspiró. No podía imaginar el dolor que sufría el pobre amigo de su esposo.

—Me resulta interesante verla poner tanto interés en todo el mundo, señorita.

La voz surgió a sus espaldas. Alice se dio cuenta demasiado tarde de su error. Se había quedado en una zona poco poblada, y una silla de ruedas estaba ahora frente a ella, impidiéndole el paso.

—Lord Harnett.

Sonrió de forma fingida.

—Hola, querida. No la veo desde…

—Desde el incidente donde dejaron morir a docenas de personas.

—Fue un suceso terrible.

—Los dejaron morir.

—No podíamos hacer nada.

—¿Qué tiene usted que ver con "Ayuda"? —preguntó Alice.

La sorpresa en la mirada del hombre fue respuesta suficiente.

—¿C-cómo dice?

—Me ha dado la respuesta. Será mejor que me aleje de usted.

—Nunca planeé hacerle daño —dijo él—. La verdad es que estoy atado de manos y pies.

—No entiendo a qué quieren llegar. ¿Por qué tanto odio?

—Nosotros no lo tenemos. Admito que, al principio, buscaba sacar a William de mi camino. No asesinándolo, por supuesto. Pero la política no es para todos.

—Las ideas de William son revolucionarias. Nos llevarán a la siguiente era.

—No planeo discutir eso. Sé que me queda poco tiempo. Mandé a mi hijo lejos para asegurar su vida, pero por la mía no puedo hacer nada. Por eso solo me queda ayudarla a conocer a alguien.

—No pienso ir a ningún lado con usted.

—Lo entiendo. Iremos a un sitio concurrido. Es importante.

Alice dudó. Prefería internarse donde hubiese gente a quedarse allí, convertida en un blanco fácil. Aceptó la invitación y caminó detrás de la silla de ruedas, que el propio Harnett dirigía. No le importaba que todos la miraran mal por no ayudarlo, no tocaría nada de un hombre que había contribuido a torturarla durante meses.

—Deténgase aquí, querida.

—Es el área de caballeros —dijo Alice.

—Lo sé. Aquí está la persona que pretendo que conozca.

—¿Quién es?

Harnett la miró con ternura.

—Su padre.

Alice perdió el color.

—Prefiero ir con mi marido.

—No le haré daño, será mi forma de compensar lo que hice.

Alice dudó de nuevo.

«Es una mala idea», repetía su cabeza, pero siguió avanzando. La silla se detuvo junto a un grupo de hombres sentados frente a una mesa llena de comida y bebida. Hablaban de temas incomprensibles, demasiado embriagados para sostener una conversación decente.

—Señores —dijo Harnett—, ¿me permiten hablar con el duque?

Alice buscó a la persona que, según él, era su padre biológico.

—Ah, ese viejo —dijo uno de los más jóvenes—. En el rincón de allá.

Alice siguió la dirección de su pulgar, había un bulto sobre el suelo. Llevaba ropas elegantes, una banda azul cruzándole el pecho, pero, fuera de eso, parecía un mendigo. El olor a licor, tabaco y vómito era repulsivo.

—Alice —dijo Harnett—, su padre: el duque de Montpensier.

Alice lo miró a él y después al hombre tirado en el suelo.

Era terrible verlo así. No lo conocía, era verdad, pero algo en su interior se quebró. Tal vez porque, aunque no existía afecto, sí existía sangre y aquel hombre, desvalido y olvidado, era su padre.

Su verdadero padre. El cual no sabía de su existencia. Alice dio algunos pasos hacia él y le tocó el hombro. El hombre abrió los ojos

de golpe, arrancado de un sueño profundo por la embriaguez.

—¿Quién eres, preciosa?

Su aliento alcohólico llegó a la nariz de Alice…

—Soy… —Suspiró—. Soy tu hija. Alice.

—¿Alice? —Negó con la cabeza gacha—. Yo no tengo hijas.

—Sí. Sí la tuviste. Te lo ocultaron durante mucho tiempo.

—Aléjate de mí. No tengo hijas. Frida no puede tener hijos.

Alice apretó los labios.

—Frida no. Pero Marián sí.

El hombre levantó el cabeza tan rápido que Alice creyó que se desnucaría. Detrás de aquella mirada enrojecida por los excesos, detrás del brillo cristalino de sus lágrimas, había unos ojos violetas.

Como los suyos.

—¿Cómo sabes de Marián?

—Es mi madre. Nacimos dos aquel día. Mi hermano y… yo.

El hombre la miró con detenimiento. Parecía esforzarse, como si la razón intentara abrirse paso después de años de oscuridad.

—No recuerdo a Marián. Puedes estar mintiéndome. ¿Sabes que soy rico, verdad?

—No me importa tu dinero.

—Eso dicen todas. —Rio, pero acabó tosiendo con violencia—. Frida ha intentado durante años que firme unos papeles para cederle

todo. ¡Por eso sigo vivo! ¿Te ha mandado para convencerme? ¿Para hacerme firmar por medio del rostro de su hermana? ¿Sabías que yo la amaba?

—Sí. —Los ojos de Alice se llenaron de lágrimas—. Sí lo sé.

—Lárgate. Déjame tranquilo.

—Señor Montpensier… —Alice cayó de rodillas—. Por favor, intente ver algo de usted en mí. Soy su hija.

Deseaba cuidarlo. Si por ella fuera, toda esa fortuna terminaría en manos de los pobres. Lo que anhelaba no era el título ni el dinero.

Deseaba un padre, uno que la mirara y la reconociera, uno que la amara. El duque se puso en pie como pudo. Las velas le iluminaron el rostro y lo arrancaron de las sombras. Alice se levantó también y contempló su altura, su cuerpo robusto a pesar de los excesos, sus facciones duras y esos ojos violetas.

Gracias a esa luz, él también pudo verla. Vio sus ojos, los ojos que solo los Montpensier tenían y, al verla, el recuerdo de Marián volvió a él. La dureza de su rostro se disolvió. Su mano temblorosa se elevó hasta la mejilla de Alice y la tocó con suavidad.

—Eres… eres idéntica a ella. —Tragó saliva—. ¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

—Sí… la edad de mi hijo fallecido. —La miró con una emoción casi insoportable—. Alice… ¿Cómo pude olvidarlo? Siempre le gustó ese nombre. Era nuestro secreto… ¿Eres en verdad mi hija?

—Sí —lloró ella—. Parece ser que sí.

—Cómo es que nunca lo supe? ¿Cómo creciste lejos de mí?

—La duquesa…

—¡Esa mujer! —El duque se irguió bruscamente—. ¡Esa mujer arruinó mi vida! ¿Ella te alejó de mí? ¿Dónde creciste?

—Londres.

—¡Londres! ¡El último lugar donde habría imaginado buscarte!

—Montpensier —lo llamó Harnett—, espero que la cuide de ahora en adelante. Debería dejar de beber.

—¿Harnett? ¿Por qué me ayudas, bribón? Siempre deseaste a mi mujer. A mi Marián.

Harnett miró a Alice. Ella abrió los ojos con impresión. ¿Por eso había sido dulce con ella? ¿Porque amó a su madre?

—Pero no deseaba su muerte —dijo Harnett—. Y no deseo la de su hija. Creé una venganza contra Frida, pero ahora…

—¡Maldito inválido! —La voz de Frida estalló a espaldas de Harnett—. ¡Se los dijiste!

—¿Qué dije, Frida? —respondió él con tranquilidad.

—Les dijiste que la asesiné, que alejé a esa chiquilla… Te mataré.

—Acabas de confirmárselo a ellos y a mucha más gente.

Harnett miró alrededor, los murmullos curiosos se elevaban por todas partes. Frida comenzó a ponerse nerviosa y, entonces, sonrió.

—De todas formas, estoy acabada.

Sacó un arma y apuntó al hombre en silla de ruedas.

—¡Frida! —Alice levantó las manos—. Tranquilízate.

—¡Cállate! No eres mi objetivo. Yo no soy quien debe matarte.

—Frida, ¿qué demonios has hecho? —preguntó el duque.

—Lo que tenía que hacer para escalar.

La mujer tragó saliva.

—Lo siento.

—Duquesa, baje el arma —pidió William.

—Oh, miren. Un muerto en vida.

Frida sonrió sin mirar atrás.

William se acercaba poco a poco sin que ella se diera cuenta, haciendo señales para que los demás invitados retrocedieran. Pero, como era de esperarse, los curiosos solo daban un paso hacia delante.

—Frida, baja el arma —dijo Asher.

—No lo creo, su excelencia. Este será mi último acto.

Disparó, pero el tiro falló. William había alcanzado a la mujer justo a tiempo y desvió la bala hacia el techo. La duquesa forcejeó,

desesperada, pero el cuerpo del marqués era más grande, más fuerte, más poderoso. No podía liberarse.

—¡Suélteme! ¡Suélteme!

Entonces otros disparos se alzaron hacia el techo. Tres tiros seguidos. La intención era clara: llamar la atención de todos y lo consiguió. Nadie alcanzaba a ver quién había disparado, pero pronto comprendieron algo peor.

Las puertas estaban cerradas, cada entrada estaba bloqueada por hombres armados con rifles. El enorme salón de Versalles había sido tomado prisionero, unos aplausos comenzaron a sonar, fuertes y vivaces, seguidos de una carcajada estruendosa.

—Impresionante, Will —dijo una voz—. Muy impresionante.

Alice miró a su marido con nerviosismo, no entendían qué sucedía. Tampoco lograban relacionar la voz con la persona que, en ese momento, les daba la cara.

—¿Amber? —se sorprendió Alice—. Andrei me dijo…

—Que morí.

Amber se encogió de hombros.

—Lo sé. Qué cobarde. Se ahogó tanto en alcohol que ya no distingue la realidad.

—Me dijo que te suicidaste.

—Claro. ¿Y me ves muerta ahora?

—Me gustaría decir que sí —dijo William—. ¿Por qué lo haces?

—¿Por qué?

Amber sonrió.

—Veamos. Comencemos desde el principio.

Caminó con una tranquilidad insultante entre la multitud.

—Mi marido siempre fue una sombra del fantástico William Charpentier. Un hombre bueno, rico y poderoso. Uno que jamás se dignó a mirarme. Uno que siempre me despreció. ¿No crees que te habría preferido a ti? ¿Que habría elegido ser marquesa antes que esposa de un idiota como Andrei Frescott? Un idiota sin título, mimado, que pierde su fortuna poco a poco.

—¿Envidia? —preguntó Alice.

—Quizá podríamos llamarlo valoración correcta de mí misma. Sé que merezco más de lo que tengo.

—Por eso te ensañaste con Alice —comprendió William.

—Sí. Digamos que te destruiría convirtiendo a esa muchacha simplona en algo único, algo irresistible para ti, para que la amaras y así tenerte atado de manos y pies.

Amber miró a Alice.

—¿Qué no harías por ella, Willy? Aún más sabiendo que, nuevamente, está embarazada.

Alice sintió que se ahogaba. ¿Cómo lo sabía? Ella lo había ocultado con la esperanza absurda de que, si nadie se enteraba, nadie podría dañar al niño. William miró a su esposa. No necesitó preguntar.

Amber decía la verdad.

—¿Por qué matar a tanta gente? —preguntó William—. ¿Por qué elaborar un plan donde todos terminaran matándose entre ellos?

—Simple. Eliminaba sospechosos.

Amber sonrió.

—¿No dije una vez que quería que me descubrieras? Bueno, aquí estoy. Además, míralos a todos. Son despreciables. Secretos tan fuertes, tan terribles, que se vieron en la necesidad de matar para conservar sus vidas intactas. Ha sido más fácil de lo que imaginé. Manipular es sencillo cuando sabes cómo, cuándo y a quién atacar.

La mujer aplaudió a sus cómplices con una burla cínica.

—Bravo, señora Montpensier. Nadie sabrá que asesinó a su hermana y mandó lejos a su sobrina para quedarse con la fortuna de su cuñado. Y usted, señor Harnett… viejo promiscuo, ansioso por vengarse de Frida por haber matado a su amada Marián, por quien perdió incluso la movilidad de las piernas.

Alice miraba impresionada a Amber, aquella mujer caminaba como si no temiera a nada. William no decía nada, solo la observaba, sus ojos analizaban cada detalle.

William siempre dudaba, eso lo hacía quien era, entonces sonaron nuevos aplausos. La gente se tensó. Por un instante, todos dieron por muerto al desdichado que se hubiera atrevido a hacer semejante barbaridad. pero, cuando buscaron al culpable, descubrieron que no era un estúpido y que seguramente no moriría.

—Fue una buena actuación, Amber —dijo Thomas desde una silla colocada sobre una mesa de banquete—. Bastante convincente.

—¿Qué?

Thomas saltó de la mesa y se abrió paso entre la gente.

—Muy bien. Juguemos a un juego. ¿Amber tiene razones para odiar a Willy y Alice? ¿Piensan que sí, verdad? Sobre todo los gordos de allá, que ni siquiera se levantaron de sus asientos.

—¡Cállese! ¿No ve que…?

—Como dije: convincente. Pero mentira.

Thomas miró a William.

—¿Lo descubriste también, verdad?

William asintió.

—Y no te gustó la conclusión a la que llegaste, ¿cierto?

William apretó los labios y cerró la mano sobre el arma.

—Bien, Amber querida. Pasa a sentarte.

—¡Pero yo…!

—No eres más que otra chantajeada. Nada importante.

Amber cerró la boca y miró a todos lados.

—Tranquila, preciosa. Saldrás cuando yo diga quién es. No antes.

Thomas paseó frente a todos con una tranquilidad casi teatral.

—Empecemos la lista con el eslabón más bajo. Lucca Fridckford, el primero en descarriarse y querer decir la verdad. Luego Peter, quien no pudo cumplir su misión de matar a Alice. Después, la señora Pakins y sus perros guardianes, quienes murieron tras el intento de matar a William en la masacre del orfanato. Consecuentemente, lady Miller, quien asesinó a Pakins para que no hablara. Después, lord Harnett, quien reveló el secreto de la duquesa. Luego la duquesa de Montpensier. Y, claro está, la señora Frescott.

Thomas sonrió.

—La pregunta segura de todos es: ¿por qué? ¿A quién hace culpable todo esto? Simple. ¿Quién ha estado siempre junto a William? ¿Quién posee la capacidad mental para algo tan elaborado?

—¡Giorgiana Charpentier! —gritó una voz escondida.

—Bien pensado, lord Hildent —reconoció Thomas, dejando al hombre en vergüenza—. Yo también dudaría de ella para cualquier otra cosa.

—¡Ey! —se escuchó la voz de Giorgiana en la lejanía.

—Sigamos. Más opciones. —Nadie habló—. ¿Nadie? Vamos, gente…

—Thomas —gruñó William.

—Es alguien cercano a él. Alguien que sabría lo que pensaba, cómo actuaría, cómo respondería bajo presión, a quién protegería si se enamoraba…

—¿Su madre? —preguntó una voz.

—Interesante deducción, lady Arabela, pero no creo que su madre quiera matarlo.

—Su hermana Katherine.

—Muy lejos.

—Su mujer.

—Qué estupidez —se burló Thomas—. Vamos.

—Quizá… —dijo otra voz— su mejor amigo.

Thomas sonrió hacia William y se volvió con júbilo.

—¡Brillante! Bien dicho, Andrei.

De entre la gente, Andrei Frescott comenzó a caminar con paso seguro. Ya no parecía embriagado. Ni perdido. Ni roto. Parecía más racional que nunca. William miró el rostro del hombre en quien más había confiado después de su padre.

Su amigo, el que creyó que estaría a su lado toda la vida.

Andrei Frescott.

—Hola, Willy.

Alice se acercó a William y tomó su mano con fuerza. Él no pudo devolver el gesto, no porque no quisiera, sino porque no podía, de alguna forma, ya lo sabía. Desde que Thomas lo llevó a descubrir a Amber, quizá desde antes, pero no había querido aceptarlo.

—Son idiotas —dijo Andrei, mirando a la duquesa, a Harnett y a su propia esposa—. Les brindé la oportunidad de que uno sobreviviera.

—¡Estás loco! —gritó Amber entre lágrimas—. ¿Dónde está mi hijo?

—Te dije que te lo devolvería si hacías bien tu trabajo.

—Andrei, por favor —dijo William—. ¿Qué demonios te pasa?

El hombre rio y negó varias veces.

—En un momento te explico.

Rápido como un rayo, Andrei sacó un arma y disparó contra la duquesa y contra Harnett, quienes no esperaban aquella acción a sangre fría. Amber gritó y corrió detrás de la gente.

—Me ocuparé de ti después.

—No, por favor, Andrei. Basta. Detente…

—Como sabrán, todos están rodeados por mis hombres.

Thomas volvió la mirada hacia las puertas y asintió.

—¿Vas a matar a toda la sociedad francesa?

—Deben morir.

—Se acabó la monarquía, Andrei, pero siempre habrá privilegiados. Y, que yo sepa, muchas de estas personas ganaron su lugar por sus propios medios.

—Por favor. ¿El magnífico Thomas Hamilton no entiende la corrupción? Estas personas detienen el progreso.

—¿Por qué ir contra tu mejor amigo? —preguntó Thomas.

—Su idea de ser primer ministro salió de mí. Era mi sueño. Pero era imposible que yo ganara. Lo sabía.

William dio un paso hacia delante.

—Nunca me dijiste que era tu sueño. Tú sugeriste que lo hiciera.

—Así es. Tú no conocías nada de lo que yo deseaba.

—Si no me lo decías, ¿cómo querías que yo…?

—¡Lo deduces todo, William! ¡Siempre lo has hecho! ¿Ahora quieres que crea que no lo notaste?

—No soy una máquina, Andrei. No puedo saberlo todo.

—Lástima.

Andrei elevó el arma. William hizo lo mismo con la suya.

—Tranquilicémonos un poco —pidió Thomas—. ¿No crees que llevaste esta pelea de amigos demasiado lejos, Andy?

—¡Cállate! ¡Cállate o haré que mis hombres maten a cada ser viviente aquí dentro!

—No —dijo William—. Al único que quieres es a mí, adelante.

—El salvador. —Andrei se burló—. Pero dije una vez que, si te mataba, sería en vida. Nuevamente tienes un hijo en camino, ¿cierto?

William sintió cómo Alice apretaba su saco desde atrás. Tenía miedo y, por primera vez en mucho tiempo, William tuvo terror de verdad. Jamás había notado un cambio en Andrei. Siempre que iba a visitarlo parecía el mismo hombre amable y solidario de siempre.

Nunca vio la sombra que ocultaba su corazón.

—Dispara —dijo William.

—Piensas que no lo haré. Pero no estoy dudando. Solo lo disfruto. —Andrei sonrió con una crueldad desconocida—. Disfrutaré ver el rostro de tu esposa cuando caigas.

—Irás a la cárcel después de asesinarme.

—Mataré a todo el que esté aquí.

—Son cientos de personas. Es estúpido creer que nadie saldrá vivo. Menos con Thomas Hamilton presente.

—Pero me llevaré la satisfacción de matarte.

—¿Por qué? ¿Qué hice yo para recibir tu odio?

—Existir. —Andrei apretó los dientes—. Existir con todas esas comodidades, con todos esos privilegios, sin esforzarte, siendo perfecto, casándote con la mujer perfecta, teniendo hermanos, padres y primos perfectos. ¡Maldita sea, William! Apenas has sufrido.

—Bueno —William sonrió con dolor—, estos meses en los que has andado tras de mí equivalen a una muerte lenta y dolorosa.

Por un segundo, Andrei sonrió también. Fue como antes. Solo dos amigos. Sin títulos. Sin dinero. Sin familia. Solo ellos, disfrutando de la vida, viajando o persiguiendo a alguna de las hermanas de William.

—¡Dios mío, Andrei! —Giorgiana lloraba entre la multitud—. ¡Eras parte de nuestra familia!

El rostro de Andrei se deformó de tal forma que William supo que ya no había marcha atrás. Después, todo ocurrió demasiado rápido.

Un disparo. Dolor. Sangre. El mundo inclinándose.

—¡Salgan todos de aquí! —ordenó Thomas—. No hay peligro. Son mis hombres quienes custodian las puertas.

—¡Giorgiana! ¡Saca a las mujeres! —gritó Asher.

Todo sonaba lejano. William cayó de rodillas.

El grito de Alice llegó como desde otra vida.

—¡William!

El primer ministro sostenía el cuerpo de su amigo moribundo.

Andrei respiraba con dificultad. La sangre que brotaba de su vientre era demasiada. Sus ojos revelaban que perdía el conocimiento, aunque luchaba por permanecer despierto.

—Eres un bastardo —sonrió Andrei, en brazos de William—. Estás malditamente herido y aun así lograste arrebatarme el arma y dispararme.

—¡Cállate! —dijo William—. ¡Maldita sea, Andrei, cállate!

—Yo valía la pena… mi vida…

Tosió sangre.

—Descubrí lo de Amber casi al mismo tiempo que se embarazó.

—¿Por qué no me lo dijiste, imbécil?

William lloró. Sí. Lloró. Andrei sonrió apenas.

—Porque tú siempre habrías sabido qué hacer.

Su mirada se perdió un momento.

—Y yo… yo ya no quería que salvaras a nadie.

William apretó los dientes, sosteniéndolo con más fuerza.

—No te mueras.

—Qué orden tan tuya…

Andrei intentó reír, pero solo salió un sonido quebrado.

—Cuida a Alice. Te mira como yo quería que alguien me mirara.

Alice se arrodilló a su lado, llorando en silencio.

—Andrei…

El hombre volvió apenas los ojos hacia ella.

—Perdón. —Fue lo último que dijo.

Después, el peso de su cuerpo cambió y William supo que su mejor amigo había muerto en sus brazos.

EPÍLOGO

William y Alice estaban recostados en su cama.

Ocho meses habían pasado desde la muerte de Andrei y nueve meses llevaba el hijo de Alice y William creciendo con tranquilidad en el vientre materno.

Todos aguardaban con expectativa la llegada del pequeño o, mejor dicho, de los pequeños. No más cartas, no más mentiras, no más secretos. A lo largo de aquel matrimonio, ambos habían aprendido que una mentira podía convertirse en miles. Que ocultar algo pequeño podía transformarse en algo grande, incontenible, capaz de devorarlo todo.

Hasta entonces, Alice no había tenido oportunidad de pensar en lo afortunada que era de estar casada con el hombre al que amaba.

Con el hombre al que siempre había amado y que, de forma casi milagrosa, también la amaba a ella. Había sido un comienzo inesperado, un transcurso desafortunado y una lucha feroz contra sombras que estuvieron a punto de destruirlos. Pero ahora, justo en ese instante, Alice estaba agradecida.

Feliz de tener a su esposo allí, abrazándola mientras colocaba una mano sobre su vientre. Según el médico, estaba casi seguro de que no era una sola criatura. Juraba que eran gemelos. Alice, en cambio, solo podía desear que se tratara de un niño muy grande. No conseguía imaginarse pasando por dos partos en uno.

Además, Katherine no la dejaba tranquila con aquello del dolor.

Eran las diez de la noche. Al fin, la paz reinaba en la casa Charpentier. Las escandalosas hermanas de William habían caído dormidas, al igual que sus hijos. Emma y Charles habían dejado de discutir, y la madre de William permanecía encerrada en una recámara, donde el padre de su esposo la había dejado por la paz de la casa. Al parecer, Alana Charpentier se ponía bastante nerviosa con cada nacimiento, y el cada vez más cercano alumbramiento la tenía al borde de la locura.

—¿Alice? —preguntó William, adormilado, al sentir que su mujer se removía entre sus brazos—. ¿Estás bien?

—Yo… no.

William se sentó de golpe y la miró.

—¿Es el bebé?

Alice asintió varias veces y comenzó a respirar tal como había practicado con sus cuñadas. Se incorporó en la cama al sentir la primera contracción y, con una calma admirable, dijo:

—El médico, William.

Él se quedó inmóvil.

—¡William!

—Sí. Lo siento.

El hombre se puso en pie y llamó a la puerta contigua, de donde salió un médico adulto, aunque no anciano. No hizo falta que William explicara la situación, pues su rostro lo decía todo.

—Necesito brandy, tabaco y una toalla —dijo el médico con tranquilidad.

—¿Para mi esposa? —preguntó William, alterado.

—Para usted, señor. Su esposa está a punto de tener un bebé, pero usted puede tener un infarto si no se relaja.

El médico salió de la habitación, llamando con voz firme a la servidumbre, que comenzaba a despertarse al escuchar los gemidos de la marquesa. Aquel momento había sido el más esperado desde que se supo la noticia.

Las doncellas actuaron con rapidez: trajeron tinas con agua limpia, toallas, vendas y paños calientes. Todo parecía pasar frente a un William paralizado, incapaz de moverse. Gracias a Dios, alguien le colocó una mano firme sobre el hombro y lo atrajo hacia sí con cariño.

—Serás padre, amigo —dijo Charles, sonriendo.

El irlandés vestía solo una bata.

Algo le decía a William que era mejor no preguntar si había algo debajo. Seguramente la respuesta no sería agradable.

—¡Dios mío! ¡Voy! ¡Voy! —gritó Katherine, empujando a su hermano y a su primo para pasar corriendo a la habitación de Alice.

—Apártense, par de ineptos —dijo Giorgiana, caminando con tranquilidad entre ellos antes de entrar en la recámara.

—¡William Devan Howard Charpentier! —se oyó gritar a su madre desde alguna parte—. ¡Si no dejas salir a tu madre en este momento, estarás muerto antes de ver a tu hijo!

Charles fue quien reaccionó y abrió la puerta de su tía. Alana pasó como una llamarada hacia la habitación donde ya se encontraban todas las mujeres. Todas, excepto Emma, quien, al no estar casada, no tenía permiso de entrar.

—Es una terrible injusticia que me lo pierda —se quejó la rubia.

—Ya te tocará sufrirlo —dijo Charles sin pensar.

En cuanto las palabras salieron de su boca, comprendió su error. Estaban prometidos, y la única forma en que Emma podía sufrirlo era teniendo un hijo suyo. Se avergonzó y volvió la cara.

Emma no lo notó.

William sí y con eso tendría suficiente para torturarlo toda la vida, pasaron dos horas de agonía. Se escuchaban los gritos de Alice, pero no parecía haber resultado alguno. Para ese momento, William

estaba más que nervioso. Con cada grito de su esposa, sentía el deseo absurdo de morir en su lugar.

Dentro de la habitación, Alice sentía que iba a desmayarse.

El médico y las doncellas caminaban de un lado a otro de la cama con rapidez. Mojaban paños con agua caliente, la limpiaban, la animaban y le pedían que expulsara algo que parecía demasiado grande para salir de su cuerpo.

Era la sensación más desgarradora que hubiese experimentado jamás, como si su hijo buscara partirla por la mitad para abrirse camino hacia el mundo. El dolor era terrible; la presión en su vientre, incesante; y sus gritos, desgarradores. La joven intentaba traer a aquella criatura al mundo lo antes posible. El sudor empapaba su cabello, y las venas de su cuello se marcaban por el esfuerzo tremendo de convertirse en madre.

Era intenso. Implacable. Interminable.

—Mi señora, puje una vez más —pidió una de las doncellas que sostenía sus manos.

Alice pensó que, si apretaba con más fuerza, seguramente le arrancaría la extremidad a la pobre mujer.

—No puedo.

Se dejó caer sobre las almohadas. Veía los rostros de frustración de las mujeres a su alrededor. Las piernas abiertas para el

alumbramiento. Su vientre aún prominente. Su cuerpo entero temblando por el esfuerzo.

—Vamos, Alice.

Katherine la tomó por la espalda, levantándola entre los almohadones e incitándola a pujar nuevamente.

—Respira profundamente —suplicó Giorgiana.

Alice las miró con duda. Ellas habían pasado por lo mismo, ¿no? Un par de veces más que ella. Así que, si después de aquello esas dos no tenían problemas en volver a procrear, no veía por qué sería distinto para ella. Tomó aire y volvió a pujar con todas sus fuerzas.

Gritó. Empujó con todo su ser. Deseó que aquella criatura naciera de una vez. Y entonces, casi como música, se escuchó un llanto profundo, sofocado, arrancado por una palmada que daba la bienvenida al pequeño al mundo.

Alice dejó caer la cabeza sobre la almohada, por un instante sintió alivio. Estaba exhausta, pero lo escuchaba. Lo oía llorar interminablemente. Seguramente tendría frío. O hambre. O ambas cosas. Sabía que aquella paz no duraría demasiado.

El médico había pronosticado dos bebés y fue ella la primera en admitir que, al parecer, había acertado. Otro grito salió de su garganta, todo comenzó de nuevo.

—Es un varón —sonrió una de las mujeres hacia su señora—. Dios le ha dado la gracia de darle un varón al marqués.

—Que sean dos varones —dijo el médico con una sonrisa, sacando al segundo pequeño del vientre agotado de la madre.

Alice no podía sonreír con tanta facilidad. Sentía alivio de que al fin estuvieran fuera de ella, sanos y salvos, pero quería dormir durante tres años. Estaban a punto de dar por terminada aquella sesión cuando, de pronto, Alice volvió a gritar.

—¡Viene otro bebé!

—¿Qué? —gritaron todas las mujeres presentes.

—¡Dios santo! —exclamó Katherine—. ¿Qué hicieron cuando los concibieron?

—¡Katherine Anaëlle! —la regañó su madre—. ¿Qué son esas pláticas?

—Lo siento, madre.

La pelirroja sonrió y se acercó a Alice.

—En serio, dime para no hacerlo.

En total fueron cuatro horas. Cuatro largas horas en las que William no supo nada. Escuchaba gritos y llantos de bebés. Sabía que podían ser gemelos, pero aquella tardanza lo hacía pensar que quizá su esposa no se encontraba bien.

Se puso en pie, decidido a abrir esa puerta y averiguar qué ocurría. No hizo falta. En ese momento salió su madre, con un pequeño envuelto en una manta azul, cálida y abrigadora.

William sonrió y se acercó a ella, mirando al bebé que se removía dentro de la cobija, intentando escapar de alguna forma.

—Es tu primer niño, William —le dijo su madre, sin despegar la vista de su nieto.

—Y este es el segundo —sonrió Giorgiana, apareciendo con otro pequeño bulto azul.

—Y el tercero —añadió Katherine, cargando un tercer bebé entre.

—Vaya, hermano —dijo Charles, acercándose junto con el resto de quienes aguardaban afuera—. Eres todo un campeón.

William entrecerró los ojos hacia su primo, pero estaba tan feliz que no le importó su absurdo comentario.

—¿Alice? —preguntó.

—Cansada —contestó Kate—, pero perfecta.

William sonrió. Besó las mejillas de todas las mujeres de su familia y entró en la habitación, no sin antes dar una rápida mirada a sus hermosos hijos.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó Ashlyn—. ¡Quiero ver a mi primo!

—Sí, amor, mira.

Katherine se agachó para mostrárselo. Adam llegó con sus dos gemelos aún medio dormidos, pero dispuestos a treparse a su padre para ver a los nuevos integrantes de la familia.

—¡Archie morirá cuando sepa que los vi primero! —dijo Adrien desde los brazos de su padre.

—¡Archie te matará si haces burla! —le advirtió Blake—. Es más grande que tú.

Giorgiana se acercó a Asher con una sonrisa, mostrándole al pequeño mientras él sostenía al pequeño Lucca en brazos. Alana hizo lo mismo, presentando al recién nacido de William a Emma y Charles.

—Ustedes deberían pensar en los suyos —dijo Alana, mirando a la pareja, que se sonrojó al instante.

Dentro de la habitación, William se quedó un momento de pie junto a la cama, simplemente observando el sueño de su esposa.

No parecía profundamente dormida, pero sí parecía desear estarlo.

A pesar de eso, abrió los ojos y le regaló a William un vistazo de aquellas profundidades violetas que tanto amaba. Una sonrisa suave se dibujó en su rostro cansado, y estiró un brazo hacia él con la esperanza de que se acercara.

William no dudó. Fue hasta su esposa, depositó un beso en su frente y luego otro en sus labios.

—Eres madre de tres niños.

—No pienso volver a hacerlo jamás —sonrió ella débilmente.

—¿No volverás a hacer el amor?

Alice lo miró con mala cara, pero al final dejó escapar una bonita carcajada.

—¿Dónde está Philip?

—Esperando a que su madre se recupere de dar a luz a tantos niños.

William sonrió.

—¿Con quién lo dejaste?

—Está con tu padre.

Alice asintió, tranquila.

—Ahora tenemos una familia.

William le tomó la mano y la llevó a sus labios.

—Sí.

Sonrió, mirando a la mujer que amaba y a la puerta por donde se escuchaba el bullicio de los recién nacidos.

—Ahora la tenemos.